MAGISTERIUM

EL GUANTE DE COBRE

HOLLY BLACK

CASSANDRA CLARE

Acompaña a Callum, un joven aprendiz de mago, a Magisterium, la escuela de magia más secreta del mundo.

De vuelta a la escuela Magisterium tras las vacaciones los problemas de Callum se intensifican. El Alkahest, un guante de cobre que es capaz de quitar sus poderes a los magos, ha sido robado. Y en la búsqueda del culpable, Call y sus amigos, Aaron y Tamara, llaman la atención de unos enemigos muy peligrosos y se acercan a una verdad aún peor.

Holly Black & Cassandra Clare

Magisterium. El guante de cobre

Magisterium - 2

ePub r1.1
Titivillus 01.10.2018

Título original: *The Copper Guantlet*
Holly Black & Cassandra Clare, 2015
Traducción: Patricia Nunes
Ilustraciones: Scott Fischer

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para Ursula Annabel Link Grant,
mitad niña de cinco años, mitad fuego.

CAPÍTULO UNO

Call cogió un trozo de aceitoso *pepperoni* de su pizza y metió la mano bajo la mesa. Al instante, notó el lametazo de la húmeda lengua de *Estrago*, y el lobo caotizado se tragó la comida.

—No des de comer a esa cosa —le dijo su padre, de mal humor —. Uno de estos días te arrancará la mano de un mordisco.

Call le acarició la cabeza a *Estrago* sin hacer caso a su padre. Últimamente, Alastair no estaba muy contento con él. No quería oírle hablar de los días que había pasado en el Magisterium. No le gustaba nada que Rufus, su antiguo maestro, lo hubiera escogido como aprendiz. Y había estado a punto de tirarse de los pelos cuando Call había regresado a casa con un lobo caotizado.

Durante toda su vida, su padre y él habían estado juntos y solos, acompañados por las historias de su padre sobre lo malvada que era

su antigua escuela, la misma a la que ahora asistía Call, a pesar de haber hecho todo lo posible por no ser admitido. Cuando volvió a casa después de su primer año en el Magisterium, ya sabía que estaría enfadado, pero no había pensado en cómo sería vivir con un padre tan enfadado. Antes todo era fácil entre ellos; ahora todo resultaba… tenso.

Call confiaba en que eso solo se debiera al Magisterium. Porque la alternativa sería que Alastair supiera que Call era secretamente malvado.

Además, todo el asunto de ser «secretamente malvado» le inquietaba. Y mucho. Había comenzado a hacer una lista mental: cualquier prueba de que era un Señor del Mal iba en una columna y cualquier prueba en contra iba en otra. Se había acostumbrado a repasar esa lista antes de tomar cualquier decisión. ¿Un Señor del Mal se tomaría el resto del café? ¿Qué libro sacaría de la biblioteca un Señor del Mal? ¿Vestir todo de negro era algo propio de un Señor del Mal o solo una elección normal en el día de hacer la colada? Lo peor era que estaba seguro de que su padre jugaba al mismo juego, contando y recontando, siembre que le miraba, los Puntos de Señor del Mal que acumulaba.

Pero Alastair únicamente podía tener sospechas. No podía estar seguro. Había cosas que solo sabía Call.

No podía dejar de pensar en lo que el Maestro Joseph le había dicho: que él, Callum Hunt, tenía el alma del Enemigo de la Muerte; que él era el Enemigo de la Muerte y su destino era el Mal. Incluso en la acogedora cocina pintada de amarillo en la que su padre y él habían comido juntos miles de veces, las palabras le resonaban en los oídos.

> *El alma de Callum Hunt está muerta. Expulsada del cuerpo, aquella alma se marchitó y murió. El alma de Constantine Madden ha echado raíces y ha crecido, renacida e intacta. Desde entonces, sus seguidores han trabajado para que pareciera que no había dejado este mundo, para que tú estuvieras a salvo. Protegido. Para que tuvieras tiempo de madurar. Para que pudieras vivir.*

—¿Call? —le llamó su padre, mirándole de forma extraña.

«No me mires —quiso decir Call. Y al mismo tiempo deseó preguntarle—: ¿Qué ves cuando me miras?».

Alastair y él estaban compartiendo la pizza favorita de Call,

pepperoni y piña, y en circunstancias normales habrían estado charlando sobre la última escapada del chico al pueblo o sobre cualquier arreglo que Alastair estuviera haciendo en su garaje, pero este no hablaba y a Call no se le ocurría nada que decir. Echaba de menos a sus mejores amigos, Aaron y Tamara, pero no podía hablar de ellos delante de su padre porque eran parte del mundo de la magia, el que Alastair odiaba.

Call se levantó de la silla.

—¿Puedo salir al patio con *Estrago*?

Ceñudo, Alastair miró al lobo, antes un adorable cachorro que había crecido hasta convertirse en un monstruo adolescente y patilargo que ocupaba un territorio considerable debajo de la mesa. El lobo miró al padre de Call con sus ojos caotizados y la lengua colgando. Gimió suavemente.

—Muy bien —contestó Alastair con un suspiro de resignación—. Pero no tardes mucho. E intenta que no te vean. La mejor manera de evitar que los vecinos monten un escándalo es controlar las circunstancias en las que ven a *Estrago*.

Estrago se levantó de un salto, y sus uñas repicaron sobre el linóleo mientras se dirigía a la puerta. Call sonrió. Sabía que sentir una extraña devoción por una bestia caotizada le daba un montón de Puntos de Señor del Mal, pero no podía arrepentirse de haberse quedado con el lobo.

Claro que seguramente ese era el problema de ser un Señor del Mal: no te arrepentías de lo que deberías arrepentirte.

Call intentó no pensar en eso. Era una cálida tarde de verano. El patio estaba cubierto de hierba ya muy larga; Alastair no era especialmente meticuloso en su cuidado, siendo como era la clase de persona más interesada en mantener alejados a los vecinos que en compartir trucos sobre cómo cortar el césped. Call se entretuvo tirándole un palo a *Estrago*, que este le devolvía meneando la cola y con los ojos chispeantes. Habría corrido con *Estrago* de haber podido, pero su maltrecha pierna le impedía moverse deprisa. *Estrago* parecía entenderlo, y pocas veces se apartaba de él.

Después de que *Estrago* recogiera el palo unas cuantas veces, cruzaron juntos la calle hasta un parquecillo, y el lobo corrió hacia los arbustos. Call buscó una bolsa de plástico en los bolsillos. Seguro que los Señores del Mal no recogían las cacas de sus perros,

así que cada paseo contaba como un punto en la columna buena.

—¿Call?

Este se volvió sorprendido. Aún fue más su sorpresa al ver quién le hablaba. Kylie Myles se había recogido el pelo con dos clips con unicornios y sujetaba una correa rosa. En el otro extremo había lo que parecía ser una pequeña peluca blanca, aunque también podría haber sido un perro.

—¿Sa…? Humm —repuso Call—. ¿Sabes cómo me llamo?

—Creo que no te he visto por aquí últimamente —contestó Kylie, que parecía decidida a no hacer caso de la sorpresa de Call. Puso una voz más grave—. ¿Te has cambiado de colegio? ¿Vas a la escuela de ballet?

Call se vio atrapado por la duda. Kylie había estado con él en la Prueba de Hierro, el examen de acceso al Magisterium, pero él había aprobado y ella había suspendido. Los magos se la habían llevado a otra sala, y no había vuelto a verla. Era evidente que recordaba a Call, ya que le miraba con una expresión de confusión, pero este no estaba muy seguro de lo que ella creía que le había pasado. Sin duda, habían cambiado los recuerdos de Kylie antes de devolverla a su casa.

Durante un instante de locura, se imaginó explicándoselo todo. Contándole que habían hecho una prueba para entrar en una escuela de magia, no de ballet, y que el Maestro Rufus lo había elegido a él, aunque había sacado peor nota que ella. ¿Le creería si le decía cómo era la escuela y la sensación de ser capaz de hacer fuego con las manos o de volar por el cielo? Pensó comentarle que Aaron era su mejor amigo y también un makaris, lo que era algo muy importante porque significaba que era uno de los pocos magos vivos que podía hacer magia con el elemento caos.

—La escuela está bien —masculló mientras se encogía de hombros, sin saber muy bien qué otra cosa decir.

—Me sorprende que entraras —repuso ella, mirándole la pierna, y luego se hizo un incómodo silencio.

Call notó su acostumbrado ataque de rabia y recordó exactamente cómo había sido ir a su antigua escuela y que nadie creyera que podía ser bueno en cualquier cosa que comportara un esfuerzo físico. Desde que podía recordar, su pierna izquierda había sido más corta y más débil que la otra. Caminar le causaba dolor, y

ninguna de las incontables operaciones que había tenido que soportar le había ayudado. Su padre siempre le había dicho que había nacido así, pero el Maestro Joseph le había contado otra cosa.

—Es cuestión de fuerza en la parte superior del cuerpo —replicó Call, altivo, sin saber muy bien qué quería decir.

Pero ella asintió, con ojos de asombro.

—¿Y cómo es la escuela de ballet?

—Muy dura —contestó Call—. Nadie para de bailar hasta caer rendido. Solo comemos batidos de huevos crudos y proteínas de trigo. Todos los viernes hay una especie de competición, y los que quedan en pie reciben una chocolatina. También tenemos que ver pelis de baile todo el rato.

Ella estaba a punto de contestarle algo, pero le interrumpió *Estrago* que salía de entre los arbustos. El lobo llevaba un palo entre los dientes, y tenía los ojos muy abiertos, con tonos naranjas, amarillos y rojos como si tuviera el fuego del infierno girándole dentro. Mientras Kylie lo miraba con los ojos saliéndosele de las órbitas, Call se dio cuenta de lo enorme que debía de parecerle *Estrago*, y lo evidente que resultaba que no era ningún perro ni ninguna mascota normal.

Kylie soltó un grito. Antes de que Call pudiera decir algo, salió corriendo del parque y se fue a toda velocidad por la calle, con su bola blanca de perrito haciendo esfuerzos por no quedarse atrás.

Eso sí que era llevarse bien con los vecinos.

Cuando Call llegó a casa, ya había decidido que por mentir a Kylie y asustarla, se tenía que restar todos los puntos buenos que había conseguido por recoger la caca de *Estrago*.

Ese día, la columna de Señor del Mal estaba ganando.

—¿Todo bien? —le preguntó su padre al verle la cara, mientras Call cerraba la puerta.

—Sí, claro —contestó él tristemente.

—Bien. —Alastair carraspeó para aclararse la garganta—. He pensado que esta tarde podríamos salir —propuso—. Ir al cine.

Call se sorprendió. No habían hecho muchas cosas juntos desde que había vuelto del colegio para pasar el verano. Día tras día, Alastair, que parecía sumido en la tristeza, había estado yendo de la sala de la tele al garaje, donde arreglaba coches viejos y los dejaba reluciendo como nuevos, para luego venderlos a los coleccionistas.

A veces, Call cogía su monopatín y paseaba sin demasiado entusiasmo por la ciudad, pero nada parecía muy divertido comparado con el Magisterium.

Incluso había comenzado a echar de menos el liquen.

—¿Qué peli quieres ver? —preguntó Call, que suponía que a los Señores del Mal no les importaba qué película querrían los demás. Eso tenía que contar algo.

—Hay una nueva. Con naves espaciales —contestó su padre, y le sorprendió con esa elección—. Y de camino quizá podríamos dejar ese monstruo tuyo en la perrera. Cambiarlo por algo mono, como un caniche. O incluso un pit bull. Cualquier cosa que no tenga la rabia.

Estrago miró a Alastair con expresión indignada, con los colores de sus extraños ojos dándole vueltas. Call pensó en el perrito peluca de Kylie.

—No tiene la rabia —replicó, mientras acariciaba a *Estrago* en el cuello. El lobo se tiró al suelo y se puso patas arriba, con la lengua colgando, para que Call le pudiera rascar la barriga—. ¿Puede venir? Podría quedarse en el coche con los cristales bajados.

Alastair negó con la cabeza, frunciendo el ceño.

—Pues claro que no. Ata esa cosa en el garaje.

—No es una cosa. Y seguro que le gustan las palomitas —replicó Call—. Y los ositos de goma.

Alastair se miró el reloj y luego señaló el garaje.

—Bueno, pues puedes traer unos cuantos para esa cosa.

—¡Para él!

Con un suspiro, Call llevó a *Estrago* al taller de Alastair en el garaje. Era un espacio grande, más que la habitación más grande de la casa, y olía a aceite, gasolina y madera vieja. El chasis de un Citroën, sin ruedas ni asientos, se hallaba sobre unos soportes. Montones de amarillentos manuales de reparaciones se apilaban en viejos taburetes, y había faros pendiendo de las vigas. Un rollo de cuerda colgaba sobre un surtido de llaves inglesas. Call la cogió y se la ató al cuello del lobo, sin apretársela.

Se arrodilló junto a *Estrago*.

—Pronto empezaremos la escuela otra vez —le susurró—. Con Tamara y Aaron. Y entonces todo volverá a ser como siempre.

El lobo gañó como si le hubiera entendido, como si echara de

menos el Magisterium tanto como él.

A Call le costó prestar atención a la pantalla en el cine, a pesar de las naves espaciales, los extraterrestres y las explosiones. No dejaba de pensar en la forma en que veían las películas en el Magisterium, con un mago del aire proyectando las imágenes sobre la pared de una cueva. Como las controlaban los magos, podía pasar cualquier cosa. Había visto *La guerra de las galaxias* con seis finales diferentes, y películas en las que los chicos del Magisterium se veían proyectados en la pantalla, luchando contra monstruos, volando en coches y convirtiéndose en superhéroes.

Comparándola, esa película le parecía un poco sosa. Call se concentró en los trozos que él habría cambiado mientras se zampaba tres granizados de manzana amarga y dos cubos grandes de palomitas. Alastair miraba la pantalla con una expresión un poco horrorizada, y ni siquiera se volvió hacia Call cuando este le ofreció unos cacahuetes garrapiñados. Como tuvo que comerse él solo todas las golosinas, cuando volvieron al coche estaba cargado de azúcar.

—¿Te ha gustado? —preguntó Alastair.

—Es muy buena —contestó Call, porque no quería que Alastair pensara que no agradecía que le hubiera llevado a ver una peli que nunca hubiera ido a ver él solo—. La parte en la que la estación espacial saltaba en pedazos ha sido una pasada.

Se hizo un silencio, aunque no lo suficientemente largo para ser incómodo, y luego Alastair volvió a hablar.

—¿Sabes? No hay ninguna razón para que tengas que volver al Magisterium. Ya has aprendido lo básico. Podrías practicar aquí, conmigo.

A Call se le cayó el alma a los pies. Ya habían tenido esa conversación, o alguna de sus variantes, cientos de veces, y nunca acababa bien.

—Creo que debería volver —repuso el chico en un tono tan indiferente como pudo—. Ya he pasado la Primera Puerta, y debería acabar lo que he empezado.

A Alastair se le cambió la cara.

—No es bueno que los niños estén bajo tierra. En la oscuridad, como los gusanos. La piel se te irá poniendo pálida y gris. Te bajarán los niveles de vitamina D. La vitalidad se te irá escapando del cuerpo…

—¿Se me ve gris? —Call pocas veces prestaba atención a su aspecto más allá de lo básico, como asegurarse de que no llevaba los pantalones del revés o el pelo de punta, pero estar de color gris sonaba mal. Se echó una disimulada mirada a la mano, pero aún parecía conservar su habitual color entre rosado y beige.

Alastair aferraba el volante, molesto, mientras torcían hacia su calle.

—¿Qué es lo que te gusta tanto de esa escuela?

—¿Qué te gustaba a ti? —replicó Call—. Estuviste allí, y sé que no la odiabas todo el rato. Conociste a mamá…

—Sí —repuso Alastair—. Tenía amigos. Eso era lo que me gustaba.

Era la primera vez que Call recordaba oírle decir que le gustaba algo de la escuela de magia.

—Yo también tengo amigos —dijo Call—. Aquí no los tengo, pero allí sí.

—Todos los amigos con los que fui a la escuela ya están muertos, Call —soltó Alastair, y Call notó que se le erizaban los pelos de la nuca. Pensó en Aaron, en Tamara, en Celia… y tuvo que parar. Era demasiado horrible.

No era solo pensar en que pudieran morir.

Sino pensar que pudieran morir por su culpa.

Por su secreto.

Por la maldad que había en su interior.

«Para», se dijo Call. Ya habían llegado a casa. Le pareció que algo no iba bien. Algo raro. Tuvo que mirar durante un minuto antes de darse cuenta de qué era. Había dejado la puerta del garaje cerrada, con *Estrago* atado dentro, pero ahora estaba abierta: un gran rectángulo negro.

—*¡Estrago!* —Call tiró de la manilla de la puerta del coche y casi se cayó al suelo cuando le falló la pierna mala. Oyó que su padre le llamaba, pero no le importó.

Medio cojeó, medio corrió hasta el garaje. La cuerda seguía ahí, pero un extremo estaba deshilachado, como si lo hubieran cortado

con un cuchillo… o con los afilados dientes de un lobo. Intentó imaginarse a *Estrago* solo en el garaje, a oscuras. Ladrando y esperando a que Call apareciera. Una sensación fría le fue cubriendo el pecho. *Estrago* no había estado atado muchas veces en casa de Alastair, y seguramente se habría asustado. Quizá había mordido la cuerda y se había tirado contra la puerta hasta conseguir abrirla.

—*¡Estrago!* —volvió a llamar más fuerte—. ¡*Estrago*, ya estamos en casa! ¡Ven aquí!

Se volvió en redondo, pero el lobo no salió de entre los arbustos, ni surgió de entre las sombras que comenzaban a amontonarse entre los árboles.

Se estaba haciendo de noche.

El padre de Call se le acercó por detrás. Miró la cuerda rota y la puerta abierta, y suspiró mientras se pasaba la mano por el cabello negro y gris.

—Call —dijo con suavidad—. Call, se ha ido. Tu lobo se ha ido.

—¡Eso no lo sabes! —gritó Call mientras se volvía de cara a Alastair.

—Call…

—¡Siempre has odiado a *Estrago*! —le soltó—. Seguro que te alegras de que se haya marchado.

Alastair lo miró muy serio.

—No me alegro de que te pongas así, Call. Pero sí, ese lobo nunca debería haber sido una mascota. Podría haber matado o malherido a alguien. A uno de tus amigos, o, Dios no lo quiera, a ti. Lo que espero es que corra hacia el bosque y no se dirija al pueblo para empezar a merendarse a los vecinos.

—¡Cállate! —le gritó Call, aunque había algo vagamente reconfortante en la idea de que *Estrago* se comiera a alguien; así podría encontrar al animal en medio de todo el jaleo. Apartó esa idea de la cabeza, porque sin duda iba en la columna de Señor del Mal.

Ideas como esa no servían de nada. Tenía que encontrar a *Estrago* antes de que pasara algo.

—*Estrago* nunca ha hecho daño a nadie —dijo.

—Lo siento, Call —repuso Alastair. Y para su sorpresa, parecía sincero—. Ya sé que hace mucho tiempo que querías tener una

mascota. Quizá si te hubiera dejado quedarte con el topo… —Suspiró otra vez. Call se preguntó si su padre no le había dejado tener mascotas porque los Señores del Mal no debían tenerlas. Porque los Señores del Mal no le tenían cariño a nada, y menos aún a las cosas inocentes, como los animales. Como *Estrago*.

Se imaginó lo asustado que debía de sentirse *Estrago*… No había estado solo desde que Call lo había encontrado de cachorro.

—Por favor —le rogó Call—. Por favor, ayúdame a buscarlo.

Alastair asintió una vez, con un seco movimiento del mentón.

—Entra en el coche. Podemos ir llamándole mientras damos una vuelta a la manzana despacio. Quizá no haya ido muy lejos.

—De acuerdo —repuso Call. Miró el garaje y tuvo la sensación de que se le estaba escapando algo, como si fuera a ver al lobo si miraba con la suficiente intensidad.

Pero por muchas veces que dieran la vuelta a la manzana y por muchas veces que lo llamaran, *Estrago* no aparecía. Se fue haciendo cada vez más de noche y tuvieron que volver a casa. Alastair preparó espaguetis para cenar, pero Call no pudo comer ni uno. Consiguió que su padre le prometiera que, al día siguiente, harían unos carteles de Perro perdido, aunque Alastair opinaba que poner una foto de *Estrago* haría más mal que bien.

—Los animales caotizados no pueden ser mascotas, Callum —insistió después de retirarle el plato que no había probado—. No quieren a la gente. No pueden quererla.

Call no dijo nada, pero se fue a la cama con un nudo en el estómago y la sensación de que algo malo iba a pasar.

Un gemido agudo despertó a Call de un sueño inquieto. Se sentó de golpe y fue a coger a *Miri*, el cuchillo que siempre tenía en la mesilla de noche. Sacó las piernas de la cama e hizo una mueca de dolor cuando tocó el suelo frío con los pies.

—*¿Estrago?* —susurró.

Le pareció oír otro gemido, distante. Miró por la ventana, pero solo pudo ver sombras de árboles y oscuridad.

Salió sigilosamente al pasillo. La puerta de la habitación de su

padre estaba cerrada y por la rendija de debajo no se veía luz. Pero Call sabía que podía estar despierto; a veces, Alastair se quedaba toda la noche trabajando en su taller.

—*¿Estrago?* —susurró de nuevo.

No hubo ningún ruido en respuesta, pero a Call se le puso la piel de gallina. Podía sentir que el lobo estaba cerca, que *Estrago* estaba nervioso y asustado. Se movió en la dirección que le indicaba esa sensación, aunque no podía explicarla. Lo llevó por el pasillo hasta la escalera del sótano. Call tragó saliva, agarró a *Miri* con fuerza y comenzó a bajar.

El sótano siempre le había dado un poco de miedo, con todas esas viejas piezas de coche, muebles rotos, casitas de muñecas, muñecas que necesitaban un arreglo y antiguos juguetes de hojalata, que de vez en cuando comenzaban a moverse chirriando.

Una raya de luz amarilla se colaba por debajo de la puerta que daba a otra de las habitaciones que Alastair utilizaba de almacén, una que estaba aún más llena de trastos que nunca había llegado a arreglar. Call se armó de valor, atravesó la habitación cojeando y empujó la puerta.

No se abrió. Su padre debía de haberla cerrado con llave.

El corazón se le aceleró.

No había ninguna razón por la que su padre quisiera encerrar un montón de trastos viejos a medio arreglar. Ninguna razón en absoluto.

—¿Papá? —llamó Call hacia la puerta, pensando que igual Alastair estaba allí por alguna razón.

Pero oyó algo muy diferente moverse al otro lado. De repente sintió una furia terrible y asfixiante. Intentó meter el cuchillo entre el marco y la puerta, tratando de abrir la cerradura.

Después de un tenso momento, la punta de *Miri* presionó el punto correcto y la cerradura saltó. La puerta se abrió.

El sótano ya no era como Call recordaba. Habían sacado los trastos y habían dejado sitio para lo que parecía un despacho de mago muy austero. Un escritorio en un rincón, rodeado de montones de libros viejos y nuevos. Al otro lado había un camastro. Y en el centro, atado con cadenas y amordazado con un bozal de cuero horroroso, *Estrago*.

El lobo se lanzó hacia Call, gimiendo, pero solo consiguió que

las cadenas tiraran de él. Call se arrodilló y le pasó los dedos por el pelaje mientras tanteaba en busca del cierre del collar. Estaba tan contento de ver a *Estrago* y tan furioso con su padre por lo que había hecho que, por un momento, no se fijó en el detalle más importante.

Pero mientras recorría la habitación con la mirada, buscando dónde habría dejado Alastair las llaves, vio finalmente lo que debería haber visto desde el principio.

El camastro que había contra la pared del fondo también tenía cadenas y grilletes.

Grilletes de la medida justa para un chico que estaba a punto de cumplir los trece años.

CAPÍTULO DOS

Call no podía dejar de mirar los grilletes. Sentía como si el corazón se le hubiera vuelto muy pequeño y latiera desesperado sin conseguir que la sangre se moviera por las venas. Los grilletes eran de hierro forjado, con símbolos alquímicos grabados, sin duda la obra de un mago, y estaban clavados firmemente a la pared de detrás. Una vez cerrados, sería imposible soltarlos…

Detrás de él, *Estrago* lanzó una especie de gemido. Call se obligó a apartar la mirada, a concentrarse en liberar a su lobo. Fue fácil quitarle el bozal, pero en cuanto lo hizo, *Estrago* se puso a ladrar como un loco, como si intentara explicarle la historia de cómo había acabado encadenado en el sótano.

—Chist —dijo Call, y le cogió el morro, asustado, tratando de hacerlo callar—. No despiertes a papá.

Estrago gimió mientras Call intentaba calmarlo. El suelo del

almacén era de hormigón, y Call buscó en él una ráfaga de magia de la tierra para romper las cadenas del lobo.

La magia de la tierra, cuando llegó, era débil; Call no era capaz de concentrarse y lo sabía. No podía creer que su padre hubiera fingido que lamentaba la desaparición de *Estrago*. Le había llevado en coche por todo el barrio, dejándole llamarlo, y todo el rato sabía dónde estaba, pues lo había encadenado él mismo en el sótano.

Aunque no podía haberlo hecho él. Había estado con Call todo el tiempo, así que alguna otra persona debía de haberlo ayudado. ¿Un amigo? Call reflexionó. Alastair no tenía ningún amigo.

El corazón se le aceleró al pensarlo, y la intensa combinación de miedo y magia rompió las cadenas de *Estrago*; el lobo quedó libre. Call cruzó a toda prisa la sala hasta el escritorio de Alastair y cogió los papeles que había encima. Estaban cubiertos de la complicada caligrafía de su padre: páginas de notas y dibujos. Había un boceto de las puertas del Magisterium y otro de un edificio de columnas que Call no conocía; también del hangar donde habían hecho la Prueba de Hierro. Pero la mayoría de los dibujos eran de una cosa mecánica rara, cubierta de símbolos extraños, que parecía el anticuado guante de metal de una armadura. Habría sido guay si no hubiera tenido un elemento que hizo que un escalofrío de temor le recorriera la espalda.

El dibujo estaba junto a un libro que explicaba un extraño e inquietante ritual. El volumen estaba encuadernado en cuarteado cuero negro, y el contenido era horroroso. Explicaba cómo la magia del caos podía ser recogida y usada por alguien que no fuera un makaris: había que arrancarle el corazón, aún latiendo, a una criatura del caos. Una vez en posesión del guante y del corazón, la magia del caos se podía extraer del makaris, destruyéndolo completamente.

Pero si no eran magos del caos, si no eran makaris, entonces sobrevivirían.

Al mirar los grilletes del camastro, Call se imaginó con quién iban a experimentar. Alastair iba a usar el caos para probar con él una siniestra forma de cirugía, una que lo mataría si realmente era el Enemigo de la Muerte y poseía la habilidad de makaris del Enemigo.

Call pensaba que Alastair sospechaba de él, pero parecía que

había ido más allá de las sospechas. Incluso si su hijo sobrevivía a la cirugía mágica, estaba seguro de que esa sería una prueba que suspendería. Poseía el alma de Constantine Madden y su propio padre lo quería ver muerto por ello.

Junto al libro había una nota escrita con la complicada caligrafía de Alastair: «Esto tiene que funcionar en él. Debe funcionar». El «debe» estaba subrayado varias veces, y junto a él había una fecha de septiembre.

Era el día en que Call debía volver al Magisterium. La gente del pueblo sabía que estaba pasando el verano en casa, y suponía que volvería a la escuela de ballet más o menos por las mismas fechas que los chicos de allí regresaban al colegio. Si desaparecía en septiembre, nadie pensaría nada raro.

Call se volvió para mirar los grilletes de nuevo y se le revolvió el estómago. Solo faltaban dos semanas para septiembre.

—Call.

El chico se dio la vuelta. Su padre estaba en la puerta, totalmente vestido, como si nunca hubiera pensado en irse a dormir. Llevaba las gafas muy subidas en la nariz. Parecía totalmente normal y un poco triste. Call lo miró sin poder creer lo que estaba ocurriendo, mientras él le tendía la mano.

—Call, no es lo que estás pensando…

—Dime que tú no encerraste aquí a *Estrago* —repuso Call en voz baja—. Dime que nada de esto es tuyo.

—No soy quien lo encadenó. —Era casi la primera vez que no se refería a *Estrago* como «esa cosa»—. Pero mi plan es necesario, Call. Es por ti, por tu propio bien. Hay gente terrible en el mundo y te harán cosas; te usarán. No puedo permitirlo.

—¿Así que tú vas a hacerme algo terrible antes?

—¡Es por tu propio bien!

—¡Eso es mentira! —gritó Call. Soltó a *Estrago*, y este gruñó. Tenía las orejas pegadas a la cabeza y miraba fijamente a Alastair con unos ojos donde giraban múltiples colores—. Todo lo que me has contado es mentira. Mentiste sobre el Magisterium…

—¡No te mentí sobre el Magisterium! —soltó Alastair—. ¡Era el peor lugar para ti! ¡Es el peor lugar para ti!

—¡Porque crees que soy Constantine Madden! —gritó Call—. ¡Crees que soy el Enemigo de la Muerte!

Fue como si hubiera detenido un tornado a medio vuelo: de repente se hizo un silencio horrible y cargado. Incluso *Estrago* no hizo ni un ruido mientras Alastair cambiaba totalmente de expresión y se dejaba caer contra el marco de la puerta. Cuando contestó, lo hizo en voz muy baja. En cierto modo, era mucho peor que la furia.

—Eres Constantine Madden —afirmó—. ¿No es cierto?

—¡No lo sé! —Call se sintió perdido, desolado—. No recuerdo ser nadie excepto yo. Pero si de verdad soy él, entonces se supone que tú debes ayudarme a decidir qué hacer. En vez de eso, encierras a mi perro y…

Call miró hacia los grilletes de tamaño de niño y se tragó el resto de las palabras.

—Cuando vi el lobo fue cuando lo supe —explicó Alastair, todavía en voz baja—. Antes lo había supuesto, pero había logrado convencerme de que no podías ser como él. Pero Constantine tuvo un lobo como *Estrago* cuando tenía tu edad. El lobo solía ir a todas partes con él. Lo mismo que hace *Estrago* contigo.

Call sintió un escalofrío recorrerle todo el cuerpo.

—Me dijiste que eras amigo de Constantine.

—Estábamos en el mismo grupo de aprendices. Con el Maestro Rufus. —Eso era más de lo que Alastair le había explicado nunca sobre el tiempo que había pasado en el Magisterium—. Rufus eligió cinco alumnos en mi Prueba de Hierro. Tu madre. Su hermano, Declan. Constantine Madden. El hermano de Constantine, Jericho. Y yo. —Call notaba que le costaba hablar de eso—. Al final de nuestro Curso de Plata, solo quedábamos vivos cuatro, y Constantine había comenzado a llevar la máscara. Cinco años después, todos habían muerto excepto él y yo. Después de la Masacre Fría, se le veía muy pocas veces.

Fue en la Masacre Fría cuando murió la madre de Call. Cuando a él le habían destrozado la pierna. Cuando Constantine Madden había sacado el alma a un niño llamado Callum Hunt y había puesto la suya en el cuerpo del niño. Pero para Call eso no era lo peor. Lo peor era lo que el Maestro Joseph le había dicho de su madre.

—Sé lo que mamá escribió en la nieve —admitió Call—. «Mata al niño». Se refería a mí.

Su padre no lo negó.

—¿Por qué no me mataste?

—Call, yo nunca te haría daño…

—¿De verdad? —Call cogió uno de los dibujos del guante—. ¿Qué es esto? ¿Para qué lo vas a usar? ¿Jardinería?

Alastair se puso muy serio.

—Call, dame eso.

—¿Ibas a encadenarme para que no me resistiera cuando le arrancaras el corazón a *Estrago*? —Call señaló los grilletes—. ¿O para que no me resistiera cuando lo usaras conmigo?

—¡No seas ridículo!

Alastair dio un paso adelante, y entonces *Estrago* saltó sobre él, rugiendo. Call pegó un grito y el lobo trató de detenerse a medio salto, retorciendo el cuerpo desesperadamente. Le dio a Alastair de lado y lo echó hacia atrás. Alastair se estrelló contra una mesita, que se rompió con el golpe. Lobo y hombre cayeron al suelo.

—*¡Estrago!* —gritó Call. El lobo se apartó de Alastair y volvió a colocarse en su lugar junto a Call, sin dejar de gruñir. Alastair se puso de rodillas y se fue levantando gradualmente, bastante desequilibrado.

De inmediato, Call fue hacia su padre. Cuando Alastair lo miró, vio algo en su rostro que nunca había esperado encontrar.

Miedo.

Eso lo puso furioso.

—Me voy —soltó rabioso—. *Estrago* y yo nos marchamos, y no volveremos nunca. Has perdido la ocasión de matarnos.

—Call —dijo Alastair mientras alzaba una mano en señal de advertencia—, no puedo dejar que lo hagas.

Se preguntó si Alastair habría visto algo raro en él siempre que lo había mirado, si siempre había tenido una sensación creciente y horrible de que algo no estaba bien. Siempre había visto a Alastair como su padre, incluso después de lo que el Maestro Joseph le había dicho, pero era posible que Alastair ya no lo viera a él como a un hijo.

Call miró el cuchillo que sujetaba en la mano. Recordó el día de la Prueba y se preguntó si su padre había tirado a *Miri* para él o contra él. «Mata al niño». Recordó que Alastair había escrito al Maestro Rufus para pedirle que atara la magia de Call. De repente, todo lo que había hecho su padre comenzó a tener sentido, un

sentido horrible.

—Vamos —le dijo Call a *Estrago*, e inclinó la cabeza hacia la puerta que conducía al extenso desorden del resto del sótano—. Nos largamos de aquí.

Estrago se volvió e inició la marcha. Call avanzó cuidadosamente detrás de su lobo.

—¡No! ¡No puedes irte! —Alastair se lanzó a por Call y lo agarró del brazo. No era un hombre muy fornido, pero sí fibroso, largo y nervudo. Call resbaló y cayó con fuerza contra el suelo de hormigón, apoyando el peso en la pierna mala. El dolor le recorrió todo el cuerpo e hizo que viera borroso. Por encima de los ladridos de *Estrago*, el chico oyó a su padre—: No puedes volver al Magisterium. Tengo que arreglar esto. Te prometo que todo va a estar bien…

«Quiere decir que me va a matar —pensó Call—. Quiere decir que estaré arreglado cuando haya muerto».

La furia se apoderó de él. Rabia por todas las mentiras que Alastair le había contado y le estaba diciendo en ese momento, por el frío nudo de temor que tenía en el estómago desde que el Maestro Joseph le había dicho quién era en realidad, por la idea de que todos aquellos a los que quería podrían odiarle si descubrían la verdad.

La ira salió de él. La pared que Alastair tenía detrás se agrietó de repente, se abrió una fisura que fue subiendo por el lado, y todo lo que había en la sala comenzó a moverse. El escritorio salió volando contra una pared. El camastro saltó contra el techo. Su padre miró alrededor, anonadado, justo cuando Call proyectó su magia hacia él. Alastair se alzó en el aire y se golpeó contra la pared agrietada. La cabeza le resonó horriblemente antes de que su cuerpo cayera al suelo como un peso muerto.

Call se levantó, tembloroso. Su padre estaba inconsciente; no se movía y tenía los ojos cerrados. Se acercó un poco más y lo observó. Vio que le subía y le bajaba el pecho. Seguía respirando.

Perder el control de tu rabia y noquear a tu padre con magia sin duda iba en la columna mala, en la lista de Señor del Mal.

Tenía que marcharse de casa antes de que Alastair volviera en sí. Salió de la habitación trastabillando y cerró la puerta, con *Estrago* pegado a los talones.

En la parte grande del sótano había un arcón de madera lleno de rompecabezas y viejos juegos de mesa a los que les faltaban piezas, junto a un extraño montaje de sillas rotas. Call lo empujó hasta ponerlo ante la puerta de la habitación. Eso al menos haría perder tiempo a Alastair, pensó mientras subía la escalera.

Fue a toda prisa a su cuarto; se puso una chaqueta sobre el pijama y se calzó unas deportivas. *Estrago* se movía alrededor, ladrando bajito, mientras Call metía algo de ropa en una bolsa de viaje; luego se dirigió a la cocina y cogió un puñado de bolsas de patatas fritas y galletas. Vació la caja de latón de encima de la nevera, en la que Alastair guardaba el dinero de la compra: unos cuarenta dólares en arrugados billetes de cinco y diez. Lo metió todo en la bolsa, envainó a *Miri*, y dejó caer el cuchillo sobre sus otras pertenencias antes de cerrar la cremallera.

Se colgó la bolsa al hombro. Le dolía la pierna y estaba temblando por la caída y la resaca de la magia, que aún le resonaba por todo el cuerpo. La luz de la luna entraba por la ventana e iluminaba toda la sala con un color blanquecino. Call miró alrededor y se preguntó si volvería a ver la cocina, o la casa, o a su padre.

Estrago soltó un gañido y tensó las orejas. Call no oía nada, pero eso no significaba que Alastair no se estuviera recuperando. Apartó sus desobedientes pensamientos, cogió a *Estrago* por el pelo del pescuezo y salió silenciosamente de la casa.

Las calles del pueblo estaban vacías, envueltas en la oscuridad de antes del amanecer, pero, de todas formas, Call fue por la sombras, por si Alastair decidía coger el coche para buscarlo. Pronto saldría el sol.

Pasados unos veinte minutos, le sonó el móvil. Se pegó un susto de muerte antes de poder silenciarlo.

En la pantalla aparecía el número de su casa. Sin duda, Alastair estaba despierto y había salido del sótano. El alivio que sintió se convirtió rápidamente en temor. Alastair llamó otra vez. Y otra.

Call apagó el móvil y lo tiró, por si acaso su padre podía

localizarlo a través de él, como hacían los detectives en la tele.

Tenía que decidir adónde dirigirse, y rápido. Las clases en el Magisterium no empezaban hasta dos semanas después, pero siempre había alguien por la escuela. Estaba seguro de que el Maestro Rufus le dejaría ocupar su habitación hasta que Tamara y Aaron regresaran…, y también le protegería de su padre, si fuera necesario.

Entonces Call se imaginó acompañado solo por *Estrago* y el Maestro Rufus, paseándose por las resonantes cavernas de la escuela. Resultaba deprimente. Además, no sabía muy bien cómo llegar hasta un remoto sistema de cuevas en Virginia. Al principio del verano, había hecho un largo y polvoriento viaje hasta su casa en Carolina del Norte, metido en el antiguo Rolls-Royce de Alastair, y no tenía ni idea de cómo hacer ese trayecto a la inversa.

Se había estado enviando mensajes con sus amigos, pero no sabía dónde vivía Aaron; su amigo no había querido decírselo. La familia de Tamara vivía a las afueras de la ciudad de Washington, y Call estaba seguro de que habría más autocares que fueran a Washington que a cualquier parte cerca del Magisterium.

Ya echaba de menos su móvil.

Tamara le había enviado un regalo por su cumpleaños, que sería dentro de muy poco: un collar de perro y una correa para *Estrago*. En el paquete estaba la dirección del remitente. La recordaba porque la casa de Tamara tenía nombre (Las Tejas), y Alastair se había reído y había dicho que eso era lo que hacía la gente muy rica: ponerle nombre a las casas.

Podía ir allí.

Se dirigió a la estación de autobuses, con más resolución de la que había sentido en las últimas semanas. Era un pequeño edificio con dos bancos fuera y una taquilla con aire acondicionado donde se sentaba una señora de avanzada edad que repartía los billetes desde detrás del cristal. Había un anciano sentado en uno de los bancos; tenía el sombrero inclinado sobre el rostro como si estuviera echándose una siesta.

Los mosquitos zumbaban en el aire mientras Call se acercaba a la señora.

—Eeee —comenzó—. Necesito un billete para Arlington.

Ella le echó una larga miranda frunciendo sus labios pintados de

color coral.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó.

—Dieciocho —contestó Call, y confió en haber sonado convincente. Era posible que ella no le creyera, pero a veces los viejos no eran muy buenos calculando edades. Trató de estirarse todo lo posible para parecer más alto.

—Humm —repuso la anciana finalmente—. Cuarenta dólares por un billete de adulto no retornable. Tienes suerte, tu autocar sale dentro de media hora. Pero no se permiten perros, a no ser que sea un animal de servicio.

—Oh, sí —dijo Call, y le lanzó una rápida mirada a *Estrago*—. Es absolutamente un perro de servicio. Estaba sirviendo… en la marina, en realidad.

La mujer alzó las cejas.

—Salvó a un hombre —continuó Call, y fue inventando la historia mientras contaba el dinero y lo metía por el agujero de la ventanilla—. De morir ahogado. Y de los tiburones. Bueno, solo un tiburón, pero era uno muy grande. Le dieron una medalla y todo eso.

La mujer se lo quedó mirando un buen rato, y entonces se fijó en el modo en que Call se aguantaba de pie.

—Así que necesitas un perro por lo de tu pierna, ¿no? —dijo ella —. Podrías haberlo dicho desde el principio. —Le pasó el billete.

Avergonzado, Call cogió el papelito y se apartó sin responder. Le había costado casi todo su dinero; solo le quedaba un dólar y algunas monedas. Con eso se compró dos barritas de caramelo en la máquina expendedora y se sentó a esperar el autocar. *Estrago* se tumbó a sus pies.

En cuanto llegara a casa de Tamara, las cosas irían mejor. Todo iba a salir bien.

CAPÍTULO TRES

En el autocar, Call se fue durmiendo y despertando con la cara contra la ventanilla. *Estrago* se había hecho un ovillo a sus pies, lo que resultaba agradable y además hacía que nadie intentara sentarse a su lado.

Cuando se dormía le asaltaban sueños inquietantes. Soñó con nieve y hielo, y con los cadáveres de los magos esparcidos por el glaciar. Soñó que veía su propio rostro en el espejo, pero ya no era su rostro, sino el de Constantine Madden. Soñó que estaba encadenado con grilletes a una pared y que Alastair estaba a punto de arrancarle el corazón.

Se despertó soltando un grito, y se encontró delante al conductor del autocar, que se había inclinado sobre él con el rostro preocupado.

—Ya hemos llegado a Arlington, chaval —le dijo—. Todos los demás ya han bajado del autocar. ¿Ha venido alguien a recogerte?

Call masculló algo como «Claro» y bajó del autocar, seguido de *Estrago*.

Había un teléfono público en una esquina. Call lo miró. Tenía la vaga idea de que podía usarlo para llamar a información y

conseguir el número de teléfono, pero no sabía cómo hacerlo. Ese tipo de cosas siempre las había hecho por Internet. Iba a dirigirse hacia el teléfono cuando un taxi rojo y negro se detuvo en el bordillo y depositó en la calle a un puñado de chicos alborotados de alguna fraternidad. El conductor bajó y descargó el equipaje del maletero.

Call trotó hacia él, sin prestar atención al doloroso tirón de la pierna que le dio. Se inclinó sobre la ventanilla.

—¿Sabe dónde está Las Tejas?

El taxista lo miró curioso.

—Un sitio bien elegante, sí. Una gran casa antigua.

Call notó que se le quitaba un peso de encima.

—¿Puede llevarme allí? ¿Y a mi perro?

El taxista miró a *Estrago*. El lobo estaba olisqueando las ruedas del taxi.

—¿Llamas perro a esa cosa?

Call se preguntó si valdría la pena contar la historia de que era un perro de servicio.

—*Estrago* es de una raza muy rara —decidió contestar.

El hombre soltó un bufido.

—Eso me lo creo. Claro, sube. Mientras ninguno de los dos me vomite en el taxi, seguro que seréis mejores pasajeros que esos tíos de la fraternidad.

Subió al asiento de atrás y *Estrago* saltó junto a él. La tapicería estaba rota y se veía la espuma de debajo; Call estaba seguro de que se le estaba clavando un muelle en la espalda. El taxi no parecía tener cinturones de seguridad o airbags; fueron traqueteando y botando por la calle, y el chico iba de un lado a otro como una bola de máquina de millón. A pesar de lo prometido, *Estrago* comenzaba a parecer un poco mareado.

Finalmente llegaron a la cima de una colina. Ante ellos había una valla alta de hierro; la enorme verja decorada estaba abierta. Un césped muy cuidado se extendía al otro lado como un mar verde. Call vio a gente uniformada apresurándose de un lado a otro con bandejas. Entrecerró los ojos mientras intentaba averiguar qué pasaba. ¿Los padres de Tamara estarían dando una fiesta?

Entonces se fijó en la casa, al final de un serpenteante camino. Era lo suficientemente magnífica como para recordarle las casas

señoriales de los programas de la BBC que veía Alastair. Era la clase de casa en la que vivían los duques y las duquesas. Call sabía que Tamara era rica, pero había pensado que sería como algunos de los chicos de su antigua escuela, que tenían móviles nuevos o las zapatillas deportivas de la marca que todo el mundo quería. En ese momento, se dio cuenta de cuán rica era.

—Serán treinta pavos —dijo el taxista.

—Humm, ¿puede llevarme hasta la casa? —preguntó Call, decidido a encontrar a Tamara. Sin duda, ella podría prestarle esa cantidad de dinero.

—Tienes que estar de broma —repuso el taxista mientras enfilaba por el camino que llevaba a la casa—. Dejo el taxímetro corriendo.

Unos cuantos coches seguían al taxi: brillantes BMW de color negro y plata, Mercedes y Aston Martins. Sin duda era una fiesta; había gente en el jardín junto a la casa, que estaba separado de la zona de césped por unos setos bajos de boj. Call pudo ver luces destellantes y oyó música al fondo.

Salió del coche ante la casa. Un hombre blanco de anchas espaldas, con la cabeza rapada y vestido con un traje negro y zapatos relucientes, consultaba una lista de nombres y abría la puerta a la gente. Ese tipo no tenía ninguna pinta de ser el padre de Tamara, y por un momento a Call le entró el pánico, pensando que se había equivocado de sitio.

Entonces se dio cuenta de que debía de ser el mayordomo o algo así. Un mayordomo que miró a Call con tanta hostilidad que le hizo recordar que debajo de la chaqueta solo llevaba el pijama, que seguramente tenía el pelo de punta después del viaje en autocar y que le seguía un lobo muy grande y nada adecuado para una fiesta en el jardín.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó el mayordomo. Llevaba una tarjeta con el nombre Stebbins escrito con una letra muy elegante.

—¿Está Tamara? —preguntó Call—. Tengo que hablar con ella. Soy un amigo suyo de la escuela y…

—Lo siento mucho —dijo Stebbins de una manera seca que dejó claro que no lo sentía en absoluto—, pero hay una celebración. Puedo ver si tu nombre está en la lista, pero si no, me temo que tendrás que volver más tarde.

—No puedo volver más tarde —insistió Call—. Por favor, solo dígale a Tamara que necesito su ayuda.

—Tamara Rajavi es una joven dama muy ocupada —replicó Stebbins—. Y ese animal tiene que ir atado o tendrás que sacarlo de aquí.

—Perdone. —Una mujer alta y elegantemente vestida, con el cabello completamente blanco, bajó de un Mercedes y se quedó detrás de Call en la escalera. Enseñó una invitación color crema en una mano enguantada de negro, y de repente, Stebbins fue todo sonrisas.

—Bienvenida, señora Tarquin —saludó, y abrió la puerta de par en par—. El señor y la señora Rajavi estarán encantados de verla.

Call aprovechó la oportunidad y se coló por detrás de Stebbins. Oyó que el hombre les gritaba a él y a *Estrago*, pero ambos estaban muy ocupados corriendo por un enorme pasillo de mármol, cubierto de magníficas alfombras, hacia una amplia puerta doble de vidrio que daba al patio y a la fiesta.

El jardín cuadrado rodeado de altos setos estaba lleno de gente elegante. Había estanques rectangulares y enormes cuencos de piedra llenos de rosas. Los setos estaban recortados en forma de símbolos alquímicos. Las mujeres llevaban largos vestidos floreados y sombreritos adornados con cintas, mientras que los hombres vestían trajes color pastel. Call no pudo ver a nadie que conociera. Pasó ante un arbusto con la forma de un gran símbolo de fuego e intentó alejarse de la casa, donde había mucha gente.

Uno de los criados, un chico rubio que llevaba una bandeja llena de copas con lo que parecía champán, se apresuró a interceptar a Call.

—Perdone, señor, pero creo que le está buscando —le dijo el camarero, y con un gesto de la cabeza indicó la puerta, donde se hallaba Stebbins, que señalaba directamente a Call y hablaba enfadado con otro camarero.

—Conozco a Tamara —repuso Call, mirando alrededor desesperadamente—. Si pudiera hablar con ella…

—Me temo que esta fiesta es solo para invitados —contestó el camarero, que parecía compadecerse un poco de él—. Si no le importa acompañarme…

Por fin, Call vio a alguien que conocía.

Un chico asiático alto estaba en un pequeño grupo de gente de la edad de Call. Iba vestido con un impecable traje de lino de color crema y llevaba el cabello perfectamente peinado. Jasper de Winter.

—¡Jasper! —gritó Call, mientras agitaba la mano frenéticamente —. ¡Eh, Jasper!

Jasper lo miró y los ojos se le abrieron de la sorpresa. Fue hacia él. Llevaba un vaso de ponche en el que flotaban trozos de auténtica fruta. Call nunca se había sentido tan aliviado de ver a alguien. Comenzó a reconsiderar todo lo malo que siempre había pensado que era Jasper. Jasper era un héroe.

—Señor De Winter —dijo el camarero—. ¿Conoce a este chico?

Jasper tomó un sorbo del ponche y recorrió a Call con la mirada de arriba abajo, desde el cabello revuelto hasta las sucias zapatillas.

—No lo he visto nunca —contestó.

Todos sus pensamientos positivos sobre Jasper se evaporaron de golpe.

—Jasper, es mentira…

—Seguramente es uno de los chicos del pueblo que está intentando colarse aquí por alguna apuesta —comentó Jasper, y miró a Call con los ojos entrecerrados—. Ya sabes la curiosidad que sienten los vecinos por lo que ocurre en Las Tejas.

—Sin duda —murmuró el camarero. Su compasión había desaparecido y miraba a Call como si fuera un bicho flotando en el ponche.

—Jasper —dijo Call con los dientes apretados—, cuando volvamos a la escuela, te voy a matar por esto.

—Amenazas de muerte —repuso Jasper—. ¿Qué está pasando en este mundo?

El camarero ahogó una risita. Jasper sonrió de medio lado; sin duda estaba disfrutando.

—Parece un poco desharrapado —continuó Jasper—. Quizá deberíamos darle un pincho de gamba y algo de ponche de frutas antes de enviarlo de vuelta.

—Eso sería muy amable por su parte, señor De Winter —dijo el camarero, y Call ya estaba a punto de hacer algo, seguramente estallar, cuando de repente oyó una voz que gritaba su nombre.

—¡Call! ¡Call! ¡Call! —Era Tamara, apresurándose entre la multitud. Llevaba un vestido de seda floreado, y si hubiera llevado

un sombrerito de cintas, se le habría caído de como corría hacia él. Lucía el pelo libre de sus trenzas de siempre, y le caía rizado sobre la espalda. Se lanzó sobre Call y lo abrazó con fuerza.

Olía bien. Como a jabón de miel.

—Tamara —trató de decir, pero ella le abrazaba con tanta fuerza que lo único que le salió fue «Ouuufff». Le palmeó la espalda torpemente. *Estrago*, encantado de ver a Tamara, daba vueltas alrededor de ellos.

Cuando Tamara soltó a Call, el camarero los estaba mirando boquiabierto. Jasper se había quedado inmóvil, con una expresión fría en el rostro.

—Jasper, eres un burro —le dijo Tamara, con rotundidad—. Bates, Call es uno de mis mejores amigos. Está absolutamente invitado a la fiesta.

Jasper se volvió en redondo y se alejó. Call estaba a punto de gritarle algo insultante cuando *Estrago* comenzó a ladrar. Se lanzó hacia delante, demasiado rápido para que Call pudiera agarrarlo. Oyó que los otros huéspedes ahogaban un grito y exclamaban asustados mientras se alejaban del lobo. Entonces alguien gritó: «*¡Estrago!*», y la gente se apartó lo suficiente para que Call viera al lobo a dos patas, apoyado en el pecho de Aaron. Este sonreía y le acariciaba el pelaje.

El murmullo entre los huéspedes aumentó. La gente balbuceaba alarmada, algunos casi gritando.

—Oh, no —exclamó Tamara, mordisqueándose el labio.

—¿Qué pasa? —preguntó Call, que ya había comenzado a avanzar, con ganas de llegar junto a Aaron. Tamara lo agarró por la muñeca.

—*Estrago* es un lobo caotizado, Call, y se está subiendo encima del makaris. ¡Vamos!

Tamara tiró de él hacia delante y, sin duda, para Call era mucho más fácil abrirse camino entre la multitud con Tamara guiándolo como un remolcador. Los invitados gritaban y corrían en el otro sentido. Tamara y Call llegaron junto a Aaron justo cuando dos adultos muy elegantes, que parecían preocupados, se acercaban también: un hombre guapo vestido con un traje blanco hielo y una hermosa mujer de aspecto severo con el largo cabello negro adornado con flores. Sus zapatos, sin duda, habían sido

confeccionados por un mago del metal: parecían esculpidos en plata y tintineaban como campanas al caminar. Call no podía ni imaginarse lo caros que debían ser.

—¡Apártate! —soltó el hombre, y empujó a *Estrago*. No dejaba de ser un acto de valentía, pensó Call, aunque el único peligro que corría Aaron era el de ser ahogado a lametazos.

—Papá, mamá —consiguió decir Tamara, casi sin aliento—. ¿Recordáis que os hablé de *Estrago*? No hace nada. Es bueno. Es como… nuestra mascota.

Su padre la miró como si nunca le hubiera explicado una cosa así, pero su interrupción dio tiempo a Aaron para agacharse y coger a *Estrago* por el collar. Hundió los dedos en el pelaje del lobo y le acarició las orejas. *Estrago* sacó la lengua de puro placer.

—Es sorprendente cómo te obedece, Aaron. Se vuelve realmente manso —dijo la madre de Tamara sonriendo a Aaron con adoración.

El resto de los invitados habían comenzado a lanzar «oohs» y a aplaudir, como si Aaron hubiera realizado alguna especie de truco mágico, como si el que *Estrago* se comportara con normalidad fuera una señal de que su makaris triunfaría sobre las fuerzas de los caotizados.

Call, al lado de Tamara, se sintió invisible y eso le molestó. A nadie le importaba que *Estrago* fuera su perro y que se hubiera pasado el verano siendo realmente manso con él. A nadie le importaba que *Estrago* y él hubieran ido todos los viernes al parque durante los últimos dos meses y jugaran con el *frisbee* hasta que, accidentalmente, *Estrago* había partido el *frisbee* en dos de un mordisco; o que, una vez, *Estrago* hubiera lamido el cucurucho de helado de una niñita en vez de arrancarle toda la mano, como habría hecho si Call no le hubiera dicho que no, lo que era definitivamente un punto para él, porque un Señor del Mal nunca se habría comportado así.

A nadie le importaba a no ser que Aaron tuviera algo que ver. El perfecto Aaron, que llevaba un traje aún más impecable que el de Jasper y lucía un estúpido corte de pelo nuevo que hacía que le cayera el cabello sobre los ojos. Call se fijó, con cierta satisfacción, en que tenía manchas de huellas cerca de uno de los elegantes bolsillos de la chaqueta.

Sabía que no debía sentirse así. Aaron era su amigo. Y no tenía

familia, ni siquiera un padre que intentara matarle. Era bueno que a la gente le gustara Aaron. Significaba que *Estrago* podría quedarse en la fiesta y que alguien seguramente le prestaría treinta dólares sin armar demasiado revuelo.

Cuando Aaron sonrió a Call, se le iluminó todo el rostro, y él se obligó a devolverle la sonrisa.

—¿Por qué no buscas algo de ropa para tu amigo? —dijo la madre de Tamara, con un gesto divertido hacia Call—. Y, Stebbins, vaya a pagar el taxi en el que ha llegado el joven. Hace horas que el taxista está rondando por aquí. —Sonrió a Call. Este no sabía qué pensar de ella. Parecía amable y cariñosa, pero le pareció que había algo en su amabilidad que no era del todo real—. Pero date prisa en volver. Los encantamientos comenzarán pronto.

Aaron se llevó a *Estrago* a la casa.

—Yo le puedo prestar ropa a Call —dijo.

—Sí, ven y dinos qué ha pasado —añadió Tamara, encabezando la marcha—. No es que no me alegre de verte, pero ¿qué estás haciendo aquí? ¿Por qué no has llamado para decir que venías?

—¿Es por tu padre? —preguntó Aaron, con una mirada de compasión.

—Sí —contestó Call, lentamente. Atravesaron la enorme puerta de vidrio y el vestíbulo embaldosado en mármol, lleno de elegantes alfombras de colores. Mientras subían por una elegante y maravillosa escalera de hierro, Call fue inventándose la historia de como Alastair le había prohibido volver al Magisterium. Esa parte era cierta; Tamara y Aaron sabían que Alastair siempre había odiado la idea de que Call fuera a la escuela de magia. Era posible embellecerla hasta convertirla en la razón por la que habían tenido una gran bronca e incluso en la razón por la que Call había temido que su padre fuera a encerrarlo en el sótano y dejarlo allí. Añadió que Alastair odiaba a *Estrago* y era malo con él, para ganarse simpatía extra.

Cuando acabó, casi se había convencido a sí mismo de que todo eso era cierto. Parecía una historia mucho más creíble que la verdad.

Tamara y Aaron fueron asintiendo en señal de aprobación y le hicieron docenas de preguntas, así que casi suspiró aliviado cuando Tamara les dejó para que Call se cambiara. Se llevó a *Estrago* con

ella. Call siguió a Aaron al cuarto donde este se alojaba y se tiró sobre la enorme cama que había en el centro. Las paredes estaban cubiertas de objetos antiguos de aspecto muy caro, y el chico sospechó que Alastair hubiera hasta matado por ponerles las manos encima: grandes placas de metal repujado, azulejos con dibujos angulosos y trozos de brillante seda y metal enmarcados. Unos enormes ventanales daban al jardín de abajo. Había una gran lámpara de araña de la que colgaban cristales azules en forma de campanas sobre la cama.

—Vaya casa, ¿no? —comentó Aaron, que claramente aún seguía deslumbrado. Fue hasta un imponente armario de madera en un rincón y lo abrió. Sacó unos pantalones blancos, una chaqueta y una camisa, y se los llevó a Call—. ¿Qué? —dijo con timidez cuando Call no se movió para cogerlos.

Call se dio cuenta de que se había quedado mirándolo fijamente.

—No me dijiste que vivías en casa de Tamara.

Aaron se encogió de hombros.

—Es raro.

—¡Eso no quiere decir que tenga que ser un secreto!

—No era un secreto —respondió Aaron molesto—. Es que no te lo había podido contar.

—Ni siquiera pareces tú —soltó Call mientras cogía la ropa.

—¿Qué quieres decir? —Aaron parecía sorprendido, y Call no entendía cómo podía estarlo. Nunca lo había visto con una ropa tan elegante como la que llevaba en ese momento, ni siquiera cuando lo habían declarado el makaris delante de todo el Magisterium y la Asamblea. Sus zapatos nuevos seguramente costaban cientos de dólares. Estaba bronceado y sano. Olía a loción de afeitado aunque no necesitaba afeitarse. Probablemente se había pasado todo el verano corriendo por el jardín con Tamara y comiendo cosas muy sanas. Nada de pizza para el makaris—. ¿Te refieres a la ropa? —Aaron se tiró del traje, cohibido—. Los padres de Tamara insistieron en que lo aceptara. Y me sentía muy raro paseándome por aquí con tejanos y camiseta cuando todos los demás siempre parecen tan…

—¿Ricos? —concluyó Call—. Bueno, al menos tú no te presentaste en pijama.

Aaron sonrió.

—Siempre has sabido cómo hacer una buena entrada —bromeó.

Call supuso que estaba pensando en cuando se conocieron durante la Prueba de Hierro y a Call le había caído encima toda la tinta de una pluma.

El chico cogió la ropa y fue al cuarto de baño a cambiarse. Como había sospechado, le quedaba demasiado grande. Aaron tenía mucho más músculo que él. Se conformó con doblarse las mangas de la chaqueta casi hasta los codos y pasarse los dedos mojados por el pelo hasta que ya no le quedó de punta.

Cuando volvió al dormitorio, Aaron se hallaba junto a la ventana, mirando hacia el jardín. Había una gran fuente en medio de la hierba; algunos niños se habían reunido alrededor y tiraban puñados de alguna sustancia que hacía que el agua se iluminara de diferentes colores.

—¿Y te gusta estar aquí? —preguntó Call, haciendo todo lo posible por no parecer resentido. Aaron no tenía la culpa de ser el makaris; no tenía la culpa de nada.

Aaron se apartó el cabello rubio del rostro. La piedra negra en la muñequera que llevaba, la que significaba que podía trabajar la magia del caos, destelló.

—Sé que no estaría aquí si no fuera el makaris —dijo, casi como si supiera lo que Call estaba pensando—. Los padres de Tamara son amables. Muy amables. Pero estoy seguro que de no sería así si yo solo fuera el Aaron Stewart de alguna casa de acogida. Es bueno para ellos, políticamente, estar cerca del makaris. Incluso si este solo tiene trece años. Me dijeron que me podía quedar todo el tiempo que quisiera.

Call notó que su resentimiento comenzaba a deshacerse. Se preguntó cuánto habría tenido que esperar Aaron para oír eso, que se podía quedar en un sitio todo el tiempo que quisiera. Pensó que seguramente habría sido mucho tiempo.

—Tamara es tu amiga —dijo—. Y no por política ni por quién eres. Era tu amiga antes de que nadie supiera que eres el makaris.

Aaron le lanzó una sonrisa.

—Y tú también.

—Creía que estabas bien —concedió Call, y Aaron le sonrió otra vez.

—Es que ser el makaris en la escuela significaba una cosa —explicó Aaron—. Pero este verano, todo ha sido hacer trucos y

asistir a fiestas como esta. Que me presentaran a un montón de gente y que todos estuvieran realmente impresionados de conocerme y me trataran como si fuera especial. Es… divertido. —Tragó saliva—. Sé que, cuando me enteré, no quería ser el makaris, pero no puedo evitar sentir que mi vida podría ser genial. Es decir, si no fuera por el Enemigo. ¿Es malo sentirse así? —Escrutó el rostro de Call—. Solo te lo puedo preguntar a ti. Nadie más me dará una respuesta sincera.

Y sin más, el resentimiento de Call desapareció. Recordó a Aaron sentado en el sofá de su habitación en la escuela, pálido e impresionado después de que lo arrastraran delante de todo el Magisterium para que los Maestros anunciaran que él era la gran esperanza que los lideraría contra el Enemigo.

Call sabía que sí había un enemigo. Solo que no era quien ellos creían. Había gente que quería que Aaron muriera, y no iban a detenerse. A no ser que el Enemigo les dijera que se detuvieran…

Si él era el Enemigo, bueno, entonces Aaron estaba a salvo, ¿no? Si el Maestro Joseph necesitaba a Call para organizar un ataque, entonces el Maestro Joseph no iba a tener suerte. Él nunca haría nada que hiciera daño a sus amigos. Porque tenía amigos. Era algo que sin duda los Señores del Mal no tenían, ¿verdad?

De repente, pensó en su padre tirado en el suelo, inconsciente. Tampoco habría pensado nunca que haría daño a su padre.

—No es malo que ser el makaris sea divertido —contestó Call finalmente—. Debes pasarlo bien. Mientras no olvides que «si no fuera por el Enemigo»… es un detalle muy importante.

—Lo sé —contestó Aaron en voz baja.

—Y mientras no se te suban los humos a la cabeza. Pero no tienes que preocuparte por eso, porque nos tienes a Tamara y a mí para recordarte que sigues siendo el mismo pringado de antes.

Aaron le sonrió de medio lado.

—Gracias.

Call no estaba seguro de si Aaron estaba siendo sincero o sarcástico. Iba a preguntárselo cuando Tamara abrió la puerta de golpe y los miró.

—¿Habéis acabado, chicos? Call, de verdad ¿tanto tardas en vestirte?

—Ya estamos listos —contestó Aaron, mientras se apartaba de la

ventana.

Afuera, Call podía ver magia centelleando por el jardín.

CAPÍTULO CUATRO

Call comprendió por qué los chavales del vecindario querrían colarse en la fiesta. Cuando atravesó de nuevo las puertas con Tamara y Aaron, y un *Estrago* recién cepillado y con una correa nueva, captó la magnitud de la fiesta y se quedó asombrado.

Las mesas, cubiertas de manteles, estaban llenas de bandejas de comida: pequeñas salchichas de pollo enrolladas en hojaldre; fruta cortada en forma de lunas, estrellas y soles; ensaladas de hierbas y tomates confitados; piezas de queso cremoso tostado; pinchos de gambas; cebolletas y atún asados; moldes de gelatina con trozos de carne suspendidos en ella, y unas bolitas negras muy pequeñas metidas en latas heladas sobre boles de hielo, que Call pensó que seguramente eran caviar.

Esculturas de mantícoras del tamaño de un león agitaban sus alas cristalinas y generaban una fresca brisa; ranas de hielo saltaban

de mesa en mesa, y un barco pirata de hielo cruzó el cielo antes de caer convertido en cubitos. En la mesa central, de una fuente de hielo manaba ponche rojo en vez de agua. Cuatro pavos reales de hielo estaban posados en los bordes de la escultura, y con sus relucientes garras servían la bebida en vasos de hielo a los invitados.

Junto al banquete había una fila de setos recortados artísticamente en diferentes formas: flores, símbolos, dibujos y letras. Flores brillantes rodeaban cada tronco, pero lo más espectacular era una glorieta arqueada con una catarata de fuego líquido. Llameaba y chisporroteaba sobre la hierba, donde niñas descalzas vestidas de fiesta corrían de un lado a otro recibiendo chispas en las manos, que luego les recorrían de arriba abajo la piel sin, al parecer, quemarlas. Como para dejarlo claro, había un cartel colgado en el aire sobre la cascada. Decía: Niños, por favor, jugad con el fuego.

A Call también le apetecía correr de un lado a otro bajo el fuego, pero no estaba seguro de si se le permitiría hacerlo o si solo era para los niños pequeños. *Estrago* metió el morro entre la hierba en busca de restos de comida caídos. Tamara le había atado un lazo rosa al cuello. Call se preguntó si *Estrago* se sentiría humillado; no lo parecía.

—¿Has estado en fiestas como esta todo el verano? —le preguntó Call a Aaron.

Su amigo parecía un poco incómodo.

—Más o menos.

—Yo he estado en fiestas como esta toda mi vida —repuso Tamara, mientras tiraba de ellos—. Solo son fiestas. Enseguida se vuelven aburridas. Pero los encantamientos sí que son guay, no os los podéis perder.

Pasaron los setos recortados y la cascada de fuego, más allá de las mesas y de los grupos de invitados, hasta llegar a una explanada ancha, donde se había reunido un pequeño grupo. Call vio que eran magos, y no solo por la sutiles pulseras que les brillaban en la muñeca sino también por su aire de seguridad y poder.

—¿Qué va a pasar? —preguntó Call.

Tamara sonrió de medio lado.

—Los magos van a presumir.

Como si la hubiera oído, uno de los magos, un hombre compacto con la piel marrón claro, alzó la mano.

La zona alrededor de los magos empezó a llenarse cuando el señor y la señora Rajavi avisaron al resto de los invitados.

—Ese es el Maestro Cameron —susurró Tamara, mirando al mago, al que le habían comenzado a brillar las manos—. Da clases en el Collegium. Hace los mejores trucos con…

De repente, una ola se alzó de la mano del mago. Era como si la hierba se hubiera convertido en un mar, inducida a producir un maremoto. Creció y creció y creció, hasta que se alzó muy por encima de ellos, oscureciendo la fiesta. Era lo suficientemente grande para aplastar la casa e inundar las tierras. Call tomó aire.

El ambiente olía a salmuera. Dentro de la ola veía cosas moviéndose. Anguilas y tiburones que cerraban con fuerza los dientes. Un rocío salado le regó el rostro mientras toda la ola caía… y desaparecía.

Todos comenzaron a aplaudir. Call habría aplaudido también, de no haber estado sujetando la correa de *Estrago* con una mano. *Estrago* gemía y se olisqueaba el pelo. No le gustaba nada estar mojado.

—Agua —concluyó Tamara riendo—. Una vez, cuando hacía mucho calor, creó un enorme rociador junto a la piscina. Todos estuvimos corriendo a través de él, hasta Kimiya.

—¿Qué quieres decir con «hasta Kimiya»? —dijo una voz en tono de broma—. ¡Me gusta el agua tanto como a cualquiera! —La hermana mayor de Tamara, con un vestido dorado y sandalias, había aparecido detrás de ellos.

E iba cogida de la mano de Alex Strike, que comenzaría su cuarto año en el Magisterium y era el ayudante habitual del Maestro Rufus. Este iba vestido con unos tejanos y una camiseta, con la pulsera de bronce en la muñeca, porque aún no había recibido la de plata. Sonrió a Call.

—Eh, chavalillo —le saludó.

Call sonrió un poco incómodo. Alex siempre había sido amable con él, pero no sabía que estuviera saliendo con la hermana de Tamara. Kimiya era muy guapa y popular, y cuando la tenía cerca, Call siempre se sentía como si fuera a caerse o a comenzar a arder en llamas. Tenía sentido que dos personas populares salieran juntas,

pero también le hacía a él más consciente de un montón de cosas: de su cojera, de su cabello revuelto, de que estaba allí con la ropa prestada de Aaron.

El Maestro Cameron acabó su exhibición con una floritura: gotas brillantes corrieron hacia los invitados. Todos chillaron, esperando mojarse, pero el agua se evaporó a unos cuantos palmos de la cabeza de la gente y se transformó en hilillos de vapor de colores. El señor y la señora Rajavi iniciaron el aplauso mientras otro mago se adelantaba: una mujer alta con una magnífica corona de pelo gris. Call reconoció a la mujer que había pasado ante él en la entrada.

—Anastasia Tarquin —informó Tamara en un susurro—. Es la madrastra de Alex.

—Así es —confirmó Alex. La observaba con expresión neutra. Call se preguntó si le caería bien. Cuando Call era más pequeño, había deseado que su padre volviera a casarse para poder tener una madrastra; parecía mejor que no tener ninguna madre. Solo años después se había parado a pensar en qué hubiera pasado si su padre se hubiera casado con alguien que a él no le gustara.

Anastasia Tarquin alzó ambas manos en un gesto imperioso, sujetando unas pequeñas barritas de metal en cada una. Cuando las soltó, se alinearon en el aire frente a ella, y una comenzó a vibrar, emitiendo una única nota musical perfecta. Call dio un bote, sorprendido.

Alex lo miró.

—Guay, ¿eh? Cuando dominas el metal, puedes hacerlo vibrar en la frecuencia que quieras.

Las otras barritas ya estaban temblando; cada una de ellas como si tocara una cuerda de guitarra, produciendo un torrente de música. A Call le gustaba la música tanto como a cualquiera, pero nunca antes había pensado realmente en ella, en cómo la magia alquímica podía emplearse no solo para construir y defender, o para atacar y luchar, sino para crear arte. La música era como la lluvia rompiendo el aire húmedo; le hizo pensar en cascadas y en nieve, y en masas de hielo flotante en medio del océano.

Cuando la última nota se perdió en el aire, los rodillos de metal cayeron al suelo y se fundieron en la tierra como lluvia hundiéndose en el barro. La señora Tarquin hizo una reverencia y retrocedió en medio de una gran ovación. Al apartarse, guiñó el ojo

en la dirección de Alex. Quizá sí que se llevaran bien, después de todo.

—Y ahora —anunció el señor Rajavi—, quizá nuestro propio makaris, Aaron Stewart, sea tan amable de hacernos una demostración de la magia del caos.

Call notó que Aaron se tensaba a su lado mientras todo el mundo aplaudía con entusiasmo. Tamara se volvió hacia Aaron y le dio unas palmaditas en el hombro. Él la miró durante un segundo, mordiéndose el labio, antes de erguirse y dirigirse al centro del círculo de los magos.

Allí en medio parecía muy pequeño.

«Hacer trucos y asistir a fiestas». Eso era lo que Aaron le había dicho, pero Call no había pensado que se tratara de auténticos trucos. No tenía ni idea de qué podía hacer un mago del caos que fuera bonito o artístico. Recordaba la oscuridad sinuosa y devoradora en la que los otros lobos caotizados habían desaparecido; recordaba el elemental del caos lleno de bocas húmedas y anchas. Se estremeció con una sensación que era en parte temor y en parte expectación.

Aaron alzó las manos con los dedos muy separados. La oscuridad se revolvió alrededor de ellos.

Un murmullo apagado corrió entre la multitud, mientras más gente se unía y miraba a su makaris y a las sombras que crecían a su alrededor. La magia del caos procedía del vacío, venía de la nada. Era la creación y la destrucción unidas en una, y Aaron la dominaba.

Por un momento, Call tuvo un poco de miedo.

Las sombras se convirtieron en las formas gemelas de dos elementales del caos. Eran criaturas finas y alargadas que parecían galgos formados totalmente de oscuridad, más pequeños de lo que había sido el de la guarida del Maestro Joseph. Aun así, los ojos les brillaban con la locura del vacío.

La multitud ahogó un grito colectivo. Tamara se agarró al brazo de Call.

Por su parte, él estaba boquiabierto. Eso no parecía un truco. Esas cosas parecían peligrosas. Miraban a la gente como si lo único que quisieran fuera devorar a todos los espectadores y limpiarse los dientes con las personas que quedaban junto a la comida.

Comenzaron a deslizarse sinuosamente sobre la hierba.

«Muy bien, Aaron —pensó Call—. Hazlos desaparecer. Desinvócalos. Haz algo».

Aaron alzó la mano. Hilos de oscuridad le fueron surgiendo en espiral de los dedos. Tenía las cejas fruncidas en un rictus de concentración. Tendió la mano…

Estrago comenzó a ladrar como un loco y sobresaltó tanto a Call como a Aaron. Call vio el momento en que Aaron perdía la concentración y cómo las sombras se le desvanecían de los dedos.

Fuera lo que fuese que pensaba hacer, no sucedió. En vez de eso, los elementales del caos saltaron al aire, hacia la madre de Tamara. A esta se le salieron los ojos de las órbitas y se quedó boquiabierta de asombrado terror. Extendió una mano y el fuego le surgió del centro de la palma.

Aaron cayó de rodillas y extendió con decisión ambas manos. La oscuridad estalló hacia fuera y rodeó a uno de los elementales. La criatura desapareció, junto con su gemelo. Los elementales del caos habían desaparecido, deshechos en trozos de sombras que se fundían bajo el sol. Call volvió a ser consciente de que era un día de verano, un día de verano con una elegante fiesta en el jardín. No estaba seguro de si habían corrido verdadero peligro.

Todos comenzaron a reír y a aplaudir. Incluso la señora Rajavi parecía maravillada.

Call se volvió hacia Tamara.

—¿Qué ha sido eso?

A ella le brillaban los ojos.

—¿Qué quieres decir? ¡Ha hecho un trabajo magnífico!

—¡Podrían haberle matado! —masculló Call con los dientes apretados, y se detuvo antes de añadir que, probablemente, también habrían matado a su madre. Aaron volvía a estar de pie y se abría paso entre la gente hacia ellos. No avanzaba muy rápido, ya que todo el mundo parecía querer acercarse a él para tocarle, felicitarle y darle palmaditas en la espalda.

Tamara se burló de él.

—Solo era un truco de fiesta, Call. Todos los otros magos estaban allí. Habrían intervenido si algo hubiera ido mal.

Call notó el sabor a cobre de la rabia en el fondo de la boca. Sabía, y Tamara también, que los magos no eran infalibles. No

siempre intervenían a tiempo para parar algo. Nadie había mediado para detener a Constantine Madden cuando llevó su magia del caos tan lejos que mató a su hermano y casi destruye el Magisterium. Él mismo resultó tan herido y mutilado por lo sucedido que después siempre llevó una máscara para cubrirse el rostro.

Debía de haber odiado su aspecto.

Call alzó la mano para tocar la intacta piel de su rostro justo cuando Aaron llegó junto a ellos, enrojecido y con cara de loco.

—¿Podemos ir a sentarnos a algún lado? —preguntó, en voz lo suficientemente baja como para que no le oyera la gente—. Necesito recuperar el aliento.

—Claro. —Call se colocó un poco por delante de Aaron y se inclinó hacia *Estrago*—. Llévame hacia la fuente —le susurró al lobo, y *Estrago* tiró de él hacia delante. La gente se apartaba rápidamente para dejar pasar a *Estrago*, y Call, Tamara y Aaron lo siguieron. Call sabía que Alex los miraba comprensivo, aunque Kimiya ya estaba prestando atención al siguiente truco de magia.

Chispas de colores se alzaron en el aire a su espalda mientras ellos rodeaban un seto con forma de escudo y descubrían una fuente. Era redonda, de piedra amarilla y tenía un aire a viejo que hizo pensar a Call que debían de haberla traído de algún otro sitio lejano. Aaron se sentó en el borde y se pasó las manos por el cabello, rubio y ondulado.

—No me gusta nada este corte de pelo —comentó.

—Está bien —dijo Call.

—No lo dices en serio —replicó Aaron.

—No mucho —contestó Call, y dedicó a Aaron lo que esperaba que fuera una sonrisa de apoyo. Aaron parecía preocupado. Quizá la sonrisa no hubiera sido de tanto apoyo—. ¿Estás bien?

Aaron respiró hondo.

—Es que…

—¿Habéis oído? —dijo una voz de adulto que les llegó flotando en el aire, a través de las hojas. Era profunda y grave; Call la había oído antes—. Alguien entró en el Collegium la semana pasada. Intentaron robar el Alkahest.

Call y Aaron se miraron, y luego miraron a Tamara, que se había quedado muy quieta. Esta se llevó un dedo a los labios para que no hicieran ruido.

—¿Alguien? —preguntó una voz de mujer—. Quieres decir los esbirros del Enemigo. ¿Quién si no? Quiere iniciar una nueva guerra.

—Ningún Alkahest roto le va a salvar mientras nuestro makaris esté entrenado y preparado —fue la réplica.

—Pero si es capaz de repararlo, la tragedia de Verity Torres podría repetirse —advirtió una tercera voz, la de un hombre, tensa y nerviosa—. Nuestro makaris es joven, como lo era ella. Necesitamos tiempo. El Alkahest es demasiado poderoso para que nos tomemos a la ligera cualquier intento de robarlo.

—Lo van a trasladar a un lugar donde se pueda defender mejor. —De nuevo la voz de la mujer—. No deberían haberlo exhibido para empezar.

—Hasta que estemos convencidos de que está seguro, nuestra mayor prioridad debe ser la seguridad de nuestro makaris —dijo el que había hablado primero.

Aaron se había quedado inmóvil. El agua que caía en la fuente resonaba con fuerza en los oídos de Call.

—Pensaba que tener al makaris por aquí nos hacía estar seguros a nosotros —repuso la voz nerviosa—. Si estamos ocupados protegiéndole, ¿quién nos protegerá a nosotros?

Call se puso de pie, movido por la idea de que estaban a punto de oír a uno de los magos decir algo malo sobre Aaron. Algo incluso peor que especulaciones sobre los planes del Enemigo para matarle.

Call quiso decirle a Aaron que estaba casi seguro de que el Enemigo de la Muerte no había intentado robar el Alkahest, fuera eso lo que fuese, y que, en ese momento, no estaba planeando nada peor que vengarse de Jasper.

Claro que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo el Maestro Joseph. Así que quizá sí fueran los esbirros del Enemigo de la Muerte los que estuvieran detrás del intento de robo, lo que no era nada reconfortante. El Maestro Joseph tenía suficiente poder por sí solo. Llevaba trece años arreglándoselas sin Constantine Madden, por mucho que hubiera dicho que necesitaba a Call.

—Vamos —dijo Tamara en voz muy alta, y agarró a Aaron por el brazo para hacer que se pusiera de pie. Debía haber pensado lo mismo que Call—. Me muero de hambre. Vamos a comer algo.

—Claro —repuso Aaron, aunque Call veía que no estaba

demasiado convencido. Sin embargo, siguió a Call y a Tamara hasta la mesa del bufé y los observó mientras Call llenaba tres platos con montañas de gambas y cebolletas, salchichas y queso.

La gente seguía acercándose a Aaron para felicitarle por su control de los elementales del caos, y para invitarle a cosas o contarle alguna historia sobre su participación en la última guerra. Aaron era educado, y asentía atento hasta cuando le contaban las más aburridas anécdotas.

Call preparó un plato de queso para Tamara, sobre todo porque estaba seguro de que los Señores del Mal no preparaban platos de queso para otra gente. A los Señores del Mal no les importaba que sus amigos tuvieran hambre.

Tamara cogió el plato, se encogió de hombros y se comió un albaricoque seco que también le había puesto.

—Esto es tan aburrido… —susurró—. No puedo creer que Aaron no se haya muerto ya de aburrimiento.

—Tenemos que hacer algo —sugirió Call, mientras lanzaba una gamba rebozada al aire y la atrapaba con la boca—. Las personas como Aaron se comportan muy bien hasta que de repente estallan y hacen desaparecer a algún pesado en el vacío.

—Eso no es cierto —exclamó Tamara, poniendo los ojos en blanco—. Quizá tú lo hicieras, pero Aaron no.

—¿Ah, no? —Call alzó una ceja—. Mírale bien la cara y repíteme eso.

Tamara observó a Aaron durante un buen rato. Estaba atrapado en una conversación con un viejo mago delgaducho vestido con un traje rosa, y parecía tener los ojos vidriosos.

—Muy bien. Ya sé adónde podemos ir.

Dejó el plato que Call le había preparado y agarró a Aaron por la manga. Él se volvió hacia ella, sorprendido, y luego se encogió de hombros, con resignación, mirando al adulto que le hablaba mientras Tamara lo arrastraba hacia la casa, apartándolo de la conversación.

Call dejó su plato a medio acabar sobre una barandilla de piedra y se apresuró a ir tras ellos. Tamara le dedicó una sonrisa astuta y pícara mientras metían a Aaron en la casa, con *Estrago* trotando detrás.

—¿Adónde vamos? —preguntó Aaron.

—Sígueme. —Tamara los llevó por la casa hasta que llegaron a una biblioteca con hileras de libros lujosamente encuadernados. Ventanas con parteluz en las que había vidrios de diferentes colores dejaban pasar brillantes rayos de sol, y gruesas alfombras rojas cubrían el suelo. Tamara cruzó la sala hacia una enorme chimenea. A cada lado había una urna de piedra, tallada en ágata multicolor. Ambas tenían una palabra inscrita.

Tamara agarró la primera y la giró hasta que la palabra quedó frente a ellos. *Prima*. Fue hasta la segunda y la giró hasta que también los enfrentó. *Materia*.

Call sabía que *Prima materia* era un término alquímico. Se refería a la primera sustancia del mundo, de la que todo lo que no fuera el caos, la tierra, el aire, el fuego, el agua, el metal y el alma, provenía.

Se oyó un chasquido seco y una sección de la pared se abrió dejando ver un pasadizo de piedra bien iluminado.

—¡Guau! —exclamó Call.

No sabía muy bien adónde había esperado que Tamara les llevara; quizá a su habitación, o a un rincón tranquilo de la casa. Pero lo que seguro que no pensaba ver era una puerta secreta.

—¿Cuándo ibas a contarme esto? —preguntó Aaron—. ¡Llevo un mes viviendo aquí!

Tamara parecía encantada de haberle ocultado ese secreto.

—Se supone que no se lo debo enseñar a nadie. Tienes suerte de verlo ahora, makaris.

Aaron le sacó la lengua.

Tamara rio y se inclinó para entrar en el pasadizo; luego se irguió para coger una de las antorchas que había en la pared. Tenía un color dorado verdoso intenso y soltaba un leve olor a azufre. Tamara comenzó a caminar por el corredor, pero se detuvo al darse cuenta de que los chicos no la seguían. Chasqueó los dedos, y los rizos se le balancearon.

—Vamos —dijo—. Moveos, tortugas.

Los chicos se miraron, se encogieron de hombros y fueron tras ella.

Mientras caminaba, con *Estrago* junto a ellos, Call se dio cuenta de por qué los pasadizos eran tan estrechos: corrían por toda la casa como venas junto a los huesos, y así se podía espiar a cualquiera

que estuviera en una de las salas públicas. A intervalos irregulares, había pequeñas trampillas que se abrían a lo que parecían ser conductos de ventilación, cubiertos con unas rejillas de hierro.

Call abrió una y vio la cocina, donde el servicio estaba preparando jarras frescas de limonada de agua de rosas y colocando cuadraditos de atún en hojas que cubrían unas grandes bandejas de cristal. Abrió otro y vio a Alex y a la hermana de Tamara acurrucados en un pequeño sofá junto a las estatuas de bronce de dos galgos. Mientras miraba, Alex besó a Kimiya.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Tamara, a media voz.

—¡Nada! —Call cerró la trampilla. Fue un poco más allá sin sucumbir a la tentación, pero se detuvo cuando oyó a los padres de Tamara. La señora Rajavi decía algo sobre los invitados de la fiesta. Call sabía que debía seguir a su amiga, pero le tentaba mucho escuchar.

Aaron se detuvo y se volvió para mirarle. Call le hizo un gesto de que se acercara, y los dos chicos fueron junto a él ante la puertecita. La abrieron en silencio con dedos ágiles y todos miraron.

—Quizá no deberíamos… —comenzó Tamara, pero la curiosidad pareció vencer sus objeciones a media frase. Call se preguntó cuán a menudo haría Tamara eso sola y de cuántos secretos se habría enterado de esa manera.

Sus padres estaban en su estudio, con una mesa de caoba entre ellos. O igual era un tablero de ajedrez, aunque Call no veía los alfiles, torres y peones; en vez de eso, había formas que no reconocía.

—… Anastasia, claro —concluyó el señor Rajavi. Los chicos habían comenzado a oírles a media frase.

La señora Rajavi asintió con la cabeza.

—Claro. —Cogió un vaso vacío de una bandeja de plata y, mientras los chicos miraban, este se llenó de un líquido pálido—. Me gustaría que hubiera alguna manera de no invitar a los De Winter a estas cosas. Esa familia cree que si fingen durante suficiente tiempo que seguimos en los días gloriosos de la empresa mágica, quizá nadie se fije en lo deshilachada que se ha quedado su ropa o su conversación. Gracias al cielo que Tamara comenzó a distanciarse de su hijo en cuanto comenzó la escuela.

El señor Rajavi soltó un bufido.

—Los De Winter aún tienen amigos en la Asamblea. No sería conveniente prescindir de ellos completamente.

Aaron parecía decepcionado de que solo estuvieran cotilleando, pero Call estaba encantado. Los padres de Tamara eran increíbles, decidió. Cualquiera que quisiera dejar a Jasper fuera de una fiesta era de sobresaliente para él.

La señora Rajavi hizo una mueca.

—Están tratando de poner a su integrante más joven en el camino del makaris. Seguramente con la esperanza de que si se hacen amigos, parte de la gloria le alcanzará, y a la familia por extensión.

—Por lo que ha dicho Tamara, Jasper no ha conseguido ganarse el aprecio de Aaron —aseguró el señor Rajavi secamente—. No creo que tengas que preocuparte por nada, querida. Tamara es la que está en el grupo de aprendices con Aaron, no Jasper.

—Y Callum Hunt, claro. —La madre de Tamara tomó un sorbo de su vaso—. ¿Qué piensas de él?

—Se parece a su padre. —El señor Rajavi frunció el ceño—. Una pena lo de Alastair Hunt. Era un mago del metal muy prometedor mientras estudiaba con el Maestro Rufus.

Call se quedó helado. Aaron y Tamara lo miraban inquietos mientras el señor Rajavi continuaba.

—La muerte de su mujer en la Masacre Fría lo volvió loco, según dicen. Va por ahí sin usar la magia, echando a perder su vida. Aun así, no hay ninguna razón para que no aceptemos a su hijo. El Maestro Rufus debe de haber visto algo en él, si lo ha escogido como su aprendiz.

Call notó la mano de Tamara en el brazo, que lo apartaba de la mirilla. Aaron la cerró tras ellos y todos juntos siguieron por el pasadizo, Call con los dedos hundidos en el pelaje de *Estrago* en busca de consuelo. Notaba un pequeño nudo en el estómago, y se sintió aliviado cuando llegaron a una estrecha puerta, que se abrió hacia lo que parecía otro estudio.

La luz dorado-verdosa de la antorcha dejaba ver cómodos sofás en el centro de la sala, una mesita de café y un escritorio. En la pared había una estantería, pero los tomos que se guardaban ahí no eran los antiguos volúmenes de hermosa encuadernación que Call había visto en la biblioteca. Estos parecían más viejos, con más

polvo y más gastados. Faltaban unos cuantos lomos. Algunos eran solo manuscritos atados con cuerdas manchadas.

—¿Para qué es este lugar? —preguntó Call mientras *Estrago* saltaba sobre uno de los sofás, daba un par de vueltas en redondo y se dejaba caer en posición de siesta.

—Reuniones secretas —contestó Tamara con los ojos brillantes —. Mis padres creen que no lo conozco, pero no es así. Hay libros sobre técnicas mágicas peligrosas, y todo tipo de archivos de hace muchos años. Hubo un tiempo en que a los magos les estaba permitido ganar dinero con la magia, y tenían grandes negocios. Luego, aprobaron las Leyes de Empresa. Dejó de autorizarse el uso de la magia para hacer dinero en el mundo normal. Algunas familias lo perdieron todo.

Call se preguntó si habría sido eso lo que le había pasado a la familia de Jasper. Se preguntó también si la familia Hunt habría ganado dinero de esa manera… o si lo habría hecho la de su madre. Se dio cuenta de que no sabía casi nada de ellas.

—¿Y cómo consiguen dinero los magos? —preguntó Aaron mientras miraba a todos lados, pensando sin duda en la enorme propiedad.

—Pueden trabajar para la Asamblea o pueden conseguir un trabajo normal —explicó Tamara—. Pero si tenías dinero antes, podías invertirlo.

Call se preguntó cómo habría conseguido su fortuna Constantine Madden. Supuso que habría considerado que las Leyes de Empresa no le atañían, ya que estaba en guerra contra los otros magos. Lo que llevaba a Call de nuevo a la razón por la que había ido a casa de Tamara.

—¿Crees que alguno de los invitados a la fiesta volverá después al Magisterium? —preguntó—. Quizá alguien podría llevarme.

—¿Llevarte? ¿Al Magisterium? Pero allí no hay nadie —exclamó Aaron.

—Tiene que haber alguien —insistió Call—. Y yo tengo que meterme en algún sitio. No puedo volver a casa.

—No esas ridículo —replicó Tamara—. Puedes quedarte aquí hasta que empiece la escuela. Podemos nadar en la piscina y practicar magia. Ya lo he arreglado con mis padres. Te hemos preparado una habitación y todo lo necesario.

Call le acarició la cabeza a *Estrago*. El lobo ni abrió los ojos.

—¿No crees que a tus padres les importe?

Tamara negó con la cabeza.

—Están encantados de tenerte aquí —dijo en una voz que dejaba muy claro que tenían más buenas razones para acoger a Call que malas.

Era un sitio donde quedarse. Y, en realidad, no habían dicho nada malo sobre él. Pensaban que el Maestro Rufus debía de haberlo escogido por alguna razón.

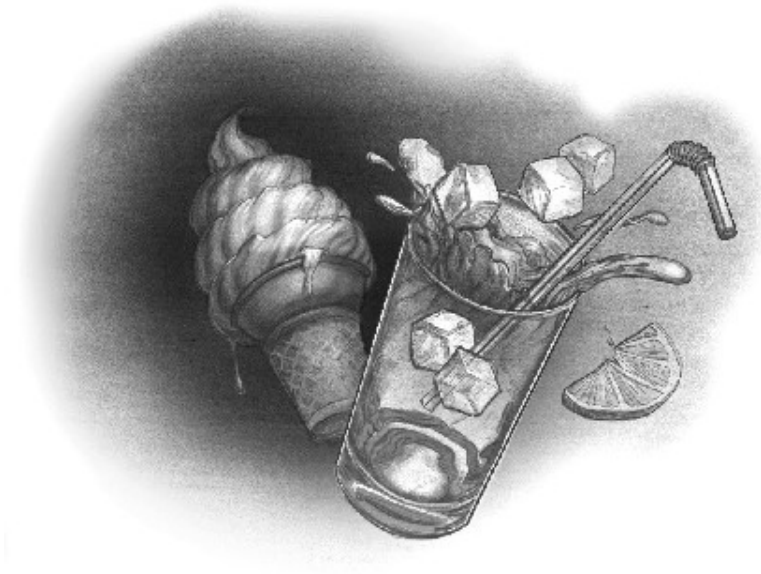
—Puedes llamar a Alastair —sugirió Aaron—. Para que no se preocupe, me refiero; aunque no quiera que vuelvas al Magisterium, querrá saber que estás bien.

—Sí, claro —contestó Call, pensando en su padre tirado contra la pared del almacén. Se preguntó hasta qué punto estaría dispuesto a ir detrás de él para matarle—. Quizá mañana. Después de que descubramos más trapos sucios de Jasper. Y nos comamos todo lo que queda del bufé. Y nademos en la piscina.

—Y también podemos incluir un poco de práctica de magia —añadió Aaron sonriendo de medio lado—. El Maestro Rufus no sabe la que le espera. Pasaremos la Segunda Puerta antes que nadie.

—Mientras sea antes que Jasper… —repuso Call, y Tamara rio.

Estrago se puso patas arriba, roncando suavemente.



CAPÍTULO CINCO

Pasar el día en Las Tejas dio a Call una nueva visión de lo que representaba ser rico.

Una campana lo despertaba por las mañanas para el desayuno, que se comía en una amplia sala soleada que daba al jardín. Los padres de Tamara tomaban un desayuno ligero que consistía en pan y yogur, pero eso no les impedía poner un gran surtido de comida para sus invitados. Había zumo de naranja recién exprimido y comida caliente, como huevos y tostadas, en vez de cereales secos y leche. La mantequilla se servía en pequeñas porciones cremosas, y no en un bloque lleno de migas que se sacaba comida tras comida. *Estrago* tenía sus propios boles con trozos de carne, aunque no le permitían dormir dentro de la casa. Pasaba la noche en los establos sobre heno fresco y ponía nerviosos a los caballos.

A Call le costaba creer que estuviera viviendo en un lugar que tenía un establo con caballos en la parte trasera.

Y también estaba la ropa… Comprada en unos grandes almacenes, de su talla, y planchada antes de colgarla en el armario de la habitación. Camisas blancas, vaqueros, bañadores.

Tamara debía de haber crecido en medio de todo eso. Hablaba al ama de llaves y al mayordomo con una tranquila familiaridad. Pedía té helado en la piscina y dejaba las toallas tiradas en la hierba, segura de que alguien las recogería.

Los padres de Tamara habían accedido a decirle a Alastair que Call estaba de viaje con ellos, y que lo llevarían directamente al Magisterium cuando regresaran. La señora Rajavi informó de que Alastair había estado de lo más amable durante la llamada y deseaba que Call se lo pasara bien. Él dudaba de que su padre se hubiera alegrado de recibir esa llamada, pero los Rajavi eran tan poderosos que no creía que Alastair fuera a ir a por él mientras estuviera bajo su cuidado. Y cuando volviera al Magisterium, estaría completamente a salvo.

No estaba seguro de lo que haría cuando terminara el curso, pero eso formaba parte de un futuro muy lejano y no tenía por qué preocuparse aún.

A pesar de la inquietud que sentía por su padre, dejaba pasar los días en largas horas llenas de sol, nadando, tumbado sobre la hierba y comiendo helados. La primera vez que había ido con su bañador a la piscina, que tenía forma de concha, se había sentido muy cohibido al pensar que Aaron y Tamara nunca le habían visto las piernas antes. La izquierda era más delgada que la otra, y estaba cubierta de cicatrices que, con los años, habían pasado de un rojo furioso a un rosa pálido. «No tenían tan mala pinta», pensó inquieto, mientras se sentaba en su habitación y se las miraba. Aun así, no eran algo que le gustara enseñar a la gente.

Sin embargo, ni Aaron ni Tamara parecieron fijarse en ellas. Solo rieron y le salpicaron con el agua, y enseguida Call estuvo sentado en la hierba con ellos y con Alex y Kimiya, tomando el sol y bebiendo té de menta helado. Estaba casi bronceándose, algo que pocas veces pasaba. Lo cual tampoco era tan raro, teniendo en cuenta que iba a una escuela subterránea.

A veces, Aaron jugaba al tenis con Alex, si conseguían apartarlo de la cara de Kimiya. Para Call, el tenis mágico se parecía mucho al tenis normal, solo que cuando una pelota se salía del campo, Alex la

hacía volver chasqueando los dedos.

Aunque se habían prometido practicar magia, no lo hacían mucho. Un par de veces fueron junto a la casa, invocaron fuego y le dieron la forma de ardientes orbes que podían manejarse con seguridad, o emplearon la magia de la tierra para sacar filamentos de hierro del suelo. Una vez, probaron a levantar grandes piedras del suelo, pero cuando una pasó peligrosamente cerca de la cabeza de Aaron, la señora Rajavi salió de la casa y les riñó por poner en peligro al makaris. Tamara puso los ojos en blanco.

Una tarde, cuando el aire caliente ya estaba cargado de zumbidos de abeja, Call iba desde el comedor del desayuno hacia la escalera y oyó al señor Rajavi en una de las salitas. Hablaba en voz baja, pero Call se acercó sigilosamente, y escuchó cómo Alex le cortaba con una exclamación. No gritaba, pero la rabia que había en su voz se oía de lejos.

—¿Qué está tratando de decirme exactamente, señor?

Call se acercó más, no muy seguro de qué clase de conversación estaba escuchando a escondidas. Se dijo que lo hacía por si acaso hablaban de Aaron, pero lo cierto era que le preocupaba más que hubieran descubierto algo sobre él.

¿Podría Alastair haberle dicho algo más a la señora Rajavi por teléfono, algo que ella no le había contado? El mundo mágico creía que Alastair estaba mal de la cabeza, pero cualquier cosa que dijera sobre Call tendría la ventaja de ser cierta.

—Nos gusta tenerte de invitado —decía la señora Rajavi—. Pero Kimiya aún es muy joven, y creemos que estáis yendo demasiado deprisa.

—Solo te estamos pidiendo que te tomes un año de descanso de la escuela.

Call soltó aire. No estaban hablando de Aaron, de él ni de nada importante. Solo sobre Alex y Kimiya.

—Y esto no tiene nada que ver con que mi madrastra se haya opuesto a vuestra última propuesta en la Asamblea, ¿verdad? —Alex parecía furioso. Call decidió que tal vez esa conversación sí era importante.

—Vigila tus palabras —replicó el señor Rajavi—. ¿Recuerdas lo que te dije sobre el respeto?

—¿Y qué hay de respetar los deseos de su hija? —preguntó Alex,

alzando la voz—. ¿Kimiya? ¡Díselo!

—No puedo creer que esto esté pasando —respondió Kimiya—. Lo único que quiero es que dejéis de gritaros los unos a los otros.

Después de haber pasado muchos años discutiendo con su padre, hasta llegar a la terrible pelea en la que no podía pensar sin que se le retorciera el estómago, Call sabía que eso no iba a acabar bien. Respiró hondo, abrió la puerta de la sala y miró a los cuatro con la mejor expresión de despistado que pudo conseguir.

—Oh, hola —dijo Call—. Lo siento. Esta casa es tan grande que no dejo de perderme.

—Callum —saludó la señora Rajavi, con una sonrisa forzada.

Kimiya parecía a punto de llorar. Alex tenía pinta de que de un momento a otro le pegaría a alguien; Call reconocía esa expresión.

—Oh, hola, Alex —dijo Call, mientras trataba de dar con una buena excusa para llevárselo de allí antes de que hiciera algo de lo que pudiera arrepentirse—. ¿Puedes venir un segundo? Aaron quería… hum… preguntarte algo.

Alex dirigió su furiosa expresión hacia Call y, por un momento, este no supo si había tomado la decisión correcta. Pero entonces Alex asintió y contestó:

—Claro.

—Me alegro de haber tenido esta charla —le dijo el señor Rajavi.

—Yo también —respondió Alex apretando los dientes. Luego se marchó de allí, obligando a Call a apresurarse para seguirle el paso. Salió al jardín y se dirigió hacia la fuente de piedra. Cuando llegó, le pegó una fuerte patada y gritó algo que Alastair había prohibido tajantemente a su hijo ni siquiera mascullar.

—Lo siento —se disculpó Call.

A lo lejos, vio a Aaron y Tamara, que arrojaban palos a *Estrago* en uno de los campos distantes. Por suerte, no podían oírle.

—Aaron no quiere preguntarme nada, ¿verdad? —adivinó Alex.

—No —contestó Call—. Lo siento, otra vez.

—Entonces, ¿por qué me has sacado de allí? —No parecía enfadado, solo curioso.

—No iba a pasar nada bueno —respondió Call con firmeza—. Esa no era la clase de discusión en la que todos salen ganando.

—Quizá —repuso Alex lentamente—. Es que… es que me ponen

tan furioso… Solo les interesa quedar bien. Como si ellos fueran perfectos y todos los demás fueran inferiores.

Call frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Alex miró hacia Aaron y bajó aún más la voz.

—Nada. No quiero decir nada.

Era evidente que Alex pensaba que Call no lo iba a entender. Que sería inútil explicarle que podía parecer que los padres de Tamara lo apreciaban, pero que no lo harían si supieran la verdad. Ni siquiera aceptarían a Aaron si no fuera el makaris. Pero Alex nunca se creería que un chaval como Call tuviera secretos tan importantes como para afectarles a todos, aunque fuera verdad.

Solo unos días después, Call tuvo que meter en una bolsa todas sus cosas y prepararse para volver a la escuela. Se hartó de salchichas y huevos durante el desayuno, porque sabía que pasaría bastante tiempo antes de que volviera a ver comida que no fuera hecha de liquen. Aaron y Tamara estaban preparados con su uniforme verde de segundo curso del Magisterium, mientras que Alex y Kimiya vestían el blanco de cuarto curso y se sonreían resplandecientes.

Call llevaba sus vaqueros y su camiseta, y se sentía bastante fuera de lugar.

Alex le miró fijamente, como diciéndole: «Tú tampoco serás nunca lo suficientemente bueno para ellos».

El señor Rajavi miró su reloj.

—Es hora de irnos —anunció—. ¿Call?

—¿Sí? —Call se volvió hacia el padre de Tamara.

—Cuídate mucho. —Había algo en su voz que le hizo dudar de que se lo dijera por amabilidad, pero quizá solo se estaba dejando llevar por la aprensión de Alex.

Todos se dirigieron al vestíbulo, donde Stebbins, con la calva reluciente, estaba reuniendo el equipaje. Tanto Aaron como Call tenían bolsas de viaje nuevas, mientras que Tamara y Kimiya llevaban juegos de maletas de piel de serpiente. Alex tenía una maleta con sus iniciales, A.T.S. La cogió y se dirigió a la puerta.

Una vez fuera, Alex comenzó a andar por el camino de entrada. Call se sobresaltó al darse cuenta de que un Mercedes blanco estaba esperando al final del camino, con el motor en marcha. La madrastra de Alex había ido a buscarle.

Kimiya soltó un grito ahogado. Stebbins parecía pensativo.

—Bonito coche —comentó Call.

—Cállate —masculló Tamara—. Solo porque estás obsesionado con los coches… —Lanzó a Stebbins una extraña mirada de advertencia, que Call no tuvo la oportunidad de descifrar. Demasiadas cosas estaban pasando al mismo tiempo.

Kimiya fue corriendo detrás de Alex, sin importarle que todos estuvieran mirando boquiabiertos.

—¿Qué pasa? —preguntó cuando le alcanzó—. ¡Creía que ibas a ir con nosotros en el autocar!

Alex se detuvo a mitad del camino y se volvió hacia ella.

—Estoy guardando las distancias, como quiere tu padre. Anastasia me va a llevar al Magisterium. El verano ha acabado. Nosotros hemos acabado.

—Alex, no seas así —repuso ella, totalmente anonadada por la rabia de Alex—. Podríamos hablarlo…

—Ya hemos hablado suficiente. —Sonaba como si se estuviera ahogando de dolor—. Deberías haber dado la cara por mí. Deberías haber dado la cara por nosotros —le soltó mientras se subía la maleta al hombro—. Pero no lo has hecho. —Dio media vuelta y siguió por el camino.

—¡Alex! —gritó Kimiya.

Pero él no contestó. Llegó al Mercedes y se subió dentro. El coche partió a toda velocidad, alzando una nube de polvo.

—¡Kimiya! —Tamara iba a correr hacia su hermana, pero su madre la agarró por la muñeca.

—Dale un momento. Probablemente querrá que la dejemos sola.

La mirada de la señora Rajavi era brillante y dura. Call decidió que nunca en toda su vida se había sentido más incómodo. No paraba de recordar a Alex diciendo: «Kimiya, díselo», y a Kimiya no diciendo lo que él esperaba. Kimiya había tenido miedo de sus padres. Call no estaba muy seguro de poder culparla.

Pasados unos minutos, un autobús escolar amarillo cruzó la puerta de Las Tejas. Kimiya volvió a la casa, secándose los ojos con

la manga y medio sollozando. Cogió su equipaje sin mirar a nadie.

Cuando su madre fue a ponerle la mano en el hombro, se apartó.

Call se agachó para abrir su bolsa y asegurarse de que lo llevaba todo. Volvió a cerrar la cremallera, pero no antes de que la señora Rajavi hubiera visto su cuchillo, que brillaba encima de toda la ropa.

—¿Ese es *Semíramis*? —preguntó.

Call asintió mientras cerraba rápidamente la cremallera.

—Era de mi madre.

—Lo sé. Recuerdo cuándo lo hizo. Era una maga del metal muy hábil. —La madre de Tamara inclinó la cabeza hacia un lado—. *Semíramis* era el nombre de una reina asiria que al morir se transformó en una paloma. Callum también significa «paloma». Las palomas representan la paz, que era lo que tu madre más deseaba.

—Supongo que sí —repuso Call, que se sentía incómodo bajo el escrutinio de la señora Rajavi, y también un poco triste de que esa mujer supiera más de su madre que él.

La madre de Tamara le sonrió mientras le apartaba un mechón de los ojos.

—Debía de quererte mucho. Y seguro que la echas de menos.

Call se mordió la mejilla por dentro, recordando las palabras que su madre había escrito en el hielo de la cueva antes de morir.

Debía de haberle dado muchas vueltas antes de elegir el nombre de Callum. Probablemente habría hecho una lista, y comentado con Alastair, una y otra vez, media docena de nombres favoritos antes de decidirse. Callum, que tenía que ver con las palomas y la paz, y con el final de la guerra. Y luego Constantine Madden había matado a su hijo y había robado el cuerpecito para usarlo él. Call era todo lo contrario de lo que ella había esperado.

Se dio cuenta de que se estaba mordiendo con tanta fuerza que le sangraba la boca.

—Muchas gracias, señora Rajavi —se obligó a decir. Luego, casi sin ver adónde iba, se subió al autocar. *Estrago* le siguió, y se tumbó en medio del pasillo; todos los demás tuvieron que pasar por encima de él.

Ya había unos cuantos chicos sentados. Aaron estaba en la parte de delante. Se apartó para dejarle sitio a su lado y observó a los señores Rajavi despedirse de Tamara con un beso.

Call pensó en lo que contaba Tamara sobre sus padres y sobre la tercera hermana que se había convertido en una de los Devorados. Recordó lo fríos y severos que le habían parecido durante la Prueba. ¿Estaban fingiendo ser la familia perfecta delante de Aaron, intentando actuar como los padres que él nunca había tenido?

Fuera cual fuese la impresión que trataban de dar, Call no estaba muy seguro de que lo hubieran conseguido. Kimiya se sentó en la parte trasera y no paró de llorar durante todo el camino hasta el Magisterium.

Call recordó la primera vez que había llegado al Magisterium, y lo ajenas y extrañas que le habían parecido las cuevas, con el brillo del musgo bioluminiscente, los ríos subterráneos que bañaban las orillas de limo y las estalactitas relucientes que colgaban de los techos como grandes dientes.

Ahora eran su hogar. Un grupo de alumnos cruzaba la puerta, riendo y charlando. La gente corría a abrazarse. Jasper atravesó el recinto para abrazar a Tamara, aunque, pensó Call molesto, no habían pasado ni dos semanas desde la última vez que la había visto. Todos rodearon a Aaron, incluso los de cuarto y quinto, con sus muñequeras de plata y oro, y le palmearon la espalda o le alborotaron el pelo.

Call notó una mano en el hombro. Era Alex, que había llegado al Magisterium antes que el lento autocar.

—Recuérdalo —dijo, mirando a Aaron—. Por muchas fiestas que nadie le haga, tú sigues siendo su mejor amigo.

—Vale —repuso Call. Y se preguntó si Alex estaría triste por su ruptura, porque no lo parecía.

Alguien corría hacia Call entre la gente.

—¡Call! ¡Call! —Era Celia, con su masa de pelo rubio sucio retenida en una coleta. Parecía encantada de verlo, y sonreía de oreja a oreja. Alex se apartó con una sonrisa divertida en el rostro.

—¿Has pasado un buen verano? —preguntó Celia—. He oído que estabas en casa de Tamara. ¿Es espectacular? ¿Estuviste en la fiesta? Me han dicho que fue estupenda. ¿Viste los trucos de los

magos? ¿De verdad había mantícoras heladas?

—Había mantícoras de hielo… bueno, no mantícoras de verdad que hubieran congelado. —Call notó que la cabeza le daba vueltas tratando de seguir a Celia—. Quiero decir, me parece. ¿Existen las mantícoras de verdad?

—Parece todo tan guay. Jasper me lo contó.

—Jasper es un… —Call miró el sonriente rostro de Celia y decidió no seguir con el tema de Jasper. A Celia le caía bien todo el mundo; no podía evitarlo—. Sí… ¿Y por qué no fuiste?

—Oh. —Celia se sonrojó y agachó la cabeza—. Por nada. Mis padres no se llevan muy bien con los de Tamara. Pero a mí me cae bien Tamara —añadió a toda prisa.

—No pasaría nada si no —dijo Call.

Celia parecía confusa, y Call tuvo ganas de pegarse una torta. ¿Qué sabía él de lo que estaba bien y lo que no? Él era la persona que tenía una lista mental de comportamientos potencialmente malvados. ¿No pasaba nada si Celia no aguantaba a Tamara? ¿No eran Tamara y Aaron sus mejores amigos?

De repente, *Estrago* se puso a ladrar y apoyó las patas en la camisa de Celia, cortando la discusión. Celia soltó una risita.

—¡Callum Hunt! —Era el Maestro Rufus, que iba hacia él a grandes zancadas entre la gente—. Por favor, haz que tu lobo caotizado guarde silencio. —Miró con expresión grave a *Estrago* y este se bajó al suelo, como si le hubieran reñido—. Tamara, Aaron, Call, venid conmigo a vuestras habitaciones.

Aaron sonrió a Call mientras se colgaban las bolsas del equipaje y seguían al Maestro Rufus por los túneles. Sabían el camino, y Call se dio cuenta de que ya no le ponían nervioso las estalactitas goteantes ni el tranquilo frescor de las cuevas.

Tamara se detuvo para mirar un estanque donde unos peces pálidos iban de un lado a otro. A Call le pareció ver una sombra cristalina corretear por la pared que había detrás de él. ¿Sería *Warren*? ¿O algún otro ser elemental? Frunció el ceño al recordar al pequeño lagarto.

Finalmente, llegaron ante sus antiguas habitaciones. El Maestro Rufus se apartó para permitir a Tamara pasar su nueva muñequera de cobre por la puerta. Esta se abrió al instante y pudieron entrar.

Las habitaciones estaban igual que el primer día de su Curso de

Hierro. La misma lámpara grabada con dibujos de llamas; el mismo semicírculo de escritorios; el mismo par de sofás acolchados, uno frente al otro, y la misma chimenea enorme. Símbolos hechos en mica y cuarzo relucieron cuando la luz incidió sobre ellos, y tres puertas, con sus nombres adornándolas, daban a los dormitorios.

Call soltó un largo suspiro y se dejó caer sobre uno de los sofás.

—En media hora estará la cena en el comedor. Luego guardáis vuestras cosas y os vais a dormir pronto. Los de primer curso llegaron ayer. Mañana empiezan las clases en serio —explicó el Maestro Rufus, mientras echaba una larga mirada a cada uno de ellos—. Algunos dicen que el Curso de Cobre es el más duro. ¿Sabéis por qué?

Los tres se miraron. Call no tenía ni idea de qué respuesta esperaba el Maestro Rufus.

El Maestro asintió con la cabeza al ver su silencio, claramente complacido.

—Porque ahora que ya sabéis lo básico, saldremos en misiones. Las clases aquí se limitarán a ampliar las mates y las ciencias, aparte de aprender unos cuantos trucos nuevos, pero el verdadero aprendizaje lo haremos sobre el terreno. Comenzaremos esta semana con unos cuantos experimentos.

Call no sabía muy bien cómo tomarse ese nuevo plan de estudios, pero que el Maestro Rufus estuviera entusiasmado solo podía ser una mala señal. Salir de las aulas húmedas y cargadas del Magisterium parecía divertido, pero Call ya se había equivocado antes. Durante uno de esos «ejercicios exteriores» casi se había ahogado bajo una pila de troncos, y justamente había sido Jasper quien lo había salvado.

—Acomodaos —dijo el Maestro Rufus con su acostumbrado aire majestuoso, y se marchó.

Tamara arrastró la maleta hacia su cuarto.

—Call, será mejor que te pongas el uniforme antes de la cena; deben de haberte dejado uno en la habitación, como el año pasado. No puedes presentarte en el comedor en vaqueros y una camiseta en la que pone: El doctor mono sabe lo que hiciste.

—Y por cierto, ¿qué quiere decir eso? —preguntó Aaron.

Call se encogió de hombros.

—No lo sé. La compré en la tienda del Ejército de Salvación. —

Se estiró—. Igual me echo una siesta.

—Yo no estoy cansado. Me voy a la biblioteca —dijo Aaron, mientras dejaba su bolsa y se dirigía a la puerta.

—Quieres encontrar algo sobre el Alkahest —aventuró Call.

Resultaba evidente que era algún tipo de arma, pero ninguno de ellos había llegado a comprender exactamente qué era o qué hacía. Todos respondían a sus preguntas de la forma más imprecisa posible. Y la biblioteca de la casa de los Rajavi tampoco les había dado respuestas.

A Call no le gustaba nada admitirlo, pero se había sentido aliviado. Cuanto más hablaban del Alkahest, del Enemigo y de sus posibles planes, más creía que lo iban a descubrir.

—Tengo que ser capaz de proteger a la gente —repuso Aaron—. Y no puedo hacerlo si ni siquiera entiendo qué los amenaza.

Call suspiró.

—¿No podemos ir a mirar eso después de deshacer las maletas?

—No tienes por qué venir —contestó Aaron—. No voy a correr ningún peligro de aquí a la biblioteca.

—No seas estúpido —replicó Tamara—. Claro que vamos contigo. Call solo tiene que ponerse el uniforme.

—Sí, claro —asintió Call con un entusiasmo claramente forzado, mientras entraba en su dormitorio y tiraba la bolsa de viaje sobre la cama.

Le costó un poco ponerse las grandes botas que todos llevaban en el Magisterium para protegerse de las piedras y el agua, e incluso, a veces, de la lava, pero supuso que no tardaría en volver a acostumbrarse a ellas. Cuando regresó a la sala común, Aaron y Tamara estaban sentados en el respaldo del sofá y compartían una bolsa de patatas fritas onduladas. Tamara le ofreció.

Call agarró la bolsa, se metió un puñado de patatas en la boca y fue hacia la puerta. Ellos le siguieron, y *Estrago* corrió tras ellos, ladrando. Cuando salieron al pasillo, *Estrago* ya se había puesto en cabeza.

—¡Biblioteca! —le dijo Call—. ¡Biblioteca, *Estrago*!

Por el camino, Call se prometió que iba a ayudar. Después de todo, lo que hacía que los Señores del Mal fueran malos era su modo de actuar, no sus pensamientos secretos. Y los Señores del Mal no ayudaban.

Fue un inmenso alivio poder caminar por los pasillos del Magisterium tranquilamente con *Estrago*, en vez de tenerlo escondido en el dormitorio. Los otros alumnos les echaban miradas que eran una mezcla de respeto, miedo y admiración, al ver al lobo caotizado trotando ante ellos.

Claro que también les impresionaba Aaron, por la gema negra que brillaba en su muñequera. Pero *Estrago* era de Call.

Aunque eso no era lo que la gente pensaba. «El lobo de Aaron —oía murmurar a los alumnos al pasar—. Mira lo grande que es. Aaron debe de ser muy poderoso para poder controlarlo».

—Te has olvidado la muñequera —le murmuró Aaron con una sonrisa de medio lado y le metió en la mano a Call una muñequera de cobre nueva—. Otra vez. No hagas que siempre te lo tenga que recordar.

Call puso los ojos en blanco mientras se ponía la muñequera. Notó que le resultaba agradable llevarla, le resultaba familiar.

Llegaron a la biblioteca, que tenía la forma del interior de una concha marina: una sala en espiral que se iba estrechado al ir descendiendo hasta llegar abajo del todo, a una sala plana con largas mesas. Como aún no habían comenzado las clases, la biblioteca estaba vacía.

—¿Por dónde empezamos? —se preguntó Call en voz alta, mirando hacia la gran cantidad de libros que se extendía a lo largo y hacia abajo.

—Bueno, no soy ninguna experta en bibliotecas, pero la A de «Alkahest» parece lo más normal —contestó Tamara y se puso por delante. Se la veía entusiasmada de haber vuelto.

Resultó que la biblioteca estaba dividida en secciones y subsecciones. Finalmente localizaron un libro titulado *Alkahest y otros índices de magia* en un estante tan alto que Aaron tuvo que subirse a una silla para cogerlo.

Llevaron el libro a una de las largas mesas, y Aaron lo abrió con mucho cuidado. El lomo soltó polvo.

Call intentó leer por encima del hombro de Aaron, y fue pillando palabras. Un alkahest, decía el libro, era un disolvente universal, una sustancia que diluía todo tipo de cosas, desde oro a diamantes, incluyendo la magia del caos. Mientras Call fruncía el ceño, no muy seguro de qué tendría eso que ver con la conversación que habían

oído, Aaron pasó la página y vieron un dibujo del Alkahest, que no era una sustancia en absoluto, sino un guante enorme, un guantelete en realidad, hecho de cobre.

El guante, que estaba forjado con una combinación de todas las fuerzas elementales, era un arma creada con un único propósito: arrancar a un makaris la habilidad de controlar el caos. El makaris, en vez de controlar el vacío, sería destruido por él. Cualquier mago podía usar el guantelete, pero hacía falta el corazón vivo de una criatura del caos para darle poder.

Call tragó aire. Había visto el mismo guante en el dibujo de su padre que había encontrado en el sótano. El Alkahest era la razón por la que Alastair había querido arrancarle el corazón a *Estrago*.

Alastair debía de ser quien había intentado robar el guante del Collegium.

A Call le daba vueltas la cabeza. Se agarró al borde de la mesa para no caer. Aaron pasó la página.

Había una foto en blanco y negro del guante en una urna de cristal, seguramente del lugar donde lo guardaban en el Collegium. Junto a la foto, en un cuadro de texto, se explicaba una breve historia del objeto. Lo habían creado un grupo de investigadores que se hacían llamar la Orden del Desorden. El Maestro Joseph y Constantine Madden habían formado parte de ese grupo, que tenía la esperanza de llegar hasta lo más profundo de la magia del caos y encontrar una manera de permitir que más magos pudieran acceder al vacío. Cuando Constantine Madden se apartó de todo y se convirtió en el Enemigo de la Muerte, la Orden había tenido la esperanza de detenerlo por medio de su Alkahest.

Al parecer, el Alkahest había caído en manos del Enemigo hacia el final de la guerra, lo que había permitido que sus esbirros mataran a Verity Torres en el campo de batalla, mientras Constantine Madden dirigía otra parte de sus fuerzas hacia la montaña de La Rinconada para cometer la Masacre Fría.

El libro decía que la Orden seguía existiendo, y que continuaba haciendo pruebas con animales caotizados, aunque nadie estaba seguro de quiénes eran los líderes en la actualidad.

—Los magos descubrirán quién ha tratado de robarlo —afirmó Tamara—. Ahora está en un lugar seguro.

—Si uno de los hombres de Constantine Madden se hace con él,

la próxima vez que vea el guante, me estará señalando. —Aaron dejó escapar aire, preocupado—. Veamos si este libro dice algo sobre cómo destruir el Alkahest.

Call quería responder algo, tranquilizar a Aaron explicándole que no eran los esbirros del Enemigo los que iban detrás del guante, que era su padre.

Pero antes de decidirse, el Maestro Rufus bajó por la escalera de caracol de la biblioteca. Sus tres aprendices se volvieron y lo miraron con cara de culpa, aunque no había ninguna razón para sentirse culpable. Estaban en la biblioteca, investigando. Rufus debería estar entusiasmado.

Pero no lo parecía. Estaba preocupado. Miró por encima del hombro de Tamara y frunció el ceño.

—Aaron —dijo—, el Alkahest está bien guardado. La Asamblea lo ha trasladado a una cámara acorazada que diseñaron los magos del metal durante la última guerra. Es un lugar subterráneo, bajo un sitio donde ya habéis estado, y está totalmente a salvo.

—Solo quería saber más sobre él —repuso Aaron.

—Ya veo. —El Maestro Rufus cruzó los brazos sobre el pecho—. Bueno, no estoy aquí para interrumpir vuestros estudios. He venido a hablar con Callum.

—¿Conmigo? —preguntó Call.

—Contigo. —El Maestro Rufus se apartó unos cuantos pasos de los chicos y Call lo siguió sin ningunas ganas.

—*Estrago*, quieto —masculló Call. No sabía muy bien qué iría a decirle el mago, pero estaba seguro de que no sería nada bueno.

—Tu padre está aquí para verte —anunció el Maestro.

—¡¿Qué?! —Call no debería haberse asombrado, pero lo hizo—. Pensaba que los padres no podían venir al Magisterium.

—Y es así. —El Maestro Rufus observó a Call como si estuviera tratando de averiguar la respuesta a alguna pregunta—. Pero el Magisterium tampoco tiene por costumbre raptar a sus alumnos. He supuesto que habías llegado aquí de la manera habitual; Alastair nos ha dicho que no ha hablado contigo antes de que te fueras de casa. Ha dicho que te habías escapado.

—Él no quiere que esté aquí —explicó Call—. Quiere apartarme del Magisterium.

—Como ya sabes —dijo Rufus con amabilidad—, eso es

imposible para un mago que ha atravesado la Primera Puerta. Debes completar tu formación.

—Y quiero hacerlo —afirmó Call—. No quiero volver con él. No tengo que hacerlo, ¿verdad?

—No —contestó el Maestro Rufus, pero lo dijo de tal modo que no parecía una respuesta definitiva—. Pero como he dicho, no es nuestra intención robarles sus hijos a los padres. Pensaba que ya se habría acostumbrado a la idea de que fueras mi aprendiz.

—La verdad es que no —le aseguró Call.

—Iré contigo, si lo prefieres —se ofreció el Maestro Rufus—. Cuando hables con él.

—No quiero hablar con él —soltó Call.

Una parte de él quería desesperadamente ver a su padre; quería asegurarse de que estaba bien después del horror de verlo estrellarse contra la pared. Pero sabía que no podía. Era imposible que mantuvieran una conversación en la que no aparecieran las palabras «Constantine» o «asesinarme con el Alkahest». Había demasiados secretos que alguien podría oír.

—Quiero que le diga que se marche —dijo Call a su profesor.

El Maestro Rufus lo miró durante un largo momento. Luego suspiró.

—Muy bien —respondió finalmente—. Haré lo que me pides.

—No parece tener muchas ganas —observó Call.

—Hubo un tiempo en que Alastair era mi alumno —explicó Rufus—. Aún le tengo aprecio. Había confiado en que contigo aquí comenzara a pasársele el odio hacia los magos y el Magisterium.

A Call no se le ocurrió nada que decir. No sin contarle al Maestro Rufus cosas que no podía. Solo meneó la cabeza.

—Por favor, haga que se vaya —susurró.

El Maestro Rufus asintió con la cabeza y se marchó de la biblioteca. Call miró a Aaron y Tamara. Ambos estaban inclinados sobre la mesa, con los rostros pintados de verde por el reflejo de la luz de la lámpara. Lo miraban preocupados. Call pensó en volver con ellos, pero no tenía ganas de responder a sus preguntas. Así que dio media vuelta y salió corriendo de la biblioteca tan rápido como se lo permitía la pierna.

Capítulo seis

Call vagó por los pasillos del Magisterium hacia los profundos lagos fríos y los ríos que fluían por las cuevas. Finalmente se detuvo junto a uno, se sacó las botas y metió los pies en las aguas cargadas de limo.

Una vez más, se preguntó si era una buena persona. Siempre había supuesto que era normal, como la mayoría de la gente. No terrible, pero tampoco fantástico. Normal.

Pero Constantine Madden era un asesino. Era un loco malvado que había creado monstruos y había intentado engañar a la muerte. Y Call era Constantine. Entonces, ¿eso no quería decir que era responsable de todo lo que Constantine había hecho, incluso si no lo recordaba?

Estaba dejando que Aaron se preocupara y planeara enfrentarse

a una amenaza que ni siquiera existía, y todo por su egoísmo.

Dio una patada al agua; saltaron gotitas a la pared e hizo escabullirse a todos los peces pálidos y ciegos que se habían reunido alrededor de sus pies.

En ese momento, un lagarto saltó del techo a la piedra que había junto a él.

—¡Agg! —gritó Call mientras se ponía de pie de un salto—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Vivo aquí —contestó *Warren*, y se lamió un ojo con la lengua —. Te miraba.

Como si eso no fuera para ponerle los pelos de punta.

Call suspiró. La última vez que lo había visto, *Warren* les había llevado a Tamara, a Aaron y a él a la caverna de uno de los Devorados, un mago que había empleado tanto el fuego que se había convertido en un elemental de fuego. La advertencia del Devorado le resonó en la cabeza: «Uno de vosotros fracasará. Uno de vosotros morirá. Y uno de vosotros ya está muerto».

Y Call ya sabía cuál de los tres era él. Callum Hunt ya estaba muerto.

—Vete —advirtió al lagarto—. Márchate o te ahogaré en el río.

Warren lo miró con ojos de carnero degollado antes de subirse hasta media pared.

—No eres lo único que miraba —dijo antes de desaparecer en la oscuridad.

Con un suspiro, Call cogió las botas y fue descalzo hasta sus habitaciones. Allí se tiró en uno de los sofás y se quedó mirando la chimenea, concentrándose en no pensar nada malo, hasta que Tamara y Aaron regresaron, con *Estrago* trotando tras ellos. Aaron llevaba una gran bandeja de liquen.

Sin quererlo, a Call le gruñó el estómago ante el olor a pollo frito que salía de la masa verde.

—No has ido a cenar —dijo Tamara—. Rafe y Kai te mandan saludos.

—¿Va todo bien? —preguntó Aaron.

—Sí —contestó Call mientras cogía una cucharada de liquen y añadía otra mentira a su creciente lista de Señor del Mal.

Las clases comenzaron a la mañana siguiente. Por primera vez, tenían un aula exclusiva para ellos. Era una gran caverna con paredes irregulares de piedra, y una depresión circular en el centro. El círculo era un banco hundido, y se sentaban alrededor para las lecciones. También había un estanque para practicar la magia del agua y proporcionar un contrapeso al fuego, y un hoyo de tierra batida. Y, seguramente solo para Aaron, un pedestal sobre el que reposaba una brillante piedra negra, símbolo del vacío.

Aaron, Tamara y Call se dejaron caer sobre el banco mientras el Maestro Rufus aplanaba un espacio en la pared. Mientras movía las manos, le saltaban chispas de los dedos y trazaba letras en la piedra.

—El curso pasado, cruzasteis la Puerta de Control. Dominasteis vuestra magia. Ese fue el primer paso para convertiros en auténticos magos. Este curso, empezaremos a trabajar el dominio de los elementos.

Rufus comenzó a andar de acá para allá. Solía hacerlo cuando pensaba.

—Algunos Maestros, si tuvieran un mago del caos en su grupo, separarían a ese alumno o alumna de los otros. Le enseñarían a solas, creyendo que, de otro modo, el mago del caos podría alterar el equilibrio de su grupo de aprendices.

—¡¿Qué?! —Aaron parecía horrorizado.

—Yo no lo haré —afirmó Rufus y los miró ceñudo. Call se preguntó cómo sería para él ser el Maestro que resultaba tener un makaris en su grupo. La mayoría de los Maestros matarían por tener esa oportunidad, pero ninguno de ellos era Rufus. Él había sido el profesor de Constantine Madden, y aquello había acabado terriblemente mal. Quizá no quería volver a arriesgarse—. Aaron seguirá en el grupo. Tengo entendido que Call será tu contrapeso, ¿no?

Aaron miró a Call como si esperase que este retirara la oferta.

—Sí —contestó Call—. Quiero decir, si él aún lo quiere.

Eso hizo que Aaron sonriera de medio lado.

—Lo quiero —repuso.

—Muy bien. —El Maestro Rufus asintió con la cabeza—. Pues todos vamos a hacer ejercicios de contrapeso. Tierra, aire, agua y fuego. Aaron, quiero que seas experto en esos elementos antes de

que intentes usar a Call como contrapeso.

—Porque podría hacerle daño —concluyó Aaron.

—Porque podrías matarle —advirtió el Maestro Rufus.

—Pero no lo harás —dijo Tamara a Aaron.

Call frunció el ceño, pensando en lo íntimos que sus dos amigos se habían vuelto durante el verano, y si esa había sido otra razón por la que Aaron no le había mencionado que estaba viviendo en casa de Tamara.

Esta miró a Call con una expresión extrañamente intensa.

—No dejaré que te pase nada malo —le aseguró.

—Estoy seguro de que nadie piensa que harías daño a un amigo a propósito —dijo el Maestro Rufus, y miró a Call—. Y nos aseguraremos de que nadie haga daño a nadie tampoco por accidente.

Call soltó aire. Eso era justamente lo que quería aprender. Cómo no hacer daño a nadie, ni siquiera por accidente.

Aaron parecía horrorizado.

—¿Puedo no tener un contrapeso, si el contrapeso corre el riesgo de morir?

El Maestro Rufus lo miró con algo que podría haber sido pena.

—La magia del caos hace pagar un precio terrible al makaris, y no siempre es fácil ver cuándo se está empleando demasiada. Necesitas un contrapeso por tu propia seguridad, pero sería mejor que nunca tuvieras que usarlo.

Call intentó sonreír a su amigo para animarlo, pero Aaron no lo estaba mirando.

El Maestro Rufus pasó a hacer un resumen de los estudios de ese curso. Iban a salir en misiones por el bosque que rodeaba el Magisterium para realizar pequeñas tareas: cambiar el curso de arroyos, apagar fuegos, realizar observaciones sobre su entorno y llevar de vuelta objetos para su posterior estudio. Unas cuantas misiones serían conjuntas con otros grupos de aprendices y, finalmente, enviarían a todos los alumnos del Curso de Cobre juntos a capturar elementales descontrolados.

Call imaginó cómo sería acampar bajo las estrellas con Tamara, Aaron y *Estrago*. Parecía una gran idea. Podrían tostar nubes de golosina, o al menos algunos líquenes, y contar historias de fantasmas. Hasta que acabaran el Curso de Cobre y el verano

comenzara de nuevo, podrían fingir que el resto del mundo y todas sus expectativas no existían.

Esa noche, Call iba de camino hacia la Puerta de la Misión con *Estrago* cuando Celia lo alcanzó. Había cambiado el uniforme que tenían que llevar durante las horas de clase por una falda plisada rosa y una blusa a rayas, rosa y verde.

—¿Vas a la Galería? —le preguntó ella, un poco jadeante—. Podríamos ir juntos.

Por lo general, a Call le gustaban mucho los estanques cálidos, las bebidas burbujeantes y las películas de la Galería, pero en ese momento no estaba seguro de querer estar entre tanta gente.

—Solo llevaba a *Estrago* a dar un paseo.

—Voy contigo. —Le sonrió como si realmente pensara que estar en medio de la oscuridad húmeda e infestada de mosquitos del exterior fuera mucho más divertido que la Galería. Se inclinó para acariciar a *Estrago*.

—Hum, vale —contestó Call, incapaz de ocultar su sorpresa—. Guay.

Salieron afuera y contemplaron a *Estrago* olisquear entre las malas hierbas. Las luciérnagas iluminaban el aire como chispas saltando de un fuego.

—Este año, Gwenda ha colado una mascota —explicó Celia de golpe—. *Peludo*. Dice que si vosotros tenéis un lobo, su hurón no debería ser ningún problema. Además, el hurón ni siquiera está caotizado. Pero Jasper es alérgico, así que no sé si va a poder quedárselo aquí, diga lo que diga.

Call sonrió. Cualquier cosa que fuera mala para Jasper tenía que ser buena para el mundo.

—Creo que *Peludo* me cae bien.

Celia resultó ser una gran fuente de información. Le contó a Call qué aprendiz tenía una erupción rara, quién tenía piojos de cueva, quién en el Curso de Hierro se decía que mojaba la cama. Celia sabía que Alex y Kimiya habían roto y lo enfadado que estaba Alex. También aseguraba que Rafe era un tramposo.

—¿En los exámenes? —preguntó Call confundido.

—No —respondió Celia, riendo—. Besó a una chica en la boca después de decirle a otra que le gustaba. La que hace trampa en los exámenes es Susan DeVille. Se escribe la respuesta en la muñeca con tinta invisible y luego usa la magia para que se vuelva de color lila.

—Lo sabes todo —dijo Call asombrado. No tenía ni idea de que los aprendices estuvieran diciéndose unos a otros que se gustaban —. ¿Y Jasper? Cuéntame algo malo de Jasper.

Ella le lanzó una mirada de reproche.

—Jasper es muy agradable. No sé nada malo de él.

Call suspiró, decepcionado, mientras *Estrago* volvía al trote hacia él con una enorme rama cubierta de hojas entre los dientes. La dejó a sus pies, meneando la cola, como si le hubiera llevado un palito normal que esperara que Call le lanzase.

Después de un momento de anonadado silencio, Call y Celia se echaron a reír.

A partir de ese día, Celia le acompañaba a pasear a *Estrago* la mayoría de las noches. A veces, Tamara y Aaron también se apuntaban, pero como Tamara lo sacaba de paseo por las mañanas y Aaron tenía un montón de trabajo extra de makaris además de sus estudios normales, solían excusarse.

Un día, hacia finales de septiembre, alguien más se unió a Call en el camino que había fuera de la escuela. Por un momento, al ver a un chico que se acercaba a él en vaqueros y sudadera (el calor había pasado y el aire era más frío), pensó que era Aaron, pero cuando lo tuvo más cerca se dio cuenta de que era Alex Strike.

Se le veía desarreglado y un poco pálido, aunque eso podía ser porque se le estaba yendo el moreno del verano. Call le esperó en el camino, sujetando a *Estrago* por la correa. Estaba realmente perplejo. Desde que había comenzado la escuela, Alex ni le había sonreído en el comedor, y si había estado haciendo recados para el Maestro Rufus, Call no lo había visto. Había supuesto que Alex los estaba evitando por lo de Kimiya, y también porque, bueno, era uno de los chicos más populares de la escuela, y sin duda no debía de tener mucho tiempo para los del Curso de Cobre.

Pero en ese momento era evidente que Alex lo estaba buscando. En cuanto llegó cerca de Call y *Estrago*, alzó la mano para

saludarles.

—Hola, Call. —Se inclinó para acariciar al lobo—. *Estrago*, cuánto tiempo sin verte.

Estrago lloriqueó; parecía terriblemente ofendido.

—Creía que nos evitabas —dijo Call—. Por lo de Kimiya.

Alex se incorporó.

—¿Alguna vez no dices lo que estás pensando?

—Esa parece una pregunta con trampa —comentó Call. *Estrago* tiró de la correa, y Call continuó andando, siguiendo al lobo. Alex trotó tras ellos.

—Es justo de Kimiya de quien quiero hablarte —comenzó Alex —. Ya sabes que hemos roto…

—Todo el mundo lo sabe —respondió Call, mientras se cerraba la cremallera de la sudadera. Había llovido hacía poco y los árboles goteaban.

—¿Tamara te ha dicho algo de Kimiya? ¿Si todavía sigue enfadada conmigo?

Estrago tiró de la correa. Call lo soltó, y *Estrago* se fue corriendo detrás de algo, seguramente una ardilla.

—Creo que Tamara nunca me ha hablado de Kimiya ni de ti —contestó Call sorprendido. Su primer impulso fue decirle que no tenía ningún sentido preguntarle eso a él, porque no sabía nada de chicas y menos aún de citas, y que Tamara nunca le había mencionado las decisiones románticas de su hermana. Además, Kimiya era tan guapa que probablemente ya saldría con algún otro chico.

Pero su segundo impulso le dijo que su primer impulso era cosa de Señores del Mal. Los Señores del Mal no ayudaban a los otros con su vida amorosa.

Él, Call, sí.

—Tamara tiene bastante mal genio —continuó Call—. Quiero decir que se enfada con facilidad. Pero no le dura mucho rato. Si Kimiya es como ella, probablemente ya no estará enfadada. Podrías intentar hablar con ella.

Alex asintió, pero no parecía que Call le estuviera diciendo algo que él no hubiera pensado ya.

—O podrías probar a no hablar con ella —propuso Call—. Cuando no le hablo a Tamara, viene y me pega, así que esa podría

ser la manera de que Kimiya fuera la primera en acercarse. Además, si te pega, romperéis el hielo.

—O mi hombro —replicó Alex.

—Y si no funciona, entonces, como se suele decir: «Si amas a alguien, déjalo libre. No lo encierres en una caverna subterránea».

—Creo que eso no es lo que se dice, Call.

Call miró a *Estrago*, que se paseaba por el saliente de una roca.

—No le muestres quién eres realmente —dijo Call—. Finge ser una persona que ella pueda amar, y entonces te amará. De cualquier modo, la gente solo quiere a la persona que cree que el otro es.

Alex soltó un silbido.

—¿Cuándo te has vuelto tan cínico? ¿Lo has heredado de tu padre?

Call lo miró irritado; ya no se sentía con ganas de seguir ayudándole.

—Esto no tiene nada que ver con mi padre. ¿Por qué lo mencionas?

Alex dio un paso atrás, alzando las manos.

—Eh, lo único que sé es lo que dice la gente. Que hubo un tiempo en que era amigo del Enemigo de la Muerte. Estaba en su grupo de magos. Y ahora odia a los magos y todo lo que tiene que ver con la magia.

—¿Y qué si lo hace? —soltó Call.

—¿Ha tratado de hablar con alguien? —preguntó Alex—. ¿Con algún mago? ¿Con alguien que antes fuera su amigo?

Call negó con la cabeza.

—Creo que no. Ahora tiene una vida diferente.

—Es una mierda cuando la gente está sola —dijo Alex—. Mi madrastra se quedó sola cuando murió mi padre, hasta que entró en la Asamblea. Ahora es feliz dirigiéndole la vida a todo el mundo.

Call quiso negar que Alastair fuera infeliz con su vida sin magia y con sus amigos aficionados a las antigüedades. Pero recordó la tensión en el mentón de su padre; lo callado que había sido durante años; el aspecto angustiado que tenía algunas veces, como si llevara una carga demasiado pesada para él.

—Sí —dijo Call finalmente, y chasqueó los dedos. *Estrago* corrió por la colina hacia él, rascando el húmedo suelo con las garras. Trató de no pensar en su padre, solo, en casa. O en lo que habría

pensado cuando el Maestro Rufus le había dicho que Call no quería verle—. Lo es.

Pensó en eso al día siguiente, durante la clase del Maestro Rufus sobre el uso avanzado de los seres elementales. El Maestro caminaba de un lado a otro en la parte de delante del aula, explicando por qué los elementales descontrolados eran peligrosos y normalmente había que acabar con ellos, pero que, en algunos casos, a los magos les resultaba útil ponerlos a su servicio.

—Volar agota nuestra energía mágica —explicó el Maestro Rufus—. Por ejemplo.

Aaron alzó la mano, un acto reflejo que le quedaba de la escuela pública.

—Pero ¿acaso controlar a los elementales no consume también nuestra energía mágica?

El Maestro Rufus asintió.

—Una pregunta interesante. Sí, consume nuestra energía, pero no de una forma continua. Una vez has sometido a un elemental, mantenerlo así requiere menos energía. Casi todos los magos tienen uno o dos elementales a su servicio. Y escuelas como el Magisterium tienen muchos.

—¿Qué? —Call miró alrededor, como si esperara que algún gwyvern atravesara de golpe la pared de roca.

El Maestro Rufus alzó una ceja.

—¿Cómo crees que tienes uniformes limpios? ¿O quién crees que os arregla la habitación?

Call no había pensado en eso antes, pero le puso nervioso. ¿Alguna criatura como *Warren* estaba frotando sus calzoncillos? Le dio mucha aprensión. Quizá estuviera siendo «especista»; tenía que ser más abierto de miras.

Recordó a *Warren* masticando los peces sin ojos. O quizá no tuviera por qué cambiar.

El Maestro Rufus continuó, animándose cada vez más.

—Y, claro, están los elementales que empleamos en los ejercicios, y también como defensa. Elementales ancestrales, que duermen en lo profundo de las cavernas, esperando.

—¿Esperando qué? —preguntó Call inquieto.

—La llamada a la batalla.

—Quiere decir que si la guerra estalla de nuevo —dijo Aaron sin

ninguna expresión—, los enviarán a combatir contra el Enemigo.

El Maestro Rufus asintió.

—Pero ¿cómo consigues que hagan lo que tú quieres? —quiso saber Call—. ¿Por qué aceptan dormir durante tanto tiempo y luego que los despierten solo para luchar?

—Están atados al Magisterium por una magia elemental ancestral —contestó Rufus—. Los primeros magos que fundaron la academia los capturaron, les ataron el poder y los dejaron reposando a muchos kilómetros bajo tierra. Pueden alzarse si se lo ordenamos, y nosotros los controlamos.

—¿Y en qué se diferencia eso del Enemigo y sus caotizados? —preguntó Tamara. Había transformado una de sus trenzas en un moñito ladeado sujeto con un lápiz que le salía del pelo.

—¡Tamara! —exclamó Aaron—. Es totalmente diferente. Los caotizados son malos. Excepto *Estrago* —añadió rápidamente.

—¿Y qué son esas cosas? ¿Buenos? —preguntó Tamara—. Si son buenos, ¿por qué tenerlos encerrados bajo tierra?

—No son ni buenos ni malos —explicó Rufus—. Son inmensamente poderosos, como los Titanes griegos, y no les importan nada los seres humanos. Allí donde van, les siguen la destrucción y la muerte; no porque ellos deseen matar, sino porque ni son conscientes ni les importa lo que hacen. Culpar a un gran elemental de destruir una ciudad sería lo mismo que culpar a un volcán por entrar en erupción.

—Así que hay que controlarlos por el bien de todos —concluyó Call, pero podía oír la duda y la sospecha en su propia voz.

—Uno de los elementales del metal, *Automotones*, escapó después de la batalla de Verity Torres con el Enemigo —explicó Rufus—. Destrozó un puente. Los coches que lo cruzaban cayeron al agua. La gente se ahogó antes de que lográramos hacerlo regresar a su lugar bajo el Magisterium.

—¿Lo castigaron? —Tamara parecía especialmente interesada en esto.

Rufus se encogió de hombros.

—Como he dicho, sería como castigar a un volcán por entrar en erupción. Necesitamos a esas criaturas. Es todo lo que tenemos para oponernos a las fuerzas de caotizados de Constantine Madden.

—¿Podemos ver alguno? —preguntó Call.

—¿Qué? —Rufus se detuvo, con el lápiz en la mano.

—Quiero ver uno. —Ni siquiera Call estaba totalmente seguro de por qué lo estaba pidiendo. Le atraía la idea de una criatura que no era ni buena ni mala. Que no tenía que preocuparse por cómo se comportaba. Una fuerza de la naturaleza.

—En unas semanas, comenzaremos las misiones —contestó Rufus—. Estaréis solos fuera del Magisterium, viajando, realizando proyectos. Si los completáis con éxito, no veo ninguna razón por la que no podáis contemplar a un elemental durmiente.

Llamaron a la puerta y, después de que Rufus diera su permiso, esta se abrió. Entró Rafe. Parecía mucho más feliz desde que el Maestro Lemuel ya no estaba en el Magisterium, pero Call se preguntó si habría tenido miedo de regresar a la escuela después de la muerte de Drew.

—El Maestro Rockmaple le envía esto —dijo Rafe, y le entregó a Rufus un papel doblado.

El Maestro Rufus lo leyó y luego lo arrugó con una mano. El papel estalló en llamas y se convirtió en cenizas negras.

—Gracias —le dijo a Rafe, como si prender fuego a la correspondencia fuera lo más normal del mundo—. Dile a tu Maestro que lo veré a la hora de comer.

Rafe se marchó con cara de asombro.

Call deseó desesperadamente haber visto lo que decía el papel. El problema de tener un horrible secreto era que siempre que pasaba algo, se preocupaba pensando que podía tener algo que ver con él.

Pero el Maestro Rufus ni le miró cuando continuó con la lección. Y como no pasó nada ni al día siguiente ni al otro, Call dejó de estar preocupado.

Y a medida que pasaban las semanas y las hojas de los árboles comenzaban a lucir amarillas, rojas y naranjas, como un fuego conjurado, a Call se le fue haciendo más fácil olvidar que tenía un secreto.

CAPÍTULO SIETE

El tiempo se volvió más frío y Call comenzó a ponerse sudaderas y jerséis durante sus paseos con *Estrago*. Este nunca había vivido un otoño y estaba pasándoselo en grande escondiéndose bajo los montones de hojas hasta que solo sobresalían sus moteadas patas.

—¿Se cree que no podemos verlo? —preguntó Celia con curiosidad un día, después de que *Estrago* hubiera corrido por la ladera de la colina para estrellarse contra un enorme montón de hojas. Solo se veía su cola asomar al final del montón.

—Yo solo le veo la cola —contestó Call—. La verdad es que lo hace muy bien.

Celia soltó una risita. Call había pasado de pensar que era raro que ella se riera de todo lo que decía, a que era bastante genial. Celia llevaba un jersey rojo y tenía las mejillas sonrosadas. Estaba guapa.

—¿Y cómo se tomó tu padre que llevaras a casa a *Estrago*? —

preguntó, mientras cogía un puñado de hojas del suelo: amarillo, dorado y rojizo.

Call escogió las palabras con cuidado.

—No muy bien —contestó—. Quiero decir que vivimos en un pueblo. Sería bastante difícil ocultar cualquier mascota, y aunque nadie sepa lo que es un caotizado, sí que saben lo que es un lobo.

—Sí, claro. —Celia lo miró con los ojos llenos de compasión. Le debía de preocupar que alguien hiciera daño a *Estrago*.

«Celia es tan buena…», pensó Call. Nunca se le ocurriría pensar que fuera el propio Alastair quien quisiera hacer daño a *Estrago*. Lo que resultaba impresionante, teniendo en cuenta que la única vez que había visto a Alastair había sido durante la Prueba de Hierro, cuando este se había comportado como un loco, blandiendo un cuchillo. Inconscientemente, Call llevó la mano al mango de *Miri*, que guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Era el cuchillo de tu madre, ¿verdad? —preguntó Celia con timidez.

—Sí —contestó Call—. Lo hizo cuando estaba aquí en la escuela. —Se tragó el duro nudo que se le había hecho en la garganta. Intentaba no pensar mucho en su madre, en que habría sido más cariñosa con *Estrago*, en que lo habría querido fueran cuales fuesen las huellas que tuviera en el alma.

—Sé que murió en la Masacre Fría —dijo Celia—. Lo siento mucho.

Call se aclaró la garganta.

—No pasa nada. Fue hace mucho tiempo. No llegué a conocerla.

—Yo tampoco conocí a mi tía —explicó ella—. Yo era un bebé cuando la mataron en la Masacre Fría. Pero si alguna vez tengo la posibilidad de vengarla…

Se cortó, avergonzada. *Estrago* había salido de las hojas y trotaba colina arriba con algunos palitos enganchados al pelaje.

—¿Qué? —insistió Call.

—Mataría al Enemigo de la Muerte con mis propias manos —contestó con decisión—. Lo odio tanto…

Call notó como un puñetazo en el estómago. Celia miraba las hojas que tenía en la mano y las dejaba caer al suelo como si fueran confeti. Veía que le temblaban los labios, que estaba a punto de echarse a llorar. Cualquier otro, un amigo, le habría dado un

abrazo, quizá incluso le habría palmeado el hombro. Pero Call se quedó paralizado. ¿Cómo podía consolar a Celia por algo que había hecho él?

Si Celia supiera la verdad, lo odiaría.

Esa noche, Call tuvo un sueño. En él, iba en monopatín por su pueblo con *Estrago*, que tenía su propio monopatín verde y dorado con ruedas con púas. Ambos llevaban gafas de sol, y siempre que pasaban cerca de alguien por la calle, esa persona comenzaba a aplaudir y les tiraba puñados de caramelos, como si estuvieran en un desfile de carnaval.

—Hola, Call —le dijo el Maestro Joseph, que apareció de repente en medio de la calle. Trató de esquivarlo con el monopatín y, sin más, todo se volvió blanco, como si estuvieran sobre una hoja de papel. *Estrago* había desaparecido.

El Maestro Joseph le sonrió. Llevaba la larga túnica de la Asamblea y tenía las manos a la espalda.

Call comenzó a retroceder.

—¡Sal de mi sueño! —exclamó, mientras miraba alrededor desesperado, buscando algo que pudiera emplear como arma—. ¡Sal de mi cabeza!

—Me temo que no puedo hacerlo —contestó el Maestro Joseph. Tenía una mancha oscura por delante de la túnica. Parecía agua sucia. Call le recordó acunando el cadáver de su hijo, Drew, cómo le había caído el agua encima y cómo había sollozado.

Después, se había puesto en pie y le había llamado «Maestro». Había dicho que no pasaba nada porque Drew hubiera muerto, porque Call era Constantine Madden, y si Constantine Madden había querido que Drew muriera, sería por alguna buena razón.

—Esto no es real —insistió Call, y se señaló la pierna, que no tenía cicatrices ni era más delgada ni le dolía—. Lo que significa que tú no eres real.

—Oh, pero sí lo soy —replicó el Maestro Joseph. Chasqueó los dedos y comenzó a nevar; los copos le salpicaron el cabello a Call y se le pegaron en las pestañas—. Tan real como esto. Tan real como

la terrible elección que debe hacer Alastair Hunt.

—¿Qué? ¿Qué elección? —preguntó Call, que se vio arrastrado a la conversación a su pesar.

El Maestro Joseph continuó hablando como si Call no hubiera dicho nada.

—¿Por qué sigues en el Magisterium, donde solo te despreciarán? Podrías estar con el hombre que te ha criado y conmigo, tu amigo leal. Podrías estar a salvo. Podríamos comenzar a reconstruir tu imperio. Si aceptas, podría sacarte de ahí esta noche.

—No —contestó Call—. Nunca me iré contigo.

—Oh, sí que lo harás —le aseguró el Maestro Joseph—. Quizá aún no, pero lo harás. Te conozco mucho mejor que tú mismo.

Call se despertó con la sensación del frío de la nieve aún en el rostro, y se estremeció. Se llevó la mano a la mejilla. La tenía mojada. Trató de convencerse de que solo había sido un sueño, pero los sueños no se te derretían sobre la piel.

En la siguiente clase, Call alzó la mano antes de que el Maestro Rufus comenzara con la lección. Este alzó las cejas. Tamara parecía sorprendida, pero Aaron estaba demasiado ocupado buscando algo en su mochila para prestar atención.

—No hace falta que hagas eso —dijo el Maestro Rufus—. Solo sois tres.

—Es la costumbre —contestó Call, agitando los dedos un poco, un truco que todo aquel que necesitaba ir al servicio conocía bien.

El Maestro Rufus suspiró.

—Muy bien, Call. ¿Qué necesitas?

Bajó la mano.

—Quiero saber cómo evitar que la gente nos encuentre.

El Maestro Rufus se pasó la mano por la cara, un poco desconcertado por esa petición.

—No estoy muy seguro de entender lo que quieres decir, o por qué necesitas saber eso. ¿Hay algo que te gustaría contarme?

Tamara miró a Call, satisfecha.

—Muy listo. Si supiéramos cómo escondernos, Aaron estaría más seguro.

Tal vez Call no hubiera sido lo bastante listo para pensar en eso, pero sí lo era para cerrar la boca.

Aaron alzó la mirada al oír su nombre, y parpadeó una par de veces como si tratara de averiguar de qué habían estado hablando.

—El elemento aire es el que nos permite comunicarnos a grandes distancias —explicó el Maestro Rufus—. Y es el elemento tierra el que bloquea esa comunicación. Podéis encantar una piedra para que proteja a la persona que la lleve. Ahora, decidme por qué decidimos construir la escuela donde lo hicimos.

—¿Porque estar bajo toda esta roca hace que resulte más difícil localizar la escuela? —preguntó Aaron—. Pero ¿qué pasa con ese teléfono tornado que permitió usar a Call?

«¿Y qué pasa con mi sueño?», pensó Call, aunque no dijo nada.

El Maestro Rufus asintió.

—Sí, la tierra que rodea el Magisterium está encantada. Hay zonas de acceso para que podamos tener contacto con el mundo exterior. Quizá deberíamos preparar para nuestro makaris una piedra específicamente encantada para evitar que lo vean por medios mágicos. Venid aquí y os enseñaré cómo. Pero, Call y Tamara, si me entero de que estáis usando esto para colaros por ahí o para esconder algo, os habréis metido en un buen lío. Os encerraré bajo tierra como a uno de esos elementales de los que hablamos.

—¿Y Aaron? ¿Por qué no lo incluye en esta bronca? —preguntó Tamara, ceñuda.

El Maestro Rufus miró hacia Aaron, y luego otra vez a Call y Tamara.

—Porque, por separado, Call y tú os metéis en líos, pero juntos sois todavía peores.

Aaron contuvo una risita. Call intentó no mirar a Tamara. Temía descubrir que le había molestado que el Maestro Rufus pensara que se parecía en algo a Call.

El día que Call comenzó a verlo todo más claro fue un día como otro cualquiera. Estaban fuera con el grupo de la Maestra Milagros: Jasper, Nigel, Celia y Gwenda. Practicaban lanzarse rayos de fuego uno a otro. Call ya tenía la manga chamuscada, y por culpa de su pierna, se veía obligado a esquivar un montón de rayos para evitar que le quemaran. Aaron, que había resultado ser un tramposo corrupto y de mal corazón, saltaba para apartarse del rayo la mitad de las veces, en vez de molestarse en emplear la magia.

Finalmente, Call se sentó sobre un tronco, jadeando. Jasper lo miró como si estuviera considerando si hacerlo arder o no, y cuando pareció decidirse por el no, Tamara le envió una ráfaga de calor.

—Lo importante —explicó el Maestro Rufus, sentado junto a Call — es controlar siempre las circunstancias. Otra gente reacciona ante ellas, pero si tú las controlas, tendrás las de ganar.

Eso sonaba inquietantemente como algo que Alastair le había dicho durante el verano: «La mejor manera de evitar que los vecinos monten un escándalo es controlar las circunstancias en las que ven a *Estrago*». Era fácil pensar que la formación de Alastair en el Magisterium no le había afectado en absoluto, pero Rufus también había sido su Maestro.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Call.

El Maestro Rufus suspiró.

—Si no puedes saltar como los demás, llévalos a un terreno en el que tengan la misma desventaja. En lo alto de un árbol. En un arroyo. O incluso mejor, llévalos a un terreno donde tú tengas ventaja. Crea tu propia ventaja.

—No hay ningún terreno donde yo pueda tener ventaja — masculló Call, pero siguió pensando en lo que el Maestro Rufus le había dicho durante el resto del día: mientras comía tubérculos lila en el comedor, mientras paseaba a *Estrago*, y luego, por la noche, mientras miraba el irregular techo de piedra de su habitación.

Seguía pensando en el «controlar las circunstancias» de su padre, y en buscar «un terreno donde él tuviera la ventaja». No dejaba de pensar en las cadenas de la casa de su padre y el dibujo del Alkahest que había encontrado sobre su escritorio. Llegaba siempre a las mismas inquietantes conclusiones.

Estaba casi completamente seguro de que su padre era quien había tratado de robar el Alkahest, lo que significaría que era su

padre quien había fallado. Pero ¿y si ese fracaso hubiera sido voluntario?

¿Y si Alastair hubiera fracasado, sabiendo que los magos sacarían el Alkahest del Collegium para llevarlo a un lugar más seguro? ¿Y si él ya supiera qué lugar seguro emplearían… y fuera un terreno en el que él tuviera ventaja?

En la casa, junto a los dibujos del Alkahest, había visto un mapa de la planta del hangar donde habían realizado la Prueba de Hierro.

Hasta ese momento, Call no se había preguntado de dónde lo habría sacado. Los padres de Tamara habían dicho que Alastair era un gran mago del metal, y el Maestro Rufus había dicho que el Alkahest estaba seguro, dentro de una cámara acorazada creada por magos del metal, bajo un lugar donde los chicos ya habían estado. El hangar estaba construido casi por completo de metal. Quizá Alastair, al ser un mago del metal, hubiera sido uno de los magos que habían contribuido a construirlo, una de las personas que sabía exactamente cómo entrar en el hangar y en la cámara acorazada que podía haber bajo él.

Si todo eso era cierto, entonces Alastair no había fracasado en el robo del Alkahest. Si todo eso era cierto, el Alkahest era más vulnerable que nunca.

Esa noche, Call se quedó mucho rato despierto, mirando el techo.

Call pasó la mayor parte del día siguiente como aturdido. No pudo prestar atención en clase cuando el Maestro Rufus intentaba enseñarles cómo hacer levitar objetos empleando la magia del metal y de la tierra, y dejó caer una vela encendida sobre la cabeza de Tamara. También se olvidó de pasear a *Estrago*, lo que resultó muy desagradable para la alfombra de su dormitorio. En el comedor, se despistó al ver que Celia le saludaba con la mano, y casi se tropezó con Aaron.

Este se tambaleó, y se agarró al borde de una de las mesas de piedra que soportaban grandes calderos de sopa.

—Muy bien —dijo con firmeza, mientras le quitaba a Call el

plato de las manos—. Ya basta.

Tamara asintió con vehemencia.

—Hace rato que basta.

—¿Qué? —Call se alarmó; de repente, Aaron estaba muy ocupado apilando comida rápidamente en su plato. Enormes montañas de comida—. ¿Qué está pasando?

—Estás muy raro —afirmó Tamara, que también se había servido un montón de comida—. Vamos a la habitación para hablarlo.

—¿Qué? No voy… no quiero… —Pero Call estaba atrapado por la determinación de sus amigos como una mota de polvo en medio de un vendaval. Sujetando los platos, Tamara y Aaron lo hicieron salir del comedor, lo llevaron por los pasillos hasta su cuarto y lo empujaron dentro mientras él seguía protestando.

Dejaron los platos sobre la mesa y fueron a buscar los cubiertos. Unos segundos después, estaban reunidos alrededor de la comida, devorando pizza de liquen y puré de patatas de musgo.

Vacilante, Call cogió su tenedor.

—¿Qué queréis decir con que estoy raro?

—Distraído —contestó Tamara—. No dejas de tirar cosas y de olvidarte cosas. Has llamado Jasper al Maestro Rufus, y Celia a Jasper. Y te has olvidado de pasear a *Estrago*.

Estrago ladró. Call lo miró muy serio.

—Además te quedas mirando al vacío como si hubiera muerto alguien —añadió Aaron, mientras le pasaba un tenedor a Call—. ¿Qué está pasando? Y no digas: «Nada».

Call los miró. Sus amigos. Estaba muy cansado de mentir. No quería ser como Constantine Madden. Quería ser una buena persona. La idea de contarles la verdad le parecía horrible, pero ser bueno no tenía por qué ser divertido, ¿no?

—¿Me prometéis que no se lo diréis a nadie? —les preguntó Call —. ¿Lo prometéis absolutamente y lo juráis por… por vuestro honor de magos?

Call se sintió orgulloso de esto último, que se le acababa de ocurrir. Tanto Aaron como Tamara parecían impresionados.

—Absolutamente —dijo Tamara.

—Definitivamente —dijo Aaron.

—Creo que fue mi padre el que trató de robar el Alkahest —

confesó Call.

A Aaron se le cayó un plato de liquen sobre la mesa.

—¿Qué?

Tamara parecía totalmente horrorizada.

—Call, no bromees.

—No estoy bromeando —replicó Call—. No lo haría. Creo que trató de robarlo del Collegium y creo que intentará robarlo otra vez. Y en esta ocasión, puede que lo consiga.

Aaron se lo quedó mirando con la boca abierta.

—¿Y por qué iba tu padre a robarlo? ¿Cómo lo sabes?

Les contó lo que había encontrado en el sótano, que *Estrago* había estado encadenado, y que había visto unos libros abiertos con ilustraciones del Alkahest. También les habló del mapa del hangar.

—¿Iba a arrancarle el corazón a *Estrago* para dar potencia a ese artefacto? —preguntó Tamara, que se había puesto un poco verde.

Al oír su nombre, el lobo miró a Call y gimió. Call asintió.

—Pero ¿no lo viste por ninguna parte? Me refiero al propio Alkahest —preguntó Aaron.

Call negó con la cabeza.

—No sabía que fuera un objeto real. No sabía lo que estaba haciendo mi padre o para qué quería a *Estrago*. —No mencionó los grilletes de tamaño de niño de la pared. Estaba preparado para explicar parte de la verdad, pero no toda. No estaba seguro de dónde lo situaba eso en el medidor de Señor del Mal, pero no le importaba.

—¿Por qué iba tu padre a querer matar a Aaron? —preguntó Tamara.

—No quiere matarlo —contestó Call rápidamente—. Estoy total y completamente seguro de que mi padre no trabaja para el Enemigo de la Muerte.

—Pero, entonces, ¿por qué querría…? —Tamara negó con la cabeza—. No lo entiendo. Tu padre odia la magia. ¿Por qué iba a estar tratando de darle potencia al Alkahest si no quisiera…?

Call estaba empezando a sentir pánico. ¿Por qué Tamara no le creía? Una pequeña parte de él sabía que, sin conocer la parte de la historia en la que Call resultaba ser el Enemigo de la Muerte, era difícil dar con una razón por la que Alastair pudiera querer el Alkahest y que no tuviera nada que ver con Aaron.

—Odia el Magisterium —dijo Call, mientras cerraba los puños bajo la mesa—. Quizá solo quiera asustar a los magos.

—Tal vez quiera matar al Enemigo —sugirió Aaron—. Quizá está tratando de deshacerse de él para que tú estés a salvo.

—El Enemigo lleva por aquí docenas de años —recordó Tamara —. ¿Y a Alastair se le acaba de ocurrir esta idea? Y es una coincidencia que, justo ahora que tenemos un makaris, él comience a trabajar en un artefacto para matar makaris.

—Puede estar tratando de librarse de mí para que Call esté seguro —propuso Aaron, y los ojos verdes se le ensombrecieron—. Casi hice que os mataran a los dos cuando me raptaron, y Call ha accedido a ser mi contrapeso. Eso es peligroso.

—Como ha dicho Call, Alastair odia a los magos —aportó Tamara—. No creo que le importe la guerra. Si consigue acabar con el Magisterium, entonces Call no tendrá que ir a ninguna parte, y eso es lo que más desea en el mundo. —Se mordisqueó el pulgar, nerviosa—. Tenemos que decírselo a alguien.

—¿Qué? —Call se incorporó para sentarse—. Tamara, lo juro, ¡Alastair no trabaja para el Enemigo!

—¿Y qué? —replicó Tamara, con un tono cortante en la voz—. Está intentando robar un peligroso artefacto mágico. Incuso si solo quisiera quedárselo para poder dormir mejor por las noches, el Alkahest es demasiado valioso y demasiado mortal. ¿Y si el Enemigo supiera que lo tiene él? Mataría a tu padre y cogería el Alkahest. Explicárselo a otros magos ayudará a protegerlo.

Call se puso de pie y comenzó a andar de un lado para otro.

—No, iré a ver a mi padre y le diré que conozco sus planes. De esta manera no podrá seguir adelante, y el Alkahest estará a salvo.

—Es demasiado arriesgado —dijo Aaron—. Tu padre iba a arrancarle el corazón a *Estrago*. No creo que debas estar cerca de él tú solo. Te lanzó un cuchillo, ¿recuerdas?

—Me lo estaba pasando —replicó Call, aunque ya no sabía qué creer.

Tamara soltó un largo soplido.

—Sé que no quieres meter a tu padre en un lío, pero él se lo ha buscado.

—Es mi padre —repuso Call—. Debo ser yo quien decida. —Miró a Tamara. Tenía sus oscuros ojos clavados en él. Call respiró

hondo y jugó su última carta—. Habéis jurado que me guardaréis el secreto. Lo habéis jurado por vuestro honor.

—¡Call! —exclamó Tamara con voz rota—. ¿Y si te equivocas al pensar que no quiere hacerle daño a Aaron? ¿Y si te equivocas con tu padre? Podría pasar. No siempre conocemos a nuestros familiares tanto como creemos.

—Así que me has mentido —constató Call—. Me has mentido a la cara. No tienes honor.

Aaron se puso de pie.

—Va, chicos, va…

—Mira, voy a decírselo al Maestro Rufus —aseguró Tamara—. Ya sé que tú no quieres, y sé que he dicho que no lo haría, pero tengo que hacerlo.

—No tienes que hacerlo —le dijo Call, con voz tensa—. Y si te importaran otras cosas aparte de avanzar en el Magisterium, no lo harías. Se supone que eres mi amiga. Se supone que debes mantener tu palabra.

—¡Aaron es mi amigo! —gritó ella—. ¿Es que no te importa lo que pueda hacerle el Enemigo?

—Si Call dice que su padre no trabaja para el Enemigo, le creo —se apresuró a decir Aaron—. Yo soy el que está en peligro, así que debo decidir yo…

Tamara tenía la cara escarlata y lágrimas en los ojos. Call se dio cuenta de que, pasara lo que pasase, ella siempre elegiría a Aaron antes que a él.

—¡No harás más que ponerte en peligro! —chilló Tamara—. ¡Tú eres así! Y Call lo sabe. —Se volvió hacia Call—. ¿Cómo te atreves a aprovecharte de eso? Se lo contaré al Maestro Rufus. Sí que lo haré. Y si algo le pasa a Aaron con el Alkahest, entonces es… ¡Es culpa tuya!

Se volvió y salió de la habitación, enfadada. Call se dio cuenta de que respiraba como si hubiera estado corriendo. Y un segundo después, estaba realmente corriendo, detrás de Tamara.

—*Estrago* —gritó—. ¡Ven! ¡Cógela! Quiero decir, no le hagas daño. ¡Solo lísiala un poco!

Estrago soltó un aullido, pero Aaron, después de lanzarle a Call una mirada de desprecio, lo agarró por el collar. El makaris se tiró sobre el lobo mientras Call salía al pasillo a tiempo de ver las

trenzas de Tamara torcer al final del corredor. Fue tras ella, pero sabía que, con su pierna, nunca la alcanzaría.

La furia le fue creciendo dentro del pecho mientras corría. Tamara era terrible y nada de fiar. Esperaba que sus amigos se enfadaran, pero no que lo traicionaran. Feroces dardos de dolor se le clavaban en la pierna; se resbaló y cayó de rodillas, y por un momento, solo un momento, pensó en qué haría exactamente si tuviera dos piernas que le funcionaran, si pudiera olvidarse del dolor. ¿Qué haría a cambio? ¿Mataría por ello? ¿Dejaría de preocuparse por la lista de Señor del Mal?

—¿Call? —Tenía una mano en el hombro, y luego en el brazo, ayudándolo a levantarse. Alex Strike, tan seguro como siempre, con su inmaculado uniforme, parecía preocupado—. ¿Qué estás haciendo?

—Tamara… —jadeó Call.

—Iba hacia el despacho de Rufus —dijo Alex, y señaló hacia un grupo de puertas dobles hechas de hierro y cobre—. ¿Estás seguro de que deberías…?

Pero Call ya había salido corriendo. Sabía exactamente dónde estaba el despacho del Maestro.

Tamara estaba en el centro de la estancia, en medio de una alfombra circular. Rufus se apoyaba en el escritorio, iluminado desde atrás por el brillo de unas lámparas. Parecía muy serio.

Call derrapó hasta frenar. Miró varias veces al uno y al otro.

—No puedes —le dijo a Tamara—. No puedes decírselo.

Tamara se cuadró de hombros.

—Tengo que hacerlo, Call.

—Me lo prometiste —insistió Call entrecortadamente. Había medio pensado que quizá Aaron le habría seguido, pero no lo había hecho y, de repente, Call se sintió terriblemente solo, enfrentándose a Tamara y Rufus como si fueran sus enemigos. Notó una oleada de rabia contra Tamara. Nunca había querido enfadarse con ella u ocultar cosas a Rufus. Nunca había querido estar en esa posición. Y nunca había querido pensar que no podía confiar en Tamara.

—Parece que aquí está ocurriendo algo serio —dijo Rufus.

—Nada —repuso Call—. No pasa nada.

Rufus miró a Call y luego a Tamara. Call sabía en cuál de ellos confiaría el Maestro. Incluso sabía en cuál de los dos se debía

confiar.

—Muy bien —comenzó Tamara—. Lo suelto y ya está. Alastair Hunt es quien intentó robar el Alkahest, y si no lo detenemos, volverá a intentarlo.

El Maestro Rufus alzó una ceja.

—¿Y cómo sabes todo eso?

—Porque —contestó Tamara, aunque Call la miraba como si le salieran dagas de los ojos— lo ha dicho Call.

CAPÍTULO OCHO

Los magos enviaron a Tamara de vuelta a su habitación. Se fue sin mirar a Call, con la cabeza gacha y los hombros hundidos. Él no le dijo nada. Se tenía que quedar para responder a un inacabable montón de preguntas sobre lo que había visto y lo que no había visto, sobre cómo se había comportado Alastair y si alguna vez había hablado sobre Constantine Madden. Le preguntaron si sabía que su padre y Constantine Madden habían sido amigos, y especialmente si Alastair había hablado alguna vez de la madre de Call, Sarah, de alguna forma que sugiriera que la quería resucitar.

—¿Se puede hacer eso? —preguntó Call, pero nadie le dio una respuesta clara.

Call vio que aunque Aaron, e incluso quizá Tamara, podrían haberse creído que Alastair no estaba aliado con el Enemigo, todos los Maestros estaban seguros de que era un traidor. O que estaba loco. O que era un traidor loco.

Si Call hubiera querido desacreditar a Alastair para hacer que fuera imposible que alguien le creyera si contaba que tenía el alma de Constantine Madden, no podría haberlo hecho mejor. Esa parte debería haberle alegrado, pero no lo hizo. Nada lo hizo. Estaba furioso consigo mismo e incluso más furioso con Tamara.

Ya era tarde cuando finalmente lo dejaron marchar y el Maestro Rufus lo acompañó a su habitación.

—Ahora entiendo por qué no querías ver a tu padre cuando vino aquí —dijo el Maestro Rufus.

Call no respondió. Los adultos tenían una facilidad maravillosa para decir lo que era evidente, y también para contar todo lo que habían descubierto.

—Debes saber que no vas a tener problemas por esto, Callum —explicó Rufus—. Nadie esperaba que revelaras los secretos de tu padre, este peso nunca debería haber caído sobre tus hombros.

Call guardó silencio. Había hablado durante horas y ya no tenía nada más que decir.

—Tu padre se volvió muy excéntrico después de la guerra. Quizá ninguno de nosotros quiso ver lo raro que había llegado a comportarse. Trabajar con los elementos, como hacemos nosotros, encierra muchos peligros. Podemos hacer que el mundo se amolde a nuestros deseos, pero el precio que paga la mente es muy elevado.

—No está loco —replicó Call.

El Maestro Rufus calló y miró a Call durante un largo momento.

—Yo me cuidaría mucho de decir eso donde alguien pueda oírte —le dijo el Maestro—. Es mejor que el mundo piense que está loco que aliado con el Enemigo.

—¿Usted cree que está loco? —quiso saber Call.

—No puedo imaginarme a Alastair con Constantine como aliado —contestó Rufus pasado un momento—. Les enseñé a ambos. Sí que eran amigos. No hubo nadie que se sintiera más traicionado por Constantine, cuando este se decantó por el mal, que Alastair. Ni nadie más decidido a derrotar a Constantine que él, y más aún después de que mataran a Sarah. No hay mayor traición que la de un amigo.

Call miró a Rufus y se sintió mareado. Pensó en Aaron, que había nacido para derrotarle. Ese era su destino, aunque no lo supiera.

—Algunas personas están hechas para ser amigas, y otras, enemigas —continuó Rufus—. Al final, el universo siempre se equilibra.

—Todo en equilibrio —masculló Call. Era un dicho alquímico.

—Exacto. —Rufus le puso la mano en el hombro, lo que le sorprendió tanto que pegó un bote—. ¿Estarás bien?

Call asintió y entró en sus habitaciones. La sala común estaba vacía; tanto Tamara como Aaron se habían ido a sus dormitorios y habían cerrado la puerta. Él fue al suyo y se tumbó en la cama totalmente vestido. *Estrago* ya estaba dormido sobre unas mantas. Call sacó a *Miri* de su funda y lo alzó para verlo, para ver todas las volutas y espirales en el trabajado metal de la hoja. *Paz*.

Dejó caer la mano a un lado y cerró los ojos, demasiado agotado para desvestirse.

Al día siguiente se despertó con el molesto ruido de la primera campana, lo que significaba que ya llegaba tarde al desayuno. La noche anterior no había comido mucho y notaba una ligera náusea, como si en vez de saltarse una comida, le hubieran golpeado varias veces en el estómago.

Sacó un uniforme limpio y se quitó las botas.

Ni Tamara ni Aaron le estaban esperando en la sala que compartían. O bien habían decidido que le odiaban o bien ni se habían enterado de que había vuelto la noche anterior.

Con el lobo caotizado a sus talones, Call comenzó su camino al comedor, con la pierna agarrotada. Estaba lleno de aprendices. Alumnos del Curso de Hierro vestidos de gris rondaban por allí, aún poniendo caras raras ante la amalgama de pilas de liquen de diferentes colores y mirando boquiabiertos las grandes rebanadas de champiñones que se asaban sobre una parrilla. Unos cuantos aprendices de los Cursos de Plata y Oro se hallaban sentados en grupos, de vuelta de sus misiones y mirando alrededor con el mismo desdén que si ya fueran Maestros.

Aaron se había sentado a una mesa con otros alumnos del Curso de Cobre. Celia también estaba allí, junto con Gwenda, Rafe, Laurel

y Jasper. Ya tenían los platos vacíos.

Tamara estaba sentada en otra mesa con Kimiya y sus amigos. Call se preguntó si se lo estaría contando todo sobre Alastair y él, y la gran heroína que era, pero en ese momento no había nada que pudiera hacer por evitarlo. Con un suspiro, se comenzó a servir un plato de tubérculos lila estofados, que olían un poco como gachas, para él, y un poco de liquen con sabor a tocino para *Estrago*. Comió de pie, para no tener que sentarse junto a nadie. No estaba seguro de que lo recibieran bien en alguna parte.

Cuando sonó el segundo timbre, Call se dirigió hacia el Maestro Rufus, que estaba sentado con otros Maestros.

—Ah —dijo el Maestro Rufus, y con un gesto, llamó a Tamara y Aaron—. Es hora de comenzar la clase.

—Hurra —soltó Call sarcásticamente. El Maestro Rufus le lanzó una mirada de reproche y se levantó para salir del comedor. Call, Aaron y Tamara fueron tras él como la cola de un cometa triste y reacio.

—¿Estás bien? —le preguntó Aaron, chocando su hombro con el de Call mientras el Maestro Rufus los conducía hacia abajo por una escalera de piedra tallada en la roca. Los escalones bajaban en espiral. Pequeñas salamandras brillantes correteaban por el techo. Call pensó en *Warren* de nuevo.

—Eso depende —contestó—. ¿Estás de mi lado o del de ella?

Miró hacia Tamara, que apretó los labios. Parecía como si estuviera pensando en empujar a Call escaleras abajo.

Aaron estaba claramente molesto.

—¿Es que tiene que haber lados?

—Cuando ella delata a mi padre, ¡sí, tiene que haber lados! —masculló Call—. Nadie que fuera realmente mi amigo haría eso. Prometió guardar el secreto y mintió. Es una mentirosa.

—¡Y nadie que fuera realmente amigo de Aaron trataría de proteger a alguien que está intentando matarle! —replicó Tamara.

—Y de nuevo, mentirosa, si fueras realmente mi amiga, ¡me creerías cuando te digo que no era eso lo que Alastair trataba de hacer!

Una mirada peor que de odio cruzó el rostro de Tamara. Era de lástima.

—No eres objetivo, Call.

«¡Ni tú tampoco!», iba a gritarle, pero el Maestro Rufus se había dado la vuelta y los miraba, amenazador.

—Ni una palabra más sobre Alastair Hunt, ninguno de vosotros —dijo—. O acabaréis separando arena en lugar de cenar.

Call se había pasado su primera semana en el Magisterium separando arena, y antes preferiría tener que enfrentarse a un elemental del caos. Cerró la boca, y lo mismo hicieron Aaron y Tamara. Esta parecía enfadada, y Aaron, desanimado. Se mordía las uñas, que era algo que solo hacía cuando se sentía realmente mal.

—Muy bien —dijo el Maestro Rufus volviéndose de nuevo. Call se dio cuenta de que habían entrado en una gran gruta sin ni siquiera notarlo. Las paredes estaban cubiertas de un mullido musgo color azul cielo. El Maestro Rufus comenzó a ir de aquí para allá, con las manos a la espalda—. Todos sabemos que para emplear un elemento se requiere un contrapeso, algo que nos mantenga en equilibrio para que el elemento no nos controle. ¿Es así?

—Impide que nos convirtamos en Devorados. Como aquel tipo de fuego —dijo Aaron, refiriéndose al ser monstruoso y ardiente que se habían encontrado en las profundas cavernas del Magisterium.

El Maestro Rufus puso cara de paciencia.

—Sí, el ser que tiempo atrás fue el Maestro Marcus. O, como has dicho tú, «el tipo de fuego». Pero hay más que eso, ¿no?

—Es un opuesto —contestó Tamara, atusándose las trenzas—. Y tira de ti en el sentido contrario. Así, el contrapeso del fuego es el agua.

—¿Y el contrapeso del caos es…? —preguntó Rufus, mirando fijamente a Aaron.

—Call —contestó Aaron—. Quiero decir que mi contrapeso es Call. No el de todos. Pero el contrapeso del caos es una persona. Aunque… no siempre Call.

—Tan elocuente como siempre —repuso Rufus—. ¿Y hay algún problema con los contrapesos?

—¿A veces es difícil encontrar uno? —aventuró Aaron, y Call pensó que estaba en lo cierto. Encontrar fuego también parecía difícil. Quizá todos los magos adultos llevaran mecheros.

—Te limita el poder —contestó Tamara.

El Maestro Rufus asintió mirándola, lo que indicaba que ella

había dado la mejor respuesta.

—Limitar tu poder es una parte de lo que te mantiene a salvo —dijo él—. Ahora bien, ¿qué es lo opuesto a un contrapeso?

Tamara también respondió a esa, fardando.

—Lo que hicimos con la arena el curso pasado.

Call quería hacerle una mueca, pero estaba seguro de que Rufus le pillaría. Era el problema en una clase de solo tres personas.

El Maestro Rufus asintió.

—Aceleración simpática, lo llamamos. Muy peligrosa, porque te mete más adentro del elemento. Te da poder, pero el precio puede ser muy alto.

Call esperó que aquello no fuera el principio de un sermón sobre cómo él había sido, y seguía siendo, un problema.

Pero el Maestro Rufus continuó.

—Lo que me gustaría que hicierais es practicar el uso de contrapesos. Primero, coged algo que represente cada uno de los elementos. Aaron, esto va a ser especialmente difícil para ti, ya que has escogido a Call como contrapeso.

—¡Eh! —exclamó Call.

—Solo me refiero a que trabajar con un contrapeso humano es difícil. Ahora id a buscar vuestros contrapesos.

Call caminó por el borde de la gruta y encontró una piedra grande. El aire lo rodeaba, así que supuso que ese elemento ya estaba cubierto. El fuego y el agua le costaron más, pero empleó la magia para transformar parte del agua del estanque limoso de la cueva en un orbe que mantuvo flotando junto a su cabeza. Luego cogió un tozo de enredadera y decidió que lo haría arder con magia cuando llegara el momento.

Volvió junto a los otros. Ellos habían completado el ejercicio antes que él.

—Muy bien —dijo el Maestro Rufus—. Comencemos con la magia del aire. Voy a usarla para alzaros a los tres en el aire, pero no soltéis vuestro contrapeso. Va a ser vuestro único contacto con la magia de la tierra. Bajad cuando notéis que tenéis que emplear el contrapeso.

Uno a uno, se alzaron en el aire. Call lo notaba silbando a su alrededor. La excitante atracción de volar lo hacía sentirse agradablemente mareado. Volar era su parte favorita de la magia;

en el aire, la pierna nunca le molestaba. Comenzó a emplear la magia del aire, creando dibujos de colores, formando nubes y luego volando a través de ellas. Cuanta más magia gastaba, más entendía cómo alguien podía ser Devorado. Le parecía que convertirse en parte del aire no le costaría mucho. Podía relajarse en él y dejarse arrastrar como una hoja errante. Y todas sus preocupaciones y miedos también se alejarían volando.

Lo único que tenía que hacer era tirar esa piedrecita.

—Call. —El Maestro Rufus lo estaba mirando—. El ejercicio ha acabado.

Call se volvió y vio que Tamara y Aaron ya estaban en el suelo. Accedió a su piedra y dejó que el peso de su conexión con la tierra lo llenara, para irlo bajando lentamente hasta que de nuevo estuvo sobre el suelo, con la pierna doliéndole como siempre.

Rufus observó a Call.

—Lo habéis hecho muy bien todos —dijo—. Ahora, Aaron, vamos a intentar hacer un ejercicio con el caos. Algo pequeño.

Aaron asintió; parecía nervioso.

—No debes preocuparte —le tranquilizó Rufus mientras les indicaba que dejaran un espacio vacío en el centro de la gruta—. Por lo que tengo entendido, derrotaste a muchos caotizados cuando luchaste contra el Maestro Joseph el año pasado.

—Sí, pero… —Aaron se mordisqueó una uña—. Lo hice sin un contrapeso.

—No, no fue así. Call estaba allí.

—Es verdad —dijo Tamara—. Call prácticamente te sujetaba.

—Puede que usaras la magia de un modo instintivo —explicó Rufus—. El contrapeso del caos es un ser humano porque el contrapeso del vacío es el alma. Cuando empleas la magia del caos, buscas un alma humana que te equilibre. Sin un contrapeso, es fácil que agotes tu propia magia y mueras.

—Eso suena… mal —repuso Aaron. Se colocó en el centro de la gruta, y un segundo después, Call fue con él. Se quedaron de pie incómodos, hombro contra hombro—. Pero no quiero hacer daño a Call.

—No se lo harás. —El Maestro Rufus fue a un rincón de la cueva y regresó con una jaula. En ella había un ser elemental: un lagarto con pinchos curvados a lo largo del lomo. Tenía los ojos de color

oro brillante.

—¿*Warren*? —exclamó Call.

El Maestro Rufus dejó la jaula en el suelo.

—Harás que desaparezca este elemental. Envíalo al reino del caos.

—Pero es *Warren* —protestó Call—. Conocemos a ese lagarto.

—Sí, no estoy muy seguro de querer hacer… eso —dijo Aaron—. ¿No puedo hacer desaparecer una piedra o algo así?

—Me gustaría que trabajaras con algo más sustancial que eso —explicó Rufus.

—*Warren* no quiere desaparecer —dijo el lagarto—. *Warren* tiene cosas importantes que deciros.

—¿Lo oís? —preguntó Aaron—. Tiene cosas importantes que decirnos.

—También es un mentiroso —señaló Tamara.

—Bueno, tú lo debes de saber todo sobre ser un mentiroso, ¿verdad? —soltó Call.

A Tamara se le sonrojaron las mejillas, pero no le hizo caso.

—¿Recordáis cuando *Warren* nos llevó a la cueva que no era y el Devorado casi nos mata?

Aaron miró de reojo a Call.

—No quiero hacerlo —susurró.

—No puedes hacerlo —masculló Call en voz baja.

—Tengo que hacer algo. —Aaron sonaba como si estuviera a punto de ser presa del pánico.

—Haz desaparecer la jaula —repuso Call en lo que era casi un murmullo.

—¿Qué?

—Ya me has oído. —Call cogió a Aaron por el brazo—. Hazlo.

El Maestro Rufus entrecerró los ojos.

—Call…

Aaron tendió la mano de golpe. Un hilillo negro se desenroscó de su palma y luego estalló hacia fuera, rodeó la jaula y ocultó a *Warren*. Call notó un leve tirón en su interior, como si tuviera una goma bajo las costillas y Aaron estuviera haciéndola vibrar. ¿Eso era lo que significaba ser un contrapeso?

El humo comenzó a aclararse. Call dejó caer la mano justo a tiempo de ver la cola de *Warren* desaparecer por una grieta en la

pared de la gruta. La jaula ya no estaba, el espacio que había ocupado estaba vacío.

Rufus alzó las cejas.

—No pretendía que también enviaras la jaula al caos, pero… buen trabajo.

Tamara no dejaba de mirar hacia el lugar donde había desaparecido la jaula de *Warren*. En otras circunstancias, Call le habría lanzado una mirada tranquilizadora, pero no en ese momento.

—¿Cuál es el límite del poder de Aaron? —preguntó Tamara de repente—. Es decir, ¿qué puede hacer? ¿Podría enviar al vacío todo el Magisterium?

El Maestro Rufus se volvió hacia ella, y las espesas cejas se le juntaron de la sorpresa.

—Hay tres cosas que hacen grande a un mago. Una es su afinado control, otra es su imaginación y la tercera es su pozo de poder. Uno de nuestros desafíos es descubrir la respuesta a tu pregunta. ¿Qué puede hacer Aaron antes de necesitar que su contrapeso tire de él hacia atrás? ¿Qué puede hacer Call? ¿Qué puedes hacer tú? Solo hay una manera de descubrirlo: la práctica. Ahora, probemos a trabajar con la tierra.

Call suspiró. Parecía que iban a tardar mucho en acabar.

Una vez terminados los ejercicios, los tres aprendices iniciaron el camino de regreso desde la gruta. Call estaba agotado y se había quedado rezagado. Le dolía la pierna, le dolía la cabeza y se entretuvo ante uno de los estanques de peces ciegos.

—Vosotros sí que lo tenéis fácil —les dijo mientras ellos nadaban letárgicamente, blanquecinos bajo las tinieblas iluminadas por el musgo.

La superficie del agua se rompió de repente y un pez voló por los aires capturado por una larga lengua rosa. Call alzó la mirada y vio a *Warren* colgando de una estalactita.

El elemental lo miró parpadeando.

—El fin está más cerca de lo que crees —dijo.

—¿Qué? —preguntó Call, pensando que lo había oído mal.

—El fin está más cerca de lo que crees —repitió el lagarto. Luego correteó desde la formación rocosa hasta el techo de la caverna.

—Eh, ¡te hemos ayudado! —le gritó Call, pero *Warren* no regresó.

Durante la comida, Call se sentó con Aaron, Jasper y Celia, mientras que Tamara, una vez más, fue con su hermana. Cada vez que la miraba, Call podía notar oleadas de frialdad emanándole de la espalda.

—¿Por qué estás todo el rato mirando a Tamara? —preguntó Celia, mientras clavaba el tenedor en un champiñón de un color amarillo intenso.

—Porque Tamara ha dicho a los magos que investiguen al padre de Call —contestó Jasper. Call se sobresaltó y lo miró con mala cara. Jasper puso una sonrisa de ángel.

—¿Investigarlo por qué? —Celia lo miraba con ojos cargados de sorpresa.

Call no dijo nada. Si comenzaba a explicar la historia o a inventarse excusas, sería peor. En su lugar, se preguntó cómo se habría enterado Jasper de eso. Quizá Tamara y él volvieran a ser uña y carne. Tamara se merecía tener que aguantar a alguien como Jasper.

Este estaba a punto de hacer otro comentario, pero Aaron le cortó con un «cierra el pico».

—No sé lo que habrá hecho —admitió Jasper—. Pero he oído a algunos de los magos hablando. Decían que el grupo que habían enviado a buscarle no ha encontrado nada. Al parecer, ha desaparecido.

—¿Desaparecido? —repitió Celia mirando a Call; esperaba que dijera algo.

Call miró su plato con las cejas fruncidas, y pequeñas grietas se fueron abriendo en el borde de la cerámica por la fuerza de su rabia. Era un mago de segundo curso, había cruzado la Puerta de

Control; sabía que no debería estar dejándose ir así. Y sin embargo, no quería impedir que Jasper hablara, porque parecía saber más que él sobre lo que estaba ocurriendo con Alastair.

—Sí, supongo que alguien le avisó —continuó Jasper, y su mirada se fue hacia Call, dejando claro lo que pensaba.

—Call no ha avisado a nadie —afirmó Aaron—. Ha estado con nosotros todo el rato. Y deja de hacer como si supieras algo, cuando, en realidad, no sabes nada.

—Sé más que tú —replicó Jasper con una mueca de desdén hacia Aaron—. Sé que no se puede confiar en él.

Call notó un escalofrío por toda la espalda, porque Jasper tenía razón.

Ni el propio Call podía confiar en sí mismo.

Esa noche, Call se tumbó en el sofá de la sala común. Rufus les había mandado unas lecturas sobre la época de los roba-barones de la política de los magos, que había durado hasta hacía un par de décadas. Pero Call no se podía concentrar. Las palabras daban vueltas en la página y, de vez en cuando, en los bordes del libro aparecían pequeñas llamitas, que apagaba rápidamente. La rabia y el miedo habían chamuscado el lomo y la oscura ceniza le manchaba los dedos.

Tamara se había escabullido después de la cena, y Aaron estaba en la biblioteca haciendo los deberes. Le había invitado a acompañarle, pero solo era porque Aaron era muy amable y no podía evitar hacer cosas así. Call sabía que estaba mejor solo. Únicamente *Estrago* y él, tumbados en el sofá, con el lobo hecho un ovillo a sus pies, respirando pesadamente y con los ojos multicolores brillándole en la tenue iluminación de la habitación.

Justo cuando estaba seguro de que iba a volver a incendiar el libro, se abrió la puerta. Era Alex Strike, con el cabello castaño alborotado como siempre y una extraña expresión en el rostro.

Call metió el libro de historia bajo un cojín y se incorporó, con cuidado de no molestar a *Estrago*. Como era el ayudante de Rufus, Alex era una de las pocas personas, aparte del Maestro, que podía

entrar en esa habitación. Aun así, nunca antes lo había hecho de esa manera.

—¿Qué pasa? —preguntó Call.

Alex se sentó en la otra punta del sofá, mirando las puertas cerradas de los dormitorios de Tamara y Aaron.

—¿Tus compañeros están fuera?

Call asintió, no muy seguro de adónde quería ir a parar.

Quizá estuviera metido en un lío. Tal vez tuviera un mensaje de Rufus. Podría ser que hubiera algún tipo de novatada de segundo curso que implicara atarlo a una estalactita durante toda la noche.

—Es sobre tu padre —dijo Alex—. Sé lo del Alkahest. Sé que los magos lo están buscando.

Call miró a *Estrago*, que lanzó un suave gruñido gutural.

—¿Es que lo sabe todo el mundo? —preguntó, pensando en Jasper.

Alex negó con la cabeza.

—No saben lo serio que es esto.

—Mi padre no lo hizo —replicó Call—. No como ellos dicen. No está aliado con el Enemigo. No está aliado con nadie.

Una extraña expresión pasó por el rostro de Alex, como si acabara de darse cuenta de lo peligroso que era estar hablando con Call de eso.

—Te creo —dijo finalmente—. Y por eso necesito que tu padre sepa que debe permanecer escondido. Si lo encuentran, lo van a matar.

—¿Qué? —exclamó Call, aunque le había oído perfectamente.

Alex meneó la cabeza.

—El Alkahest ha desaparecido. Si lo tiene él, no se van a molestar en enviarlo a prisión. Será hombre muerto en cuanto lo encuentren. Por eso he pensado que lo debías saber. Avísale, antes de que sea demasiado tarde.

Call se preguntó cómo sabría Alex todo eso, y luego recordó que su madrastra estaba en la Asamblea. Pero tenía otra cosa que preguntar.

—¿Por qué me estás ayudando?

—Porque tú me ayudaste a mí —contestó Alex—. Tengo que irme.

Call asintió y Alex salió de la habitación.

Si a Alastair lo mataban los magos, sería culpa suya. Tenía que hacer algo, pero cuanto más lo pensaba, más convencido estaba de que no había ninguna manera segura de mandarle un mensaje. El Maestro Rufus estaría esperando precisamente eso, y lo emplearía para capturar a Alastair si pudiera. Pero si lograba encontrar a su padre a tiempo, quizá le pudiera avisar.

Pensar en Alastair le hizo recordar la habitación del sótano, preparada para un ritual, y el pequeño camastro, del tamaño de un niño, en el rincón. Le hizo venir a la memoria cómo había gemido *Estrago* y el sonido de la cabeza de su padre al golpearse contra la pared.

Si encontraba a su padre y este tenía el Alkahest, ¿qué haría Alastair?

Call sabía que debía centrarse. Conocía a su padre mejor que nadie. Debería ser capaz de saber dónde se escondía. Sería un lugar apartado, uno que conociera bien. Un lugar donde los magos no fueran a mirar. Uno que los magos no pudieran averiguar fácilmente que tenía algo que ver con él.

Call se irguió en el asiento.

Alastair compraba un montón de coches antiguos estropeados para desguazarlos; demasiados para guardarlos en el garaje de la casa o en su tienda, así que había alquilado un destartalado granero a una anciana que vivía a unos setenta kilómetros… y le pagaba en efectivo. El granero sería un escondite perfecto; Alastair se había quedado a dormir allí alguna vez, cuando trabajaba hasta muy tarde.

Call bajó del sofá, lo que hizo que *Estrago* se cayera al suelo con un gruñido de fastidio. Call le acarició la cabeza.

—No te preocupes, muchacho —le dijo—. Te vienes conmigo.

Fue al dormitorio y sacó su bolsa de viaje de debajo de la cama. Rápidamente, metió un poco de ropa, tiró a *Miri* dentro y, después de pensárselo un momento, volvió a la sala y cogió también las patatas fritas que quedaban. Necesitaba algo de comer para el camino.

Se estaba colgando la bolsa al hombro cuando la puerta se abrió y entraron Tamara y Aaron. Este cargaba con una pila de libros, los de Tamara y los suyos, y ella reía por algo que él había dicho. Por un instante, antes de ver a Call, parecían despreocupados y felices,

y Call notó que se le hacía un nudo en el estómago. No lo necesitaban, ni como amigo, ni como parte de su grupo de aprendices, ni como nada, excepto como causa de conflictos y discusiones.

Tamara lo vio primero, y la sonrisa se le borró de la cara.

—Call.

Aaron cerró la puerta y dejó los libros. Cuando se enderezó, estaba mirando las botas que Call llevaba puestas y la bolsa de viaje.

—¿Adónde vas? —preguntó Aaron.

—Iba a pasear a *Estrago* —contestó Call, señalando al lobo, que saltaba alegremente entre ellos.

—¿Y necesitas equipaje para una semana? —Tamara señaló la bolsa de viaje—. ¿Qué pasa, Call?

—Nada. Mirad, no hace falta… no hace falta que sepáis nada de esto. Así, cuando el Maestro Rufus os pregunte dónde estoy, no tendréis que mentir.

Tamara negó con la cabeza.

—De ninguna manera. Somos un grupo. Nos explicamos las cosas.

—¿Por qué? ¿Para que puedas contar nuestros secretos? —replicó Call, y vio a Tamara hacer una mueca de dolor. Sabía que estaba siendo un burro, pero era incapaz de parar—. ¿Otra vez?

—Eso dependerá de lo que estés haciendo. —Aaron apretaba el mentón de un modo que Call pocas veces había visto. Por lo general, Aaron era tan indulgente, tan inmensamente amable, que Call a menudo olvidaba que, bajo eso, estaba el acero que lo convertía en el makaris—. Porque si es algo que te va a poner en peligro, entonces se lo diré yo mismo a los Maestros. Y así podrás estar furioso conmigo en vez de con ella.

Call tragó saliva. Aaron y Tamara se enfrentaron a él, cerrándole el paso a la puerta.

—Van a matar a mi padre —explicó Call.

Aaron alzó las cejas.

—¿Qué?

—Alguien…, y no puedo decir quién es, así que tendréis que confiar en mí, me ha dicho que el Alkahest ha desaparecido. Y como mi padre ha huido, no lo van a meter en prisión o a hacerle

un juicio…

—¿El Alkahest ha desaparecido? —repitió Tamara—. ¿De verdad lo ha robado tu padre?

—¿Hay una prisión de magos? —preguntó Aaron, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Algo parecido. Existe el Panopticón —contestó Tamara muy seria—. No sé mucho de él, pero es un lugar donde siempre te vigilan. Nunca estás solo. Si tu padre realmente…

—No importa —replicó Call—. Van a matarle.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó Tamara.

Call la miró durante un largo momento.

—Un amigo…, un amigo de verdad, me ha contado lo que ha oído.

Tamara palideció.

—¿Y qué vas a hacer?

—Tengo que encontrarle y recuperar el Alkahest antes de que le maten. —Call se subió más la bolsa en el hombro—. Si lo devuelvo al Collegium, podría convencer a los magos de que mi padre no es ninguna amenaza para ellos… ni para ti. Lo juro, Aaron, mi padre no te haría daño. Te lo juro.

Aaron se pasó la mano por la cara.

—Y nosotros tampoco queremos que tu padre resulte herido.

—Muerto, no herido —insistió Call—. Si no lo encuentro, lo van a matar.

—Voy contigo —dijo Tamara—. Puedo recoger mis cosas en diez minutos.

«No quiero que vengas».

Call no lo dijo. Ni siquiera estaba seguro de que fuera cierto. Aunque sí sabía que seguía enfadado con ella. Negó con la cabeza.

—¿Y por qué ibas a hacerlo?

—Esto es por mi culpa. Tienes razón. Pero puedo ayudarte a evadir a los magos mientras buscas a tu padre, y puedo convencer al Collegium de que acepte que devuelvas el Alkahest y de que dejen de perseguir a tu padre. Mis padres están en la Asamblea. —Dio un paso hacia su habitación—. Dame diez minutos.

—No pensaréis que voy a quedarme aquí mientras los dos vais a una misión, ¿verdad? —dijo Aaron—. La última vez, vosotros me salvasteis. Ahora me toca a mí ayudar.

—Tú sí que no puedes venir —repuso Call—. Eres el makaris. Eres demasiado valioso para ir por ahí buscando a mi padre, sobre todo porque todos piensan que te quiere hacer daño.

—Soy el makaris —afirmó Aaron, y Call captó, en sus palabras, la sombra de todas las cosas que Aaron había oído durante ese verano—. Soy el makaris y mi función es proteger a la gente, no al revés.

Call suspiró y se sentó en el sofá. Veía un largo camino ante él, con autocares, caminatas y soledad, con solo *Estrago* como compañía. Nada que lo distrajera de la voz en su cabeza que le decía: «Tu padre va a morir. Tu padre quizá te quiera muerto». Entonces, pensó en tener a Aaron y Tamara con él; la firme presencia de Aaron, los comentarios divertidos de Tamara, y se sintió más ligero, aunque a regañadientes.

—Muy bien —repuso con voz áspera. No quería que se notara lo aliviado que estaba—. Pero no tardéis mucho. Si vamos a irnos, tenemos que salir de aquí ya. Ahora. Antes de que alguien se dé cuenta.

Con un gemido, *Estrago* se dejó caer en el suelo, aburrido de tanta charla. Era un lobo de acción.

Unos minutos después, Aaron y Tamara salieron también con bolsas de viaje.

—Menos mal que hicimos esas piedras que impiden que localicen a Aaron por medios mágicos —dijo Tamara, y abrió la mano donde tenía un montón de ellas—. Y menos mal que me gusta practicar.

Call se puso de pie y suspiró profundamente.

—¿Estáis los dos seguros de querer hacer esto?

—Estamos seguros, Call —contestó Aaron. Tamara asintió.

Estrago soltó un único ladrido, como diciendo que él también estaba seguro.

La única puerta del Magisterium que estaba abierta toda la noche era la Puerta de la Misión, por la que los alumnos mayores salían hacia misiones y batallas, y regresaban por ellas. Call, Aaron y

Tamara andaban tranquilamente, como si estuvieran de camino hacia la Galería, para tomar algo dulce o ver una peli. Pasaron cerca de Celia, Rafe y Jasper, enfrascados en una conversación, y de alguno de los alumnos mayores, que reían y charlaban sobre sus lecciones.

El pasaje se bifurcaba: un camino llevaba a la Galería, y el otro, a la Puerta de la Misión. Aaron se detuvo un momento y miró alrededor para asegurarse de que nadie los estaba observando; luego se metió por el pasillo que llevaba al exterior. Tamara y Call lo siguieron tan rápido que se chocaron todos y tuvieron que desenredarse unos de otros y de *Estrago*. Cuando acabaron estaban todos riendo, incluso Tamara y Call. Aaron parecía satisfecho.

Pero su satisfacción no duró mucho. Avanzaron de puntillas. El aire se fue haciendo más cálido, y Call pudo oler las rocas calentadas por el sol, el moho de las hojas y el aire fresco. El pasillo ascendía, y Call vio las estrellas más allá de la Puerta de la Misión.

De repente, se borraron. Una delgada silueta se alzó ante ellos, con una sonrisita desdeñosa.

—Qué casualidad encontraros por aquí —dijo Jasper.

—Esa es una frase de malo muy gastada, Jasper, y lo sabes —replicó Call.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Aaron—. ¿Nos estás siguiendo?

—Porque sabía que Call acabaría haciendo algo —contestó Jasper—. Sabía que acabaría mostrando sus verdaderas intenciones. ¿Qué esperabais que hiciera? ¿Nada?

—Sí, Jasper —contestó Tamara con sarcasmo—. Verás, la gente normal, que no es psicópata, no suele suponer automáticamente lo peor de todo el mundo.

Jasper se cruzó de brazos.

—Oh, ¿de verdad? Entonces, dime: ¿adónde vais?

—No es asunto tuyo —replicó Call—. Lárgate, Jasper.

—¿Va esto sobre cierto padre de alguien que ha huido? —Jasper alzó una ceja mirando a Call—. A los magos no les gustará saber que vas tras él. El Maestro Rufus…

—Matémosle —dijo Call. *Estrago* gruñó con fuerza.

—¿Al Maestro Rufus? —Aaron parecía asustado.

—¡No, claro que al Maestro Rufus no! Me refiero a Jasper —explicó Call—. Enterraremos su cadáver bajo un montón de piedras.

¿Quién lo sabrá?

—Call, no seas ridículo —repuso Tamara.

—*Estrago* podría matarle —sugirió Call. *Estrago* se volvió al oír su nombre; parecía interesado en esa posibilidad. Aunque el lobo caotizado había crecido durante el verano, Call no estaba seguro de que pudiera matar a alguien, pero sin duda podía sacar a Jasper afuera y perseguirlo alrededor del Magisterium unas cuantas veces.

—¿Y se supone que yo soy el psicópata? —gruñó Jasper.

Call no estaba seguro de por qué se había puesto totalmente en plan Señor del Mal con Jasper y aún no había conseguido impresionarle.

Aaron alzó la mano. Por un momento, Call pensó que iba a arreglar el asunto, a decirle que dejara de amenazar a Jasper y que todos debían volver a sus habitaciones. En vez de eso, un fuego negro chisporroteó entre los dedos de Aaron, una telaraña de oscuridad.

—No me obligues a hacerte daño —dijo, mirando fijamente a Jasper, mientras el caos le ardía en la palma de la mano—. Porque podría.

Call estaba tan estupefacto que no reaccionaba.

Jasper palideció, pero antes de que pudiera decir nada, Tamara le dio una palmada, no demasiado suave, a Aaron en el hombro.

—Deja de hacer eso —le dijo—. No puedes ir invocando el caos siempre que te apetezca.

Aaron cerró el puño y la oscuridad desapareció, pero no por eso dejó de parecer aterrador.

Tamara señaló a Jasper.

—Tendremos que llevárnoslo con nosotros.

—¿Llevarlo con nosotros? Estás de broma —replicó Call—. ¡Lo estropeará todo!

Tamara apoyó la mano sobre la cadera.

—Esto no es una fiesta, Call.

—Y yo no voy a ninguna parte con vosotros —interrumpió Jasper, y comenzó a retroceder pegándose a la pared de la cueva—. No sé qué está pasando, pero ya no me importa. Habéis perdido la cabeza. Me olvidaré de que os he visto. Lo juro.

—Oh, no, no lo harás —replicó Aaron—. Se lo contarás a los magos en cuanto tengas la oportunidad.

Jasper se rebeló.

—No lo haré.

—Seguro que lo haces —insistió Call.

Tamara sacó una piedra del bolsillo y se la metió en el uniforme a Jasper.

—Vámonos.

—De acuerdo —dijo Aaron. Cogió a Jasper por el cuello de la camisa. Jasper gimió y agitó los brazos. Aaron lo miró muy serio—. Vienes con nosotros —afirmó—. Ahora, marchando.

CAPÍTULO NUEVE

No era fácil alejarse del Magisterium. Tenían que atravesar el bosque hasta la autopista; contando solo con la ayuda del mapa del móvil de Tamara. Por el camino, existía la posibilidad de toparse con seres elementales y animales caotizados. Además, siempre podían perderse.

Aun así, hacía buen tiempo, y con el sonido de las cigarras y las protestas de Jasper en los oídos, a Call no le desagradaba el paseo. Al menos hasta que la pierna comenzó a tensársele y se dio cuenta de que, una vez más, era el que retrasaba al resto. Incluso cuando la misión era salvar a su padre.

Si hubieran sido solo Aaron y Tamara los que iban por delante (Tamara con un pesado bastón que clavaba en la tierra para propulsarse como si se creyera Gandalf, Aaron con el cabello rubio

brillándole bajo la luna) entonces Call quizá se habría quejado. Pero la idea de que Jasper tuviera algo más con lo que pincharle le ponía de los nervios. Apretó los dientes, se alzó más la mochila que llevaba a la espalda y no hizo caso del dolor.

—¿Crees que te van a expulsar? —preguntó Jasper como charlando—. Quiero decir, por ayudar al Enemigo. O al menos, a un seguidor del Enemigo.

—Mi padre no es un seguidor del Enemigo.

Jasper continuó, sin prestar atención a Call.

—Por raptarme. Y poner en peligro al makaris…

—Estoy aquí, ¿sabes? —dijo Aaron—. Puedo tomar mis propias decisiones.

—No estoy muy seguro de que la Asamblea esté de acuerdo con eso —repuso Jasper. Habían dejado atrás la parte del bosque donde los árboles eran más jóvenes, debido al fuego y la destrucción que había causado Constantine Madden quince años atrás. Por donde caminaban en ese momento, los árboles eran altos como torres y de gruesas ramas. Más rayos de luz cayeron entre las hojas y bailotearon sobre el pelaje de *Estrago*—. Call, quizá finalmente consigas lo que deseas. Podrían echarte del Magisterium. Una pena que sea demasiado tarde para atarte a la magia.

—Cierra el pico, Jasper —ordenó Tamara.

—Y, Tamara, bueno, tu familia ya ha caído en desgracia antes. Al menos, están acostumbrados.

Tamara le dio un capón en la coronilla.

—Date un respiro. Si hablas demasiado, te deshidratarás.

—¡Au! —se quejó Jasper.

—Chist —dijo Aaron.

—Ya lo pillo —replicó Jasper malhumorado—. Tamara ya me ha dicho que me calle.

—No, me refiero a todos: silencio. —Aaron se agachó detrás de la raíz cubierta de musgo de un árbol—. Hay algo ahí.

Inmediatamente, Jasper se dejó caer de rodillas. Tamara se subió las mangas y se agazapó, con una de las manos medio cerrada. El fuego ya le chispeaba en la palma.

Call vaciló. Tenía la pierna agarrotada, y le preocupaba que si se agachaba, igual no podía volver a incorporarse con una mínima elegancia.

—Call, agáchate —siseó Tamara. La luz entre sus palmas creció hasta convertirse en un cuadrado resplandeciente—. No te hagas el héroe.

Call casi no pudo contener una carcajada sarcástica al oírlo.

El cuadrado resplandeciente se alzó, y Call se dio cuenta de que Tamara había modelado la energía del aire en algo que funcionaba como la lente de un telescopio. Todos se inclinaron hacia delante, mientas el valle que tenían abajo se hacía visible.

Al mirar a través de la lente mágica de Tamara, descubrieron un claro circular con brillantes casitas de madera pintada, espaciadas alrededor de forma equidistante. Un gran edificio de madera se hallaba en el centro. Tenía un cartel sobre la puerta. Call comprobó sorprendido que la lente mágica de Tamara le permitía leerlo: El pensamiento es libre y no está sujeto a ninguna regla.

—Eso es lo que está escrito en la entrada del Magisterium —dijo, sorprendido.

—Bueno, al menos en una de las entradas —repuso una voz a su espalda.

Se volvió. Había un hombre en medio de las hojas caídas y los helechos, vestido con el uniforme negro de un Maestro. Jasper ahogó un grito y se arrastró hacia atrás hasta darse con el tronco de un árbol.

—Maestro Lemuel —dijo, tragando saliva—. Pero creía que usted… creía que ellos…

—¿Me habían echado del Magisterium?

Nadie dijo nada durante un buen rato. Finalmente, Aaron asintió.

—Bueno, sí.

—Se me ofreció una excedencia y la acepté —explicó Lemuel, mirándolos ceñudo—. Al parecer, no soy el único.

—Estamos en una misión —dijo Tamara con gran sinceridad y bastante fastidio—. Evidentemente. Si no, ¿por qué íbamos a llevar a Jasper?

Realmente, mentía muy bien, pensó Call. Él se había comportado como si fuera algo malo, pero, en ese momento, se alegraba.

Jasper abrió la boca para protestar, o quizá para delatarles, pero Aaron le agarró por el hombro. Con fuerza.

El Maestro Lemuel resopló.

—¿Y me importa eso? En absoluto. Escapaos del Magisterium si queréis. Emplead la magia para entrar en los clubes nocturnos. Cabalgad como locos sobre seres elementales. Ya no tengo ningún aprendiz al que cuidar, gracias a Dios, y no tengo ni la más mínima intención de cuidaros a ninguno de vosotros.

—Humm, vale —repuso Call—. ¿Genial?

—¿En dónde estamos? —preguntó Aaron, que torció el cuello para mirar alrededor.

—Un enclave de individuos con ideas semejantes —contestó el Maestro Lemuel, mientras les indicaba con un gesto que se marcharan—. Y ahora seguid vuestro camino. Marchaos.

—¿Quién está ahí? —preguntó una anciana con pecas y tostada por el sol, que llevaba un vestido de lino color azafrán. Tenía el cabello blanco recogido en una trenza en lo alto de la cabeza—. ¿Estás asustando a esos chicos?

—Lo conocemos —explicó Tamara—. Del Magisterium.

—Bueno, venid —los invitó la mujer, llamándolos con un gesto —. Venid a beber algo fresco. Caminar por el bosque da sed.

Call miró a Tamara y a Aaron. Si Jasper comenzaba a quejarse de estar prisionero, el Maestro Lemuel ¿lo encontraría gracioso? ¿Habría oído que el Alkahest había sido robado? Seguro que esa parte no le resultaría divertida.

—Probablemente deberíamos seguir —dijo Tamara—. Gracias y todo eso, pero…

—Oh, no, no aceptaré un no por respuesta. —La señora enlazó el brazo de Aaron con el suyo, y Aaron, siempre educado, le dejó llevarlo hacia el campamento—. Me llamo Alma. Ya sé el tipo de comida que os dan en el Magisterium. Solo haced una corta visita y luego seguís vuestro camino.

—Humm, Aaron —dijo Call—. Tenemos un poco de prisa.

Aaron parecía impotente. Era evidente que no quería ser grosero. La presión social era, al parecer, su kriptonita.

El Maestro Lemuel parecía más molesto que complacido, así que era probable que aquello no fuera ninguna trampa. Con un suspiro y una mirada cómplice a Tamara, Call siguió a Alma y a Aaron por la suave pendiente hacia una de las casas, que tenía un pequeño porche y estrellas azules pintadas en la puerta. Dentro, Call vio una

reducida cocina con largos estantes de madera cubiertos de botellas con etiquetas escritas a mano. Una cocina de leña humeaba en un rincón, una hamaca colgaba en otro, y una peculiar mesita pintada, con sillas alrededor, ocupaba el centro de la sala. La mujer abrió un armarito, que estaba lleno de hielo humeante. Metió la mano dentro y sacó una jarra de limonada medio helada, con el vidrio opaco del frío y varios trozos de limón flotando dentro.

Colocó vasos diferentes sobre la mesa y comenzó a llenarlos. Aaron agarró uno, se lo bebió de un solo trago y luego hizo una mueca de dolor.

—Se te hiela el cerebro —explicó.

Incómodo, Call pensó en casitas de caramelos y ancianas, y no cogió ningún vaso. No confiaba en el Maestro Lemuel, y tampoco iba a confiar en nadie que pudiera soportarlo.

Pero sí que se sentó en una de las sillas y se frotó la pierna. No recordaba que en los cuentos de hadas dijeran nada sobre sentarse.

—¿Y este lugar? —preguntó Tamara—. ¿Qué es?

—Ah, sí —contestó la mujer—. ¿Habéis visto el cartel que hay sobre la Casa Grande?

—«El pensamiento es libre y no está sujeto a ninguna regla» —repitió Tamara.

La mujer asintió. El Maestro Lemuel los había seguido hasta la casa.

—Alma, conozco a estos niños. No es que traigan problemas, es que son el epicentro de los problemas. No les digas nada de lo que después te vayas a arrepentir.

Ella agitó vagamente una mano hacia él y luego volvió a fijarse en los chicos. Señaló a *Estrago*, que gimió un poco y se metió detrás de la silla de Call.

—Estudiamos a los caotizados. Veo que tenéis un lobo, y bien joven. El Enemigo metió el caos tanto en humanos como en animales, pero mientras que el caos parecía robar a la gente el habla y la inteligencia, los animales reaccionaron de forma diferente. Continuaron criando, por lo que los seres caotizados de hoy nunca han recibido las órdenes de un makaris, porque no había ninguno, hasta ahora.

Miró a Aaron.

—*Estrago* obedece a Call, no a mí —informó Aaron—. Y Call no

es un makaris.

—Eso nos resulta muy interesante —repuso Alma—. ¿Cómo encontraste a *Estrago*, Call?

—Estaba perdido en la nieve —contestó Call, y le pasó el dorso de la mano por el pelaje—. Le salvé la vida.

Tamara le echó una mirada incrédula, como si pensara que *Estrago* se habría salvado perfectamente solito.

—*Estrago* nació caotizado —dijo Alma—. No hay humanos así. A los humanos no se les puede meter el caos dentro; los humanos caotizados están hechos con gente recién muerta.

Aaron se estremeció.

—Eso suena horripilante. Como zombis.

—Es horripilante en cierto sentido —repuso Alma—. Hay un viejo proverbio alquímico que dice: «Todo veneno también es medicina; solo depende de la dosis». El Enemigo consiguió curar la muerte, pero la cura fue peor que el estado original.

—La Maestra Milagros dice eso —aportó Jasper, entrecerrando los ojos—. ¿Has sido profesora en el Magisterium?

—Lo fui —contestó Alma—. En la misma época en que el Maestro Joseph estaba allí, experimentando con la magia del vacío. Lo hicimos muchos. Le ayudé en algunos de sus experimentos.

Tamara inclinó su vaso de limonada.

—¿Estuviste ahí mientras Constantine metía el caos en la gente y en los animales? ¿Por qué haría alguien eso?

—La Orden del Desorden —susurró Call. Tenían que ser parte de ese grupo. En el libro decía que se habían dedicado a investigar a los animales caotizados. ¿Y en qué otro lugar encontrarían animales caotizados aparte de en los bosques que rodeaban el Magisterium? Eran los creadores del Alkahest.

Alma le sonrió.

—Has oído hablar de nosotros. ¿No te has preguntado nunca lo que el Maestro Joseph y Constantine Madden intentaban hacer?

—Intentaban conseguir que nadie tuviera que morir nunca —respondió Call.

Todos lo miraron con extrañeza.

—Vaya forma de prestar atención en clase —dijo Aaron para sí.

—Todos somos seres de energía —explicó Lemuel—. Cuando se agota nuestra energía, nuestra vida acaba. El caos es la fuente de

energía infinita. Si el caos se pudiera colocar de una forma segura en el interior de una persona, esa persona podría alimentarse de esa energía eternamente. Nunca moriría.

—Pero eso es imposible —replicó Aaron—. Meterlo de una forma segura dentro de una persona, me refiero.

—Eso es lo que aún no hemos averiguado —dijo Alma—. Estamos trabajando con animales, porque los animales parecen reaccionar al caos de un modo diferente. Tu lobo tiene el caos dentro, nació con el caos en su interior, pero a pesar de eso tiene personalidad propia, tiene sentimientos, ¿verdad? Está tan vivo como tú.

—Bueno, sí, claro —contestó Call.

—Y nunca, nunca va a perder la cabeza y comernos la cara —se metió Jasper—. ¿Verdad?

—¿Quién dice eso? —inquirió el Maestro Lemuel. «Sin duda parecía más feliz que cuando era profesor en el Magisterium», pensó Call. Tenía media boca hacia arriba, como si pudiera llegar a sonreír.

Jasper se dejó caer en la silla.

—Mierda.

Tamara miró alrededor.

—Y si estáis estudiando animales caotizados, entonces ¿los atrapáis? ¿Los tenéis en jaulas?

Alma sonrió y miró a *Estrago* de un modo que no le gustó nada a Call.

—Bueno, pues contadme de qué va esa misión. ¿Cuáles son vuestros deberes?

—Creía que había dicho que no importaba adónde fuéramos —le dijo Aaron al Maestro Lemuel.

—A mí no me importa. No dije que no le importara a nadie. —La media sonrisa de Lemuel se transformó en una completa y maliciosa—. No es fácil escaparse del Magisterium.

—Sin duda, Drew lo sabe —masculló Jasper.

El Maestro Lemuel se sonrojó.

—Drew no estaba intentando escapar realmente. Todo lo que dijo de mí era mentira.

—Mire, eso ya lo sabemos —repuso Aaron mientras alzaba la mano en un gesto de paz—. Y estamos en una misión, pero no una

que sepa todo el mundo en la escuela. Si nos pudierais decir el camino más rápido para llegar a la carretera…

Se oyó ruido en el exterior.

Un hombre de mediana edad con la cabeza calva y una gran barba alborotada entró corriendo en la sala.

—¡Alma, Lemuel! Los Maestros del Magisterium vienen hacia aquí. Es una partida de búsqueda.

Lemuel miró a los chicos con aire de suficiencia.

—Así que no os estabais escapando, ¿eh?

—Y para que conste —dijo Jasper—, ellos me raptaron y me obligaron a ir con ellos en una estúpida misión para…

Tamara abrió la mano. Jasper dejó de hablar de repente y comenzó a intentar tragar aire. Al parecer, Tamara le había quitado las palabras de la boca, literalmente, y se había llevado con ellas el aire que estaba respirando. Los adultos no parecieron notarlo, pero Call estaba impresionado.

—Detenlos, Andreas —dijo Alma con tranquilidad.

El hombre de la barba salió a toda prisa en la dirección en que había llegado.

Call se puso de pie de un salto, con el corazón latiendo a toda velocidad.

—Tenemos que largarnos de aquí —dijo.

Aaron se puso de pie tras él, igual que Tamara. Solo Jasper continuó sentado, aún respirando con dificultad y mirando a los otros enfadado.

—Nos esconderemos en el bosque —propuso Aaron—. Por favor, déjanos marchar y nunca mencionaremos este lugar.

—Podemos hacer algo mejor —dijo Alma—. Os esconderemos. Pero, a cambio, tendréis que hacer algo por nosotros.

Alma miró a *Estrago*.

—De eso nada —exclamó Tamara, y se movió para poner la mano sobre el lomo del lobo—. No os vamos a dejar hacer lo que sea que estáis…

—¿Me prometes que no sufrirá ningún daño? —preguntó Call rápidamente, interrumpiendo a Tamara. No quería ni pensarlo, después de ver la manera en que su padre había encadenado a *Estrago*, pero vio la mirada codiciosa de Alma. Tenía que acceder para poder ganar tiempo hasta encontrar la manera de sacarlos a

todos de allí, incluido su lobo.

—Call, no puedes hacerlo —protestó Tamara, con los dedos hundidos en el pelaje de *Estrago*.

—Claro que puede —soltó Jasper—. ¿Acaso crees que va a ser leal a alguien o a algo? Volvamos al Magisterium.

—Cierra el pico —le ordenó Aaron—. Call, ¿estás seguro…?

Pero Alma rio.

—Lo habéis entendido mal. No es a *Estrago* a quien queremos, aunque sea muy interesante. Queremos a Aaron.

—Bueno, pues con Aaron seguro que no podéis quedaros —dijo Tamara.

—Sin un makaris, tenemos muchas teorías, pero ninguna manera de probarlas. Sabemos que no te puedes quedar ahora, Aaron, pero prométeme que volverás, y deja el lobo como garantía. Cuando regreses, solo necesitaremos que nos concedas unas horas de tu tiempo. Y quizá cuando veas lo que puedes hacer, lo mucho que puedes ayudar al mundo siendo algo más que una defensa contra un enemigo con el que ya no estamos en guerra… entonces quizá decidas unirte a nosotros.

Nadie dijo nada.

—Al lobo no le pasará nada —aseguró Alma.

—De acuerdo —contestó Aaron después de un largo momento—. Te prometo que volveré, pero no te puedes quedar con *Estrago*. No necesitas ninguna garantía. Tienes mi palabra.

—Confiamos en ti, makaris, pero no tanto. Rápido, niños. Decidíos. Podemos esconderos o podemos entregaros a los magos. Pero debéis saber que nos entregarán a *Estrago* a cambio de vosotros cuatro.

Call no lo dudó, no llegados a ese punto.

—De acuerdo. El mismo trato que antes. Pero nada de experimentar con él.

Alma parecía satisfecha.

—Bien. Trato hecho. Seguidme todos. —Los llevó por la puerta trasera de la cabaña. Atravesaron sigilosamente el espacio verde entre los edificios.

Call se sentía terriblemente expuesto. Veía sombras moviéndose entre los árboles que rodeaban el claro y oyó alzarse voces. Eran los Maestros, que gritaban sus nombres. Mientras se apresuraba tras

Tamara, vio que ella tenía a Jasper agarrado firmemente por la muñeca, para evitar que corriera en el sentido opuesto. A Call le pareció oír la voz del Maestro Rufus. Agarró a *Estrago* por el collar y lo hizo avanzar más deprisa. El lobo alzó la mirada hacia él como si sospechara que algo malo estaba a punto de pasar.

Si corrían hacia los bosques, los atraparían. Su única opción era seguir a Alma (que daba miedo, que durante un tiempo trabajó con Constantine Madden y el Maestro Joseph, que quería experimentar con *Estrago*, que probablemente tendría una larga lista de Señor del Mal propia) y esperar que cumpliera su promesa de esconderlos.

Con un suspiro, Call siguió avanzando. Alma sacó un gran llavero con varias llaves del bolsillo de su vestido color azafrán y abrió la puerta del edificio central.

Inmediatamente, se sobresaltaron por el ruido de ladridos, gemidos y gritos. El edificio en el que habían entrado estaba cubierto por todos los lados de cajas de varios tamaños, y en ellas había animales caotizados. Desde osos pardos con rodantes ojos grises hasta zorros, pasando por un único gato montés, que rugió cuando Call entró en la casa.

—Es el peor zoo jamás visto —dijo Jasper.

Tamara se llevó la mano a la boca.

—Así que aquí es donde los tenéis.

Alma condujo a Call a una de las jaulas.

—Mete a tu lobo dentro. Rápido. Tengo que dejaros a buen recaudo y luego ir a hablar con los magos.

—¿Cómo sabemos que podemos fiarnos de tu palabra? —preguntó Aaron; al parecer ya no le preocupaba ofender.

—Makaris, mira a las criaturas que tenemos aquí —contestó ella —. Son difíciles de atrapar. Son peligrosas de tener. Pero tú lo eres más que cualquiera de ellas. No te ofenderíamos a la ligera. Necesitamos tu ayuda.

Fuera, las voces se hicieron más fuertes. El Maestro Lemuel estaba discutiendo con otro mago.

Call respiró hondo, metió a *Estrago* en la jaula y dejó que Alma la cerrara con llave. Cogió la llave, se la metió en el bolsillo, y luego los llevó a otra sala. No tenía ventanas y estaba llena de cajas.

—Quedaos aquí hasta que vuelva a buscaros. No tardaré mucho —dijo Alma antes de cerrar la puerta. Oyeron la llave girando y

luego pasos que se alejaban.

Tamara se volvió hacia Call y Aaron.

—¿Cómo has podido aceptar que se quedaran con *Estrago*? ¡Es nuestro lobo!

—Es mi lobo —remarcó Call.

—Ya no —soltó Jasper, mirándose la uñas.

—Y tú —dijo Tamara a Aaron—. Aceptando un trato estúpido. Sois idiotas los dos.

Call alzó las manos al cielo.

—¿Y qué más podíamos hacer? Necesitábamos que nos escondieran, y lo han hecho. Si salimos de aquí, y sacamos también a *Estrago*, mientras están hablando con los Maestros, podríamos escabullirnos sin que nadie se enterara. Y luego Aaron no tiene por qué volver.

Aaron abrió la boca para decir algo, pero Call le cortó.

—No digas nada sobre cumplir tu promesa. Esa no era una auténtica promesa.

—Muy bien —repuso Aaron.

—No va a ser fácil sacar a tu lobo —dijo Jasper—. Seguramente, esas jaulas tengan un cierre mágico.

—Tienes razón —aceptó Tamara.

—Ya lo sé —dijo Call mientras miraba por el agujero de la llave —. Aaron, ¿puedes abrir esta puerta?

—Si me estás preguntando si sé forzar cerraduras —respondió Aaron—, no, no sé.

—Sí, eres el makaris —insistió Call. Por el agujero veía la cargada sala llena de jaulas, y a *Estrago* hecho un ovillo, triste—. Haz que se abra o algo así.

Aaron lo miró como si estuviera loco. Luego dio una vuelta en redondo y pateó la puerta. Saltaron las bisagras y la puerta se abrió.

—O puedes hacerlo así —concluyó Call—. También funciona.

Jasper se tensó, como si estuviera pensando en salir corriendo.

Tamara se volvió hacia él.

—Por favor, no te vayas. Quédate con nosotros, ¿vale? Un poco más. Sé que esto no es divertido, pero es muy importante.

Jasper la miró con una expresión extraña, como si hubiera dicho lo único que podía convencerle de no salir corriendo y delatarlos. Curiosamente, lo importante parecía haber sido el «por favor».

—Bueno, tienes razón en lo de que no es divertido —contestó Jasper, mientras se apoyaba en la pared y cruzaba los brazos sobre el pecho.

Call fue hacia las jaulas. Como Jasper había dicho, las cerraduras estaban grabadas con varios círculos entrelazados de símbolos alquímicos que no reconoció. Había tres agujeros de llave.

—Tamara, ¿qué significa esto?

Esta miró sobre el hombro de Call y guiñó los ojos.

—Está salvaguardado contra la magia.

—Oh —soltó Call. Cuando estaba en su casa, durante el desfile del Primero de Mayo, había soltado a un topo y a unos ratones blancos, sin magia, solo con ingenio. Después de que Aaron abriera la puerta de una patada para que pasaran a la sala principal, Call sentía que tenía que ser él quien abriera las jaulas. De alguna manera.

Cogió las barras, apretó los párpados y tiró todo lo fuerte que pudo.

—¿Ese es tu plan? —soltó Jasper, echándose a reír—. ¿Estás de broma?

—Necesitamos una llave —dijo Aaron. Una sonrisita le tiraba de la comisura de los labios—. O, bueno, un montón de llaves.

Uno de los osos rugió, sacó la pata entre los barrotes de la jaula y la sacudió en el aire. Los ojos eran de color naranja ardiente, revueltos de caos. Aaron lo miró con la boca abierta.

—Nunca había visto a uno de estos antes.

Call no estaba seguro si se refería a un oso o a un oso caotizado, aunque estaba dispuesto a apostar que esto último ninguno de ellos lo había visto antes.

—Tengo una idea —dijo Tamara con una rápida mirada de preocupación hacia el oso—. No podemos emplear la magia con los cerrojos, pero…

Call se volvió para mirarla.

—¿Qué?

—Dadme algo de metal. Lo que sea.

Call cogió un astrolabio de bronce de una de las mesas y se lo pasó.

En manos de Tamara, se comenzó a derretir. No, cuanto más miraba Call, más seguro estaba de que el metal licuado flotaba

sobre sus manos. Se convirtió en una masa rodante al rojo vivo, que se ennegrecía al enfriarse con el aire y se movía hacia la jaula que contenía a *Estrago*. Cuando la tocó, tres hilillos de metal líquido se colaron por las cerraduras.

—Échale agua fría —dijo Tamara, con todo el cuerpo tenso debido a la concentración.

Call sacó agua de los bebederos de los animales, formó una bola con ella y empleó la magia del aire para enfriarla.

—Más rápido —pidió Tamara, apretando los dientes.

Call envió el agua a lo que quedaba del astrolabio. El metal siseó y el agua se evaporó formando una nube. Call dio un salto hacia atrás y cayó torpemente sobre una de las jaulas. Cuando la nube se aclaró, Tamara sujetaba una llave con tres partes.

Estrago gimió. Tamara metió la llave en los agujeros y la giró. Se oyeron tres claros clics: uno, dos y luego un tercero que resonó en toda la sala. La jaula se abrió y *Estrago* salió de golpe, sacudiendo la portezuela. Luego, se oyeron más clics mientras todas las jaulas se iban abriendo.

—Quizá no deberíamos haber abierto todas las cerraduras —comentó Call en el inquietante silencio que siguió.

Mientras los animales salían de las jaulas, Jasper comenzó a chillar. El oso corrió pesadamente hacia fuera. Zorros, perros, lobos y armiños iban abandonando sus prisiones.

—¡Salid! —les gritó Call—. ¡Salid y atacad…, quiero decir, salid y distraed a los Maestros! ¡Alejadlos de aquí!

—Sí, distraed —remarcó Tamara—. ¡Distraed!

Los animales caotizados corrieron hacia la puerta, sin apenas prestar atención a ninguno de ellos. Aaron abrió la puerta justo a tiempo para que salieran en estampida.

Se oyeron gritos afuera, junto con rugidos y gañidos. Call oía a gente corriendo y gritando.

Estrago corrió hasta Call y lo lamió con fuerza. Call se agachó y lo abrazó.

—Buen lobo —murmuró—. Buen lobo.

Estrago apretó el morro contra él con los ojos brillándole amarillos.

—¡Abajo! —gritó Tamara; agarró a Jasper y tiró de él, que se había subido a una de las mesas y estaba tratando de abrir la

ventana.

—¡Intento ayudar! —protestó él.

Aaron se asomó por la puerta abierta.

—¿Y si alguno de los caotizados ataca a uno de los magos? ¿Y si alguien sale herido? No todos los animales son como *Estrago*.

—No te preocupes por los Maestros —replicó Call—. Esos animales no parecían estar en gran forma. Apuesto a que la mayoría de ellos correrá hacia el bosque en cuanto pueda.

—Como deberíamos estar haciendo nosotros —les recordó Tamara, mientras se dirigía a la puerta y apartaba a Aaron para pasar—. Salgamos de aquí.

Con la cabeza gacha y los dedos de una mano hundidos en el pelaje de *Estrago*, Call la siguió. Aaron tomó la retaguardia, con Jasper delante de él.

Salieron al claro y se quedaron parados. El pequeño puesto estaba completamente atestado. Los Maestros corrían de aquí para allí, tratando de capturar a los animales caotizados que huían en todas direcciones. Chorros de fuego y hielo cortaban el aire. Call estaba seguro de haber visto al Maestro Rockmaple perseguido por un golden retriever caotizado alrededor de un árbol. El Maestro North se volvió, con una brillante bola de fuego comenzando a alzarse sobre la palma de su mano.

De repente, Alma surgió de la pequeña casita de madera donde les había servido limonada. La rodeaba un tornado. Estiró la mano y un hilo de aire salió disparado y derribó al Maestro North. Su rayo de fuego se desvió y prendió en las hojas, y las ramas del árbol que tenía sobre la cabeza comenzaron a arder mientras Tamara agarraba con fuerza a Call por el cuello de la camisa y tiraba de él fuera del claro, hacia el bosque.

Todos corrieron, Tamara, Aaron, Jasper, incluso Call, que aunque cojeaba un poco fue ganando velocidad. Cuando los ruidos de la pelea quedaron atrás, Call oyó una voz.

—Ya le dije a Alma que solo causabais problemas —dijo el Maestro Lemuel, que se alzaba ominoso en su camino—. Pero no quiso escucharme.

Aaron se paró de golpe y los otros casi se estrellaron contra él. El Maestro Lemuel alzó las cejas.

—Voy a deciros una cosa —continuó—, y podéis creerme o no.

Pero no me gustan los Maestros del Magisterium más de lo que no me gustáis vosotros. Y no quiero que consigan lo que quieren. ¿Entendido?

Todos asintieron al unísono.

Apuntó hacia un estrecho arroyo que corría entre los árboles. El lugar era muy bonito, pensó Call; algo de lo que, quizá en otras circunstancias, habría disfrutado.

—Seguid por ahí hasta la autopista —dijo Lemuel—. Es el camino más rápido. A partir de ahí, os las arregláis solos.

Hubo un silencio.

—Gracias —dijo Aaron finalmente.

«Pues claro que Aaron tenía que darle las gracias», pensó Call, mientras corrían hacia el arroyo. Si alguien le estuviera machacando la cabeza, le daría las gracias por parar.

Fueron caminando por el arroyo durante una media hora en silencio, hasta que Jasper habló.

—¿Y qué plan tenéis ahora? Tampoco es que estemos a salvo cuando lleguemos a la autopista —dijo Jasper—. No hay autobuses, no tenemos coche…

—Tengo un plan —anunció Tamara.

Call se volvió hacia ella.

—¿De verdad?

—Siempre tengo un plan —respondió ella, alzando las cejas—. A veces, incluso una estrategia. Deberías aprender de mí.

—Más vale que sea un plan muy bueno —dijo Aaron con una media sonrisa—. Porque le estás haciendo toda una introducción.

Tamara sacó el móvil de la bolsa, lo miró y luego siguió caminando.

CAPÍTULO DIEZ

Call se estremeció al ver la autopista y recordar la última vez que la había cruzado, buscando a Aaron. Se acordaba muy bien del dolor en la pierna mientras se forzaba a correr, del pánico que sentía al pensar que Aaron estaba en peligro y, luego, descubrir que no era la persona que siempre había creído ser.

Jasper se acuclilló y le acarició la cabeza a *Estrago* cuando el lobo se le acercó. Por un momento no pareció tan estúpido.

Luego, Jasper lo vio mirándole y le hizo una mueca.

Call se sentó en el suelo, observando los coches que pasaban de vez en cuando. Tamara estaba escribiendo algo en su móvil. Call no estaba seguro de si estaba buscando algo que les sirviera o simplemente enviándose emails con los amigos de casa. Aaron arrugó las cejas, pensativo, mirando a media distancia, como hacían los héroes de los libros de cómics. Podrían hacerle una estatuilla en esa postura.

Call se preguntó cómo reaccionaría Aaron cuando descubriera que le había mentido, y mucho.

Seguía pensando en eso cuando un elegante coche negro se paró ante ellos.

La ventanilla bajó, y el mayordomo de Tamara, Stebbins, se alzó las gafas de sol y mostró sus claros ojos azules.

—Subid —dijo—. Esto tiene que ser rápido.

Jasper se metió en el asiento trasero.

—Oh, dulce hidratación. —Cogió un botellín de agua de uno de los soportes y se lo bebió entero.

—El perro no sube aquí —dijo Stebbins—. Dejará tierra por todo el asiento y puede arañar el cuero con las uñas.

—No son tus asientos —le recordó Tamara, mientras daba unas palmaditas junto a ella. El lobo saltó dentro del coche y luego miró alrededor, no muy convencido.

Call entró después e hizo que *Estrago* se le subiera en el regazo. Costaba creer que antes ese lobo le había cabido bajo la camisa. Ahora era casi tan grande como él.

Aaron subió delante.

—Supongo que el trato es el de siempre —dijo Stebbins a Tamara—. ¿Qué dirección?

Call se la dio, aunque no sabía el número, solo la calle. Stebbins introdujo la localización en su GPS, que no parecía tener nada de mágico.

Y luego partieron.

—¿Cuál es el trato de siempre? —preguntó Jasper a Tamara en voz baja.

—Stebbins hace carreras callejeras con el coche de mis padres —le explicó, sin alzar la voz—. Yo le cubro.

—¿De verdad? —preguntó Jasper, y miró al tipo que tenía delante con lo que parecía ser un renovado respeto.

Mientras viajaban, Call fue dormitando con la cabeza hacia la ventanilla hasta que se golpeó con el vidrio. Estaban en una carretera de tierra.

Parpadeó. Sabía exactamente dónde se encontraban.

—Para aquí —dijo.

Stebbins detuvo el coche, entrecerrando los ojos.

—¿Aquí? —preguntó, pero Call ya estaba abriendo la puerta. Inmediatamente, *Estrago* comenzó a correr en círculos, claramente aliviado de estar fuera del coche.

Los chicos bajaron y Stebbins dio marcha atrás, probablemente contento de librarse de ellos.

—¿Estás de broma? —exclamó Jasper, cuando vio el panorama de coches—. Esto es un vertedero.

Call le miró mal, pero Tamara se encogió de hombros.

—Creo que tiene razón, Call.

Call intentó reconocer el lugar de sus recuerdos. Era muy feo. Hubiera parecido un aparcamiento, pero los vehículos no estaban en líneas ordenadas. Estaban agrupados de cualquier manera. Algunos habían llegado funcionando, a otros los había remolcado la grúa y los había dejado donde cupieran. El óxido florecía en los capós y las puertas, ensuciando el cromado, antes reluciente. La hierba había crecido entre ellos, una señal clara de que hacía mucho tiempo que habían sido abandonados.

—La mayoría los guarda por las piezas —explicó Call incómodo. Siempre había pensado que su padre era excéntrico, pero tenía que admitir que tener un montón de vehículos oxidándose superaba los límites de ser rarillo. Alastair nunca podría usar los coches que guardaba, ni siquiera para piezas, porque la mayoría estaban ya totalmente oxidados, pero de todas formas seguía recogiéndolos—. Los coches buenos, los que piensa restaurar, están en el granero.

Tamara, Aaron e incluso Jasper miraron esperanzados el lugar que señalaba Call, pero el tenebroso edificio gris no pareció tranquilizarlos en absoluto.

Un viento frío azotó el aparcamiento. Jasper se estremeció visiblemente y se arrebujó en la chaqueta. Se frotó las manos exageradamente, como si estuvieran subiendo al Everest y tuviera miedo de que se le helaran.

—Cierra el pico, Jasper —dijo Call.

—¡No he dicho nada! —protestó este.

Aaron agitó una mano para pedir paz.

—¿De verdad crees que tu padre puede estar escondido por aquí?

—No es un lugar donde lo buscaría mucha gente —contestó Call, que ya no estaba seguro de nada.

—Eso por descontado —admitió Tamara, con un montón de intención en las palabras. Miró hacia la granja cerca de la línea de árboles, una casa de listones con un techo inclinado y parcheado—.

No puedo creer que alguien le deje hacer esto en su propiedad.

—Es una anciana —explicó Call—. Tampoco es que su casa esté en perfecto estado. Y él le paga un alquiler.

—¿Crees que podría estar allí? —preguntó Aaron. El brillo amarillo en las ventanas resultaba tentador—. Quizá ella le haya dejado quedarse en la habitación de invitados.

Call negó con la cabeza.

—No. Cuando viene aquí, siempre se queda en el pajar, en la parte de arriba del granero. Tiene sacos de dormir y un hornillo de camping. Y también latas de comida. Aunque puede que ella le haya visto. Normalmente va a saludarla.

—Vamos a preguntárselo —propuso Aaron—. ¿Es una de esas ancianas que hacen un montón de pasteles?

—No —contestó Call. No recordaba que la señora Tisdale hubiera cocinado nunca.

Aaron parecía decepcionado. Jasper seguía enfadado y no dejaba de mirar al cielo, como si esperara que lo salvara un helicóptero o un ser elemental del aire. O quizá un ser elemental pilotando un helicóptero.

—Vamos —dijo Call mientras comenzaba a caminar hacia la casa. La pierna ya no solo le dolía; sentía como clavos de fuego atravesándole el hueso. Apretó los dientes mientras iba hacia la escalera de la entrada. No quería hacer ningún gesto de dolor delante de Jasper, ni uno.

Aaron pasó por su lado y llamó a la puerta. Se oyeron unos pasos arrastrados y la puerta se abrió un poco, dejando ver un enmarañado cabello gris y un par de ojos de un brillante verde claro.

—Eres un poco bajo para ser un vendedor ambulante, ¿no? —cacareó la voz de una anciana.

—Señora Tisdale —dijo Call—. Soy yo, Callum Hunt. Estoy buscando a mi padre. ¿Está aquí?

La puerta se abrió un poco más. La señora Tisdale llevaba un vestido a cuadros, unas botas viejas y un chal gris.

—¿Y por qué iba a estar aquí? —preguntó la anciana—. ¿Crees que he decidido venderlo por partes?

En cuando la anciana se dejó ver, *Estrago* comenzó a ladrarle como un loco. Ladraba como si quisiera arrancarle el brazo.

—Hace días que no está en casa —explicó Call, mientras agarraba a *Estrago* por el collar y trataba de hacer como si el lobo no estuviera salivando un poco—. He pensado que quizá…

—Y los magos no han podido encontrarle —añadió Tamara—. Lo han estado buscando.

Todos se volvieron hacia ella, atónitos.

—¡Tamara! —exclamó Aaron.

Esta se encogió de hombros.

—¿Qué? Es una maga. ¡Se le ve! ¡Puedes oler la magia en esta casa!

—Tiene razón —dijo Jasper.

—Para de hacerle la pelota, Jasper —advirtió Call.

—No le hago la pelota; y tú eres estúpido —replicó Jasper—. Y ese lobo tuyo es un monstruo.

La señora Tisdale miró a *Estrago*, luego a Tamara y finalmente a Call.

—Supongo que será mejor que entréis…, todos menos el lobo.

Call miró a *Estrago*.

—Pero ¿qué te pasa?

El lobo gimió, pero luego volvió a mirar a la señora Tisdale y comenzó a gruñir de nuevo.

—De acuerdo —repuso Call finalmente, y señaló un punto en el jardín—. Quédate aquí y espéranos.

Entraron en la casa, que olía a polvo y a gato, pero no mal. Por mucho que le fastidiara a Call, Jasper tenía algo de razón: era agradable estar caliente. La anciana los guio a la cocina y puso a calentar agua sobre la cocina de leña.

—Y ahora decidme por qué no debo contactar con el Magisterium y decirles que vengan a buscar a unos alumnos que están haciendo novillos.

Call no sabía muy bien qué decir.

—Humm… ¿Porque mi padre no querría que lo hiciera?

—Porque estamos en una misión —dijo Tamara, aunque esa vez no sonó tan convincente.

—¿Una misión? ¿Encontrar a Alastair? —La señora Tisdale sacó cinco tazones del armario.

—Corre peligro —explicó Aaron.

—Usted dejó a los magos, ¿verdad? —preguntó Jasper—. Como

el padre de Call.

—Nada de eso importa. —La señora Tisdale se volvió hacia Call —. ¿Tu padre está metido en algún lío?

Call asintió con vehemencia.

—De verdad que tenemos que encontrarle. Si usted sabe algo…

Pudo ver el momento en que ella cedió.

—Pasó por aquí la semana pasada. Se quedó unos días en el granero. Y también me pagó un par de meses por adelantado, lo que es raro en él. Pero la verdad es que no sé dónde está ahora. Y no me gusta la idea de que vosotros, chavales, estéis por ahí solos. —Lanzó una intensa mirada a Jasper—. Quizá dejara a los magos, pero eso no significa que sea demasiado orgullosa para llamar al Magisterium.

—¿Y si nos quedamos esta noche en el granero y le prometemos que volveremos directos mañana por la mañana? —propuso Call.

La señora Tisdale suspiró, cediendo de nuevo.

—Si me prometéis que no me daréis problemas…

—O en la casa —añadió Jasper—. Quizá podríamos quedarnos en la casa. Que está caliente y no da miedo.

—Vamos, Jasper —dijo Aaron, mientras lo cogía por el brazo. Jasper salió en silencio, como si hubiera decidido que ni la señora Tisdale estaba de su lado.

Bajo el aire de la noche, los coches hicieron pensar a Call en siniestros esqueletos de criaturas, como huesos de dinosaurio que salieran de la tierra.

Estrago caminaba tras ellos en silencio. No paraba de volver los pálidos ojos hacia la casa y le colgaba la lengua como si tuviera hambre.

Los demás parecían tener la misma sensación de premonición inquietante. Tamara miró alrededor, estremeciéndose, y conjuró una bolita de fuego. Esta bailoteó ante ellos por el camino, iluminando placas de matrículas tiradas, llantas y latas llenas de tornillos.

Call se alegró cuando llegaron al granero, con sus puertas pintadas de rojo y aseguradas con una enorme barra de metal. De cerca, era fácil ver que habían engrasado el metal hacía poco. Aaron se puso manos a la obra: alzó la barra y abrió la puerta.

Call conocía bien el viejo granero construido con grandes

maderos. Era donde se hallaban los coches buenos, cada uno bajo una lona impermeable. Ahí era donde su padre y él habían pasado la mayor parte del tiempo siempre que habían ido a la granja. Call solía llevar una pila de libros o su Game Boy, y se sentaba en el pajar de arriba mientras su padre trabajaba.

Eran buenos recuerdos, pero en ese momento los sentía tan vacíos como el panorama de esqueletos de coches del exterior.

—Arriba —dijo, y fue hacia la escalerilla. Puso el pie en el peldaño más bajo y casi se desplomó cuando una punzada de dolor le recorrió la pierna. Se tragó el gemido que quería lanzar, pero de todas formas pilló la mirada compasiva de Aaron. No miró a Jasper, solo comenzó a subir con las manos, quitando de la pierna todo el peso que podía. Los otros le siguieron.

El pajar estaba oscuro, y Call parpadeó durante un instante, ciego hasta que Tamara apareció con su bolita de fuego bailándole sobre la cabeza como una bombilla en un cómic. Los otros dos la siguieron y se distribuyeron por el estrecho espacio. No había mucho: un escritorio, un hornillo de camping y dos camas estrechas con mantas dobladas a los pies. Todo estaba increíblemente ordenado, y si la señora Tisdale no se lo hubiera dicho, Call no habría pensado que Alastair había estado allí recientemente.

Jasper se dejó caer en una de las camas.

—¿Vamos a comer algo? Ya sabéis, tenerme prisionero y no alimentarme debe de ir contra alguna ley.

Tamara suspiró y miró a Call esperanzada.

—Hay una cocina. ¿Hay algo de comida?

—Sí, algo. La mayoría son latas.

Call metió la mano bajo la cama de su padre en busca de los cestos que guardaba allí. Latas de raviolis, botellas de agua, carne en conserva, un cuchillo de cocina, tenedores y dos tabletas grandes de chocolate.

Call se sentó en una de las camas con Tamara mientras Jasper los miraba desde la otra. Aaron, con eficiencia, abrió varias latas de raviolis y las calentó en el hornillo de camping, encendido con magia, mientras Tamara desdoblaba un mapa del área circundante que había encontrado entre las cosas de Alastair y lo miraba concentrada, arrugando la nariz.

—¿Lo entiendes? —le preguntó Call, mirando el mapa por

encima del hombro de Tamara. Fue a cogerlo—. Creo que esto es una carretera.

Tamara le apartó la mano de un manotazo.

—No es una carretera; es un río.

—En realidad, es una autopista —afirmó Jasper—. Dame eso. —Tendió la mano.

Tamara vaciló.

—¿Y adónde intentáis ir? —preguntó Jasper.

—Tratábamos de llegar aquí —contestó Call—. Pero ahora, ya no lo sé.

—Bueno, si tu padre no está aquí, debe haberse ido a otro sitio —dijo Aaron, mientras acercaba las latas de raviolis calientes. Las cogieron con ganas, envolviéndose las manos en trapos para no quemarse. Call pasó tenedores y empezaron a comer.

Al primer bocado, Jasper hizo una mueca, pero luego empezó a meterse la pasta a cucharadas en la boca.

—Quizá podamos hacer que la señora Tisdale nos diga algo —propuso Call, pero una sensación fría le crecía en el estómago. Era evidente que Alastair estaba huyendo, pero ¿adónde iría? No tenía ningún amigo íntimo que Call conociera o ningún otro escondrijo secreto.

Aaron y Tamara hablaban en voz baja, y Jasper se había hecho con el mapa y lo estaba observando. Call apartó la lata de raviolis, comida a medias; se puso en pie y fue al escritorio de Alastair. Tiró del cajón principal para abrirlo.

Como esperaba, estaba lleno de llaves de coches. Sobre todo, llaves sueltas atadas a etiquetas de cuero donde se leía la marca del coche: Volkswagen, Peugeot, Citroën, MINI Cooper, incluso un Aston Martin. La mayoría de las llaves estaban cubiertas de polvo, pero no la del Aston Martin. Call la cogió; el Martin era uno de los favoritos de su padre, aunque aún no había conseguido que funcionara. Pero seguro que no debía de haber estado trabajando en él mientras estaba allí, huyendo para salvarse, ¿no?

¿Quizá Alastair había planeado conducir el Martin? Era un coche muy chulo en el que escapar, capaz de soportar giros muy cerrados e incluso dejar atrás a los magos. En ese caso, Call pensó que era posible que Alastair hubiera conseguido hacerlo funcionar. Claro que sería ilegal que uno de ellos lo condujera, pero esa era la

menor de sus preocupaciones.

Suspirando, fue hasta la escalerilla y comenzó el arduo proceso de bajarla. Al menos, con los otros aún arriba, podía tomárselo con calma y hacer todas las muecas de dolor que quisiera.

—Call, ¿adónde vas? —le preguntó Tamara.

—¿Puedes enviar un poco de luz aquí abajo? —le pidió Call.

Ella suspiró.

—¿Por qué tengo que hacerlo? Puedes hacer tan bien como yo que un fuego flote.

—Tú lo haces mejor —contestó Call de un modo que esperó que resultara persuasivo. Tamara parecía molesta, pero de todas formas envió abajo una esfera de fuego, que colgó del aire como una lámpara de la que caía alguna ascua de vez en cuando.

Call levantó la lona que cubría el Aston Martin. El coche era de color verde azul y con acabados de cromo; los asientos, de cuero color marfil, solo estaban un poco rotos. El suelo parecía estar también en buen estado; su padre había dicho que solía ser lo primero que sucumbía a la oxidación.

Call se colocó en el asiento del conductor y metió la llave en el contacto. Frunció el ceño; tenía que estirarse mucho para llegar a los pedales. Giró la llave, pero no pasó nada. El viejo motor se negó a cobrar vida.

—¿Qué estás haciendo?

Call pegó un bote y casi se golpeó la cabeza con el techo del coche. Se inclinó para salir por la puerta y vio a Aaron de pie ante el lado del conductor, mirando curioso.

—Echar una ojeada —contestó Call—. No estoy seguro de qué busco exactamente. Pero mi padre estuvo trasteando con este coche antes de marcharse.

Aaron se inclinó hacia dentro y soltó un silbido.

—Qué coche más chulo. ¿Funciona?

Call negó con la cabeza.

—Mira en la guantera —sugirió Aaron—. Mi padre guardaba de todo en la suya.

Call se estiró y abrió la guantera. Se sorprendió al ver que estaba llena de papeles. Y no de cualquier papel; al sacarlos se dio cuenta de que eran cartas. Alastair era uno de los poquísimos adultos que Call conocía que mantenía la mayor parte de su correspondencia

por cartas a mano, en vez de por email, así que no le sorprendió que fueran cartas.

Lo que sí le sorprendió era quién las había escrito. Abrió una y miró el final, la firma, una firma que hizo que se le retorciera el estómago.

Maestro Joseph A. Walther

—¿Qué? ¿Qué es? —preguntó Aaron, y Call lo miró. Debía de tener una expresión de pasmo en la cara, porque Aaron se apartó del coche y gritó a los otros—: ¡Ha encontrado algo! ¡Call ha encontrado algo!

—No, no es cierto. —Call salió lo más rápido que pudo del coche con las cartas metidas bajo el brazo—. No he encontrado nada.

Aaron lo miró preocupado.

—Entonces, ¿qué es eso?

—Solo cosas personales. Las notas de mi padre.

—Call. —Era Tamara, que asomaba la cabeza por el borde del pajar. Jasper estaba detrás de ella—. Tu padre es un criminal al que buscan. No tiene cosas personales.

—Tiene razón —dijo Aaron, en un tono lastimero—. Cualquier cosa podría ser relevante.

—Muy bien. —Call deseó haber sido más listo, ansió haber adivinado el escondite de su padre en vez de Aaron, deseó no tener que compartir esas cartas con los otros—. Pero las leo yo. Nadie más.

Mantuvo las cartas bajo el brazo mientras volvía a subir por la escalerilla, con Aaron tras él. Jasper había averiguado cómo funcionaban los quinqués, así que el pajar estaba muy iluminado. Call se sentó en una de las camas, y el resto se subió a la otra.

Era raro ver la caligrafía del Maestro Joseph. Era puntiaguda y fina. Y todas las cartas estaban firmadas con su nombre completo, incluida la inicial central. Había casi una docena, todas con fechas de los últimos tres meses. Y estaban llenas de frases inquietantes.

De este modo, ambos tendremos lo que queremos.

Tú quieres que tu hijo vuelva de entre los muertos y nosotros queremos a Constantine Madden.

No comprendes todo el poder del Alkahest.

Nunca nos hemos entendido antes, Alastair, pero ahora has perdido mucho. Imagínate que Sarah pudiera volver contigo. Imagínate que todo lo que has perdido pudiera devolvérsete.

Roba el Alkahest, tráenoslo, y todo tu sufrimiento se acabará.

Nada de eso tenía sentido. Alastair iba a usar el Alkahest para matarlo a él, ¿no? Quería destruir al Enemigo de la Muerte.

Call recordó la perplejidad en el rostro de su padre cuando se golpeó contra la pared, recordó la sensación de una furia que le superaba. ¿Y si se había equivocado con Alastair? ¿Y si su padre no le estaba mintiendo cuando le había dicho que no quería matarle?

Pero si quería acabar con él y recuperar el alma de su auténtico hijo, eso era igual de malo. Quizá no quisiera matar a Call directamente, pero volver a meter su alma en Constantine Madden se parecía mucho a morir.

—¿Qué? —Tamara se estaba inclinando tanto hacia fuera de la cama que casi se caía—. Call, ¿qué es lo que dice?

—Nada —respondió Call muy serio; dobló la carta más incriminatoria y se la metió en el bolsillo—. Son un montón de trucos para hacer crecer las begonias.

—Mentiroso —soltó Jasper, escueto, mientras cogía una de las cartas de la cama. Comenzó a leerla en voz alta, y los ojos se le fueron abriendo de asombro—. Espera, esto no va… esto no va para nada, nada, nada de begonias.

Era horrible. Era evidente que Tamara y Aaron no le habían creído, pero la expresión de traición en sus rostros era casi tan horrible como la satisfacción de Jasper. Peor, lo leyeron todo. Línea tras horrible línea; aunque Call vio aliviado que nada en las cartas hacía referencia directa a que él poseía el alma de Constantine Madden. ¿Quién sabe lo que habrían pensado si hubieran echado mano a la carta que tenía en el bolsillo?

—¿Así que Alastair sí que tiene el Alkahest y se lo va a dar al Enemigo? —Jasper parecía asustado—. Pensaba que habías dicho que lo habían acusado en falso.

—No podemos arriesgarnos a que el Alkahest caiga en manos del Enemigo —dijo Tamara—. Eso significa que podrían matar a Aaron. Lo ves, ¿no, Call?

Call miró el fuego que ardía en la lámpara. ¿Se había equivocado totalmente respecto a lo que pretendía su padre? Había supuesto que su padre era una buena persona que estaba del lado del Magisterium y los Maestros, del lado que quería detener a Constantine Madden a cualquier precio. Pero ahora le parecía que, a fin de cuentas, quizá su padre fuera una mala persona del lado del Maestro Joseph, y estuviera dispuesto a hacer lo que fuera por recuperar el alma de su hijo. Lo que, según cómo se mirase, tampoco era tan malvado. Pero si Alastair había decidido aliarse con el Maestro Joseph, ¿estaba Call moralmente obligado a dejárselo hacer o a impedírselo?

A Call le empezó a doler la cabeza.

—No quiero que nada malo le pase a Aaron —repuso Call. Era lo único de lo que estaba seguro—. Nunca lo he querido.

Aaron parecía hecho polvo.

—Bueno, esta noche no vamos a ir a ningún lado —dijo—. Es tarde y todos estamos cansados. Quizá si dormimos un par de horas, se nos ocurra algo por la mañana.

Miraron las dos camas. Cada una era lo suficientemente grande para un adulto o dos niños.

—Me cojo esta —dijo Jasper. Señaló a Tamara y Call—. Y me pido a Aaron, porque tú eres raro y tú, una chica.

—Puedo dormir en el suelo —se ofreció Aaron, al ver la expresión en el rostro de Tamara.

—Eso solo ayuda a Jasper —replicó Tamara molesta, y se puso en la cama de la izquierda—. Está bien, Call; dormiremos sobre la colcha. No te preocupes.

Call pensó que tal vez debería ofrecerse a dormir en el suelo, como había hecho Aaron, pero quería dormir en la cama. Ya le dolía la pierna; además, sabía por experiencia que a veces había ratas escondidas por el granero.

—De acuerdo —dijo, y se tumbó cuidadosamente a su lado.

Era raro.

En la otra cama, Jasper y Aaron estaban tratando de compartir una almohada. Se oyó un grito apagado cuando alguien recibió un golpe. Call empujó la almohada de su cama hacia el lado de Tamara y apoyó la cabeza en el brazo.

Cerró los ojos, pero el sueño no llegó. Era incómodo intentar no

moverse de su lado, asegurarse de que los pies no se le iban hacia el lado de Tamara. Tampoco le ayudaba el hecho de que seguía viendo las palabras de las cartas del Maestro Joseph como pintadas en el interior de sus párpados.

—¿Call?

Abrió los ojos. Tamara lo miraba a unos pocos centímetros, con ojos grandes y oscuros.

—¿Por qué eres tan importante? —susurró ella.

—¿Importante? —repitió él. Jasper había comenzado a roncar.

—Todas esas cartas —explicó ella—. Del Maestro Joseph. Pensaba que eran sobre Aaron. Él es el makaris. Pero son sobre ti. «Call es lo más importante».

—Eso… supongo que es porque es mi padre —respondió Call, balbuceando un poco—. Así que debo de ser importante para él.

—No sonaba como eso —replicó Tamara en voz baja—. Call, sabes que nos lo puedes contar todo, ¿verdad?

Call no sabía cómo contestarle. Aún estaba tratando de decidirlo cuando *Estrago* comenzó a aullar.

CAPÍTULO ONCE

—¡*Estrago*, Calla! Chist —dijo Call, pero el lobo siguió aullando, con el morro metido en el espacio entre las puertas del granero y rascando la madera con las patas.

—¿Qué ves, muchacho? —preguntó Aaron—. ¿Hay algo ahí fuera?

Tamara dio un paso hacia el lobo.

—Quizá tu padre haya vuelto.

El corazón de Call casi le saltó del pecho. Corrió a la puerta que *Estrago* estaba olfateando y abrió el granero al frío aire del exterior.

Estrago salió disparado. La noche estaba tranquila. La luna era una uña en el cielo. Call tuvo que guiñar los ojos para ver a su lobo correr sobre la pisoteada hierba hacia los coches estropeados, que en la oscuridad se veían deformes y fantasmales.

—¿Qué es eso? —preguntó Jasper en un susurro asustado, señalando.

Aaron avanzó; todos acabaron apiñados junto a Call, delante de la puerta abierta del granero. Call miró hacia donde señalaba Jasper. Al principio no vio nada; luego, mirando más fijamente, captó algo que se movía junto a uno de los coches.

Tamara ahogó un grito. La cosa se estaba alzando, parecía crecer por momentos, se hinchaba ante ellos. Brillaba bajo la luna: un monstruo hecho de metal oleoso, oscuro y pringoso, como si le hubieran frotado aceite. Los ojos eran dos enormes faros, destellando en la oscuridad. Y la boca… A Call se le salieron los ojos de las órbitas cuando la enorme mandíbula se abrió, mostrando filas de dientes de metal como los de los tiburones, y luego se cerró sobre el capó de un antiguo Citroën.

El coche crujió horriblemente. La criatura echó la cabeza atrás y se lo fue tragando. Se hinchó mientras el coche desaparecía entre sus enormes fauces. Un momento después ya no había coche, y la criatura pareció crecer aún más.

—Es un elemental —dijo Tamara nerviosa—. Metal. Debe de extraer su poder de todos esos coches y trastos.

—Deberíamos irnos antes de que se fije en nosotros —propuso Jasper.

—Cobarde —le picó Call—. Es un elemental descontrolado. ¿Acaso no es nuestro trabajo ocuparnos de él?

Jasper echó los hombros hacia atrás y lo miró fijamente.

—Mira, esa cosa no tiene nada que ver con nosotros. Se supone que debemos defender a la gente, pero no quiero morir defendiendo los trastos que colecciona tu padre. Estará mejor sin todos esos coches; eso suponiendo que no lo ejecuten por estar aliado con el Enemigo. ¡Y nosotros estaremos mejor si nos largamos de aquí!

—Cierra el pico —dijo Aaron—. Tú cierra el pico.

Alzó la mano. El metal de su muñequera relució. Call vio lo que parecía una sombra comenzar a alzarse de su palma, cubriéndole la mano a medias.

—¡Para! —Tamara agarró a Aaron por el brazo—. Aún no te han enseñado a usar bien el vacío. Y ese elemental es demasiado grande. Piensa en el tamaño del agujero que tendrías que abrir para librarte de él…

Aaron parecía enfadado.

—Tamara…

—Eh, chicos —interrumpió Jasper—. Ya sé que estáis discutiendo, pero creo que nos acaba de ver.

Jasper tenía razón. Los faros de los ojos brillaban en su dirección. Tamara soltó a Aaron mientras la criatura comenzaba a moverse. Entonces, inesperadamente, Tamara se volvió hacia Call.

—¿Qué se supone que debemos hacer? —preguntó.

Call se quedó tan sorprendido de que le pidiera instrucciones que no supo contestar. Pero dio igual, porque Aaron ya estaba hablando.

—Tenemos que llegar hasta la señora Tisdale y protegerla. Si esa cosa ha aparecido por aquí de casualidad, se comerá unos cuantos coches y se largará tranquilamente. Pero si no, tenemos que estar preparados.

—Los elementales del metal no son habituales —dijo Jasper, mientras cogía la bolsa de Tamara—. No sé mucho sobre ellos, pero sé que no les gusta el fuego. Si viene hacia nosotros, levantaré una cortina de fuego. ¿Vale?

—Yo también puedo hacer eso —replicó Tamara.

—¡Da igual quién lo haga! —soltó Aaron exasperado—. Ahora, ¡vamos!

Comenzaron a correr hacia la granja, con Call un poco por detrás, no solo porque la pierna le dolía, sino también porque estaba preocupado por *Estrago*. Gritaría su nombre para asegurarse de que estaba bien, pero no quería llamar la atención del ser elemental. Y no estaba seguro de que, llegado el caso, pudiera correr más que él. Tamara, Aaron y Jasper ya le estaban sacando mucha ventaja.

La criatura seguía moviéndose, a veces medio escondida entre los coches; otras, horriblemente visible. No se movía deprisa, era más como un gato acechando a su presa. Se acercaba lentamente, creciendo con cada bocado de metal que tragaba.

Cuando Call se acercó a la casa de la señora Tisdale, se dio cuenta de que algo iba mal. Había luz en la granja, pero no solo salía por las ventanas sino por toda la fachada. Faltaba la puerta y parte de la pared. Cables y maderas colgaban del enorme agujero que quedaba.

Aaron subió los escalones corriendo.

—¡Señora Tisdale! —llamó—. ¡Señora Tisdale! ¿Está usted bien?

Call le siguió, con la pierna doliéndole. Los muebles estaba volcados; había una mesita de café hecha astillas. Un sofá estaba ardiendo; las llamas se alzaban desde un rincón ennegrecido. La señora Tisdale estaba en el suelo, con un terrible corte en el pecho. La sangre empapaba la alfombra que tenía debajo. Call la miró horrorizado. Mezclados con la sangre había brillantes trocitos de metal.

Aaron se dejó caer de rodillas.

—¿Señora Tisdale?

Esta tenía los ojos abiertos, pero no parecía capaz de enfocarlos.

—Niños —dijo en una voz susurrante y espantosa—. Niños, van a por vosotros.

Call recordaba algo de magia curativa. Había visto a Alex emplearla para curarle a Drew el tobillo roto, extrayendo de la tierra poderes curativos y vinculantes. Se agachó al lado de Aaron y trató de invocar lo que pudo. Si podía curarla, entonces su magia serviría para más de lo que pensaba Alastair. Quizá él fuera bueno para más de lo que su padre creía.

Quizá él fuera bueno.

Le apretó los dedos con suavidad sobre la clavícula, y dirigió su energía hacia el interior de la señora Tisdale. Trato de sentirla subir del suelo, trato de pensar en sí mismo como un canal conductor. Pero al cabo de un momento, ella le apartó la mano.

—Es demasiado tarde para eso —dijo la señora Tisdale—. Vosotros aún podéis escapar. Tenéis que huir. Call, yo estaba allí la noche que creíste que habías perdido a *Estrago*. Yo fui quien lo encadenó. Sé lo que está en juego.

Call se apartó de ella de golpe.

—¿De qué está hablando? —preguntó Tamara—. ¿De qué habla, señora Tisdale?

—Solo es un elemental —dijo Aaron—. Podemos librarnos de él. La ayudaremos. —Alzó una mirada desesperada hacia Tamara y Jasper—. Quizá deberíamos pedir ayuda al Magisterium…

—¡No! —dijo la anciana, casi sin aliento—. ¿No sabéis qué es esa criatura? Se llama *Automotones*, es un monstruo antiguo y terrible, y los magos del Magisterium lo capturaron hace cientos de años. —Tenía sangre en las comisuras de la boca. Respiró con dificultad—. Si está aquí ahora, es porque esos… esos… magos lo

han soltado para cazaros. ¡Para mataros!

Con un escalofrío, Call recordó la lección del Maestro Rufus sobre los elementales atrapados bajo el Magisterium. Lo terribles que eran. Lo imparables que eran.

—Para cazar a Alastair, quiere decir, ¿no? —preguntó Jasper.

—Entró en casa —murmuró la señora Tisdale con un hilillo de voz—. Me exigió que le dijera dónde estabais. No Alastair. Vosotros cuatro. —Clavó los ojos en Aaron—. Será mejor que huyas, makaris.

Aaron se había quedado pálido de la impresión.

—¿Huir del Magisterium? ¿No del Enemigo?

La boca de la señora Tisdale se curvó en una extraña sonrisa.

—Nunca podrás dejar atrás al Enemigo de la Muerte, Aaron Stewart —dijo, y aunque parecía que hablaba a Aaron, estaba mirando a Call. Este le devolvió la mirada mientras los ojos de ella perdían la vida.

—¡Cuidado! —gritó Tamara.

El monstruo de metal, *Automotones*, entró en la casa por la pared rota. Ya era más que enorme. Lanzó hacia arriba las manos, del tamaño de tapas de alcantarilla, y arrancó un trozo de techo para hacerse espacio. Call soltó una exclamación y cayó de lado; evitó por los pelos que lo aplastara una cómoda que caía del piso de arriba. El mueble se rompió al estrellarse contra el suelo y volaron piezas de ropa.

De repente, apareció una cortina de fuego, una pared viva de llamas, que chamuscó el suelo e hizo arder lo que quedaba del techo. Jasper estaba manteniendo la pared de fuego con un evidente esfuerzo, mientras *Automotones* rugía y chasqueaba los dientes.

—Vete —le dijo Jasper a Call—. ¡Corre! Yo te sigo.

Call se sintió mal por haberle llamado cobarde. Se levantó del suelo, y corrió torpemente hacia la parte trasera de la casa.

Aaron y Tamara le siguieron. Tamara había conjurado una bola de fuego, que le brillaba en la mano. Sacudió la cabeza hacia atrás, con las trenzas volando, hacia donde estaba Jasper.

—Vamos, Jasper —gritó Aaron—. ¡Ahora!

Jasper dejó caer su cortina de fuego y corrió hacia ellos, con el elemental de metal corriendo tras él. Tamara lanzó su bola de fuego contra las fauces del monstruo mientras Jasper salía a trompicones al patio, con Call.

A Jasper se le veía agotado por el esfuerzo que había hecho para alzar la cortina de fuego. Dio unos cuantos pasos por el jardín y se desplomó. Call dio un paso hacia él, pero no tenía ni idea de qué hacer. Era imposible que pudiera correr cargando con Jasper; casi ni podía correr sin añadir el peso de una persona encima.

Tamara salió al patio con Aaron justo detrás. Tras ellos venía *Automotones*. Se erguía hacia atrás y daba zarpazos mientras las llamas ardían a su alrededor; el fuego de Jasper había incendiado algunos muebles, y ahora también las cortinas y seguramente las paredes estaban ardiendo.

—¡Jasper! —Call lo cogió por el brazo y trató, al menos, de levantarlo. Consiguió ponerse de rodillas y luego lanzó un aullido de terror. Call se volvió y vio al elemental de metal alzándose sobre ellos, bloqueando la luna. Estaba bajando las manos. Parecían enormes pinzas de cangrejo, a punto de cerrarse sobre Call y Jasper, a punto de partirlos por la mitad.

Call recordó estar en el horrible taller de su padre el verano anterior, recordó la rabia que había sentido y cómo había mirado a Alastair y lo había «empujado». En ese momento, trató de reunir toda la rabia, el miedo y el horror que estaba reteniendo en su interior y lanzárselo a *Automotones*.

El monstruo salió volando hacia atrás, emitiendo un ruido que parecía el de un viejo coche al arrancarle las piezas. El rumor se convirtió en un furioso rugido mientras *Automotones* se volvía hacia Tamara y Aaron. Este se puso ante Tamara, alzando la mano, pero el monstruo lo apartó de en medio como si fuera una mosca pesada, y agarró a Tamara, alzándola en el aire.

—¡Tamara! —Call comenzó a correr hacia el elemental, olvidando por un instante que estaba aterrorizado, que la criatura era gigantesca, que era letal. En su cabeza solo veía las pinzas de metal alrededor de Tamara, aplastándola con su fuerza. Era vagamente consciente de que Aaron también corría y gritaba, y de que Tamara se debatía, aunque en silencio, en la garra de la criatura. De repente, *Automotones* se tambaleó y dio un traspié. Tamara se soltó y cayó a la hierba.

El elemental se retorció hacia atrás, y Call vio que *Estrago* le había saltado a la espalda, y le hundía las garras caotizadas en la piel de metal mientras le desgarraba con los dientes. El ruido del

metal al rasgarse llenó la noche.

Pero la criatura se sacudió con fuerza, y *Estrago* perdió el equilibrio; sacudió las patas desesperadamente en el aire. Se sujetaba solo por los dientes, y luego ya no se sujetaba en absoluto. Salió volando hacia la casa, hacia el fuego, gimiendo al caer.

Sin prestar atención ni al ser elemental ni a la pelea, Call conjuró aire y se centró en su lobo. Se concentró para formar un suave colchón de viento que sujetara a *Estrago*. Como de fondo, oyó a la criatura chirriando cerca de él; como de fondo, comprendió que estaba poniendo en peligro a los demás para asegurarse de que su mascota no sufría ningún daño, pero no le importó.

Estrago cayó sobre el aire mágico de Call como sobre una red; rebotó un poco, agitando las patas y con los ojos rodantes muy abiertos. Lentamente, Call fue bajando el lobo al suelo, con cuidado, con cuidado…

Entonces fue cuando el elemental le golpeó. Fue como ser aplastado por una ola gigante. Oyó a Tamara gritar su nombre y luego se vio volando hacia atrás; se estrelló contra el suelo con fuerza suficiente para notar que se le estremecía todo el cuerpo. Rodó, escupiendo tierra y hierba, y vio al elemental de metal alzándose ante él. Parecía enorme, tan grande como el cielo que tapaba con su cuerpo. Call se puso de pie como pudo, con la pierna mala temblándole, pero volvió a caer sobre la hierba. En la distancia, podía ver a Tamara corriendo hacia él, con cuerdas de fuego saliéndole de las manos, pero sabía que estaba demasiado lejos para llegar a tiempo. *Automotones* ya se estaba inclinando sobre él, con las dentadas fauces abiertas.

Call se aferró a la tierra, tratando de invocar su magia, pero no había tiempo. Ya olía el hedor del metal y el óxido mientras el elemental abría la boca para tragárselo.

—¡Detente!

El elemental echó la cabeza hacia atrás. Call se volvió y vio a Aaron de pie tras él, con la mano extendida. En la palma le brillaba una nube de oscuridad aceitosa, que se derramaba hacia delante. La expresión de su cara no era ninguna que Call recordara haberle visto antes. Le ardían los ojos como ascuas, y una mueca le tiraba del rostro formando algo parecido a una sonrisa inquietante.

La negra nada aceitosa voló de las manos de Aaron y saltó

directa al cuello de *Automotones*. Por un momento, nada cambió. Luego, la criatura comenzó a vibrar, metal chocando contra metal. Call se lo quedó mirando. Parecía como si una mano gigante e invisible estuviera chafando al elemental; su pellejo de metal parecía ser absorbido hacia dentro. Abrió la boca, y Call vio la negrura aceitosa humeando y bullendo dentro. Se dio cuenta de lo que estaba pasando. El elemental se estaba desplomando hacia dentro, cada juntura y tornillo, cada placa y motor, empujado hacia el vacío en expansión que Aaron le había lanzado al cuello.

Notó una mano sobre el hombro; Aaron lo estaba ayudando a ponerse de pie. La espantosa expresión le había desaparecido del rostro; solo parecía muy serio mientras observaba cómo *Automotones* lanzaba un último aullido y desaparecía dentro de una mota de oscuridad que silbó en el aire.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Jasper, que se acercaba corriendo—. ¿Dónde está ahora? ¿Está muerto?

Call volvió la mirada hacia el edificio en llamas y los coches destrozados. No le importaba adónde se hubiera ido *Automotones*. Lo importante era que todos estaban a salvo.

—Está en el vacío —contestó Aaron, con voz seca—. No volverá.

—Vamos —dijo Tamara—. Tenemos que alejarnos del fuego.

Comenzaron a andar hacia el granero, con *Estrago* corriendo delante de ellos. El aire estaba cargado de humo, y el resplandor del fuego que ardía a su espalda iluminaba el cielo como si fuera de día.

—Lo que tenemos que hacer es volver al Magisterium —dijo Jasper sin aliento—. Mostrarles lo que hemos encontrado. El padre de Call ha estado en contacto directo con los esbirros del Enemigo, ¿recordáis? Les va a llevar al Alkahest. Necesitamos ayuda.

—No vamos a regresar al Magisterium —replicó Aaron. Su voz seguía igual, seca y rígida. Call tenía la sensación de que estaba conteniendo lo que sentía, aplastándolo con fuerza—. Ellos han enviado esa cosa a por nosotros.

—A por Alastair, querrás decir —le corrigió Tamara—. No creerás lo que ha dicho esa anciana, ¿verdad?

—Sí, lo creo.

—No tenía ninguna razón para mentir —añadió Call.

La voz de Aaron comenzó a quebrarse un poco.

—Si no la enviaron contra nosotros, ¿por qué atacó a la señora Tisdale? ¿Por qué nos atacó a nosotros? Debería haber tenido órdenes de no hacernos daño.

—Quizá hayan decidido que si no podían hacernos volver, estaríamos mejor muertos que en manos del Enemigo —sugirió Jasper. Todos lo miraron sorprendidos—. Es la clase de cosa que haría la Asamblea —añadió, encogiéndose de hombros.

—Pensaba que querías volver —dijo Call.

—Y quiero volver. Pero vosotros la habéis liado de lo lindo. —Jasper puso los ojos en blanco, mirándole como si fuera un idiota, una expresión que Call ya conocía bien—. Cuanto más tiempo estemos fuera, más se convencerán de que tienen que minimizar los daños. Primero, eliminar a Aaron, y luego eliminarnos a nosotros para que no haya testigos y sea solo una gran tragedia. Si Constantine Madden atrapara a Aaron, le podría matar o le podría lavar el cerebro. Quizá tengan miedo de eso. Tal vez teman que si Aaron se va con Constantine, les hará perder la guerra.

—¡No tener a Aaron les hará perder la guerra! —exclamó Tamara—. ¡Él es el makaris!

Habían llegado al granero. Bajo la parpadeante luz, la cara de Jasper parecía tallada en piedra.

—Creo que no entiendes cómo hacen sus cálculos.

—Ya basta —dijo Call, y se volvió para mirar a los otros—. Vosotros os volvéis a la escuela. Creo que puedo detener a mi padre si logro encontrarlo a tiempo. Tengo que hablar con él. Tengo que intentarlo. Pero esto se está volviendo demasiado peligroso para que vengáis conmigo.

«Nunca lo entenderían —pensó—. Mi padre quiere recuperar a su hijo. Cree que si le entrega el Alkahest al Maestro Joseph, él podrá arreglarme. Podrá hacerme de nuevo Callum Hunt. Pero el Maestro Joseph le está engañando, intenta atraerlo hacia él. Probablemente lo matará en cuanto tenga el Alkahest».

Pero no les podía decir nada de eso.

«No podrás dejar atrás al Enemigo de la Muerte».

—Ni hablar —respondió Tamara, y cruzó los brazos sobre el pecho—. Correrás un gran peligro si vas… todos correremos un gran peligro. Ni siquiera sabes adónde se dirige Alastair.

—La verdad es que creo que sí lo sé —repuso Call. Abrió la

puerta del granero y entró cojeando. Los otros, incluso *Estrago*, esperaron en la puerta mientras él cogía las cartas del Maestro Joseph. Cuando volvió, puso una bajo la luz.

—Hay unos números bajo el nombre del Maestro Joseph —indicó—. En todas las cartas.

—Sí, seguramente la fecha —dijo Jasper.

Call leyó los números.

—45. 1661. 67. 2425.

—Eso no es una fecha, excepto quizá en Marte —señaló Tamara, que se le acercó más—. Son…

—Coordenadas —concluyó Call—. Latitud y longitud. Así es como mi padre solía programar el GPS de su coche. Te dicen cómo encontrar algo. Joseph le está diciendo dónde está.

—Entonces ya sabemos adónde vamos —dijo Aaron—. Solo tenemos que encontrar algo en lo que podamos introducir las coordenadas…

—Aquí —exclamó Tamara, sacando su móvil. Pero cuando tocó la pantalla, no se iluminó—. Oh. Supongo que se me ha acabado la batería.

—Un ordenador en algún café que tenga Internet servirá —dijo Call mientras doblaba los papeles—. Pero nada de «nosotros». Esto lo tengo que hacer solo.

—No te vamos a dejar solo y lo sabes —replicó Aaron. Alzó una mano para acallar la protesta de Call—. Mira, para cuando lleguemos a la escuela, tu padre ya podría estar con el Maestro Joseph. Quizá no haya tiempo suficiente para hacer nada, incluso si lográramos convencer a los magos de que sabemos de lo que estamos hablando.

—Y si vamos detrás de Joseph y conseguimos recuperar el Alkahest, entonces volveremos cubiertos de gloria —añadió Tamara —. Además, ya han enviado un monstruo a por nosotros. Hasta que sepamos si podemos confiar en ellos o no, solo podemos ir hacia delante.

Call miró a Jasper.

—No tienes que venir.

Lo cierto es que se sentía mal por haber arrastrado a Jasper a ese lío.

—Oh, sí que voy —replicó Jasper—. Si hay monstruos

cazándonos, me quedo con el makaris.

—¿Cómo pueden ser los buenos los magos del Magisterium si han enviado un monstruo para matarnos solo porque nos hemos escapado? —preguntó Aaron—. Somos niños.

—No lo sé —contestó Call. Estaba comenzando a preocuparle que no hubiera buenos. Solo gente con una lista de Señor del Mal más larga o más corta.

Tamara suspiró y se pasó una mano por el pelo.

—Por ahora, necesitamos encontrar un pueblo, algún sitio donde podamos conseguir ropa nueva y algo de comer. Parece como si hubiéramos ardido y luego rodado por el barro. No pasaremos lo que se dice desapercibidos.

Estrago, al oír «rodado por el barro», comenzó a hacer justo eso. Call tuvo que darle la razón a Tamara. Estaban sucios, y no como esos actores que en las películas tenían una artística mancha en la mejilla. Sus uniformes estaban rasgados, ensangrentados y empapados del pringue aceitoso del elemental de metal.

—Supongo que lo mejor será comenzar a caminar —dijo Jasper, desanimado.

—No vamos a caminar —replicó Aaron—. Vamos a conducir. Aquí hay trescientos coches.

—Sí, pero la mayoría de los que no han sido comidos por el óxido, no funcionan —señaló Call—. Y los pocos que sí funcionan, no tienen las llaves esperándonos.

—Vamos —dijo Aaron—. No tengo un padre en prisión por nada. Creo que puedo hacer un puente en alguno de esos.

Caminó hacia el campo de coches con un aire decidido.

—Ese es nuestro makaris —soltó Jasper—. Magia del caos y grandes robos de coches.

—Pensaba que habías dicho que tu padre se había largado —dijo Call a Aaron, corriendo tras él—. Y que no sabías dónde estaba.

Aaron se encogió de hombros.

—Supongo que a nadie le gusta reconocer que su padre está en la cárcel.

En ese momento, un padre en prisión no parecía lo peor que te podía pasar, pero Call sabía que era mejor no decir nada.

Ayudó a Aaron a elegir el coche menos estropeado que recordaba entre los que Alastair había comprado. Un Morris Minor,

con una carrocería de color verde esmeralda, que contrastaba con los asientos de cuero rojo. Era uno de los coches más nuevos de Alastair, fabricado en 1965, y, a diferencia de muchos de los otros, no necesitaba un motor nuevo.

—Pero no es muy rápido —advirtió Call—. Seguramente tendremos que ir a menos de setenta, incluso en la autopista. Y no tiene GPS. Podría haber acabado instalándole uno, pero aún no había llegado a hacerlo.

—¿Qué pasa si no vamos a menos de setenta kilómetros por hora? —preguntó Tamara.

Call se encogió de hombros.

—¿Quizá explote? No lo sé.

—Perfecto —replicó Jasper—. ¿Alguno de vosotros, listillos, sabe conducir?

—No mucho —contestó Aaron; se agachó bajo el asiento, cortó los cables con el cuchillo de Call y los unió de una forma diferente.

—¿Cómo es que sabes hacer un puente pero no conducir un coche? —preguntó Jasper con un enorme suspiro.

—Buena pregunta —murmuró Aaron, sacando la cabeza de debajo del asiento. Parecía sudado y un poco alterado—. Quizá deberías comentárselo a mi padre. No llegó a enseñarme antes de que lo encerraran.

—Yo he conducido carritos de golf —dijo Tamara—. No puede ser muy diferente.

El motor cobró vida y subió de revoluciones bajo las hábiles manos de Aaron.

—Yo conduciré —dijo Call; su padre le había enseñado…, más o menos. Estaba metido en tal lío que conducir un coche sin registro, sin seguro y sin tener carné no iba a cambiar mucho las cosas. Además, él era el Enemigo de la Muerte, un fuera de la ley, un rebelde. Violar la ley debería ser solo la punta de su iceberg de maldad.

Estrago ladró, como si estuviera de acuerdo con él. Se había colocado en el asiento del copiloto y no parecía dispuesto a dejar que nadie más lo ocupara.

Aaron se apoyó en el capó, exhausto. Miró hacia Call, pero no parecía enfocar los ojos.

—Es raro, ¿eh? Todos esperan de mí que sea un héroe y mi

padre es un criminal convicto.

—Bueno, como están persiguiendo a mi padre porque ha robado algún tipo de artefacto mágico, no estoy exactamente en posición de juzgarte. —Call sonrió, pero Aaron no pareció darse cuenta.

—Es que… no sé. Constantine Madden era un makaris malo. Quizá yo me vuelva malo también. Tal vez lo lleve en la sangre.

Call negó con la cabeza, tan sorprendido por esa idea que, al principio, no supo qué responder.

—Humm… no creo que seas así.

—Vamos, todos, subid al coche —dijo Tamara—. Aaron, ¿estás bien?

Aaron asintió, y se subió, tambaleante, al asiento trasero. Jasper y Tamara cargaron el maletero del Morris con lo que quedaba de sus cosas. Por suerte, como se habían levantado de la cama para luchar contra *Automotones*, sus mochilas se habían quedado a salvo en el granero.

Lo único que tenía que hacer Call en ese momento era no chocar. Alastair le había dejado conducir antes; había manejado el volante de coches viejos mientras Alastair los arrastraba con la grúa y había conducido alrededor de la granja para aparcar alguna nueva adquisición. Pero nada de eso era igual que conducir por sí mismo. Subió al coche y se ajustó el asiento; lo echó hacia delante para llegar a los pedales.

«Acelerador —se dijo a sí mismo—. Freno».

Luego ajustó los retrovisores, porque era lo que Alastair siempre hacía en un nuevo coche; esperaba que eso hiciera que Aaron, Tamara e incluso Jasper confiaran en que sabía lo que se hacía. Pero esos movimientos familiares le hicieron pensar en su padre, y un pánico impotente se apoderó de él.

Nunca sería la persona que su padre amaba. Esa persona estaba muerta.

—Vamos —dijo Jasper, mientras se subía detrás. Tamara subió después de él. Al parecer, habían decidido dejar que *Estrago* fuera de copiloto—. Si es que sabes cómo se conduce.

—Sí que sé —afirmó Call, mientras alzaba el embrague y enviaba el coche a toda velocidad por la carretera.

Sin duda, el Morris Minor necesitaba amortiguadores nuevos. Cada bache de la carretera los hacía saltar. También se tragaba la

gasolina tan rápido que Call sabía que iban a tener que hacer un montón de paradas. Se aferraba al volante, clavaba los ojos en la carretera y confiaba en la suerte.

En el asiento trasero, Aaron cayó en un sueño inquieto, no parecía importarle el traqueteo del viaje. Se movió un poco, pero no se despertó.

—¿Está bien? —preguntó Call hacia atrás.

Tamara puso el interior de la muñeca sobre la frente de Aaron.

—No lo sé. No tiene fiebre, pero está como húmedo.

—Quizá haya gastado demasiada magia —sugirió Jasper—. Dicen que el coste de emplear la magia del vacío es muy alto.

Tardaron veinte minutos en llegar al límite de un pueblo. Call puso gasolina al Morris mientras Tamara y Jasper entraban en la gasolinera a pagar.

—¿Creéis que se ha fijado en vosotros? —les preguntó Call cuando volvieron. Después de todo, llevaban la ropa quemada y llena de barro. Y eran niños de poco más de trece años. Sin duda, demasiado jóvenes para conducir coches.

Jasper se encogió de hombros.

—Estaba viendo la televisión. No creo que le importara nada excepto que pagáramos.

—Vámonos —dijo Tamara mientras subía detrás y se sentaba junto a Aaron, que seguía durmiendo—. Antes de que se le ocurra pensar.

Con el mapa, Tamara dirigió a Call por la ciudad, hasta que llegaron a una tienda de deportes cerrada, con un *parking* grande y vacío. Muy despacio y con mucho cuidado, logró aparcar. Aaron seguía durmiendo. Tamara bostezó.

—Quizá deberíamos dejarle descansar —sugirió.

—Sí —repuso Jasper medio dormido—. Tienes razón. Yo estoy totalmente despierto y alerta en todos los sentidos, pero la magia del caos puede ser dura con los makaris.

Call puso los ojos en blanco, pero estaba tan agotado como los demás. Se permitió una cabezada, inclinado sobre la consola central para apoyar la cabeza en *Estrago*. Un momento después había caído en un sueño inquieto. Cuando se despertó, Aaron ya estaba despierto y Tamara le estaba preguntando si estaba bien, y la luz del día se filtraba por la ventanilla.

—No lo sé —contestó Aaron—. Me siento un poco raro. Y mareado.

—Quizá necesites comer —sugirió Call, mientras se estiraba.

Aaron sonrió a Jasper y Tamara, y bajó del coche.

—Eso de comer suena bien.

—Quédate aquí, muchacho —dijo Call a *Estrago*, mientras le rascaba detrás de la oreja—. Nada de ladrar. Te traeré un bocadillo.

Dejó la ventanilla a medio subir, por si *Estrago* necesitaba aire fresco. Confió en que nadie tratara de robar el coche, sobre todo por el bien del ladrón. Nadie corriente, ni siquiera un ladrón de coches, estaba preparado para un cara a cara con un lobo caotizado furioso.

La calle tenía unas cuantas tiendas más, incluido un almacén de ropa de segunda mano al que Tamara señaló con gran entusiasmo.

—¡Perfecto! —exclamó—. Podemos comprar algo de ropa nueva. Aaron, si no te ves capaz…

—Estaré bien —dijo él. Seguía con cara de agotado, pero aun así consiguió sonreír.

—Por mucha ropa que compremos no haremos que ese coche tuyo cante menos —comentó Jasper, que sabía cómo desanimar a cualquiera.

—Le pondremos una bufanda para disimular —le soltó Call.

La tienda estaba llena de estantes con ropa usada y *vintage*, y todo tipo de trastos de segunda mano, que Call reconoció por las incursiones de su padre en las ferias de anticuarios y las tiendas de segunda mano. Tres pies de máquinas de coser Singer habían sido transformados en un mostrador. Tras él se hallaba sentada una mujer con cabello corto y canoso, y ojos de gato de color púrpura. Levantó la mirada hacia ellos.

—¿Qué os ha pasado? —preguntó, alzando las cejas.

—¿Una avalancha de lodo? —dijo Aaron, aunque no sonaba muy convencido.

La mujer hizo una mueca, como si o bien no le creyera o bien le desagradara en general que estuvieran en su tienda, soltando barro y tocando la ropa con dedos manchados de hollín. Quizá ambas cosas.

Sin embargo, Call no tardó en encontrar el atuendo perfecto. Vaqueros, como los que llevaba en casa, y una camiseta color azul marino que proclamaba no creo en la magia con un hada aplastada

en la parte inferior derecha.

Aaron se echó a reír en cuanto la vio.

—Se te va la olla, chaval —le dijo.

—Bueno, pues tu parece que estés de camino a tu clase de yoga —replicó Call.

Aaron había escogido unos pantalones de chándal de algodón y una camiseta con el símbolo del yin y el yang. Tamara había encontrado unos vaqueros negros y llevaba sobre ellos una gran túnica de seda que podría haber sido un vestido. Jasper había encontrado unos chinos, una americana de su talla y unas gafas de espejo.

La ropa costó cerca de veinte dólares, lo que hizo que Tamara frunciera el ceño pensativa y contara en voz alta. Jasper se inclinó más allá de ella y le regaló a la mujer de ojos de gatos su sonrisa más encantadora.

—¿Puede decirnos dónde conseguir unos bocadillos? —preguntó —. ¿E Internet?

—En Bits y Bytes, dos manzanas más abajo, en la calle Mayor —contestó, y luego señaló al montón de uniformes verdes llenos de barro que habían dejado en el suelo—. Supongo que puedo tirar esos. ¿Qué clase de ropa es, por cierto?

Call lanzó a sus uniformes una mirada casi de pena. Sus uniformes los marcaban como alumnos del Magisterium. Sin ellos, lo único que tenían era las muñequeras.

—Uniformes de karate —contestó—. Por eso se nos han ensuciado. Karate ninjas.

—En una avalancha de lodo —añadió Aaron, para no apartarse de la historia.

Tamara los arrastró fuera de la tienda tirando de ellos por la parte de atrás de sus camisetas.

La calle Mayor estaba casi desierta. Unos cuantos coches pasaban de aquí para allí, pero nadie se paró a mirarlos.

—¿Karate ninjas en una avalancha de lodo? —Tamara miró muy seria a Aaron y Call—. ¿Podríais ser un poco más disimulados? —Se detuvo delante de un cajero automático—. Tengo que sacar algo de dinero.

—Hablando de disimular, he oído que pueden rastrear tu tarjeta del banco —dijo Jasper—. Ya sabes, con Internet.

Call se preguntó si habría tirado su móvil por nada.

—La policía sí puede —repuso Aaron—. El Magisterium no.

—¿Y cómo lo sabes?

—Bueno, tendremos que arriesgarnos —decidió Tamara—. Eso era el resto de nuestro efectivo, esos veinte pavos, y vamos a necesitar más para gasolina y comida.

Aun así, la mano le temblaba un poco cuando cogió el dinero y se lo metió en el monedero.

Bits y Bytes resultó ser una tienda de bocadillos con una fila de ordenadores con Internet que se podían usar por un dólar la hora.

Aaron fue a comprar bocadillos mientras Call se conectaba. Escribió «latitud» y «longitud» en Google, lo que lo llevó a una página que calculaba ambas coordenadas de una dirección. Apretó el botón de «inverso» y metió los números que tenía.

Luego contuvo el aliento.

Enseguida, el mapa mostró una localización. Aunque no tenía ninguna dirección asociada, solo las palabras «Isla Monumento, Harpswell, Maine». Según el mapa, la isla no tenía ni carreteras ni casa. Call dudó de que hubiera algún ferry hasta allí.

Aun peor, cuando escribió la dirección, el ordenador dijo que se tardaba quince horas en llegar allí en coche. ¡Quince horas! Y Alastair les llevaba mucha delantera. ¿Y si ya estaba allí? ¿Y si había cogido un avión?

Por un momento, un pánico terrible se apoderó de Call. La pantalla ante él parpadeó. Las luces subieron y bajaron de intensidad. Jasper lo miró con una sonrisita desdeñosa en la boca.

—Quizá alguien cruzó la Puerta de Control demasiado pronto —masculló como para sí.

—Tranquilo. —Aaron le puso una mano en el hombro a Call, calmándolo. Call se puso de pie de golpe, tratando de respirar.

—Tengo que…

—¿Tienes que qué? —Aaron lo miró raro.

—Imprimir —soltó Call—. Tengo que imprimir. Las indicaciones del camino. —Fue tambaleante hasta la caja—. ¿Tenéis una impresora?

La chica tras el mostrador asintió con la cabeza.

—Pero son tres dólares la página.

Call miró a Tamara.

—¿Podemos?

Ella suspiró.

—Es un gasto necesario. Adelante.

Call envió las indicaciones a la impresora. Los otros tres lo miraban raro.

—¿Pasa algo? —preguntó Aaron.

—Está en Maine —contestó Call—. A quince horas de coche.

Aaron alzó la vista de su bocadillo de jamón y queso con cara de susto.

—¿De verdad?

—Podría haber sido peor —soltó Jasper, sorprendiendo a Call—. Podría haber estado en Alaska.

Tamara miró alrededor y luego de nuevo a Call. Sus ojos castaños estaban muy serios.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo?

—Tengo que hacerlo —contestó él.

Ella le dio un mordisco a su bocadillo.

—Acabad de comer. Me parece que nos vamos de viaje a Maine.

Después de comer, volvieron al coche y tiraron las mochilas en la parte de atrás. Call paseó a *Estrago* y le dio dos bocadillos de rosbif, y luego derramó una botella de agua para que él pudiera beber lamiéndola. El lobo caotizado comió y bebió con sorprendente delicadeza.

Condujo Call, con Tamara de copiloto, mientras Jasper y Aaron apoyaban la cabeza sobre el pelaje de *Estrago* y echaban una siesta. Jasper debía de estar muy agotado para dignarse a dormir sobre un animal caotizado. Pasaron horas así.

—¿Sabes que te pueden arrestar también por ir muy por debajo del límite de velocidad? —dijo Tamara, con su *ginger ale* caliente en el posavasos a su lado. Se estaba soltando las trenzas y se peinaba el pelo mientras la brisa de la ventana abierta lo hacía flotar a su alrededor. Tamara casi siempre llevaba el pelo recogido en dos trenzas, y Call se sorprendió de lo largo que lo tenía, negro, brillante y hasta la cintura.

Apretó más el pie en el acelerador, y el Morris dio un bandazo hacia delante. Mientras la aguja de la velocidad subía, el coche comenzó a temblar.

—Humm —dijo Tamara—. Quizá podríamos arriesgarnos con la policía.

Él le lanzó una rápida sonrisa.

—¿De verdad crees que el Magisterium envió ese monstruo contra nosotros?

—No creo que el Maestro Rufus lo hiciera —contestó Tamara, vacilante. Cuando volvió a hablar, las palabras le salieron a toda prisa—. Pero no estoy segura de nadie más. Aunque no le veo el sentido, Call; si tú supieras algo… nos lo dirías, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Nada —contestó ella, mientras sus dedos trabajaban ágilmente para volver a recoger el cabello en una única trenza.

Call se concentró en la carretera, en las líneas que pasaban como manchas y en mantener la distancia con los otros coches.

—¿Cuál es la siguiente salida? —preguntó—. Necesitamos gasolina.

—Call —insistió Tamara. Ahora estaba jugueteando con su muñequera. Call deseó que parara de moverse—. Sabes que si hubiera algo que quisieras decirme que fuera un secreto, te lo guardaría, no se lo diría a nadie.

—¿Como no le dijiste a nadie lo de mi padre? —replicó Call, y al instante se arrepintió. Tamara abrió mucho los ojos y lo miró enfadada.

—Tú sabes por qué lo hice —afirmó—. ¡Había tratado de robar el Alkahest! ¡Estaba poniendo a Aaron en peligro! Y las cosas han resultado ser peor de lo que pensábamos. No tenía buenas intenciones.

—No todo tiene que ver con Aaron —repuso Call, lo que le hizo sentirse aún peor. No era culpa de Aaron ser quien era. Call se alegró de que su amigo volviera a estar dormido, con la cabeza apoyada en el pelaje de *Estrago*.

—Entonces, ¿con qué tiene que ver, Call? —preguntó Tamara—. Porque creo que lo sabes.

Parecía como si las palabras le subieran por la garganta trepando; no sabía si quería gritarle a Tamara o soltarlo todo solo

por el alivio de no seguir teniéndolo guardado dentro… De repente el coche comenzó a sacudirse con fuerza.

—¡Call, ve más despacio! —exclamó Tamara.

—¡Estoy yendo más despacio! —protestó Call—. Quizá debería detenerme…

De repente y sin previo aviso, apareció el Maestro Rufus. Cobró vida entre Call y Tamara en el asiento delantero del coche.

—Alumnos —dijo, con aspecto muy descontento—. ¿Os gustaría explicaros?

CAPÍTULO DOCE

Call y Tamara gritaron. El coche pegó un viraje, con las manos de Call muertas sobre el volante. Eso hizo que Tamara gritara aún con más fuerza. Todos esos gritos despertaron a Jasper y Aaron, que añadieron sus voces al griterío. *Estrago* comenzó a ladrar. Durante todo ese jaleo, el Maestro Rufus siguió flotando en el centro del coche, con aspecto enfadado… y translúcido.

Ese fue el susto final. Call pisó el freno hasta el tope, y el coche chirrió hasta pararse en medio de la carretera. De repente, todos dejaron de gritar. Se hizo un silencio de muerte. El Maestro Rufus continuaba siendo transparente.

—¿Está usted muerto? —preguntó Call con voz temblorosa.

—No está muerto —soltó Jasper, y consiguió parecer tranquilo y molesto, aunque en realidad estaba claramente aterrorizado—. Nos llama desde un teléfono de éter. Así es como se le ve al otro extremo.

—Oh. —Call archivó la información de que lo que él siempre había llamado «teléfono tornado» tenía en realidad otro nombre. Se imaginó al Maestro Rufus sujetando la campana de cristal sobre el regazo, mirándola con rabia—. ¿Así que está en otro sitio? —le dijo a Rufus—. ¿No está… de verdad aquí?

—Eso da igual. Lo que importa es que estáis metidos en un gran lío —dijo el Maestro Rufus—. Un enorme lío y también un enorme peligro. Callum Hunt, tú ya estás jugando con fuego. Aaron Stewart, eres el makaris y tienes responsabilidades, que incluyen el «comportarse de forma responsable». Y tú, Tamara Rajavi, de vosotros tres, esperaba que fueras la más sensata.

—Maestro Rufus —comenzó Jasper, en su voz más meliflua—, quiero que sepa que yo nunca…

—En cuanto a ti, Jasper de Winter —le cortó el Maestro Rufus —. Quizá me equivoqué contigo. Tal vez seas más interesante de lo que pensé al principio. Pero los cuatro debéis volver al Magisterium inmediatamente.

Jasper parecía horrorizado, seguramente por varias razones.

—¿Está usted de vuelta en el Magisterium? —preguntó Call.

El Maestro Rufus pareció muy molesto por esa pregunta.

—Claro que sí, Callum. Después de pasar la mayor parte del día de ayer y todo hoy buscándoos sin resultado, uno de vosotros debe de haber perdido su protección contra la localización. Veo que estáis en algún tipo de vehículo. Aparcad, decidme dónde estáis y unos magos os irán a buscar enseguida.

—Creo que no podemos hacer eso —dijo Callum, con el corazón golpeándole dentro del pecho.

—¿Y por qué no? —Al Maestro Rufus se le movían las cejas de un enfado apenas contenido.

Call vaciló un momento.

—Porque estamos en una misión —contestó Tamara rápidamente—. Vamos a recuperar el Alkahest.

—Soy el makaris —intervino Aaron—. Se supone que debo salvar a la gente. No son ellos los que deben salvarme; les molesta tener que salvarme. Y se me ha dicho que no puedo ganar haciendo las cosas yo solo, así que Call está aquí como mi contrapeso. Tamara está aquí porque es lista y hábil. Y Jasper es…

—¿El toque cómico? —aventuró Call en voz baja.

—¡Yo también soy tu amigo, idiota! —soltó Jasper—. ¡Y puedo ser listo!

—Lo que sea —repuso Aaron, tratando de recuperar el control de la situación—. Somos un equipo y vamos a recuperar el Alkahest, así que, por favor, no enviéis más elementales contra nosotros.

—¿Enviar elementales contra vosotros? —El Maestro Rufus parecía auténticamente confuso—. ¿Qué diablos quieres decir?

—Ya sabe a qué me refiero —contestó Aaron con la voz seca que usaba cuando estaba enfadado y trataba de ocultarlo—. Todos lo sabemos. *Automotones* casi nos mata, y venía del Magisterium. Lo dejasteis salir para que nos diera caza.

El Maestro Rufus parecía perplejo.

—Tiene que ser un error. *Automotones* está aquí, es nuestro prisionero; lo ha sido durante cientos de años.

—No es un error —replicó Tamara—. Quizá los otros magos no se lo dijeran, porque somos sus aprendices. Pero ha ocurrido de verdad. *Automotones* asesinó a una mujer y quemó su casa.

A Tamara le temblaba la voz.

—Eso son mentiras —afirmó el Maestro Rufus.

—No mentimos —le dijo Aaron—. Pero supongo que eso quiere decir que usted confía en nosotros tanto como nosotros en usted.

—Entonces es que os han mentido —repuso el Maestro Rufus—. No sé… aún no lo entiendo… Pero debéis regresar al Magisterium. Ahora es más importante que nunca. Es el único lugar donde podemos protegeros.

—No vamos a volver. —Sorprendentemente, era Jasper quien hablaba. Se volvió hacia Call—. Cuelga el teléfono.

Call miró al fantasmal Rufus.

—Humm, no sé cómo.

—¡Tierra! —chilló Tamara—. ¡La tierra es el opuesto del aire!

—Bien. Esto… —Call sacó a *Miri* de la vaina que llevaba a la cintura. El metal tenía propiedades mágicas de la tierra—. Lo siento —dijo, y clavó el cuchillo en el Rufus fantasmal.

Rufus desapareció con un pop, como una burbuja al estallar.

Tamara soltó un grito.

—No lo he matado, ¿verdad? —preguntó Call, mientras miraba los rostros atónitos de todos. Solo *Estrago* parecía indiferente. Se

había vuelto a dormir.

—No —contestó Jasper—. Es que… la mayoría de la gente usa solo el poder de la tierra para cortar la conexión. Pero supongo que eso sería esperar demasiada contención de ti, bicho raro.

—No soy un bicho raro —gruñó Call, mientras enfundaba el cuchillo.

—Sí que eres un poco raro —soltó Aaron.

—Oh, sí, bueno, ¿y quién ha perdido su piedra de protección? —quiso saber Call—. ¿Quién se olvidó de pasarla a su ropa nueva?

Tamara gruñó frustrada.

—Así es como los magos nos han encontrado. Jasper, ¿has sido tú?

Jasper alzó las manos, desconcertado.

—¿Así que eso era la piedra? ¡Nadie me lo dijo!

—Ahora no es el momento de preocuparnos por eso —insistió Aaron—. Todos cometemos errores. Lo importante es que nos escondamos de los magos tan bien como podamos.

Call fue a reincorporarse a la carretera principal cuando se dio cuenta de que el motor se había calado.

Aaron tuvo que hacer otro puente, mientras todos contenían el aliento, porque no tenían ningún otro coche que coger si el Morris los dejaba tirados. Un momento más tarde, Aaron había conseguido que volviera a funcionar.

Tamara no tenía más piedras, así que hicieron turnos para pasarse las que tenían. Quizá los magos no trataran de localizar a la persona adecuada en el momento adecuado.

Call condujo el resto del día y durante la noche, mientras los demás dormían por turnos. Pero Call no durmió. En cada parada, fue tomando más y más café, hasta que se sintió como si la cabeza le fuera a rodar como un tapón y luego caérsele.

El paisaje había cambiado, se había vuelto más montañoso. El aire era más frío, y los pinos sustituyeron a las moreras y los cerezos silvestres.

—Podría conducir yo un rato —se ofreció Tamara, al salir de una estación de servicio en Maine. Ya estaba amaneciendo, y habían pillado a Call al menos una vez conduciendo con un solo ojo abierto.

Aaron había comprado una barra de caramelo de mantequilla y

un bollo de miel, y estaba metiendo el caramelo en el bollo para hacer una especie de perrito caliente dulce. A Call le gustaba la idea. Jasper comía galletas saladas y los miraba fijamente.

—No —contestó Call, mientras tomaba otro trago de su café. Le tembló uno de los párpados, pero él no le prestó atención—. Ya sigo yo.

Tamara se encogió de hombros y le pasó las indicaciones de la dirección a Jasper. Era su turno de hacer de copiloto.

—Me niego —dijo Jasper y echó una larga mirada a Call—. Necesitas dormir. Vas a irte directo a una zanja y nos vas a matar a todos, solo porque no quieres echar una cabezada. ¡Así que echa una cabezada!

—Yo pondré el despertador —se ofreció Tamara.

—Y yo podría estirar las piernas —repuso Aaron—. Va. Túmbate en el asiento de atrás.

Ya que lo mencionaban, sí que era cierto que sentía que se le iba un poco la cabeza.

—De acuerdo —dijo en medio de un bostezo—. Pero solo veinte minutos. Mi padre solía decir que esa era la duración ideal de una siesta.

—Llevaremos a *Estrago* a dar un auténtico paseo —propuso Tamara—. Nos vemos en veinte minutos.

Call se tumbó en el asiento trasero. Pero cuando cerró los ojos, lo que vio fue al Maestro Rufus, abriendo mucho los ojos mientras Call sacaba a *Miri* y apuñalaba su imagen. Su expresión le había recordado la de su padre, justo antes de que Call empleara la magia para lanzarlo contra la pared.

A pesar de que estaba agotado, Call no conseguía impedir que su cerebro fuera mostrándole esas imágenes una y otra vez.

Y en cuando apartaba esas imágenes, otras nuevas ocupaban su lugar. Imágenes de cosas que aún no habían ocurrido, pero que podrían pasar. La cara de traicionado de Aaron al descubrir quién era Call realmente. La mirada de furia en la de Tamara. La engreída certeza de Jasper al saber que él había tenido razón sobre Call desde el principio.

Finalmente, se cansó de intentarlo y salió del coche. El sol de primera hora de la mañana salpicaba la hierba, y la música del canto de pájaros distantes colgaba en el aire. Aaron, Tamara y

Estrago se habían ido, pero Jasper estaba sentado junto a una vieja y gastada mesa de pícnic. Le saltaron chispas de los dedos cuando hizo arder una piña, y luego la contempló convertirse en cenizas.

—Deberías estar durmiendo —dijo Jasper.

—Ya lo sé —contestó Call—. Pero quería hablarte de algo, mientras los demás no están aquí.

Jasper entrecerró los ojos.

—Oh, ¿a espaldas de tus amigos? Esto se pone interesante.

Call se sentó en la mesa de pícnic. Se había levantado viento y le alborotaba el pelo ante los ojos.

—Cuando lleguemos al destino que marca el mapa, con suerte, mi padre estará allí y aún tendrá el Alkahest. Pero tengo que hablar con él… a solas.

—¿De qué?

—Él me escuchará, pero no si cree que un puñado de aprendices van a atacarle. Y no quiero que Aaron se acerque demasiado, en caso de que mi padre sí que trate de hacerle daño. Necesito que Tamara, Aaron y tú os quedéis atrás, al menos hasta que termine de hablar con él.

—¿Y por qué me estás diciendo esto? —Jasper aún parecía receloso, pero medio convencido.

Call no le podía decir la verdad: que era más fácil mentir a Jasper que a sus amigos.

—Porque quieres proteger a Aaron mucho más de lo que me quieres proteger a mí.

—Cierto —repuso Jasper—. Él es el makaris. Tú, en cambio, solo eres… —Miró a Call con una expresión curiosa—. No sé lo que eres.

—Sí, bueno. Ya somos dos.

Antes de que Jasper pudiera decir nada más, Tamara y Aaron aparecieron entre los árboles, con *Estrago* saltando emocionado alrededor.

Call bajó del banco.

—¿Por qué está tan contento?

—Se ha comido una ardilla. —A Tamara no parecía gustarle.

Mientras Call iba hacia el coche, se inclinó para acariciarle la cabeza a *Estrago*.

—Buen chico —le murmuró—. Excelente instinto cazador. Comemos ardillas, no personas, ¿verdad?

—Nunca es demasiado pronto para comenzar a formarle el carácter —bromeó Aaron.

—Eso es lo que estaba pensando. —Juntos, Call y Aaron, hicieron subir a un reacio *Estrago* al asiento trasero. Jasper y Tamara subieron tras él, y Aaron se puso de copiloto.

En cuanto se sentaron todos, las puertas del coche se cerraron a la vez.

—¿Qué pasa? —preguntó Tamara. Tiró de la manilla de la puerta, pero esta no se abrió. Ninguna puerta cedía—. ¡Enciende el coche, Aaron!

Aaron se cruzó sobre Call en busca de los cables, intentando que saltara chispa. No pasó nada. Ningún sonido del motor arrancando. Lo hizo de nuevo, y de nuevo. El sudor comenzó a caerle a Call por la espalda. ¿Qué estaba pasando?

—He intentado usar la magia del metal y las chispas me han quemado la mano —gritó Jasper desde el asiento de atrás.

—Debe de tener una protección —dijo Tamara.

Algo pasó por delante del parabrisas. Call pegó un grito y Aaron se incorporó de golpe, dejando caer los cables.

Dos enormes elementales del aire habían aparecido delante del coche. Uno de ellos parecía un caballo de seis patas, si los caballos fuera el doble de su tamaño habitual. El otro era como un brontosaurio con alas. Ambos llevaban bridas y sillas: el Maestro Rockmaple montaba uno, y la Maestra Milagros el otro.

—En menudo lío nos hemos metido —comentó Jasper.

La Maestra Milagros bajó del caballo de seis patas y fue hacia el coche. Alzó las manos, abrió los dedos y lanzó desde las palmas largos hilos de brillante alambre metálico. Se enrollaron en la parte delantera del coche y, en segundos, lo tenían bien agarrado.

Mientras empleaba la magia del metal, Milagros miró a los chicos a través del parabrisas. Meneó la cabeza con una expresión de desaprobación, pero Callum pensó que parecía un poco como si encontrara todo eso… divertido.

Se volvió en redondo sin decirles ni una palabra y regresó hacia los elementales. Tiró una cuerda de metal a Rockmaple y montó de nuevo sobre su elemental; luego ató su cuerda al pomo de la silla.

—Oh, Dios mío —exclamó Tamara—. Tenemos que salir de aquí.

Se tiró contra la puerta, pero el coche ya se estaba alzando en el aire como la cesta de un globo. Todos gritaron mientras mapas, latas vacías de refrescos y papeles de chocolatinas salían volando del salpicadero y los posavasos, y repicaban dentro del coche.

—¿Qué están haciendo? —gritó Call por encima del ruido del viento.

—Llevarnos al Magisterium… ¿qué te creías? —le contestó Jasper, también gritando.

—¿Nos van a llevar volando hasta Virginia? ¿No lo notará alguien…, ya sabes, normal?

—Seguramente estarán usando la magia del aire para evitar que nos vean —dijo Tamara. Luego gritó cuando el coche quedó colgando sobre el bosque. Lo único que Call veía debajo de ellos eran kilómetros de árboles verdes.

—En las películas, la gente finge estar enferma para que sus carceleros los dejen salir —les contó Aaron—. Quizá uno de nosotros podría probar a vomitar… o a sacar espuma por la boca.

—¿Como si tuviéramos la rabia? —preguntó Call.

—No tenemos tiempo para discutir —apremió Tamara; metió la mano en su mochila, claramente presa del pánico, y sacó una botellita con un líquido claro—. Tengo jabón. Rápido, Jasper, bébetelo. Sin duda ya estás sacando espuma por la boca.

—No voy a beber eso —replicó Jasper—. Soy un De Winter. Nosotros no sacamos espuma por la boca.

Aaron miró a los elementales del aire, que tiraban del coche como de un trineo, como si estuviera reconsiderando su propio plan.

—De todas formas, no estoy seguro de que nos oigan incluso si gritamos.

—Espera —dijo Call, y se volvió en su asiento—. He visto a mi padre trabajando en coches toda mi vida. ¿Sabéis que se estropea primero? Las planchas del suelo. Mirad abajo. Están oxidadas, ¿verdad? Lo único que tenemos que hacer es dar patadas.

Por un momento, todos se lo quedaron mirando. Luego Tamara comenzó a patear el suelo con rabia. *Estrago* saltó al asiento, gimiendo, mientras Aaron pasaba por encima del asiento del copiloto para ayudarla. Después de tres patadas, atravesó el suelo con la bota.

—¡Esto funciona! —gritó Jasper, tanto por la sorpresa como por todo lo demás.

Unas cuantas patadas más y pudieron quitar el suelo del coche. Tamara miró a Call y luego a Aaron.

—¿Listos? —preguntó.

—Yo llevo a *Estrago* —dijo Call.

—Esperad, ¿quién me lleva a mí? —preguntó Jasper, pero Call no le hizo caso, y después de agarrar a su lobo y su mochila, saltó hacia la negra nada bajo el coche. *Estrago* gañó, con las patas colgando y la cola dando vueltas.

Por encima de él, Call vio saltar a Tamara, con el cabello volando bajo el cielo azul. Un momento después, le pareció ver a Aaron empujar a Jasper por el agujero. Luego apareció Aaron, cayendo por el aire.

Call empleó el aire para tender una invisible red de magia alrededor y bajo él. Se fue reduciendo la velocidad de su caída, *Estrago* dejó de ladrar, y descendieron suavemente hasta los bosques de abajo.

Call golpeó el suelo con la espalda, pero el impacto fue mínimo. Soltó a *Estrago*, que rodó para ponerse de pie, con los ojos enloquecidos. Call no estaba seguro de dónde estaban y se maldijo porque, en medio del pánico, no se había acordado de coger el mapa. Pero un momento después se dio cuenta de que, de todas formas, no habría podido encontrar el lugar donde se hallaban. Aunque hubieran tenido el mapa, habría sido inútil.

A su lado, *Estrago* gimió, mirando al cielo, como si en cualquier momento fueran a obligarle a volar de nuevo. Ladró cuando Tamara fue descendiendo grácilmente, con la oscura trenza flotando alrededor de la cabeza. Aterrizó sobre un tronco caído, con una enorme sonrisa en el rostro.

—Ha sido increíble —exclamó—. Siempre he pensado que la que más me gustaba era la magia del fuego, pero la del aire…

¡BAAM! Jasper cayó sobre un montón de agujas de pino. Un momento después, Aaron hizo pie a su lado, con los brazos cruzados y cara de furia.

—Me has hecho caer —gimió Jasper.

—No es cierto —replicó Aaron, a la defensiva—. ¡Dijo que lo podía hacer solo! ¡Que no le pasaría nada!

—A mí me parece que no le ha pasado nada —comentó Call.

Tamara le lanzó una mirada para que se callara y corrió hasta Jasper, que se incorporó a medias.

—Au —masculló Jasper y se dejó caer de nuevo—. Au, au, au.

Tamara estaba inclinada sobre Jasper, que trataba de llamar la atención como podía.

—El dolor —se quejó—. Me duele mucho.

—Aaron, ¿no tenías un botiquín en tu mochila? —preguntó Tamara.

—Sí, pero me he dejado la mochila. —Aaron recorrió el cielo con la mirada—. ¿Cuánto tardarán en darse cuenta de que están llevando un coche vacío?

—Seguramente no mucho —contestó Tamara—. Tenemos que escondernos.

—Sí —dijo Aaron—. Apartaos, Tamara, Jasper. —Extendió la mano y cogió a Call por la muñeca—. Call, quédate.

Sorprendido, Call se quedó, mientras Tamara, Jasper y *Estrago* se apartaban unos metros. Aaron parecía exhausto; Call sospechaba que todos lo estaban. La resaca de la magia del aire estaba comenzando a afectarle, dejándole sin la adrenalina que le había permitido seguir funcionando. Ninguna siesta de veinte minutos le iba a ayudar. Se sentía como si fuera a desplomarse.

Aaron respiró hondo y alzó la mano que no sujetaba a Call. Los dedos comenzaron a brillarle con un resplandor negro. La negrura se derramó como ácido y se extendió por el suelo, disolviéndolo.

Call notaba el tira y afloja en su interior que significaba que Aaron estaba apoyándose en él para trabajar con el caos. Aaron tenía los ojos cerrados y le clavaba los dedos en la muñeca.

—¡Aaron! —Por primera vez, Call pudo imaginarse cómo el hermano del Enemigo de la Muerte, Jericho, había muerto. Constantine debía de haberse quedado tan atrapado en la magia que se había olvidado de su hermano hasta que fue demasiado tarde.

Aaron apartó la mano del brazo de Call. Jadeaba. El polvo de la tierra removida comenzó a posarse, y Call y los demás vieron que Aaron había arrancado un trozo de suelo, formando una especie de agujero, oculto a la vista por un saliente de roca cubierto de hierba.

—Nos has hecho una cueva —dijo Jasper—. Humm.

El sudado cabello de Aaron se le pegaba a la frente y cuando

miró a Jasper, Call pensó que estaba pensando seriamente en hacerlo desaparecer en el vacío.

—Descansemos —propuso Tamara—. Call, ya sé que tienes prisa por alcanzar a Alastair, pero estamos cansados y la magia del aire nos ha dejado hechos polvo. —Se la veía un poco gris, y también a Jasper—. Ocultémonos hasta que hayamos recuperado las fuerzas.

Call quería protestar, pero no pudo. Estaba demasiado cansado. Se arrastró hasta el agujero y se dejó caer sobre la tierra. Deseó tener una manta… y eso fue lo último que pensó antes de quedarse dormido, tan rápido y tan profundamente como si le hubieran dado un golpe en la cabeza.

Cuando se despertó, el sol se estaba poniendo en un cielo naranja. Tamara dormía a su lado, con una mano sobre el pelaje de *Estrago*. Al otro lado de Tamara, Aaron se movía en sueños, con los ojos cerrados. Jasper también dormía, con la chaqueta enrollada bajo la cabeza.

Call oyó unos roces fuera de la cueva. Se preguntó si sería alguna clase de animal.

Revolvió en su mochila y encontró una barra de caramelo medio comida, que se acabó enseguida. No estaba seguro de cuánto rato habían descansado, pero sabía que se sentía más despierto y alerta de lo que había estado desde que se habían embarcado en esa misión. Una extraña calma le inundó.

«Debería dejarlos», pensó.

Ya habían llegado demasiado lejos. Nunca había tenido amigos así, amigos que estaban dispuestos a arriesgarlo todo para ayudarle. No quería pagarles esa amistad llevándolos a la muerte.

Entonces oyó otro roce, esta vez más cerca. No parecía un animal, sino más como una manada, moviéndose lenta y silenciosamente entre los matorrales.

Revisó su plan rápidamente.

—Tamara, despierta —susurró, meneándola con el pie—. Hay algo fuera.

Ella se dio la vuelta y abrió los ojos.

—¿Humm?

—Fuera —repitió en voz baja—. Algo.

Ella avisó a Aaron y este a Jasper; ambos se levantaron bostezando y gruñendo porque los despertaran.

—No oigo nada —protestó Jasper.

—Salgamos a comprobarlo —susurró Aaron—. Vamos.

—¿Y si son los magos? —preguntó Tamara en voz baja—. ¿Tal vez deberíamos agacharnos?

Call negó con la cabeza.

—Si vienen aquí, no hay hacia dónde huir. Estamos literalmente con la espalda contra la pared.

Nadie podía negar eso, así que cogieron sus cosas y, tirando de *Estrago*, salieron de la cueva. Caía la noche.

—Se te ha ido la olla —dijo Jasper—. No hay nada.

Pero entonces todos lo oyeron, unos crujidos que venían de dos sitios al mismo tiempo.

—Quizá los magos nos han encontrado —dijo Aaron—. Tal vez podríamos…

Pero no fue un mago lo que salió de entre los matojos.

Fue un humano caotizado, con el rostro inexpresivo y mirando con ojos que giraban con colores como un caleidoscopio. Era enorme e iba vestido con harapienta ropa negra. Call se fijó más y vio que eran los restos de un uniforme. Un viejo uniforme, rasgado, y manchado de barro y sangre. Llevaba una insignia sobre el corazón, pero en la penumbra, no pudo ver qué era.

Jasper se había quedado blanco como el papel. Call se dio cuenta de que Jasper nunca había visto a uno de los caotizados.

Call solo había comenzado a horrorizarse cuando otro apareció a su izquierda. Se volvió, con *Miri* en la mano, en el momento en que un tercero salía de unos arbustos a su derecha. Y luego otro, y otro más, y otro, todos pálidos y con los ojos hundidos, un torrente de caotizados surgiendo por todas partes.

El ejército del Enemigo los superaba en número.

—¿Qu… qué hacemos? —preguntó Jasper casi sin aire. Había agarrado un palo del suelo del bosque y lo blandía. Tamara estaba formando una bola de fuego entre las manos. Estaban firmes, pero tenían cara de pánico.

—Detrás de mí —ordenó Aaron—. Todos.

Jasper se puso tras él a toda velocidad. Tamara siguió preparando su bola de fuego, pero se colocó detrás de Aaron. La mayoría de los caotizados estaban apiñados al otro lado del claro, mirándolos con sus ojos rodantes. Su silencio era inquietante.

—Yo no —dijo Call. No tenía miedo. No sabía por qué—. No puedes. Soy tu contrapeso y puedo decirte que no has descansado lo suficiente. Acabas de usar la magia del caos. Es demasiado pronto para hacerlo otra vez.

Aaron apretaba la mandíbula.

—Tengo que intentarlo.

—Hay demasiados —protestó Call mientras el ejército comenzaba a avanzar—. El caos te consumirá.

—Entonces, me los llevaré conmigo —repuso Aaron muy serio —. Mejor esto que el Alkahest, ¿no?

—Aaron…

—Lo siento —dijo Aaron, y corrió hacia ellos, patinando sobre las agujas de pino.

Tamara alzó la vista de su bola de fuego y gritó.

—¡Aaron, agáchate!

Aaron se agachó. Tamara lanzó el fuego. Trazó un arco por encima de la cabeza de Aaron, aterrizó entre la masa de caotizados y estalló.

Algunos de los caotizados comenzaron a arder, pero siguieron avanzando. Su expresión no cambió, incluso cuando cayeron, aún envueltos en llamas.

Entonces Call tuvo más miedo del que recordaba haber tenido nunca. Aaron se acercaba a la primera línea del ejército enemigo. Alzó la mano, y el caos comenzó a girar y crecer en su palma como pequeños huracanes. Se alzó como un torbellino…

Los caotizados llegaron hasta Aaron. Parecieron tragárselo por un momento, y a Call se le cayó el estómago a los pies.

Comenzó a cojear hacia ellos… y se detuvo. De nuevo veía a Aaron, quieto como una roca, asombrado. Los caotizados pasaban a su lado, sin hacer ningún movimiento para tocarle, como agua separándose alrededor de una roca en un arroyo.

Superaron a Aaron, y Call oyó a Jasper y Tamara respirando asustados, porque los caotizados iban ahora en su dirección. Quizá quisieran acabar con los más débiles antes de comenzar con Aaron. Call era el único que tenía un cuchillo, aunque no estaba seguro de cuánto podría ayudarle *Miri*. Se preguntó si moriría allí, protegiendo a Tamara y a Jasper… y a Aaron. Al menos, era una forma heroica de morir. Quizá demostraría que no era lo que

pensaba su padre.

Los caotizados habían llegado hasta ellos. Aaron trató de abrirse camino, de llegar hasta sus amigos. El primer caotizado, el hombre del uniforme, se detuvo delante de Call.

Este cogió a *Miri* con más fuerza. Pasara lo que pasase, caería luchando.

El caotizado habló. Su voz era como la de una rana, oxidada por falta de uso.

—Maestro —dijo, clavando sus ojos rodantes en Call—. Te hemos esperado durante mucho tiempo.

El primer caotizado se arrodilló ante Call. Y luego se arrodilló el segundo, y el siguiente, hasta que todos estuvieron de rodillas y Aaron quedó de pie en medio de ellos, mirando a Call con cara de incredulidad.

CAPÍTULO TRECE

—Maestro —dijo el líder de los caotizados (o al menos, Call supuso que lo era)—. ¿Debemos matar al makaris para ti?

—No —contestó Call rápidamente, horrorizado—. No, solo… quedaos donde estáis. Quietos —añadió, como si estuviera hablando con *Estrago*.

Ninguno de los caotizados se movió. Aaron comenzó a ir hacia Call; sus botas chafaban las agujas de pino. Fue trazando un camino evitando cuidadosamente a los soldados arrodillados.

—¿Qué está pasando? —preguntó Jasper.

Call notó una mano en el hombro. Se volvió y vio que era Tamara. Estaba mirando a los caotizados; arrancó la mirada de ellos y la clavó en Call.

—Dinos qué significa todo eso —exigió—. Dinos qué eres tú para ellos.

Estaba en su voz; incluso si no sabía la respuesta, tenía firmes

sospechas. Call había pensado que Tamara se enfadaría al averiguarlo. Pero no lo hizo. Parecía increíblemente triste, lo que era peor.

—¿Call? —dijo Aaron. Ya solo estaba a unos pasos de Call, pero parecía un largo camino. Se quedó parado, vacilante, intentando no mirar alrededor a los caotizados, que seguían arrodillados, esperando una orden.

Call los miró; algunos tenían cuerpos jóvenes, y otros, viejos, pero ninguno era menor de catorce años. Ninguno era más joven que él.

Tamara sacudió la cabeza.

—Te enfadaste mucho conmigo por mentirte. No nos mientas ahora.

Hubo un silencio tortuosamente terrible. Jasper lo miraba fijamente (y seguía agarrando el palo, como si eso pudiera protegerlo). Pero Aaron miraba a Call con esperanza, como si pensara que pudiera aclarárselo todo, y eso era lo peor.

—Soy el… Enemigo de la Muerte —dijo Call. Los caotizados hicieron un ruido; una especie de largo suspiro, todos a la vez. Ninguno se movió, pero fue una horrible confirmación de lo que Call estaba diciendo—. Soy Constantine Madden, o lo que queda de él.

—Eso no es posible —replicó Aaron, hablando despacio, como si pensara que Call se había dado en la cabeza con demasiada fuerza —. El Enemigo de la Muerte está vivo. ¡Está en guerra con nosotros!

—No, ese es el Maestro Joseph —corrigió Call. A trompicones, fue contando la explicación que le habían dado, la que no quería entender—. El Enemigo de la Muerte estaba muriendo en la Masacre Fría. Metió su alma en el cuerpo de un bebé. —Tragó saliva—. Ese bebé era yo. Mi alma es el alma de Constantine Madden. Yo soy Constantine.

—Quieres decir que mataste al verdadero Callum Hunt y ocupaste su lugar —le acusó Jasper. El fuego le ardió en las manos y recorrió toda la corteza del palo que sujetaba hasta que la punta comenzó a arder. Seguramente, era la mejor demostración de la magia del fuego que Jasper había logrado nunca, pero casi ni pareció notarlo—. Rápido… tenemos que destruirle antes de que nos mate a todos, antes de que mate al makaris. ¡Aaron, tienes que

huir!

Aaron se quedó exactamente donde estaba, mirando a Call con una mezcla de incredulidad y tristeza.

—Pero no puede ser —dijo finalmente—. Eres mi mejor amigo.

El líder de los caotizados se puso de pie. Todos los demás se alzaron también, como un ejército de marionetas. Comenzaron a marchar hacia Jasper, pasando junto a Call como si este no estuviera allí.

—Esperad —gritó Call—. ¡No! Parad todos.

No ocurrió nada. Los guerreros de ojos muertos siguieron avanzando. No se movían deprisa, pero avanzaban sin parar hacia Jasper, que no retrocedía. Las llamas de las manos de Jasper aún ardían y había una mirada terrible en sus ojos, como si estuviera dispuesto a morir luchando. Estaba muy lejos del Jasper que se había pasado el viaje quejándose, del Jasper que lloriqueaba por la menor herida. Ese Jasper desconocía el miedo.

Pero Call sabía que eso no le serviría de nada. Por muy temerario que fuera, no podía aguantar contra cientos de caotizados. Call, que se había aterrado cuando le habían obedecido, ahora estaba aterrado de que no le obedecieran.

—¡Deteneos! —gritó de nuevo con voz vibrante—. ¡Vosotros, nacidos del caos y el vacío, deteneos! ¡Yo os lo ordeno!

Se detuvieron de golpe. Jasper jadeaba; Tamara estaba a su lado, con una luz ardiéndole en la mano. Aaron también había ido hacia ellos. El corazón de Call dio un vuelco. Sus amigos, aliados contra él.

—No lo sabía —aseguró Call, y oía la súplica en su propia voz—. Cuando llegué al Magisterium, no lo sabía.

Todos lo miraron.

—Te creo, Call —dijo Tamara finalmente.

Call tragó saliva y continuó.

—La mayor parte del tiempo, ni siquiera me parece posible. No voy a hacer daño a nadie, ¿vale? Jasper, si vienes a por mí, los caotizados te matarán. No sé si podré detenerlos.

—¿Y cuándo lo descubriste? —quiso saber Aaron—. ¿Que eras… quien eres?

—En la bolera, el año pasado —contestó Call—. El Maestro Joseph me lo dijo, pero no quise creerle. Aunque me parece que mi

padre siempre lo había sospechado.

—Y por eso tuvo aquel ataque cuando no suspendiste la entrada en el Magisterium —dijo Jasper—. Porque sabía que eras malo. Sabía que eras un monstruo.

Call hizo una mueca de dolor.

—Por eso quería que Rufus te atara la magia —añadió Aaron.

Call no se había dado cuenta de cuánto había deseado que Aaron contradijera a Jasper hasta que no lo hizo.

—Escuchad, esta es la parte que no podía explicar, porque antes no hubiera tenido sentido: mi padre no quiere el Alkahest para acabar con Aaron. Quiere usarlo para arreglarme.

—¿Arreglarte? —repitió Jasper—. Debería matarte.

—Quizá —repuso Call—. Pero él sí que no merece morir por esto.

—Muy bien, ¿y qué es lo que quieres, Call? —preguntó Aaron.

—¡Lo mismo que quería antes! —gritó Call—. Quiero recuperar el Alkahest y devolverlo al Collegium. Quiero salvar a mi padre. ¡No quiero tener más secretos horribles!

—Pero no quieres derrotar al Enemigo de la Muerte —dijo Jasper.

—¡Yo soy el Enemigo de la Muerte! —chilló Call—. ¡Ya hemos derrotado al Enemigo! Estoy de vuestro lado.

—¿De verdad? —Jasper negó con la cabeza—. Así, si quisiera marcharme, ¿le dirías a los caotizados que me detuvieran?

Call vaciló durante un largo momento, con Tamara y Aaron observándole.

—Sí, te detendría —contestó finalmente.

—Eso pensaba.

—Estamos muy cerca del final —intentó explicar Call—. Muy cerca de mi padre. Aún tiene el Alkahest. Aún va a dárselo al Maestro Joseph. Y él no lo empleará para matarme a mí; me quiere vivo. Matará a mi padre, y matará a Aaron, y quién sabe lo que hará después. Tenemos que acabar.

Los miró fijamente, deseando que le entendieran.

Pasado un largo largo momento, Tamara asintió levemente con la cabeza.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Call se volvió hacia los caotizados.

—Llevadnos junto al Maestro Joseph —les ordenó—. Escoltadnos hasta allí, no hagáis daño a ninguno de nosotros, y no le digáis que vamos.

Los caotizados comenzaron a moverse, siguiendo a Call. Aaron, Tamara y Jasper tenían que avanzar con ellos, como en un rebaño, rodeados. Fueron por un estrecho camino flanqueado de cuerpos cadavéricos; a Call le recordó a los cuadros bíblicos de la separación de las aguas del mar Rojo. No había adónde ir excepto en la dirección que marcaban los caotizados, y no había lugar para caminar excepto el que ellos dejaban.

Caminaron por el oscuro bosque en un profundo silencio, con el crujido de las agujas de pino bajo los pies. *Estrago* marchaba contento, como en casa con otros de su clase. Con cada paso, Call sentía que le invadía una profunda soledad. Después de esto, no podría regresar al Magisterium. No habría más amigos, ni más lecciones del Maestro Rufus, ni más comidas de liquen en el comedor, ni juegos con Celia en la Galería.

Al menos, *Estrago* iría con él, aunque no estaba seguro de adónde.

Caminaron durante lo que le pareció mucho rato, el suficiente para que le doliera la pierna intensamente. Veía que iba más lento, notaba que la mayoría de los caotizados bajaban la marcha para mantenerse a su altura.

Así que, básicamente, él marcaba el paso.

Aaron se puso a su lado.

—Ibas a ser mi contrapeso —dijo, y cuando usó el pasado a Call se le hundió el corazón al darse cuenta de cuánto había querido serlo.

—No lo sabía —repuso—. Cuando me ofrecí.

—No quiero tener que luchar contra ti —continuó Aaron. Jasper y Tamara iban por delante, y Tamara hablaba con urgencia a Jasper —. No quiero hacerlo, pero eso es lo que va a pasar, ¿no? Ese es nuestro destino: matarnos mutuamente.

—No crees de verdad que yo quiera matarte, ¿no? —dijo Call—. Si quisiera matarte, lo podría haber hecho. Te podría haber matado mientras dormías. Te podría haber matado un millón de veces o más. Te podría haber cortado la cabeza.

—Eso es convincente —masculló Aaron—. ¡Tamara!

Ella se retrasó para caminar con ellos. Jasper continuó por delante, con unos cuantos caotizados a su lado.

—¿Por qué dijiste eso antes? —le preguntó Aaron—. Que creías a Call.

—Porque trató de suspender la prueba de entrada al Magisterium —contestó Tamara—. No quería ir. Si hubiera sabido que era Constantine Madden, habría intentado caerles bien a los Maestros, para poder espiarles. En cambio, solo los cabreó a todos —añadió—. Constantine Madden era famoso por su encanto, y Call es evidente que no.

—Muchas gracias —replicó Call, con una mueca por el dolor de la pierna. No estaba seguro cuánto más podría seguir sin descansar —. Eso ha sido enternecedor.

—Además —continuó Tamara—, hay ciertas cosas que no se pueden fingir.

Antes de que pudiera preguntarle a qué se refería, Call se tropezó con una raíz, se tambaleó y se cayó de rodillas. Los caotizados se pararon bruscamente; los que iban delante de Jasper se volvieron y lo detuvieron poniéndole las manos sobre el pecho.

Call gruñó y se dio media vuelta, tratando de ponerse de pie.

Uno de los caotizados lo levantó, sujetándolo con tanta facilidad como Call hubiera podido sujetar a un gato. Era embarazoso y, lo que aún era más embarazoso, también era un alivio.

—Te llevaremos el resto del camino, Maestro —le dijo el caotizado.

—Seguramente no es la mejor idea —repuso Call—. Los demás…

Uno de los caotizados cogió a Tamara y se la subió a la espalda. Ella se debatió.

—¡Call! —gritó asustada.

Otros dos cogieron a Aaron mientras un quinto levantaba en el aire a un Jasper que pataleaba y gritaba.

—Los llevaremos también —le dijo el caotizado que le sujetaba, pero eso no pareció calmar a sus amigos—. Así podemos ir más deprisa.

Call estaba tan sorprendido que no dio ninguna orden, incluso cuando los pasos de los caotizados se hicieron más rápidos. Comenzaron a trotar y luego a correr, con *Estrago* junto a ellos. Corrieron y corrieron, y cubrieron tanto terreno que Call no podía

ni imaginarse a sí mismo caminándolo.

De tan cerca, Call había pensado que los caotizados apestarían. Después de todo, se suponía que estaban muertos, revividos por la magia del vacío. Pero su olor era más como el de las setas, no desagradable, pero extraño.

Aaron parecía incómodo. Tamara parecía entusiasmada y aterrorizada por igual. Pero la expresión de Jasper se le escapaba a Call, una impasibilidad que podía ser de miedo o de desesperación o de nada en absoluto.

—Call, ¿qué están haciendo? —le gritó Tamara.

Call se encogió de hombros de un modo raro.

—¿Llevándonos? Creo que intentan ayudarnos.

—No me gusta nada esto —dijo Aaron, como si estuviera en una atracción de feria especialmente mareante.

Los caotizados avanzaron cada vez más rápido, con la magia impulsándolos hacia delante, a través de los bosques, sobre hojas muertas, atravesando arroyos y por encima de piedras, entre matas, helechos y espinos. Y luego, tan rápido como habían comenzado, detuvieron la marcha.

Call se encontró de pie, sobre la arena de una playa en la que la luz de la luna dibujaba un camino plateado sobre el agua.

Los caotizados comenzaron a apiñarse, el camino entre ellos se fue estrechando mientras bajaban por la playa. Call oyó el océano, las olas al romper.

Tres botes de remo estaban atados a unos postes dentro del agua y cabeceaban suavemente con la marea. Si Call guiñaba los ojos, vislumbraba un trozo de tierra en la distancia, solo visible porque interrumpía el reflejo de la luz de la luna.

—¿La Isla del Mal? —preguntó Jasper.

Call resopló, sorprendido de que Jasper hubiera dicho algo. Pensó que seguramente no era una broma, porque ese no parecía el momento de que Jasper demostrara tener sentido del humor.

—Caotizados —preguntó Call—, ¿cómo cruzamos hasta allí?

En cuanto lo hubo dicho, tres caotizados se metieron en el mar. Primero, el agua les llegaba hasta los muslos, luego a la cintura, después al cuello y finalmente les cubrió por completo.

—¡Esperad! —gritó Call, pero ya habían desaparecido. ¿Acababa de sentenciarlos a muerte? ¿Podían morir?

Un momento después, unas manos blancas se alzaron del mar y fueron soltando las cuerdas que amarraban los botes. Y luego, impulsados por manos invisibles, los botes flotaron hasta la orilla. Los caotizados se alzaron de las profundidades con una expresión tan impasible como siempre.

—Ug —exclamó Aaron.

—Imagino que nos tenemos que subir —dijo Tamara mientras se dirigía a uno de los botes—. Aaron, súbete a bordo con Call.

—¿Y qué sentido tiene eso? —preguntó Jasper.

Tamara miró a los caotizados.

—Para que no puedan ahogar al makaris antes de que Call los detenga.

Jasper abrió la boca para protestar, pero la cerró de nuevo.

Call subió con cuidado al bote. Aaron le siguió.

Jasper se colocó en el segundo bote, y Tamara cogió a *Estrago* y fue hacia el tercero.

Los caotizados los llevaron hacia el mar.

A pesar de todo lo que había viajado con Alastair, los únicos barcos en los que había estado eran los ferris que transportaban coches *vintage* o algún otro objeto antiguo llegado desde el lugar semirremoto donde Alastair lo había comprado. Eso y los pequeños barquitos que navegaban por los túneles del Magisterium.

Call nunca había estado tan cerca del agua en mar abierto. Las olas se veían negras en todas las direcciones; sentía el rocío frío sobre las mejillas y lo bastante salado para picarle en la boca.

Estaba asustado. Los caotizados eran aterradores, y que le obedecieran no los hacía menos monstruosos. Sus amigos querían alejarse de él, quizá hasta matarlo. Y por delante aún estaba su padre y el Maestro Joseph, ambos impredecibles y peligrosos.

Aaron estaba sentado, encorvado en la proa del bote. Call quería decirle algo, pero supuso que cualquier cosa que dijera no sería bien recibida.

Los caotizados caminaban junto a ellos, bajo el mar, empujando los botes. Call les veía las cabezas bajo el agua.

Finalmente, el trozo de tierra enfrente de ellos se convirtió en un paisaje. La isla era pequeña, de unos pocos kilómetros de longitud y cubierta de árboles. Los caotizados llevaron la pequeña embarcación hasta la playa con sus manos mojadas. Call bajó del

bote, Aaron le siguió, y se reunieron con Tamara y Jasper en la orilla. Tamara había estado sujetando a *Estrago* por el pelo; en cuanto vio a Call, comenzó a ladrar y corrió hacia él. Juntos observaron ola tras ola de caotizados llegar a la playa como piratas ahogados de algún cuento de fantasmas.

—Maestro —dijo el líder, cuando estuvieron todos reunidos. Se había colocado cerca de Call, como un guardaespaldas—. Tu tumba.

Al principio, Call pensó que le había oído mal. «Tu casa», había parecido decir la cosa durante un esperanzador momento. Pero esas no habían sido sus palabras.

Call se tropezó y casi cayó sobre la arena.

—¿Tumba?

Aaron lo miró raro.

—Sigue —dijo el líder caotizado mientras comenzaba a caminar por el bosque. El resto del ejército se apiñó alrededor, chorreando, y llevaron a Call y los demás hacia un camino. No estaba iluminado, pero era ancho, con piedras blancas que reflejaban la luz marcando el borde.

Se preguntó qué ocurriría si ordenaba a los caotizados que caminaran en fila india. ¿Lo harían? ¿Estaban obligados a hacerlo?

Luego, con esa idea en la cabeza, comenzó a imaginarse cosas que podría ordenar a los caotizados. Bailar música *country*. O saltar a la pata coja. Se imaginó a todo el ejercito del Enemigo de la Muerte yendo a saltitos a la batalla.

Se le escapó una risita enloquecida. Tamara lo miró, preocupada.

«Nada como vuestro Señor del Mal partiéndose de risa», pensó y no pudo contener otra ataque de risa nerviosa, totalmente inapropiado.

Entonces el camino dio un brusco giro y Call lo vio: un enorme edificio de piedra gris. Estaba viejo y desgastado por los años y el aire de mar. Una puerta doble con forma de luna creciente cerraba la entrada; en lo alto de una de las hojas de la puerta había una aldaba con forma de cabeza humana. En el arco de la puerta estaban grabadas unas palabras en latín. Ultima forsan. Ultima forsan. Ultima forsan.

—¿Qué significa? —se preguntó Call en voz alta.

—Significa «el momento está más cerca de lo que crees» —

contestó el líder—, Maestro.

—Creo que tiene que ver con la última hora —dijo Tamara—. Mi latín no es muy bueno.

Call la miró, perplejo.

—Significa «el momento está más cerca de lo que crees».

Jasper parecía sorprendido.

—Es verdad. Dice eso.

—Call, ¿por qué preguntas si ya lo sabes? —quiso saber Aaron.

—¡Porque no lo sabía hasta que él me lo ha dicho! —respondió Call, exasperado. Y señaló al líder de los caotizados—. ¿No le habéis oído?

Se hizo otro horrible silencio.

—Call —dijo Tamara lentamente—. ¿Estás diciendo que esas cosas te hablan? Sabemos que tú les has hablado, pero no les hemos oído contestar.

—Sobre todo él —repuso Call, señalando al líder con el dedo; este siguió impasible—. Pero sí. Les oigo hablar y… ¿no lo oíste en el claro? ¿Cuándo me llamó «Maestro»?

Tamara negó con la cabeza.

—No dicen palabras —contestó en voz baja—. Solo gruñidos y balbuceos.

—Hacen ruidos raros, como gritos apagados —añadió Aaron.

—A mí me suena como si me hablaran perfectamente —dijo Call.

—Eso es porque eres como ellos —escupió Jasper—. Sus almas están vacías y no son nada por dentro, igual que tú. No eres nada más que el Enemigo.

—El Enemigo creó esas criaturas —explicó Aaron, y se metió las manos en los bolsillos—. Tendría que entenderlos porque le servían. Y si tú les entiendes es porque…

—Porque soy él —acabó Call. No era nada que no supieran ya, solo otra horrible prueba más—. Doy tanto miedo que me estoy asustando a mí mismo —masculló.

—Maestro —dijo el líder—. Tu tumba aguarda.

Era evidente que esperaba que Call subiera hasta en el enorme mausoleo y entrara. Y Call iba a tener que hacerlo. Ese era el final de su camino. Ahí era donde el Maestro Joseph iba a encontrarse con Alastair.

Call se cuadró de hombros y comenzó a ir hacia la puerta. *Estrago* trotó a su lado, claramente en su elemento. Detrás de *Estrago* iban Aaron, Tamara y Jasper.

—Oh, Dios mío —oyó decir a Tamara con voz aterrorizada. Tardó un segundo en darse cuenta de a qué estaba reaccionando. Lo que había creído que era una aldaba con forma de cabeza era en realidad una cabeza humana auténtica, cortada y colgada sobre la puerta como la cabeza de un ciervo.

Había sido una chica, una chica que no parecía mucho mayor que ellos. Una chica a la que debían de haber matado no hacía mucho; casi ni parecería muerta de no ser porque la piel alrededor del cuello estaba cortada de forma irregular. Su cabello color caoba, que el viento agitaba, se sacudía alrededor de su rostro, extrañamente familiar.

Tamara notó que los ojos se le llenaban de lágrimas, y que estas le caían por las mejillas. Se las secó con el dorso de la mano, pero aparte de eso ni siquiera pareció importarle que le cayeran.

—No puede ser —dijo, mientras se acercaba a la puerta.

Call tenía la sensación de haber visto el rostro de esa chica antes, pero ¿dónde? ¿Quizá en la fiesta en la casa de los Rajavi? ¿Podría ser una de las amigas de Tamara? Pero ¿por qué iba a estar su cabeza colgada ahí, como un trofeo macabro?

—Verity Torres —susurró despacio Jasper—. Nunca encontraron su cuerpo.

A Call le impresionó lo perdido que parecía Aaron, temblando dentro de la fina camisa. Mirando al último makaris que había defendido el Magisterium. Si hubiera vivido una generación antes, ese habría sido él. Esa cabeza clavada allí como una terrible advertencia.

—No. —Aaron parpadeó con fuerza, como si así pudiera disipar la visión que tenía delante—. No, no puede ser ella. No puede ser.

Call se notó a punto de vomitar.

Entonces, la cabeza abrió los ojos y mostró unas bolas blancas, sin pupila ni iris.

Tamara soltó un gritito. Jasper se cubrió la boca con la mano.

Los labios muertos se movieron y formaron palabras.

—Igual que mi nombre significa verdad, te aseguro que soy todo lo que queda de Verity Torres. Aquí duermen los muertos, y los

muertos les guardan. Si tu deseo es entrar, tres acertijos te propondré. Contéstalos bien y podrás pasar.

Call miró a los otros, perplejo. Había pensado que bastaba con ser Constantine Madden para conseguir entrar en el edificio, pero la cabeza de Verity Torres no parecía reconocerle.

—Acertijos —dijo Tamara con voz temblorosa—. Bien. Podemos con los acertijos.

—¿Dónde está algo que no está detrás de ti? —preguntó la chica en una voz extraña que no coincidía con la forma en que movía la boca.

—Oh, no, esto no tiene gracia —soltó Call—. No es una broma graciosa.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Aaron—. ¿Cuál es la respuesta? ¿Enfrente?

Tamara parecía aún más inquieta.

—En cabeza —contestó—. Cabeza. ¿Lo pillas?

Verity Torres dejó escapar una carcajada con voz cascada. No había risa en sus ojos; siguieron blancos y sin expresión.

—¿Quién te hizo esto? —preguntó Aaron de repente—. ¿Quién?

—Tuvo que ser el Maestro Joseph —dijo Tamara—. Constantine Madden ya había dejado el campo de batalla. En ese momento estaba en la Masacre Fría…

—Muy ocupado robando el cuerpo de otra gente para vivir en él —interrumpió Jasper. Y aunque las palabras le hirieron, Call se sintió muy aliviado de que Constantine Madden no hubiera podido hacer algo tan horrible; que hubiera estado ocupado renaciendo como Callum. Claro que el Enemigo había hecho cosas terribles, pero no esta.

—Este no era un auténtico acertijo —dijo la cabeza, sin prestar atención a la pregunta de Aaron—. Solo era para practicar.

—Tenemos que salir de aquí —soltó Jasper, balbuceando de terror—. Tenemos que largarnos.

—¿Adónde? —preguntó Aaron—. Hay cientos de caotizados detrás de nosotros. —Se cuadró de hombros—. Pregunta.

—Pues comencemos —dijo Verity—. ¿Qué comienza y no tiene fin, y sin embargo es el fin de todo lo que comienza?

—La muerte —respondió Call. Esa había sido fácil. Se alegraba. «Bueno en los acertijos» no estaba en la lista de Señor del Mal.

Se oyó un chasquido, y luego un chirrido, al abrirse un cierre del interior de la puerta.

—Ahora el segundo acertijo: Puedo contigo, pero me llorarás cuando vuele. Puedes matarme, pero nunca moriré.

«El Enemigo», pensó Call. Pero no era una buena respuesta para un acertijo, ¿o sí?

Intercambiaron una mirada. Fue Tamara quien contestó.

—El tiempo.

Otro chirrido.

—Y ahora la última —dijo Verity—. Córrelo y ganarás o perderás más que todos los demás. ¿Qué es?

Silencio. La cabeza de Call iba a cien. «Perder o ganar, perder o ganar». Los acertijos siempre eran sobre algo más importante de lo que parecía. Amor, muerte, riqueza, fama, vida. No se oía ningún ruido, excepto el gemido distante de los caotizados y la respiración de Call. Hasta que una voz seca y temblorosa cortó el silencio.

—El riesgo —dijo Jasper.

La cabeza de Verity Torres soltó un suspiro de decepción, los terribles ojos se cerraron y se oyó un último chirrido. La puerta se abrió. Call solo pudo ver sombras al otro lado. De repente, estaba temblando, más frío de lo que nunca había estado en su vida.

Riesgo.

Miró a Aaron y Tamara, respiró hondo y cruzó el umbral.

La tumba estaba tenuemente iluminada por piedras colocadas a lo largo de la pared, que recordaron a Call las rocas luminiscentes del Magisterium. Pudo distinguir un pasillo que llevaba a lo que parecían cinco cámaras.

Se volvió y miró a la reunión de horribles siluetas que lo observaban con ojos girantes. El líder clavó la mirada en Call.

Intentó mantener la voz firme.

—Quedaos aquí, hijos del caos. Regresaré.

Todos inclinaron la cabeza al unísono. Call vio que *Estrago* estaba entre ellos. Su lobo también había inclinado la cabeza. Una oleada de tristeza lo invadió; ¿y si *Estrago* solo se había quedado con él porque tenía que hacerlo? ¿Porque para eso había sido creado? Esa idea era más de lo que Call creía poder soportar.

—¿Call? —le llamó Tamara. Estaba a medio pasillo, con Aaron y Jasper a su lado—. Creo que será mejor que veas esto.

Miró otra vez al ejército. ¿Estaba siendo ridículo, no llevándose al menos a uno de ellos que lo protegiera? Miró al líder.

—Excepto tú. Ven conmigo.

Trató de no pensar en *Estrago*, y cojeó hacia el interior del mausoleo. El líder de los caotizados le siguió, y Call le vio cerrar la puerta con cuidado, dejando fuera el mundo.

El líder se volvió y miró a Call expectante, esperando órdenes.

—Vas a seguirme —dijo Call—. Me protegerás si alguien intenta hacerme daño. —El caotizado asintió—. ¿Tienes nombre?

El caotizado negó con la cabeza.

—Muy bien —continuó Call—. Te voy a llamar Stanley. Se hace raro si no tienes un nombre.

Stanley no reaccionó ante eso, así que Call se volvió y miró hacia el pasillo. Estaba a mitad del corredor cuando oyó a Tamara llamándolo de nuevo.

—¡Call! Tienes que ver esto.

Call se apresuró a ir hacia ella. La encontró con Aaron y Jasper, apiñados ante una especie de nicho. Cuando Stanley y él se acercaron, se apartaron para que Call pudiera ver.

Dentro del nicho había una losa de mármol… y sobre la losa de mármol se hallaba el cuerpo de un chico de pelo castaño, muerto. Tenía los ojos cerrados, los brazos a los costados. El cadáver estaba perfectamente conservado, pero estaba claramente muerto. La piel era del color de la cera, y el pecho no le subía y bajaba. Aunque alguien le había vestido con ropas funerarias, aún llevaba la muñequera que lo marcaba como un alumno del Curso de Cobre.

Grabado en la pared tras él estaba su nombre: Jericho Madden. Apilados alrededor del cuerpo había una variedad de objetos extraños. Una manta raída junto a un montón de libretas y tomos polvorientos, una pequeña bola brillante que parecía estar casi sin carga, un cuchillo dorado y un anillo con un sello que Call no reconoció.

—Claro —susurró Tamara—. El Enemigo de la Muerte no habría construido una tumba para sí mismo. No pensaba que fuera a morir. Construyó este lugar para su hermano. Esos son sus objetos funerarios.

Aaron miraba fascinado.

Call no podía hablar. Notó que algo se retorcía en su interior, el

dolor anhelante de algo que había esperado sentir cuando vio las huellas de las manos de su madre en la Sala de los Graduados. Una conexión de amor, de familia, de pasado. No podía dejar de mirar al chico sobre la losa y de recordar las historias que había oído: este era el hermano que Constantine había querido resucitar, el hermano cuya pérdida le había llevado a experimentar con el vacío y a crear a los caotizados, el hermano cuya muerte le había hecho convertir a la propia muerte en su enemigo.

Call se preguntó si alguna vez amaría tanto a alguien, hasta llegar a renunciar a todo por él, hasta querer quemar el mundo entero para conseguir que volviera.

—Eran tan jóvenes —dijo Aaron—. Jericho debía de ser de nuestra edad. Y Verity solo un poco mayor. Constantine no llegó a cumplir los veinte.

La Guerra de los Magos los había consumido a todos como un incendio. Era horrible pensar en ellos, pero, al mismo tiempo, Call nunca había oído a nadie pronunciar el nombre de Constantine con tanta compasión.

Claro que era Aaron. Sentía compasión por todo el mundo.

—Venid aquí —dijo Jasper. Se había alejado un poco más por el pasillo y miraba hacia otro nicho. Las extrañas piedras relucientes de las paredes le proyectaban una inquietante luz sobre el rostro—. Alguien a quien conocemos.

Ya antes de llegar allí, Call supo a quién iban a encontrar. A un chico delgado con cabello castaño muy liso y pecas, sus ojos azules cerrados para siempre.

Drew.

Recordaba el cuerpo de Drew la última vez que lo había visto, y el modo en que el Maestro Joseph lo había encantado para cerrarle las heridas, aunque Drew ya estaba muerto. Su cuerpo se veía curado, pero su espíritu ya no estaba.

También tenía objetos funerarios: ropa doblada, juegos favoritos, la estatuilla de un caballo y una fotografía de él con un brazo alrededor de un sonriente Maestro Joseph y el otro alrededor de otra persona, de alguien que habían cortado de la foto.

Call estaba a punto de coger la foto para verla mejor cuando oyó voces distantes y apagadas que llegaban desde abajo.

—¿Oís eso? —susurró, mientras se apartaba del cadáver de Drew

y seguía por el pasillo.

Unos escalones desaparecían en las tinieblas; parecían tallados en la roca sólida, y Call tardó un momento en darse cuenta de que debían de haber sido formados con magia.

«El momento está más cerca de lo que crees».

Call bajó sigilosamente los escalones. Los otros le siguieron con cautela. Llegó al último peldaño y miró alrededor de una sala cavernosa y sombría. Ahí, la oscuridad era más profunda; las rocas brillantes estaban más espaciadas en las paredes.

Y entonces lo vio. El cadáver definitivo: el propio Constantine. Yacía sobre una losa de mármol, con los brazos cruzados sobre el pecho. Tenía el cabello castaño y rasgos afilados; habría sido guapo de no ser por las pálidas marcas de quemaduras que le cubrían el lado derecho de la cara y desparecían bajo el cuello de la ropa. No eran tan terribles como Call se había imaginado al oír la historia del rostro quemado del Enemigo y de la máscara que siempre llevaba. Constantine tenía un aspecto casi normal. Horriblemente normal. Podría ser cualquiera que pasara por la calle. Cualquiera.

Call se acercó un paso. Stanley se movió con él.

—¿Qué ves? —susurró Aaron desde más arriba en la escalera.

—Chist —contestó Call, también en un susurro y se acercó más al cadáver de Constantine. Aún podía oír voces que le llegaban a través de las paredes. ¿Fantasmas susurrantes? ¿Su imaginación? Ya no estaba seguro de nada. No podía dejar de mirar el cuerpo.

«Ese soy yo —pensó—. Ese es el rostro con el que crecí primero, antes de convertirme en Callum Hunt».

Se sintió mareado. Se fue contra la pared, en un hueco oscuro, justo cuando una puerta que no había visto se corrió hacia el lado y el Maestro Joseph entró en la sala, seguido por el padre de Call.

El corazón le saltó en el pecho. Era demasiado tarde para detener a Alastair.

CAPÍTULO CATORCE

El maestro Joseph estaba igual que la última vez que Call lo había visto: el mismo cayado, el mismo uniforme y el mismo brillo de locura en los ojos.

—Tienes el Alkahest, bien —le dijo a Alastair—. Sabía que nos iría mejor trabajando juntos. La verdad es que ambos queremos lo mismo.

Alastair, por su parte, parecía agotado. Llevaba la ropa sucia: unos viejos vaqueros y un gastado anorak. Tenía barba de varios días.

—No queremos lo mismo. Yo solo quiero recuperar a mi hijo.

«Mi hijo». Por un segundo, cuando Call había visto a su padre, había sentido un profundo alivio. Una sensación de familiaridad. Pero en ese momento se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el pecho. Sabía a quién quería recuperar su padre, y no

era a él.

La mirada del Maestro Joseph fue hacia las espesas sombras donde se hallaban Call y Stanley. Call se quedó tan inmóvil como le fue posible. No quería ni respirar por miedo a que le vieran. Aaron y los otros debían de haber notado que algo iba mal, porque se habían quedado en la seguridad de la escalera. Como siempre, Stanley siguió el ejemplo de Call y también se quedó quieto.

Alastair siguió la mirada del Maestro Joseph hacia donde Call y Stanley se hallaban.

—Caotizados. No deberías dejarlos sueltos de esta manera.

—Toda tumba necesita sus centinelas —repuso el Maestro Joseph. Quizá fuera normal encontrar a algún caotizado vagando por la tumba de Constantine Madden. Tal vez solo le hubiera distraído Alastair—. Tu chico está muerto. Pero puede alzarse de nuevo. Tú has criado a Constantine, que era el mago más poderoso de nuestra época, quizá de todas las épocas, y que lo volverá a ser. Cuando vuelva a su propio cuerpo, podrá devolver el alma de tu hijo al suyo. Si realmente has reparado el Alkahest, entonces lo único que necesitamos es a Callum.

—Necesito una demostración de que el Alkahest no lo matará —dijo Alastair—. Ya te dije que no lo traería a no ser que supiera que es seguro.

—Oh, no te preocupes —contestó el Maestro Joseph—. Me he asegurado de que Callum se una a nosotros.

Alastair dio un paso hacia el Maestro Joseph, y Call vio que llevaba el Alkahest en la mano izquierda. Este brilló cuando movió los dedos; era igual que en el dibujo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que Callum se fue del Magisterium para buscarte, claro. Para tratar de salvarte de la ira de los magos. Yo sabía adónde iría, así que le dejé un rastro que le traería directo a nosotros. Incluso he enviado una escolta para traerlo hasta aquí a salvo. Te lo prometo, Alastair, me he tomado muy en serio su seguridad. Significa más para mí que para ti.

El corazón de Call le golpeaba dentro del pecho. Pensó en las cartas; la latitud y la longitud cuidadosamente escritas en cada una, la mención específica de una fecha de encuentro, una fecha que les dejaba el tiempo justo para que pudieran llegar. Call había creído

que tenía suerte, que iba un paso por delante de los adultos. Pero había estado siguiéndole el juego al Maestro Joseph.

Por un momento, Call perdió el valor. Solo era un niño. Sus amigos solo eran niños, incluso aunque uno de ellos fuera el makaris. ¿Y si todo eso era demasiado para ellos? ¿Y si no podían hacer nada?

Alastair comenzó a hablar, y por un momento, Call no pudo centrarse.

—Te aseguro que te equivocas —estaba diciendo Alastair—. Call significa mucho más para mí de lo que nunca significará para ti. Aléjate de él. No sé si es el mago más poderoso de su generación o nada de eso, pero es un buen chico. Nadie le ha destrozado como tú destrozaste a los hermanos Madden. Los recuerdo, Joseph, y recuerdo lo que les hiciste.

Call notó un dolor en el pecho. Alastair no hablaba como si le odiara, aunque hubiera ido ahí para cambiarlo por un hijo nuevo.

—Deja de mover el Alkahest. Ya sabes que esa cosa no puede hacerme nada —dijo el Maestro Joseph, alzando su bastón—. Aunque me gustaría mucho tener la capacidad de usar la magia del caos, no la tengo, así que no tiene sentido amenazarme con él. La única razón por la que los caotizados me hacen caso es porque Constantine se lo ordenó.

—No estoy aquí para amenazarte, Joseph —replicó Alastair, mientras avanzaba un paso hacia el cadáver de Constantine Madden.

El Maestro Joseph frunció el ceño.

—Muy bien. Ya basta. Dame el Alkahest. Me gustaría recompensarte, pero no pienses ni por un momento que vacilaría en matarte si te resistes. Muy conveniente, morir en una tumba. No habrá que ir lejos para enterrarte.

Alastair dio otro disimulado paso hacia el cadáver.

El Maestro Joseph alzó las manos y una docena de finos cordones de lo que parecía plata surgieron de la oscuridad. Se enrollaron en Alastair, sujetándolo como una araña atrapa a una mosca antes de comérsela. Alastair gritó de dolor, mientras trataba de liberar la mano que llevaba el guante.

Call tenía que hacer algo.

—¡Para! —gritó—. ¡Deja a mi padre en paz! ¡Stanley, haz algo!

¡A por él!

Tanto el Maestro Joseph como Alastair se quedaron mirándole mientras se hacía evidente que habían confundido a Call, de pie al final de la escalera, con uno de los caotizados. Stanley comenzó a avanzar hacia el Maestro Joseph, pero Call había dado una orden tan imprecisa que no estaba seguro de lo que el caotizado iba a hacer. El Maestro Joseph no parecía nada preocupado; hacía como si Stanley no estuviera allí.

En vez de eso, comenzó a sonreír.

—Vamos a bajar —susurró Aaron. Call volvió la cabeza sin querer y vio a Tamara, Jasper y Aaron bajando la escalera. Les hizo un gesto para que retrocedieran.

—Ahh, Callum, me alegro tanto de que hayas podido venir —dijo el Maestro Joseph—. Y veo que has traído amigos, aunque no puedo ver quiénes son. ¿Está el leal makaris contigo? ¡Qué sorpresa más agradable!

Stanley casi había llegado adonde estaba el Maestro Joseph.

«Podríamos ganar la guerra —pensó Call—. Si le ordeno a Stanley que le mate, la guerra estará ganada».

Pero ¿seguro? ¿El bien podría ganar la guerra si el Enemigo seguía vivo?

—¿Call? —dijo Alastair, horrorizado—. ¡Sal de aquí!

Tamara y Jasper bajaron de golpe el último escalón. Se quedaron atónitos al ver el cuerpo del Enemigo y quién estaba junto a él. Aaron trató de pasar entre ellos, pero Tamara y Jasper se movieron para impedírselo.

—Dejadme pasar —protestó Aaron. Estiró el cuello para ver qué estaban mirando.

—Ni hablar —repuso Tamara en un seco susurro—. El padre de Call tiene el Alkahest. Esa cosa podría matarte.

—Mi padre tiene razón. Tenéis que marcharos todos —dijo Call —. Llevad a Aaron a un lugar seguro.

Vio la indecisión en sus caras, y él también estaba en un dilema: no quería ponerlos en peligro, pero tampoco estaba seguro de que pudiera ser tan valiente sin ellos.

—¡Mirad! —exclamó Jasper. Stanley había llegado junto al Maestro Joseph; le cogió por las muñecas y le puso los brazos tras la espalda, sujetándolo con firmeza.

El Maestro Joseph no se movió; estaba actuando como si no le estuvieran reteniendo contra su voluntad. Como si Stanley no acabara de inmovilizarlo. Lo que hizo fue quedarse mirando desde el otro lado de la sala, con sus intensos ojos clavados en Call.

—Esto no es necesario, Callum —dijo finalmente—. Constantine, soy tu más devoto sirviente.

—He oído lo que le has dicho a mi padre —le informó Call—. Y no soy Constantine.

—Y tú has oído lo que tu padre me ha dicho. Lo que está dispuesto a hacer. Tu único hogar está aquí, conmigo.

Call fue adonde estaba su padre. Alastair, con el guantelete de cobre firmemente en la mano, aún estaba debatiéndose contra los cables que lo sujetaban. Hizo una mueca cuando vio que Call se le acercaba.

—¡Call! —ladró—. ¡No te acerques a mí!

Call vaciló. ¿Su padre tenía miedo? ¿Le odiaba?

—Nosotros le soltaremos —murmuró Tamara, y ella y Jasper fueron hacia Alastair.

—Debéis hacer lo que dice Call. ¡Marchaos! —gritó Alastair, cuando Tamara se inclinó para examinar el cable de plata que lo sujetaba. Era mágico y sin nudos. Call esperó que ella supiera cómo desatarlo, porque él no tenía ni idea—. ¡Lleváoslo fuera con vosotros! No estáis seguros aquí, y Call el que menos.

—Querrás decir Aaron el que menos. Danos el Alkahest —soltó Jasper, siempre práctico—. Dánoslo y nos iremos juntos. —Puso la mano en el brazo de Tamara—. No le sueltes hasta que nos lo dé.

El Maestro Joseph seguía mirando a Call.

—¿No te ha parecido divertido? —le preguntó—. ¿La cabeza de Verity Torres? ¿Los acertijos? Tú fuiste a quien se le ocurrió el diseño de este lugar, de la entrada. Claro que entonces no iba a ser esa cabeza, pero es una improvisación bastante divertida, ¿no te parece?

Call no tenía ningunas ganas de reír. Había estado seguro de que era bueno que pudiera resolver algunos de los acertijos, pero, al parecer, era bueno con esos acertijos porque él era el tipo que creía que las cabezas cortadas eran divertidas.

—Dale a Jasper el Alkahest, papá —gritó Callum, perdiendo la paciencia.

Pero Alastair volvió al cabeza hacia el otro lado como si no quisiera mirar a Call. Apretaba el Alkahest contra su cuerpo y se apartó cuando Tamara trató de tocarle.

—¡Dejadme con él! —gritó—. ¡Sal de aquí! ¡Llévate a Call y al makaris contigo!

Aaron había ido junto al cuerpo de Constantine Madden y lo miraba, afligido. Call cojeó hacia él; podía imaginarse lo que estaba pensando: que esas eran las manos que habían matado a Verity Torres, que habían asesinado a miles de magos. Las manos de un makaris, como las del propio Aaron.

—El Enemigo murió hace trece años —dijo Aaron—. ¿Cómo puede parecer que no esté muerto en absoluto? ¿Cómo puede tener este aspecto?

—¿Crees que esto es una simple tumba? —repuso Joseph.

—Desde luego lo parece —intervino Call—. Con todos los cadáveres y demás.

—Esta era tu fortificación final contra la muerte —continuó el Maestro Joseph—. Aquí es donde aprendiste a emplear el vacío para conservar los cadáveres, sin vida pero sin cambiar. Aquí conservaste el cuerpo de tu hermano para el día en que pudieras resucitarlo. Aquí empleé la misma magia para conservar tu cuerpo…

—¡No es mi cuerpo! —gritó Call—. ¿Qué va a hacer falta para que lo dejes correr? ¡No recuerdo nada! ¡Nunca antes había visto este lugar! No soy quien tú quieres que sea, y ¡no voy a convertirme en él!

El Maestro Joseph sonrió, mucho.

—Me costó años ayudarte a perfeccionar tu magia, en el Magisterium. Cuando trabajábamos solos con el caos, juntos. A espaldas de tu Maestro. Solías frustrarte y gritarme igual que ahora. «No soy quien tú quieres que sea». Eso era lo que me decías entonces. En cuanto pongamos tu alma de vuelta en tu cuerpo, creo que recordarás más. Quizá esta vida sea la que te parezca un sueño. —Trató de avanzar, pero Stanley lo sujetó—. Pero incluso si nunca recuerdas, no puedes cambiar tu naturaleza, Constantine.

—No le llames así —dijo Aaron con una voz como el hielo—. La gente cambia con el tiempo. Y esto es enfermizo. Todo este asunto es enfermizo. Constantine Madden puso su alma en el cuerpo de Call, de acuerdo, nadie puede cambiar eso. Deja a Call en paz. Deja

que los muertos sigan muertos.

El Maestro Joseph puso mala cara.

—Has hablado como alguien que no ha sufrido una verdadera pérdida.

Aaron se volvió. Call solo le había visto así unas pocas veces. Ya no era Aaron: era el makaris, el controlador del caos. Las palmas de las manos comenzaron a ponérsele negras.

—Sé lo suficiente sobre pérdidas —replicó—. Tú no sabes nada de mí.

—Sé de Constan… de Call —contestó Joseph—. ¿No quieres recuperar a tu madre, Call? ¿No quieres que vuelva a vivir?

—¡No te atrevas a hablar de Sarah! —Era Alastair. O bien había roto los cables de metal o bien Tamara y Jasper lo habían soltado. De una manera u otra, seguía llevando el Alkahest.

Corrió hacia Call.

En ese momento de pánico, Call creyó que iba a morir. Recordó las cadenas que su padre había preparado en el sótano de su propia casa, recordó las palabras que el Maestro Joseph le había mostrado, grabadas en el hielo por la mano de su propia madre con el mismo cuchillo que Alastair le había lanzado: Mata al niño.

Finalmente, trece años más tarde, Alastair iba a hacerlo.

Call no se movió. Si su propio padre de verdad le odiaba tanto, si Alastair estaba dispuesto a acabar con su vida, entonces tal vez fuera realmente un monstruo que no merecía vivir. Quizá debería morir.

A su alrededor, todo pareció moverse más despacio: Aaron, Tamara y Jasper corriendo hacia él, pero demasiado lejos para llegar a tiempo; el Maestro Joseph debatiéndose y gritando agarrado por el caotizado.

—Suéltame, te lo ordeno —oyó Call decir al Maestro Joseph, y para sorpresa de Call, Stanley lo soltó. El viejo mago corrió también hacia Call, y se tiró sobre él para protegerlo de su propio padre. A Call le fallaron las rodillas y cayó al suelo, con el Maestro Joseph sobre él, inmovilizándole.

Pero Alastair no paró. Corrió más allá de Call y del Maestro y fue directo hacia el cadáver conservado del Enemigo de la Muerte. Ahí, se detuvo.

—Joseph, ¿de verdad crees que podrías tentarme para que

traicionara a mi propio hijo? En cuanto recibí tu mensaje en el que hablabas de meter su alma dentro del cadáver de este villano, supe lo que tenía que hacer. —Mientras decía esto, alzó el Alkahest, brillante y hermoso bajo la tenue luz, y lo bajó con fuerza, golpeando con su metal el corazón de Constantine Madden.

El Maestro Joseph gritó y se levantó de encima de Call, que tosió y se puso de rodillas, sin dejar de mirarle.

Una luz brilló bajo la piel del Enemigo de la Muerte; y desde donde brillaba, el cuerpo comenzó a ennegrecerse, como consumido por el fuego. Alastair aulló de dolor mientras el Alkahest se volvía escarlata por el calor. Siguió gritando mientras sacaba la mano, cubierta de quemaduras rojas.

—¡Papá! —Call se puso torpemente de pie. La sala se había llenado de un apestoso olor a quemado y de un humo que picaba en los ojos.

—¡No! ¡NO! —gritó el Maestro Joseph; cogió su cayado y se lanzó hacia el cuerpo de Constantine. Arrancó el Alkahest, gritando de dolor cuando cerró la mano sobre el metal ardiente. Aun así, no lo soltó. En vez de eso, blandió el bastón y la magia estalló desde su interior, rodeando al Enemigo, tratando de detener la fuerza que estaba devorando el cuerpo de Constantine. La energía chisporroteó en la sala mientras él recitaba su hechizo de conservación una y otra vez.

Call avanzó cojeando, pero le detuvo de golpe un repentino mareo. Comenzó a ver negro por los lados.

«¿Qué me está pasando?», pensó mientras caía de rodillas. No sentía dolor, pero le temblaba todo el cuerpo, como si se estuviera destruyendo junto con Constantine.

—¡Corre, Call! —le gritó Alastair, agarrándose el brazo quemado —. ¡Sal de la tumba!

—N… no puedo —jadeó Call, y entonces le rodearon tres personas, Aaron, Tamara y Jasper, y alguien estaba ayudándole a ponerse de pie, pero las piernas no le respondían—. Marchaos — susurró—. Marchaos sin mí.

—Nunca. —Una mano le agarró el brazo, y se dio cuenta de que era Aaron.

—¿Qué le está pasando? —El susurro aterrado de Jasper quedó tapado por los gritos del Maestro Joseph; el pecho de Constantine

Madden se estaba hundiendo, como un globo al que le sacaran el aire.

—¡Atrapa al makaris y a sus amigos! —gritó el Maestro Joseph a Stanley—. ¡Mátalos a todos excepto a Callum!

El caotizado comenzó a avanzar hacia ellos. Call oyó el grito asustado de Tamara y notó sus brazos alrededor; todos estaban intentando arrastrarle hacia la escalera, pero era un peso muerto. Se escurrió de sus brazos y cayó al suelo ante los escalones.

Entonces todo pareció desvanecerse y las voces de sus amigos se perdieron en el silencio. Lo único que Call pudo hacer fue tratar de seguir respirando mientras una profunda oscuridad se alzaba ante sus ojos, una negrura pura que había visto antes solo cuando salía de las manos de Aaron, la oscuridad sin ninguna luz del vacío. El caos le inundó, le rasgó los pensamientos, sus reacciones quedaron anuladas por el poder que se expandía dentro de él.

Lentamente, fue recuperando el aliento. Alzó la cabeza, con el rostro húmedo.

La sala era un caos. Stanley había obedecido la orden del Maestro Joseph y atacaba a sus amigos. Amenazaba a Tamara, que retrocedía, formando una bola de fuego. Se la lanzó, pero solo logró chamuscar al caotizado. Dejó una quemadura en el pecho de Stanley, pero este ni pareció notarlo.

Aaron le saltó a Stanley a la espalda y le rodeó el cuello con el brazo, apretando como si quisiera arrancarle la cabeza. Jasper estaba usando la magia del aire y la tierra juntas para echarle polvo en los ojos. Stanley se debatía, pero parecía más enfadado que herido.

Alastair y el Maestro Joseph se peleaban sobre el Alkahest. El Maestro Joseph le golpeó en el rostro con el bastón. Alastair se tambaleó hacia atrás con la cara ensangrentada.

—¡Déjalo en paz! —gritó Call, mientras se arrastraba hacia su padre.

El Maestro Joseph pronunció una palabra y a Alastair le fallaron las piernas. Cayó al suelo.

El cuerpo de Constantine estaba parcialmente quemado, el pecho cóncavo y ennegrecido. Call vio las costillas quemadas a través de la piel achicharrada. Una fresca ola de magia lo recorrió de repente y lo volvió a paralizar. Era como si estuviera viendo algo

irreal, que sucedía a gran distancia.

—Call. —La voz de Tamara atravesó la niebla de su mente—. Tienes que hacer algo. Ordena al caotizado que pare.

—Me pasa algo raro —susurró Call, que veía puntos bailándole ante los ojos. La presión en su interior seguía expandiéndose, apretándose contra los límites de su control. No sabía lo que era, pero sentía como si lo fuera a partir en dos.

Tamara lo agarró más fuerte.

—No te pasa nada —dijo—. Nunca te ha pasado. Eres Callum Hunt. Y ahora dile a esa cosa que deje de atacarnos. Te obedecerá a ti antes que al Maestro Joseph. Puedes detenerlo.

Y Call alzó una mano, con la intención de estirarla y agarrar a Stanley, con la intención de decirle al líder caotizado que se detuviera. Pero al alzar la mano, la presión de su interior atravesó la fina capa de su control, como una explosión a cámara lenta. Miró sorprendido cómo los dedos se le flexionaban y se le separaban, y por primera vez en su vida, Callum Hunt trajo el caos al mundo.

La oscuridad estalló desde la palma de su mano. Las sombras se alzaron, envolviendo a Stanley, rodeándole de cintas de negrura. El caotizado volvió sus torturados ojos hacia Call, y este vio en ellos el sentimiento de haber sido traicionado. Stanley comenzó a gritar, y Call entendió los gritos como palabras, cada una clavándosele en los oídos: «Maestro, tú me creaste; ¿por qué me destruyes?».

Las sombras se derrumbaron hacia dentro y aplastaron a Stanley hasta hacerlo desaparecer.

La oscuridad extendió sus zarcillos como buscando otra presa. Fue hacia los otros, hacia Tamara, hacia Jasper, hacia el Maestro Joseph, que se volvió en redondo; salió corriendo, aferrando el Alkahest, y desapareció por la puerta en la pared por la que Alastair y él habían entrado. Alastair trató de atraparlo, pero fue demasiado tarde. La puerta se cerró detrás de Joseph, bloqueada.

Call no sabía cómo detener la magia del caos. Fluía por él como un río, y sintió que él fluía con ella. Recordó cómo era volar sin un contrapeso, dejarse llevar sin las preocupaciones humanas.

Notó la mano de Aaron en la espalda, manteniéndolo en el sitio, obligándole a centrarse.

—Call, ya basta.

Y de algún modo, eso permitió a Call cortar la corriente. No

podía invertirlo, pero al menos ya no salía de él como si fuera su propia alma. Temblando, miró alrededor. El caos que había desatado se había convertido en sombras vivas, sombras que rasgaban los bordes de la sala. La oscuridad se extendía inexorablemente, devorando las paredes de la tumba, los pilares que soportaban el techo, royendo el mortero que unía los ladrillos de la sala subterránea hasta que comenzaron a soltarse y caer al suelo.

—¡Tenemos que salir de aquí! —Alastair se apartó de la puerta por la que había escapado el Maestro Joseph y corrió al pie de la escalera, haciendo gestos para que los otros le siguieran—. ¡Va, vamos todos!

Tamara se puso de pie y arrastró a Call con ella. Junto con Jasper y Aaron, comenzaron a correr hacia Alastair y la escalera. Cerca de ellos se hundió un trozo de techo y cayeron piedras al suelo, estallando a sus pies. Torcieron y casi chocaron con una mancha de negra sombra. Jasper pegó un grito y saltó hacia atrás.

La oscuridad fue a por ellos; Aaron extendió la mano y de su palma salió un rayo de luz, que golpeó la sombra y la envolvió. Call miró a Aaron asombrado.

—El caos detiene al caos —explicó Aaron.

—No puedo hacer magia del caos —susurró Call.

—Pues parece que sí puedes —observó Aaron, y había algo en su voz, un cierto humor negro o quizá algo menos confortable.

Tamara tenía la cara sucia.

—Está devorando toda la tumba. Aaron, ¿puedes contenerlo hasta que salgamos?

—Creo que sí —contestó Aaron, mirando alrededor a las sombras, a la reptante magia que las hacía más profundas, arrastrando hacia el vacío todo aquello que tocaba—. Pero Call ha soltado un montón de energía del caos… no estoy seguro.

—Marchaos —dijo Call. Se sentía mejor sin el caos en la cabeza, aplastándole las ideas, pero aún notaba algo bullendo en su interior, algo que no había estado ahí antes.

—Callum… —comenzó Alastair, pero Call le cortó.

—Papá, necesito que los saques de aquí. Ahora.

—¿Y tú qué? —preguntó Tamara—. Ni se te ocurra quedarte atrás.

Call miró a Tamara a los ojos, queriendo convencerla de que lo creyera, de que confiara en él aunque solo fuera por esa vez.

—No lo haré. Vete. Iré detrás de vosotros.

«¿Dónde está algo que no está detrás de ti? —pensó Call torvamente—. En cabeza. Cabeza. ¿Lo pillas?».

Tamara debió de ver algo en el rostro de Call, porque asintió una vez. Jasper ya estaba pasando por delante de Alastair. Aaron parecía menos seguro, pero con la magia del caos derritiendo las paredes que los rodeaban, estaba muy ocupado. Lanzaba más y más magia, y fue haciendo retroceder el vacío mientras iban hacia la escalera.

Call solo tenía un momento antes de que Alastair se diera cuenta de que no les estaba siguiendo.

Sacó a *Miri* de la vaina y fue adonde los restos de Constantine Madden reposaban sobre una losa de mármol.

CAPÍTULO QUINCE

Call corrió escaleras arriba tan rápido como pudo, maldiciendo su pierna por hacerle ir más despacio, mientras las mismas paredes se deshacían en la nada. Por todas partes, la oscuridad le pisaba los talones, como si quisiera atraparlo en su abrazo eterno. Una magia del caos que él había desatado, pero que no tenía ni idea de cómo detener.

—Call. —Alastair gritaba desde el pasillo, con las manos en alto para sujetar el techo con magia—. Call, ¿dónde estás? ¡Call!

Corrió hacia su padre mientras las rocas giraban sobre ellos; rocas que se habrían derrumbado si su padre no hubiera vuelto a buscarle.

—Aquí —contestó sin aliento—. Estoy aquí.

—Ahora iremos juntos —dijo Alastair. Tendió el brazo y Call vio que la quemadura había sanado; no completamente, pero las negras ampollas solo eran pequeñas llagas de piel roja—. Magia curativa —

explicó Alastair al ver la cara de sorpresa de Call—. Ven, apóyate en mí.

—Sí —repuso Call, y dejó que su padre le pasara el brazo por los hombros y le ayudara a pasar ante los cadáveres de Drew y Jericho, más allá de la cabeza de Verity, que se reía, y hasta la hierba, donde Jasper, Tamara y Aaron los esperaban. Aaron tenía ambas manos en alto y estaba haciendo todo lo que podía para contener la magia del caos que trataba de destruir la tumba. En cuanto vio a Call y Alastair, cayó de rodillas y lo dejó estar.

La negrura se alzó como ceniza escupida por un volcán. Call y Alastair se detuvieron, y Call se apoyó sobre su padre mientras contemplaban la magia del caos devorar la tumba del Enemigo de la Muerte. Una oscuridad espesa y aceitosa cubrió el edificio, filamentos serpenteando por el exterior como ramas de hiedra. Pero mientras miraba, Call se dio cuenta de que no era realmente negro; era algo aún más oscuro, algo que su ojo traducía en lo comprensible, porque lo que estaba viendo era la nada. Y donde la nada tocaba, el edificio simplemente dejaba de existir, hasta que lo que miraban no fue más que la tierra aplastada donde antes había estado la tumba, con la extraña y terrible risa de Verity aún resonando en el aire.

—¿Ya no está? —preguntó Jasper.

Aaron lo miró cansado.

—La tumba ha ido al mismo lugar al que envié a *Automotones*.

—*¿Automotones?* —Alastair parecía sorprendido—. Pero si está atrapado en las simas más profundas del Magisterium.

—Lo estaba —replicó Call—. El Magisterium lo envió a por nosotros.

Alastair aspiró como hacía cuando estaba enfadado, sorprendido o ambas cosas. Se alejó unos pasos del resto del grupo, tratando de aclararse las ideas. Call se subió más la mochila. Estaba agotado.

El Maestro Joseph había escapado, y peor aún, había escapado con el Alkahest, el artefacto que habían tratado de evitar que cayera en sus manos. El ejército de caotizados había desaparecido; el Maestro Joseph debía de haberles ordenado que le llevaran a tierra firme. Seguramente se había llevado todos los botes de remos, solo para fastidiar.

De repente, Call recordó que *Estrago* se había quedado con los

caotizados, que *Estrago* era un caotizado, y por tanto, si los caotizados obedecían al Maestro Joseph, el lobo seguramente también.

—*¡Estrago!* —gritó, mientras el pánico volvía a apoderarse de él —. *¡Estrago!*

¿Cómo había podido dejar que su lobo se quedara fuera de la tumba? Había dejado a *Estrago* como si fuera solo un perro, cuando era mucho más que eso.

Call corrió como pudo por el camino que llevaba a la playa, con la pierna que le dolía y con lágrimas en los ojos, llamando a su lobo. Era otra cosa para la que no estaba preparado, otra cosa que no podía soportar.

—¡Call! —gritó su padre. Se volvió y vio a Alastair, cansado, siguiéndole por el camino con *Estrago* tras él. Call se lo quedó mirando. La mano sana de su padre estaba hundida en el pelaje del lobo; tenía ceniza por el pelo, pero no parecía haber sufrido ningún daño—. Está bien. Has salido corriendo antes de que pudiéramos decírtelo, pero ha intentado volver a la tumba. Hemos tenido que detenerle, lo que no ha sido fácil.

—Tu padre le ha sujetado —explicó Aaron.

Estrago dio unos pasos hacia Call. Este abrió los brazos, y *Estrago* saltó sobre él y le lamió la cara.

—Es un reencuentro mucho más emotivo que el que has tenido conmigo —bromeó Tamara. Estaba revisando los cortes y rasguños que tenía Aaron, y le curaba los peores con la magia de la tierra. Ya le había tratado a Jasper el labio partido.

Call le palmeó la cabeza a *Estrago*.

—Debería haber sabido que el Maestro Joseph no te iba a raptar. A él solo le gustan las cosas muertas y raras.

—Todos nosotros somos raros —señaló Tamara. Examinó a Aaron. Debía de haber usado una inmensa cantidad de magia del caos sin tener un contrapeso, y aunque aún se aguantaba en pie, parecía a punto de desmayarse—. Bueno, ya no estás sangrando, pero no sé suficiente magia curativa para ver si tienes algún esguince, o algo roto, o…

—¿Va alguien a decir algo sobre que Call es un makaris? —soltó Jasper, interrumpiéndola.

Todos parecían horrorizados.

—¡Jasper! —exclamó Tamara.

—Oh, perdón —soltó Jasper con ironía—. No me había dado cuenta de que íbamos a fingir que no ha ocurrido nada. —Se volvió hacia Call—. ¿Ya sabías que era un makaris? Oh, espera, no importa, me olvidaba de que no puedo confiar en nada de lo que digas.

—No lo sabía —contestó Alastair—. La magia del caos estaba encerrada en el cuerpo de Constantine, y cuando el cadáver fue destruido, la magia quedó suelta. Debe de haber sido atraída por el alma de Call. Cuando Constantine se convirtió en un makaris, fue porque su hermano estaba en peligro. Jericho fue atacado por un elemental descontrolado en las cavernas, y Constantine… lo hizo desaparecer.

Tamara lo miró entrecerrando los ojos.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque él y yo estábamos en el mismo grupo de aprendices —contestó Alastair—. Éramos cinco. Sarah, Declan, Jericho, Constantine y yo. Rufus era nuestro Maestro.

Aaron, Tamara y Jasper se lo quedaron mirando boquiabiertos.

—Dicen que Constantine sacó notas perfectas en las Pruebas —dijo Jasper—. Notas perfectas.

—Éramos los mejores de nuestro año —explicó Alastair. Parecía cansado y distante, como si hablara de algo que había ocurrido hacía millones de años.

—¿Constantine y tú erais amigos? ¿Buenos amigos? —preguntó Aaron. A pesar de estar sucio, ensangrentado y deshecho, parecía dispuesto a defenderse, a defenderlos a todos.

—Él, Jericho y Sarah eran mis mejores amigos —contestó Alastair—. Ya sabes cómo son los grupos de aprendices.

—Pues hablando de eso —intervino Tamara, mientras miraba preocupada a Aaron—, tenemos que pensar en cómo vamos a sacar de aquí a este grupo de aprendices.

—Buen cambio de tema —murmuró Call. Tamara lo miró mal.

—Con magia del agua —dijo Alastair, y comenzó a caminar hacia la orilla de la playa—. Recoged leños. Haremos una balsa con magia.

De repente, toda la playa se iluminó como si hubieran encendido un gran foco. Call se tambaleó hacia atrás, agarrando su mochila,

con los dedos clavados en las correas. Oyó que Jasper gritaba algo, y luego había magos volando sobre ellos.

El Maestro North, el Maestro Rockmaple, la Maestra Milagros y el Maestro Rufus flotaban en el aire.

—¡Papá! —chilló Call, mientras corría hacia su padre—. Te van a matar; tienes que irte. ¡Intentaré retenerlos!

—¡No! —gritó Alastair contra el viento—. Me merezco un castigo por robar el Alkahest, pero no soy yo quien corre el mayor peligro…

—CALLUM —dijo el Maestro Rufus—. TAMARA. AARON. ALASTAIR. JASPER. NO OS RESISTÁIS.

Y entonces, el aire se movió alrededor de Call, espesándose y alzándolo hacia el cielo. A pesar de lo que había dicho el Maestro Rufus, Call se resistía.

—La tumba nos debe de haber ocultado de ellos —supuso Tamara—. Debía de estar encantada como lo está el Magisterium, para evitar que lo detecten mágicamente. Pero ahora que ya no existe, nos han encontrado.

—¡No nos hagan daño! —gritó Jasper—. ¡Nos rendimos!

El Maestro North alzó las manos y de entre las nubes salieron tres elementales del aire con forma de anguila. Eran gigantes y tranquilas, hasta que abrieron las enormes fauces. Call vio a una engullir a Aaron, y tragárselo por la garganta. Al cabo de un momento, el segundo elemental iba hacia él, con las grandes fauces esperándole.

—¡Aaaggg! —chilló Call mientras caía dentro. Esperaba aterrizar en el estómago de la criatura, pero donde cayó era suave, sin forma y seco, como se había imaginado que sería tumbarse sobre una nube, aunque sabía que las nubes solo eran un montón de agua.

Estrago rodó tras él, muy asustado. El lobo caotizado aulló y Call se le acercó a toda prisa para intentar calmarlo. No estaba seguro de que *Estrago* llegara a acostumbrarse a volar. Alastair también cayó dentro, con las manos aún en alto, como si lo hubieran pillado cuando estaba preparando un hechizo.

El elemental comenzó a moverse, nadando por el cielo, siguiendo a los magos hacia el Magisterium. Call sabía adónde iban porque podía ver a través de la criatura en algunas partes. Era opaca y turbia en algunos puntos, translúcida en otros y

completamente trasparente en unos pocos. Pero, tocara donde tocase, el elemental parecía sólido.

—¿Papá? —preguntó—. ¿Qué está pasando?

—Creo que los magos quieren asegurarse de que no escapemos, así que han creado una prisión dentro de un elemental. Impresionante. —Alastair se sentó en el vientre de la criatura—. Vosotros cuatro debéis de ser muy escurridizos.

—Supongo que sí —contestó Call. Sabía lo que le tenía que decir a su padre, lo que había querido decirle desde que había visto las cartas de Alastair al Maestro Joseph—. Lamento lo que pasó. Ya sabes, este verano.

Alastair miró a *Estrago*, que estaba tratando de levantar todas las patas al mismo tiempo y no dejaba de resbalarse. Call siguió su mirada y recordó que no lo lamentaba todo.

—Yo lo siento también, Callum —respondió Alastair—. Lo que viste en el garaje debió de asustarte mucho.

—Tenía miedo de que le hicieras daño a *Estrago* —explicó Call.

—¿Solo de eso?

Call se encogió de hombros.

—Pensé que ibas a usar el Alkahest para probar tu teoría sobre mí. Que si yo moría, entonces era de verdad…

Alastair lo interrumpió.

—Lo entiendo. No tienes que decir nada más. No quiero que nadie nos oiga.

—¿Cuándo comenzaste a sospecharlo?

Call vio el agotamiento en el rostro de Alastair cuando este le contestó.

—Hace mucho tiempo. Quizá desde que salí de la cueva.

—¿Por qué no dijiste nada… al menos a mí?

Alastair miró alrededor, como evaluando si el elemental podía estar escuchando la conversación.

—¿Y para qué? —dijo finalmente—. Pensé que era mejor que no lo supieras. Mejor que nunca lo hubieras sabido. Pero no podemos seguir hablando de esto ahora.

—¿Estás enfadado conmigo? —preguntó Call en voz baja.

—¿Por lo que pasó en el sótano? —inquirió Alastair—. No, estoy enfadado conmigo mismo. Sospechaba que el Maestro Joseph se habría puesto en contacto contigo; me preocupaba que ya te

hubiera puesto sus garras. Pensé que si sabías más, te podría tentar la idea del poder. Y después de que él comenzara a escribirme, tuve miedo de lo que quería hacerte. Pero me olvidé de lo asustado que debes de haber estado.

—Creía que te había hecho daño. —Call dejó caer la cabeza sobre la suavidad del interior del elemental. Le estaba bajando la adrenalina y solo quedaba el agotamiento—. Pensé que era tan terrible como…

—Estoy bien —repuso Alastair—. Todo va bien, Callum. La gente no inicia una guerra por perder los estribos o el control de su magia.

Callum no estaba seguro de que eso fuera cierto, pero estaba demasiado cansado para discutir.

—Nunca deberías haber venido a la tumba, Callum; lo sabes, ¿verdad? Deberías haber dejado que me ocupara de este asunto. Si Joseph hubiera sido capaz de llevar a cabo lo que tenía planeado, quién sabe lo que te habría hecho. —Alastair se estremeció.

—Yo sí lo sé —contestó Call. Si hubiera puesto su alma en el cuerpo de Constantine Madden, quizá todos los recuerdos que tenía de ser Callum habrían desaparecido, lo que, si se permitía pensarlo, parecía un destino mucho, mucho peor que la muerte.

Cuanto más lejos volaban, más agotado se sentía. Recordó cómo se había quedado Aaron después de emplear la magia del caos contra *Automotones*.

«Voy a cerrar los ojos solo un momento», se dijo.

Cuando se despertó, fue porque lo rodeaban unos brazos y estaba en movimiento. Se dio cuenta de que le estaban llevando sobre las piedras del exterior del Magisterium. Entreabrió un ojo y miró alrededor.

La claridad del día se le clavó en los ojos. Supuso que debía de ser alrededor de la hora del desayuno. El Maestro North y el Maestro Rockmaple estaban detrás de él, buscando sus sitios sobre el lomo de enormes elementales del aire. Parecían taciturnos y severos. *Estrago*, Tamara, Aaron y Jasper seguían al Maestro Rufus por un sendero que daba a una puerta en las paredes del Magisterium. Alastair iba tras ellos y llevaba a Call del modo que lo había llevado desde que era muy pequeño, con la cabeza contra su hombro.

«La mochila». Call hizo el gesto de ir a cogerla, y vio que su padre también la llevaba, colgada del hombro. Respiró aliviado.

—¿Quieres que te deje en el suelo? —le preguntó Alastair en voz baja.

Call no contestó. En parte quería que lo dejaran en el suelo sobre sus pies imperfectos. Por otra parte, pensaba que seguramente esa sería la última vez que su padre lo llevaría en brazos.

Las piedras habían dado paso a un sendero cubierto de hierba junto al Magisterium. Se hallaban frente a la puerta doble hecha de cobre batido. El batido había grabado ondas y espirales de tal manera que parecían llamas.

Sobre la puerta estaban las palabras: El que nada ama, nada entiende.

Call respiró hondo.

—Cierto —dijo.

Su padre lo dejó en el suelo, y el dolor habitual le recorrió la pierna. Alastair le pasó la mochila y Call se la colgó al hombro.

—Nunca había visto esta puerta —dijo Tamara.

—Es por donde la Asamblea entra en el Magisterium —explicó el Maestro Rufus—. Nunca se me había pasado por la cabeza que ninguno de vosotros fuera a tener ocasión de usarla.

Durante el tiempo que había estado en el Magisterium, Call había ido experimentando diferentes sentimientos hacia él. Había comenzado teniendo miedo, luego lo había llegado a ver como su hogar, más tarde había sido un refugio contra su padre, y en ese momento, de nuevo, volvía a ser un lugar del que no estaba seguro de poderse fiar.

Quizá, después de todo, Alastair tenía razón, y no se había equivocado en nada.

El Maestro Rufus dio con su muñequera en la puerta, y esta se abrió. El pasillo en el interior no se parecía a ningún otro pasillo del Magisterium, con sus paredes de piedra y suelos de tierra prensada. Este estaba hecho de cobre pulido, y a cada pocos pasos, Callum pasaba ante el símbolo de un elemento: aire y metal, fuego y agua, tierra y caos, con esas palabras en latín grabadas debajo.

Rufus llegó a un punto de la pared que parecía totalmente idéntico a cualquier otro punto de la pared. De nuevo dio con el brazalete, y esa vez un trozo de metal del tamaño de una puerta se

retiró y dejó ver la sala que había más allá. Era una sala desnuda hecha de roca, con un largo banco de piedra a lo largo de la pared.

—Esperaréis aquí —dijo—. El Maestro North y el Maestro Rockmaple volverán pronto para escoltaros a la sala de reuniones. La Asamblea se está reuniendo en este momento para decidir qué hacer con vosotros.

Tamara tragó saliva. Sus padres eran miembros de la Asamblea. Jasper estaba aterrorizado, e incluso Aaron parecía intranquilo.

—Me llevaré a *Estrago* —dijo Rufus, y alzó una mano antes de que Call pudiera protestar—. Estará totalmente a salvo en vuestras habitaciones, que es más de lo que puedo decir si lo lleváis con vosotros. La Asamblea no tiene mucho cariño a los animales caotizados.

Chasqueó los dedos y *Estrago* trotó a su lado. Call miró a *Estrago* como si este le hubiera traicionado.

—Alastair —llamó Rufus—. Ven aquí un momento.

Alastair pareció sorprenderse, pero se acercó a Rufus. Los dos hombres se miraron. El cambio de expresión de Rufus fue muy sutil, pero Call creyó notar en el rostro del Maestro que el Alastair que estaba viendo era muy diferente del hombre que Call veía cuando miraba a su padre. Parecía que estuviera viendo a un muchacho, quizá de la edad de Call, con el cabello oscuro y los ojos traviesos.

—Bienvenido de vuelta al Magisterium, Alastair Hunt —dijo Rufus—. Este lugar te ha añorado.

Cuando Alastair miró al Maestro Rufus no había furia en su expresión. Solo parecía sin fuerzas, lo que hizo que a Callum se le retorciera el estómago.

—Yo no lo he añorado —replicó Alastair—. Mira, toda esta situación es culpa mía. Deja que los niños vuelvan a su habitación y llévame a mí ante la Asamblea. No me importa lo que hagan.

—Buen plan —exclamó Jasper, poniéndose de pie.

—Siéntate, De Winter —ordenó el Maestro Rufus—. Tienes suerte de que la Maestra Milagros no esté aquí. Estaba pensando en colgaros a todos sobre el Pozo Sin Fondo.

—¿El qué? —preguntó Call.

Jasper se sentó al instante, mientras el Maestro Rufus se inclinaba para decirle algo a Alastair, algo que Call no pudo oír. Rufus se alejó con *Estrago* y de nuevo dio en la pared con la

muñequera. La puerta se cerró, y quedaron atrapados en la habitación.

Call respiró hondo. Se alegraba de ir a hablar ante la Asamblea. Necesitaba quedarse; necesitaba explicarse antes de que alguien lo hiciera por él. Necesitaba mostrarles lo que de otro modo no se creerían.

Miró a Jasper y trató de imaginar lo que este diría a la Asamblea. Sin duda sacaría lo del secuestro; así que Call tenía que hablar antes para contar lo que necesitaba contar antes de que los guardias se lo llevaran. Jasper le devolvió la mirada con ojos pensativos.

—¿Qué vas a decir? —preguntó—. Quiero decir, ¿qué plan tienes sobre lo que vas a decir a la Asamblea?

—Les decimos la verdad —contestó Call—. Se lo contamos todo.

—¿Todo? —Aaron pareció sorprenderse. Call notó que se le apretaba más el nudo del estómago. ¿Había estado Aaron dispuesto a mentir por él?

—Call tiene razón —dijo Alastair—. Pensad de forma práctica. Lo peor que podemos hacer ahí dentro es contradecirnos unos a otros. Solo si decimos la verdad exacta contaremos todos la misma historia.

—No sé por qué estamos escuchando el consejo de un criminal buscado —masculló Jasper.

—Todos nosotros somos criminales buscados —replicó Tamara, y palmeó a Call en el hombro—. Todo saldrá bien.

—Sí, mejor consuela al malo de turno este —soltó Jasper—. Es muy frágil. Su padre ha tenido que traerlo aquí en brazos como a una princesa.

—Oh, para ya —dijo Aaron—. Te pones borde siempre que estás nervioso.

Call miró a Jasper, sorprendido. ¿Sería cierto? Según su experiencia, Jasper era desagradable casi siempre, pero también sabía muy bien lo que era tener una boca que no sabía cerrarse a tiempo. Call había dicho montones de cosas sin pensarlas.

No quería creer que tuviera algo en común con Jasper, sobre todo algo de Jasper que no le gustaba.

«Constantine Madden era encantador», había dicho Tamara.

La puerta se abrió y entró el Maestro North.

—La Asamblea os verá ahora —anunció.

«Tengo que ser encantador —se dijo Call—. Si soy Constantine, entonces más vale que saque algo bueno de él. Seré encantador».

Todos se pusieron de pie y siguieron al Maestro North por el corredor de cobre y bajo un arco que daba a una enorme sala circular. Call había estado allí antes, pero ocultó el sobresalto que le causó reconocerla; había estado rondando sigilosamente por el Magisterium cuando se encontró de repente con una reunión de magos en ese lugar. Seguramente, ese no era el mejor momento para sacar el tema de que había estado escuchando sin que le vieran.

Las paredes de la cueva estaban adornadas con joyas que formaban las constelaciones. El centro de la sala estaba dominado por una enorme mesa circular con el centro hueco. Parecía como hecha de la rodaja de un tronco, pero el árbol debía de haber sido gigantesco, mayor que la mayor secuoya. Call tuvo ganas de pasar los dedos por su superficie.

A un lado de la mesa se sentaban, alternados, los miembros de la Asamblea, vestidos con sus trajes verde oliva, y los magos del Magisterium, vestidos de negro. Parecían un juego de piezas de ajedrez.

El Maestro North hizo un gesto con la mano y una parte de la mesa se alzó como un trozo de pastel al cortarlo. Indicó a Call y a los otros que pasaran por el espacio en el círculo. Después de un momento de vacilación, Alastair fue delante y los chicos le siguieron. En cuanto el último, Jasper, estuvo dentro del círculo formado por la mesa, la sección que se había levantado volvió a caer en su sitio. Call y sus amigos estaban atrapados en la mesa, completamente rodeados por la Asamblea.

Call miró a su alrededor y se encontró con las caras satisfechas de los adultos. Bueno, quizá no todos parecían satisfechos. Al Maestro Rufus, el Maestro North, el Maestro Rockmaple y la Maestra Milagros se los veía tensos, y los padres de Tamara estaban preocupados. Aparte de los Maestros y de los Rajavi, de los demás miembros de la Asamblea, Call solo reconoció a la madrastra de Alex, la señora Tarquin. Se hallaba sentada tan majestuosa como una reina, el cabello plateado recogido en alto sobre la cabeza. Nadie se molestó en presentarse.

—¿Por dónde empezar? —exclamó un anciano con el uniforme de la Asamblea—. Nunca desde Constantine Madden había habido tal alboroto, tal golpe al Magisterium y a todo lo que representa, como en esta última semana.

—Dañar el Magisterium no fue nunca nuestra intención —dijo Tamara.

—¿De verdad? —El anciano saltó por su comentario como un gato sobre un ratón—. ¿Sabes lo malo que es para la moral de los otros aprendices oír que nuestro makaris se ha escapado del Magisterium? ¿Se te ocurrió pensarlo, Aaron Stewart?

—No me escapé, Asambleísta Graves —respondió Aaron poniéndose muy recto. Aún llevaba la ropa que habían comprado en la tienda de segunda mano, aunque estaba sucio y también ensangrentado. Era un niño de trece años y su estúpido corte de pelo le había crecido mal, pero cuando habló, todos lo miraron. Call vio que la expresión de los miembros de la Asamblea se dulcificaba. Querían escuchar a Aaron. Eso era lo que Constantine había tenido; eso era lo que Tamara había llamado «encanto»—. Este verano pasado hablé con muchos de los miembros de la Asamblea y con muchos magos de la comunidad. Todos insistieron en que yo era la única arma que podía detener al Enemigo. Bueno, pues me parece que les debo a todos ellos el no haberme quedado escondido en el Magisterium cuando se me necesitaba.

Se hizo un breve silencio, y Graves se aclaró la garganta.

—Tu entusiasmo es admirable, pero si realmente creías que se te necesitaba para acabar con Alastair Hunt, ¿por qué no te encargaste de él cuando lo alcanzaste? ¿Por qué sigue contigo?

Una llama de furia se encendió en el pecho de Call.

—No lo entendéis —intervino Tamara—. Tenéis que escuchar toda la historia.

—Tamara Rajavi, cabía pensar que después de lo que le pasó a tu hermana, tú tendrías mejor juicio —le riñó el Maestro North.

Tamara se quedó consternada. La llama en el pecho de Call ardió con más fuerza.

—Y tú, Callum Hunt —continuó el Maestro North—. Te permitimos entrar en el Magisterium aunque tus notas eran pésimas, y ¿así nos lo pagas? Considera rechazada tu solicitud de ser el contrapeso del makaris, y siéntete afortunado si esto es todo

lo que te ocurre.

El Maestro Rufus apretaba los puños. Call se sintió como si se estuviera ahogando en agua hirviendo.

—No tenéis el derecho de castigarnos a ninguno de nosotros —exclamó Jasper con fuego en los ojos—. ¡Enviasteis un elemental a matarnos!

—¡Jasper! —La Maestra Milagros parecía horrorizada—. ¿Comprendes dónde te hayas, lo que es esto? Mentir no te va a ayudar en nada.

—No está mintiendo —replicó Call—. Y ya sabemos que al Magisterium no le importa la verdad. ¿Qué pasó con el Maestro Lemuel? La verdad es que no le hizo ningún daño a Drew, así que ¿por qué no se le ha permitido volver? ¿Por qué tiene que vivir de cualquier manera con unos tipos raros que experimentan con animales en medio del bosque?

El Maestro Rufus suspiró.

—Fue él quien prefirió no volver, Call.

Call se mordió la lengua.

—Mentir seguro que no ayuda a la petición de tus padres de volver a estar en la Asamblea —le dijo la señora Rajavi a Jasper en voz baja. Luego se volvió a Alastair—. ¿Y dónde está el Alkahest? —preguntó—. ¿Por qué no lo veo sobre la mesa?

—Lo tiene el Maestro Joseph —contestó Alastair secamente. Call hizo una mueca de dolor. Si él no era especialmente encantador, ya sabía a quién podía culpar de no darle mejor ejemplo.

—¿El Maestro Joseph? —La señora Tarquin habló con frialdad —. ¿El segundo al mando del Enemigo de la Muerte? ¿El que lo llevó por el camino del mal?

Graves se puso en pie.

—¿Y vosotros dejasteis que este traidor entregara el Alkahest al Enemigo? Deberíamos encerrar a Alastair y encerraros a vosotros con él…

—El Enemigo de la Muerte no tiene el Alkahest —dijo Call—. No tiene nada. Y no gracias a vosotros.

Graves entrecerró los ojos.

—¿Cómo es que sabes tanto sobre lo que el Enemigo tiene o deja de tener?

—Callum… —le avisó Alastair.

Pero Call no iba a parar. Se había preparado para ese momento. Metió la mano en su mochila y agarró un puñado de cabello. Atragantándose de náuseas y rabia, sacó la cabeza cortada de Constantine Madden.

La dejó caer con fuerza en la mesa frente al Maestro Graves. No había sangre; la herida en el cuello de Constantine, por donde Call le había segado la cabeza con *Miri*, parecía cauterizada. La cabeza del Enemigo estaba manchada de ceniza, pero seguía siendo un Constantine Madden muy reconocible.

—Porque mi padre lo mató —dijo Call—. Usó el Alkahest.

La Asamblea se quedó en el más absoluto silencio. La señora Tarquin hizo un ruido ahogado y volvió la cabeza. El Maestro Rufus parecía estupefacto, algo muy raro en él. El Asambleísta Graves parecía estar a punto de sufrir un ataque al corazón, y los Rajavi miraban ambos a Tamara como si no la hubieran visto nunca.

En medio del silencio, habló Aaron, con una voz aguda que se le quebraba un poco.

—¿Le cortaste la cabeza?

Call supuso que eso no era exactamente encantador. La cabeza miraba hacia los miembros de la Asamblea, y estos la contemplaban con una mezcla de horror e inquietud, como si esperaran que se pusiera a hablar.

—Pensé que quizá necesitáramos pruebas —respondió Call.

—¡Y yo he tocado esa mochila! —exclamó Tamara—. Es lo más asqueroso que nunca…

Alastair se echó a reír, y una vez comenzó, no pudo parar. Las lágrimas le caían por las mejillas. Se secó los ojos y se apoyó en la mesa, vencido por la fuerza de la risa. Intentó hablar, pero no era capaz de pronunciar las palabras.

Call esperó que la visión de la cabeza de Constantine Madden no hubiera trastornado a nadie de una forma permanente, y menos a su padre. Mucha gente en la sala parecía un poco trastornada.

—Callum —dijo el Maestro Rufus, el primero en recuperarse—. ¿Cómo mató Alastair al Enemigo de la Muerte?

—Engañó al Maestro Joseph para que lo llevara adonde se hallaba Constantine —explicó Call, con cuidado de no mentir—. Luego usó el Alkahest contra el Enemigo. Después de eso, Constantine estaba muerto. —Call no mencionó que también estaba

muerto antes de eso—. Había un montón de caotizados por allí. Entre todos los hicimos huir pero, al hacerlo, la tumba quedó destrozada.

—¿Y se perdió el Alkahest? —preguntó la Maestra Milagros.

Call asintió. Estaba bastante seguro de que la Asamblea tendría que estar haciéndole más preguntas, pero todos parecían demasiado traumatizados para interrumpirle.

—Creemos que el Maestro Joseph se escapó de allí cuando todo se estaba derrumbando.

Por fin, Alastair había dejado de reír.

—¿Qué le pasó al cuerpo del Enemigo? —preguntó el Maestro North.

—Desapareció con el resto de la tumba. El caos… humm… lo devoró.

El Maestro Rufus asintió.

—Eso no es lo que ocurrió —saltó Jasper, negando con la cabeza —. Te estás dejando cosas importantes.

Call notó que su padre se tensaba, Alastair le clavaba los dedos en el hombro. Vio que Tamara contenía la respiración y que Aaron le lanzaba una mirada asesina a Jasper.

—¿Y qué cosas? —preguntó el Asambleísta Graves, que parecía estar recuperándose de innumerables impresiones.

—Call fue la razón de que la tumba se destruyera —dijo Jasper. «Porque Call es el Enemigo de la Muerte. Porque Call es Constantine Madden renacido, e igual que Constantine destruyó el Magisterium, Call destruyó la tumba. Atad su magia; matadle». Call le miraba horrorizado mientras Jasper continuaba—. Call usó la magia del vacío para detener a los caotizados. Se le descontroló, porque era la primera vez que la usaba. —Jasper les lanzó una mirada satisfecha, como si supiera el miedo que habían pasado—. Es cierto. Call es un makaris, como Aaron. Ahora tenemos dos.

Call soltó un suspiro de alivio. Los miembros de la Asamblea miraban a Jasper como si le hubiera salido otra cabeza.

Finalmente, y de verdad, Jasper le había sorprendido.

En ese momento, Anastasia Tarquin se puso de pie. La espalda recta, el cabello plateado brillante. Miró directamente a Call al hablar.

—Por fin, el Enemigo está muerto —dijo—. Gracias a vosotros

cinco. —Hizo un gesto con la mano abarcando a Call, Alastair, Tamara, Jasper y Aaron—. Verity Torres y los muchos que perdimos en la Masacre Fría por fin han sido vengados.

Call pensó en la cabeza de Verity Torres clavada en la puerta de la tumba y tragó saliva con fuerza.

Parecía que las palabras de la señora Tarquin habían hecho reaccionar al Asambleísta Graves.

—Anastasia tiene razón —declaró—. El Tratado se considera nulo. Debemos recuperar el Alkahest pero, de momento, es tiempo de celebrarlo. La guerra ha terminado.

El resto de los miembros de la Asamblea comenzaron a murmurar, mientras iban sonriendo cada vez más. La Maestra Milagros empezó a aplaudir, y los otros la siguieron enseguida; todos los miembros de la Asamblea y los Maestros se alzaron para aplaudirles. Tamara parecía sorprendida; Jasper, satisfecho, y Alastair, aliviado. Entonces Call miró a Aaron. Este no sonreía. Tenía una expresión rara y de incertidumbre en el rostro, como si se preguntara, sabiendo lo que sabía sobre Call, si hacía algo terrible al ocultarlo.

Quizá estuviera pensando eso, o tal vez estuviera agotado y no pensara nada en absoluto.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Después de eso, las cosas se aceleraron. El Maestro Rufus acompañó a Alastair a una de las habitaciones de invitados de los Maestros para que durmiera. Enviaron a los chicos a sus habitaciones para que se bañaran y descansaran, lo que significó que Call: a) se separó de Jasper y b) se reunió con *Estrago*; dos cosas que le parecieron muy bien.

En cuanto Call, Tamara y Aaron llegaron a su sala común y se dejaron caer exhaustos sobre los sofás y las sillas, entró Alex Strike, que les llevaba comida del comedor: platos de madera y cuencos llenos de diferentes clases de setas, líquenes y pudin de tubérculos; desde cosas que sabían como nachos a una pasta lila, que Tamara pensó que se parecía a caramelo salado, y unas setas que sabían exactamente a pollo empanado.

Después de comer todo lo que pudo, Call se fue a su cama y se desplomó allí, agotado. No soñó o, si lo hizo, no recordó el sueño.

Cuando se despertó al día siguiente, se dio cuenta de que las sábanas estaban manchadas de humo y tierra. No recordaba la

última vez que se había dado un auténtico baño, y decidió darse uno antes de que el Maestro Rufus lo mirara bien y lo metiera en uno de los estanques limosos del Magisterium.

Al ver a *Estrago*, se dio cuenta de que el lobo estaba aún peor que él. Su pelaje había cambiado de color de tan sucio que estaba.

El cuarto de baño era una gruta que salía del corredor principal y que compartían dos habitaciones de aprendices. Tenía tres espacios: uno con inodoros, otro con lavabos y espejos, y el tercero con estanques calientes que burbujeaban con calma, y chorros de agua que caían como lluvia si te colocabas en el lugar adecuado. Paredes de roca separaban las áreas de baño individuales, así que varias personas podían bañarse al mismo tiempo sin tener que verse desnudas.

Call fue a uno de los estanques, colgó la toalla del gancho, se sacó la ropa de calle sucia, que no se había quitado para dormir, y se metió dentro. El agua estaba tan caliente que, al principio, casi era desagradable, hasta que se le relajaron los músculos. Entonces fue asombroso. Hasta notaba bien la pierna.

—Métete —le dijo a *Estrago*.

El lobo vaciló y olisqueó el aire. Luego le dio un receloso lametón al agua. Antes, eso habría molestado a Call, pero la idea de que *Estrago* no hiciera automáticamente todo lo que le decía ahora le resultaba un gran alivio.

—¿Call? —Oyó a alguien que lo llamaba. Era una voz que procedía del otro lado de la pared de piedra de su baño. Una voz de chica que conocía bien.

—¿Tamara? —La voz le salió bastante aguda—. ¡Me estoy bañando!

—Lo sé —contestó ella—. Pero aquí no hay nadie más, y tenemos que hablar.

—No sé si sabrás esto —replicó él—, pero la mayoría de la gente se baña sin ropa.

—¡Estoy al otro lado de la pared! —dijo ella, exasperada—. Y hay mucha humedad aquí y se me está rizando el pelo, así que ¿podemos hablar?

Call se apartó de la cara su propio cabello negro.

—De acuerdo. Hablemos.

—Me llamaste mentirosa —comenzó ella, y se le notaba en la

voz que estaba herida.

Call se sintió mal. *Estrago* lo miró con severidad.

—Lo sé.

—Y luego resultó que tú eras un mentiroso mucho peor —continuó—. Mentiste sobre todo.

—¡Mentí para proteger a mi padre!

—Mentiste para protegerte a ti —replicó ella—. Nos podrías haber dicho que eras el Enemigo…

—Tamara, cierra el pico.

—Call, odio decirte esto, pero el baño no está lleno de gente que nos escuche. Estamos solos.

—No soy el Enemigo de la Muerte. —Call miró enfadado su reflejo en el agua. Cabello negro, ojos grises. Aún era Callum Hunt. Y sin embargo, no.

—Podrías habernos dicho la verdad sobre lo que te contó el Maestro Joseph, y no lo hiciste.

—No quería que me odiaras —repuso Call—. Eres mi mejor amiga.

Tamara hizo un ruido de duda.

—Aaron es tu mejor amigo, mentiroso.

—Tú eres mi mejor amiga chica —aclaró Call—. No quería que ninguno de los dos me odiara. Os necesito a los dos.

Cuando Tamara volvió a hablar, parecía menos enfadada.

—Así que supongo que lo que quería decirte es que no quiero que nos volvamos a mentir el uno al otro.

—Pero ¿aún podemos mentir a otra gente? —Call miró a *Estrago*, que meneó las orejas.

—Si es imprescindible… —contestó Tamara—. Pero no entre nosotros ni a Aaron. Nosotros solo nos decimos la verdad. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó Call, y *Estrago* ladró.

—Call —le llamó Tamara—. ¿Hay alguien en el baño contigo?

Call suspiró. No había esperado que eso de decir la verdad le tocara tan pronto.

—*Estrago* —admitió.

—¡Call! —exclamó Tamara—. Eso es asqueroso.

Luego comenzó a reír. Y un segundo después, Call también reía.

Después de que Tamara se marchara, Call acabó de bañarse, se dirigió a su habitación en bata y se puso el uniforme. Cuando reapareció en la sala común, Aaron ya estaba allí, limpio, vestido y comiendo lo que parecía una pera muy clara.

—¿Qué es eso? —le preguntó Call.

Aaron se encogió de hombros.

—Fruta mágica de cueva. Uno de los grupos de aprendices del Curso de Plata la cultiva. Sabe un poco a queso, pero también a manzana. ¿Quieres una?

Call hizo una mueca. Detrás de Aaron, vio que sobre la mesa había un gran montón de fruta rara, algunas bebidas y dulces de la Galería, y lo que parecían unas cuantas tarjetas hechas a mano. Un solitario pez ciego flotaba en una pecera de cristal.

Aaron le siguió la mirada.

—Sí, algunos estaban preocupados por nosotros. Son regalos de «bienvenida», supongo.

—De *buenregreso* —bromeó Call.

Aaron sonrió. Unos minutos después, Tamara salió de su dormitorio. No tenía el pelo nada rizado: lo llevaba recogido en unas lisas trenzas negras, y se las había enrollado en la cabeza, como una corona. De las orejas le colgaban unos pendientes de oro, que se balanceaban al moverse ella. Sonrió a Call y cuando lo hizo, él notó que se le retorcía el estómago. Apartó la mirada rápidamente, sin saber muy bien por qué.

—¿Listos para ir al comedor? —les preguntó ella.

Aaron le dio un último mordisco a la fruta mágica de cueva, dobló el corazón por la mitad y también se lo comió. Miró a *Estrago*, que estaba esponjoso del baño. Olía un poco a jabón de té verde y no parecía gustarle nada.

—Eh, bola de pelo —le dijo.

El lobo caotizado, el que inspiraba el terror en el corazón de los alumnos del Curso de Hierro, lo miró con sus ojos que giraban y cambiaban de color. Call le acarició la cabeza.

—En el comedor te daremos unas salchichas —le prometió—. Tú también mereces celebrarlo.

Salieron al pasillo, y se encontraron a Jasper esperándolos.

—Humm, hola —les dijo—. Estaba a punto de llamar a la puerta. Todos los de mi grupo de aprendices se comportan superraro y se me quedan mirando. Quiero decir —añadió—, soy un héroe, y entiendo que eso les resulte difícil.

—Sin duda eres algo —repuso Aaron.

Jasper se encogió de hombros.

—Como sea, pero no quería ir solo al comedor.

Fue con ellos por el pasillo, charlando con Tamara. Lo cierto era que empezaba a parecer que Jasper fuera uno de ellos, lo que a Call le parecía una mala señal. Por otro lado, no podía ser malo con él cuando, contra todo pronóstico, estaba guardándole el secreto.

Pero de vez en cuando, Jasper le lanzaba una mirada, y Call se preguntaba si el secreto no sería demasiado tentador. Si Call le fastidiaba (y estaba absolutamente seguro que finalmente fastidiaría a Jasper, del mismo modo que sabía que Jasper le fastidiaría a él), ¿seguiría Jasper con la boca cerrada? Si trataba de impresionar a algún otro alumno, ¿podría resistirse a la tentación?

Call se tragó el nudo que tenía en la garganta.

—No se lo vas a decir a nadie, ¿verdad?

—¿Decirles qué? —preguntó Jasper con una sonrisa de medio lado.

De ninguna manera iba a decirlo en voz alta.

—¡Eso!

Jasper alzó una ceja.

—Mientras me siga beneficiando…

—Necesitamos ponernos de acuerdo —dijo Tamara con firmeza —. Nadie dice nada sobre Call. No sabemos en quién podemos confiar aquí dentro.

Jasper no le respondió, y no había manera de obligarlo, ninguna manera de sacarle una promesa, e incluso si pudieran hacérselo prometer, no había ninguna razón para creer que mantendría su palabra.

Call estaba prácticamente dominado por el pánico cuando llegaron al comedor. Era tarde, así que ya estaba lleno. El aire estaba cargado de olor a cebolla asada y salsa barbacoa, aunque los chicos llevaban bandejas llenas de un pudin de color grisáceo, líquenes y setas. A Call se le empezó a hacer la boca agua a pesar de que acababa de comer.

En cuanto los primeros aprendices los vieron, se oyeron murmullos y todos alzaron la cabeza. El comedor quedó en completo silencio. Call, Tamara, Aaron y Jasper se quedaron parados en la puerta, incómodos, con el peso de cientos de ojos sobre ellos. Gente que conocían y gente que no. Todos les miraban.

Y entonces, la sala estalló en un aplauso. Alumnos que Call no reconocía silbaban, aplaudían y se ponían de pie sobre las sillas, cantando y gritando que la guerra había acabado.

El Maestro Rufus se subió a la mesa de los Maestros, alzándose por encima de todos. Dio una palmada y se hizo un instante de silencio: los alumnos seguían moviendo la boca, seguían aplaudiendo, pero lo único que se oía era la voz del Maestro Rufus.

—Hoy damos la bienvenida de regreso al Magisterium a cuatro alumnos que han conseguido una victoria casi sin precedentes en la historia de la Asamblea —dijo—. Jasper de Winter; Tamara Rajavi; nuestro makaris, Aaron Stewart, y nuestro novísimo mago del caos, Callum Hunt. Por favor, dadles la bienvenida.

El hechizo de silencio se disipó el tiempo suficiente para que un ensordecedor aplauso llenara la sala.

—El Enemigo de la Muerte, que buscaba convertir en inmortales a sus sirvientes y a él mismo, el que habría derrotado a la propia muerte, ha encontrado la suya. Tenemos no uno sino dos makaris en esta generación de magos. Todos los alumnos de aquí han contribuido a que eso sea así, aunque sea en corta medida. Somos muy afortunados.

La gente silbaba y aplaudía. Al otro lado de la sala, Alex Strike guiñó el ojo a Call bajo la cascada de alborotado cabello castaño.

—Ahora bien, debemos recordar que, aunque la guerra ha acabado, aún no hemos logrado la paz. El Enemigo puede haber desaparecido, pero sus esbirros siguen aquí. Aún quedan batallas que pelear, y como magos del Magisterium, será nuestro trabajo luchar en ellas.

Esta vez el aplauso fue mucho más comedido. Bien.

«El Maestro Rufus tiene razón —pensó Call, lúgubre—. Incluso más razón de la que piensa».

—Ahora, Call, Tamara, Aaron y Jasper —continuó Rufus, volviéndose hacia ellos—. Alzad las muñequeras. En ellas encontraréis una nueva piedra, una tanzanita, que representa las

mayores victorias conseguidas por la causa del Magisterium.

Call sacudió la muñeca y se la miró. Era cierto, había una piedra de un color azul púrpura brillándole en la muñequera. Además, había otra piedra. Una piedra negra, que representaba su nueva posición como makaris, como mago del caos.

Jasper alzó el puño hacia lo alto y soltó un hurra. De repente, el comedor estaba lleno de gente gritando.

—¡El Enemigo está muerto! ¡El Enemigo está muerto!

Solo Tamara y Aaron no cantaron con ellos. Miraron a Call; Tamara preocupada, Aaron, inquieto. Ellos, Jasper y Alastair eran los únicos que lo sabían, pensó Call. El Enemigo de la Muerte no estaba más muerto que antes. No podías matar a un monstruo cuando eras ese monstruo.

Rufus bajó las manos, un gesto que pareció soltar a los alumnos de su sitio. Todos comenzaron a correr hacia Call y sus amigos, y a palmearles la espalda y preguntarles sobre el Enemigo y la batalla. Call se volvió en el mar de cuerpos, tratando de mantener el equilibrio. Kimiya abrazaba a Tamara y lloraba. Alex le estrechaba la mano a Aaron. Y entonces, Celia estaba delante de Call, con los ojos rojos, buscándole el brazo. Aliviado, él se volvió hacia ella, pensando que al menos Celia se comportaría como siempre.

Un momento antes de que ella le plantara un enorme beso en los labios.

Call abrió mucho los ojos, sorprendido. Los de ella estaban cerrados mientras se inclinaba sobre él. Por un breve momento se quedaron así. Sabía que la gente los estaba mirando: Tamara, perpleja, y Aaron, cerca de ella, comenzó a reír. Call estaba seguro de que Aaron se reía de él porque al no tener ni idea de dónde poner las manos, las estaba agitando como un pulpo bajo el agua.

Finalmente, Celia se apartó.

—Eres un héroe —le dijo con ojos brillantes—. Siempre lo he sabido.

—Humm —contestó Call. Así que ese había sido su primer beso. Lo había encontrado… ¿blando?

Celia comenzó a ponerse roja.

—Tengo que irme —dijo, y se metió entre la gente.

—Mira a Jasper —indicó Aaron, acercándose a Call y dándole una palmada en la espalda—. ¡Vaya fanfarrón!

En ese momento, Jasper pasó por delante a hombros de Rafe, mientras un grupo le vitoreaba y cantaba: «¡Porque es un chico excelente!». Tenía una enorme sonrisa en la cara.

Call también sonrió, e inmediatamente se sintió mucho mejor. De ninguna manera iba Jasper a decir nada por el momento, porque eso significaría renunciar a todo esto. El secreto de Call estaba a salvo.

—Perdona —dijo el Maestro Rufus, señalando a Call—. Te necesito un momento. Si no estás demasiado ocupado, claro.

Call se tragó un gruñido de humillación. ¿Habría visto Rufus a Celia besándole? ¿Iba a decirle algo embarazoso al respecto? Esperaba que no.

El Maestro Rufus lo llevó a una mesa en un rincón alejado, una mesa que un saliente de roca tapaba de la vista el resto del comedor. En la mesa, un hombre alto, de cabello oscuro y bien afeitado comía un plato de setas como si su vida dependiera de ello. Alastair.

Call no recordaba que a ningún otro padre se le hubiera permitido la entrada en el Magisterium, y en dos ocasiones, nada menos, pero, claro, las circunstancias por las que su padre estaba allí eran bastante poco corrientes.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve en este comedor —comentó Alastair, y se tomó un buen trago de un zumo verdoso que Call nunca se había atrevido a probar—. Este es el liquen de mi juventud.

—Sí, claro —repuso Call, y se preguntó si esa cosa tendría alguna clase de propiedad adictiva, vista la forma en que su padre lo estaba atacando.

—Call, no puedo quedarme, pero el Maestro Rufus ha accedido a que ambos me acompañéis a la salida.

—De acuerdo —aceptó Call—. Pero ¿te tienes que ir directo? ¿Ya mismo?

—Me temo que sí. Aún hay algunos asuntos que tratar con la Asamblea. Algunas preguntas que responder. Y he dejado mis asuntos bastante desordenados. Pero te veré durante las vacaciones de invierno, y entonces tendremos mucho de lo que hablar.

Call suspiró, pero después de todas las cosas terribles que su padre había dicho del Magisterium, no le sorprendía que quisiera

marcharse rápido. Se preguntó si habría visitado la Sala de los Graduados para ver las huellas de las manos de su esposa (Call no estaba seguro si podía permitirse seguir pensando en ella como su madre), pero no se sintió capaz de preguntarlo.

Salieron juntos del comedor en silencio y recorrieron los largos pasillos que llevaban a la puerta principal del Magisterium; Alastair con la mano sobre el hombro de Call; el Maestro Rufus unos pasos por detrás.

En la puerta, Alastair se volvió y abrazó a Call con fuerza. Este se quedó bastante parado cuando su padre le acarició el cabello. Alastair no era una persona muy cariñosa, pero Call le oyó tragar saliva cuando se apartó de él y le miró la banda que llevaba en la muñeca. Le alzó la mano con cariño.

—Constantine Madden tenía esa misma piedra negra en su muñequera —recordó, y Call se estremeció por dentro—. Pero nunca tuvo esta. —Movió el pulgar sobre la pieza azul púrpura—. La tanzanita. Esta piedra indica gran valor. La única persona que he conocido que tuviera una tanzanita fue Verity Torres.

—No soy ningún héroe —repuso Call—. Pero no voy a ser como Constantine. Lo prometo.

Alastair le soltó la muñeca y esbozó una de sus escasas y torcidas sonrisas.

—Corriste mucho peligro al quedarte atrás en la tumba —dijo—. Pero no olvidaré en la vida la cara que puso el Asambleísta Graves.

Call no pudo evitar sonreír. Alastair le apretó el hombro por última vez y comenzó a caminar hacia el coche negro que le esperaba en el claro de tierra que había al otro lado de las puertas.

—Cuídate —le dijo el Maestro Rufus.

Alastair se detuvo y miró a Rufus, luego a Call.

—Y tú cuida de mi hijo.

El Maestro Rufus asintió. Luego, con un leve gesto de despedida para ambos, Alastair entró en el coche. Este partió derrapando sobre la gravilla.

Call se volvió para dirigirse al comedor, pero el Maestro Rufus le detuvo con mano rápida.

—Call, tenemos que hablar.

Call se volvió, temiéndose lo peor. Se preguntó qué le habría contado Alastair.

—Hum, de acuerdo. ¿Sobre qué?

—Hay algo que no he querido decir delante de los otros alumnos.

Call se tensó. Eso no podía ser bueno.

—Call, hay un espía en el Magisterium. Podría ser alguien que esté del lado del Enemigo. O lo más seguro, que trabaje ahora para el Maestro Joseph. O podría ser alguien que desconfíe de los magos del caos.

—¿Qué quiere decir?

—De las lecciones de tu Curso del Hierro sobre los orígenes de la magia seguro que recuerdas que no en todas las partes del mundo se acepta bien a los makaris. Algunos magos creen que nadie debería emplear la magia del caos, y que los que lo hacen deben ser detenidos o eliminados.

Call recordaba vagamente algo sobre el tema, sobre que en Europa no recibían muy bien a los makaris.

—Pero ¿por qué piensa que hay un espía?

—*Automotones*. —Rufus escupió el nombre—. Los magos de aquí nunca habrían enviado a un elemental letal para haceros volver. Era demasiado poderoso y demasiado violento. Y si lo hubiéramos enviado nosotros, nunca le habríamos dado órdenes de que hiciera daño a ninguno de vosotros, incluido Alastair. Alguien de aquí lo envió con órdenes de matar al makaris. Pensábamos que se trataba solo de Aaron, pero ahora que eres un makaris, sin duda la misma persona quiere verte muerto a ti también.

Un escalofrío le recorrió. A quien hubiera enviado el elemental a por ellos no le había importado la seguridad de Call. Eso quería decir que no podían haber sido los esbirros del Maestro Joseph, ya que este se había lanzado delante de Call para protegerlo. Lo que significaba que el Maestro Rufus tenía razón.

—Vuelve al comedor —dijo el Maestro—. Tus amigos te están esperando. Ya tendremos tiempo suficiente para hablar del futuro cuando comiences las clases. Mañana. Habéis vuelto justo a tiempo de salir con los otros alumnos del Curso de Cobre en su segunda misión.

—¿Segunda misión? —preguntó Call, atónito.

El Maestro Rufus asintió.

—Sí, encontrar siete ranas moteadas en el bosque que nos rodea.

—¡Debe de estar de broma! —exclamó Call—. Hemos matado al Enemigo de la Muerte. ¿Es que eso no cuenta para nada?

—Claro que sí —contestó el Maestro Rufus con una extraña sonrisita—. Cuenta como tu primera misión. No tendrás que hacer ningún trabajo de recuperación. Y ahora, vete.

—Mañana —repitió Call. Comenzó a regresar por los corredores del Magisterium, entre los cristales y las formaciones rocosas, con la cabeza cargada de pensamientos inquietantes.

—Callum Hunt —dijo una voz.

Era una voz que conocía bien. Call se detuvo en seco y miró hacia arriba hasta que dio, a media pared, con un lagarto reluciente que lo observaba con ojos entrecerrados. La larga lengua de *Warren* cortó el aire.

—El fin está más cerca de lo que crees, makaris —dijo el elemental.

Y salió corriendo, dejando a Call mirándolo pasmado.